

V. CALDERON

OBRAS

POESIAS Y TEATRO

PQ7297

.C3

A17

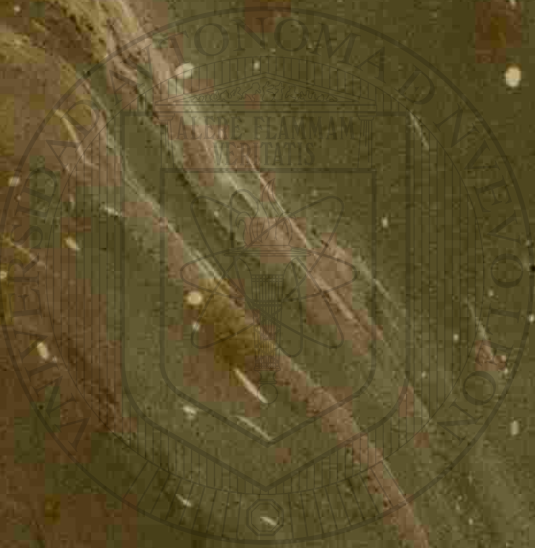
1902

1001

C



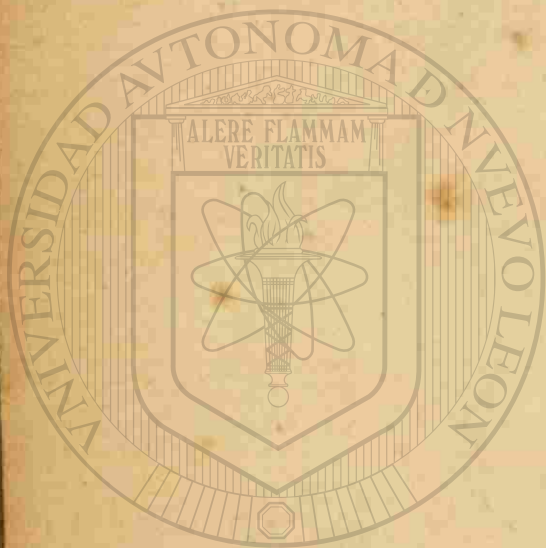
1080029777



U.A.N.L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



Colección Alfonso X
Biblioteca Universitaria

56335

31814



FONDO
SALVADOR TOROANO

Hal Vane

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

[Handwritten signature]

861 (72)

C.



UANL

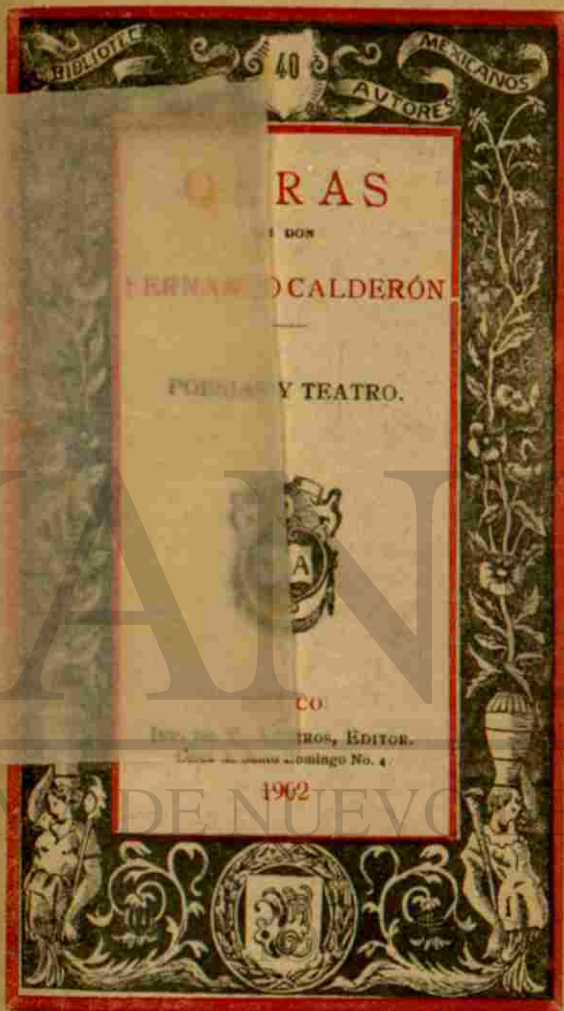
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO RENES"
FONDO SALVADOR TOSCANO

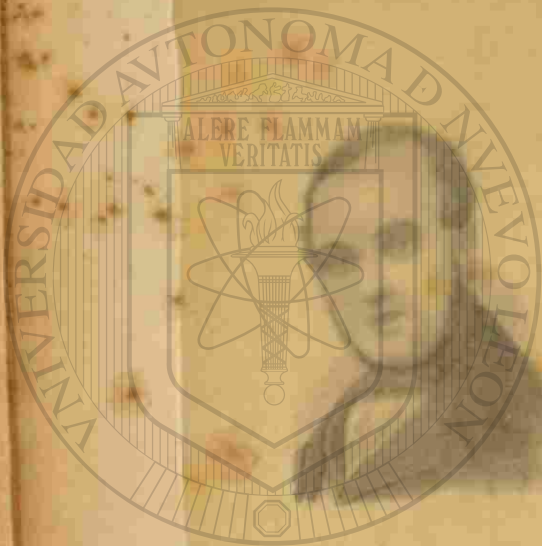


Fernando Calderón
[Signature]

DIRECCIÓN GENERAL



[Faint handwritten signature]



Fernando Calderón
DIRECCION GENERAL



Fernando Calderón

PQ 7297

.C3



BIOGRAFIA DEL AUTOR.

Acababa de consumarse nuestra independencia política, y la sangre de Iturbide aún humeaba en Padilla. En pos del efímero imperio de Agustín I, la República Mexicana, llena de vigor y gloria, se presentaba ante los ojos atónitos de la vieja Europa con el irresistible encanto que rodea á la juventud, y con esa aureola de deslumbrante prestigio que tanto embellece á los pueblos que, á fuerza de sacrificios y heroísmo, llegan á conquistar un distinguido asiento entre las naciones libres y civilizadas de la tierra.

Era el año 1825.

Existía entonces en la bella Guadalupe una asociación político-literaria, que por

Calderón. —A

sus aspiraciones de progreso, sus tendencias altamente liberales y por la ilustración y talentos que abrigaba en su seno, no podía menos que atraerse las simpatías de lo más granado en la poética é importante capital de Jalisco. Entre los miembros de "La Estrella Polar" (tal era la denominación de aquella sociedad) figuraban, en primera línea, Valentin Gómez Farias, Luis de la Rosa y otros personajes, que, si entonces no eran más que una dulce y halagadora promesa para la República, fueron más tarde timbres de gloria para ella y motivo de justo y levantado orgullo para la patria.

A las sesiones que con frecuencia celebraba "La Estrella Polar," concurría, siempre entre los primeros, un joven de aspecto simpático, de dulce é interesante mirada, de brillante inteligencia y de corazón sensible y generoso. Era "Fernando Calderón." El fuego patrio que abrasaba el corazón de Farias, las frases conmovedoras y elocuentes de Rosa, y el ardiente entusiasmo que en todas épocas ha desplegado la juventud jalisciense en favor de la libertad y del progreso, contribuyeron de la manera más eficaz á formar el carácter distintivo de nuestro poeta. Alma noble y corazón lleno de ternura, Calderón recogió con religioso respeto, con la abnegación de un mártir, esas ideas liberales y patrióticas que tanto se conformaban con

sus propios sentimientos é inclinaciones, jurando desde entonces que todo su valor, todo su talento y su sangre toda, serían consagrados á la causa del pueblo, y sacrificados, si era preciso, en defensa de los principios liberales. Ya veremos un poco más adelante cuán bien supo cumplir su generosa promesa.

Por los años 1826 y 1827, Calderón, ya de regreso en Zacatecas, su país natal, escribió "Reinaldo y Elisa," "Zadig," "Zeila," "Amandina," "Los políticos del día," "Ramiro," "Efigenia" y "Hersilia y Virginia," dramas que su autor no creyó conveniente dar á la estampa, pero que con mayor ó menor entusiasmo, aunque siempre con aplauso, fueron representados en los teatros de Guadalupe, Zacatecas y otras ciudades del interior de la República.

Llegamos al año 1835, que forma una época notable en la vida de nuestro poeta. La dictadura militar acababa de rasgar con la punta de las bayonetas la constitución democrática de 1824, y se dirigía arrojadora y sedienta de sangre contra el Estado de Zacatecas, que no había temido desafiar las iras del tirano. Calderón recuerda entonces sus promesas, su patriótico juramento, y arrojando lejos de sí la deliciosa lira, empuña denodado la espada del guerrero, y se bate como un héroe en la sangrienta batalla de Guadalupe, librada á inmediaciones de Zacatecas. Desastroso

fué para los constitucionalistas el resultado del encuentro: las tropas del General Santa-Anna obtuvieron una completa victoria, y entre los prisioneros zacatecanos se contó al inolvidable autor de "El soldado de la libertad," herido peligrosamente en el campo de batalla. El brutal acero de un soldado abrió el cráneo del artista, y en poco estuvo que con la vida del ilustre Calderón, hubiera perdido la patria una gran parte de las composiciones líricas y todas las dramáticas que figuran en precioso volumen.

Apenas convaleciente, el poeta fué trasladado á la capital de la nación, que se le designó como lugar donde debiera residir, por cuanto su presencia en Zacatecas era una amenaza terrible para la tiranía que se había enseñoreado de la República.

¿Quién ignora entre nosotros la utilidad y el lustre que proporcionó á las letras patrias la asociación creada en San Juan de Letrán? Academia fundada por algunos jóvenes entusiastas, impulsados únicamente por el estímulo de la gloria y sin contar con más recursos que los muy escasos que ellos mismos pudieron proporcionar. En esa inmortal Academia fué donde se formaron los Ramírez y los Prietos, los Lacunzas y los Rodríguez Galván, los Navarros y los Paynos, y tantos y tan ilustres poetas y prosistas, cuyas obras literarias forman sin duda, una de

las más preciadas joyas con que México se engalana.

En esa reunión de jóvenes ilustrados, Calderón obtuvo desde su arribo á la capital, la acogida más benévola y amistosa. Se le recibió en ella como á un distinguido socio de la Academia lateranense, se le encomendaron algunos trabajos honrosos, y alcanzó, en fin, ardientes y entusiastas aplausos cuando con voz conmovida y simpática dió lectura de dos de sus bellísimas composiciones líricas, intituladas "El sueño del tirano" y "El soldado de la libertad," que, como un testimonio de gratitud y cariño fraternal, dedicó á sus amados consocios. Ya tendrán ocasión nuestros ilustrados lectores de saborear las bellezas literarias en que abundan esas dos notables poesías, las mejores acaso de las contenidas en este libro.

Durante su permanencia ó destierro en México, Calderón se hizo notable, ya no sólo por sus principios políticos y sus sacrificios en favor de la causa del pueblo, por su renombre como adalid esforzado de la libertad y por la fama que le daban sus talentos poéticos, sino muy especialmente por la generosidad de su levantado corazón, que no podía menos que colocarle muy por encima de la envidia: defecto lamentable en que, por lo común, incurre la mayor parte de los artistas. de quienes nuestro poeta se mostró siempre admira-

dor, favorecedor y amigo. Varios rasgos nobilísimos de Calderón pudiéramos referir á nuestros lectores, y ellos serian, á no dudarlo, la mejor prueba en favor de nuestro aserto; pero ni nos creemos autorizados para revelarlos al público, ni tampoco nos lo permitirán hacerlo las pocas líneas que consagramos á la parte biográfica de nuestro inolvidable poeta. Baste para dar á conocer el magnánimo corazón y los sentimientos generosos del vate zacatecano, la tierna, la conmovedora relación que nos ha referido el inimitable y popular Fidel, de quien hemos recibido la autorización bastante para darla á la estampa.

Prieto, nuestro querido hermano Prieto, con voz profundamente conmovida, y casi pudiéramos decir, empapada en lágrimas, nos referia lo siguiente:

"Amargos, muy amargos fueron los primeros años de mi juventud. El único, pero dulcísimo consuelo que yo tenía en medio de los padecimientos que me rodeaban y de las miserias con que luchaba de continuo, era mi madre, mi santa madre, esa mitad preciosa de mi alma, cuya memoria bendigo enternecido. Mas ¡ay! mi madre estaba enferma, y llegó un día en que ya no le fué posible dejar la cama. Esta situación lastimosa de mi madre querida, vino á complicar horriblemente la mía: mi escasísimo sueldo, que apenas podía medio

cubrir nuestras más precisas necesidades, era imposible que alcanzase á llenar otras nuevas y más costosas: se agotaron, en consecuencia, mis recursos; y días hubo en que, careciendo yo de alimento, desesperado y casi loco, hube de regresar á mi pobre casa, sin haber conseguido el valor corazón con que pugno á la naturaleza indispensable al restablecimiento de una salud tan delicada, que mi madre respirase un aire más puro que el que la ahogaba de las medicinas para mi adolorada enfermedad.

"Además, el doctor que la curaba creía en México. Me aconsejaba que la llevase á Tacubaya; que la alimentase de una manera más conveniente y nutritiva, y que le proporcionara ciertos goces y algunas distracciones reclamadas imperiosamente por sus enfermedades físicas, y por la atonía moral en que se encontraba su espíritu. Mi situación era horrible, y los martirios de mi corazón se multiplicaban de día en día.

"Vino al fin uno, en que mi alma se sintió hecha pedazos, y con lágrimas en los ojos y el dolor más intenso en el pecho, sollozando, me salí de la casa. Mis siniestros pensamientos cruzaban por mi mente; como un loco vagaba yo por las calles, y las blasfemias se escapaban de mis labios: estaba desesperado. No sé cuánto tiempo duró aquella espantosa horrasca

de mi corazón, de la que vino á sacarme una voz que me llamaba por mi nombre.

—¡ Señor Prieto! ¡ señor Prieto! me dijo un desconocido. Va usted muy preocupado sin duda, pues tiempo há que le llamo, sin haber logrado hasta ahora el que usted me oyera. ¿ Tendría usted la bondad de escucharme un momento?

—“Mande usted lo que guste,—le contesté deteniéndome.

—“Mi escritorio está ahí enfrente, y allá diré á usted el motivo que me obliga á interrumpir su marcha.

“El desconocido me indicó la casa número** de la calle de Capuchinas, en que nos hallábamos; se dirigió hacia el escritorio, yo le seguí sin decir ni una palabra.

—“Entramos en el despacho, y, después de invitarme á tomar asiento, mi interlocutor me habló así:

—“Señor Prieto, una persona desconocida tal vez para usted, y cuyo nombre no me es dado revelar, ha depositado en mi poder una cantidad de dinero, suplicándome la entregue á usted, previo el recibo correspondiente. ¿ Está usted dispuesto á recibirla?

—“Pero, señor,—murmuré yo con voz casi ininteligible;—usted sin duda sufre una equivocación. Nadie me debe ni un solo peso, y no sé cómo pudiera...

—“Tal vez sea una devolución que se hace á la familia de usted.

—“Pero...

—“Señor Prieto, usted es muy dueño de hacer lo que mejor le plazca: mas no me parece un acto de condura el que usted se niegue á recibir la cantidad de que le he hablado, tanto menos, cuanto que no se le exige sino un simple recibo, que usted extenderá de la manera que guste.

“Estas juiciosas reflexiones, el estado en que mi pobre madre se encontraba, el recuerdo de mi triste miseria y el horror que me inspiraba mi corazón, cuya última tempestad me había espantado, todo contribuyó á poner un término á mi indecisión. Me resolví á tomar el dinero y dije á mi desconocido:

—“Sea enhorabuena... ¿ Por qué cantidad he de extender el recibo?

—“Por doscientos pesos.

“Con mano febril y el corazón henchido de gozo escribí y firmé el documento; recibí el dinero, y en alas de la más intensa alegría, volé al lecho de mi santa madre.

“El bienestar y la salud convirtieron en un paraíso de ventura el infierno de mi pobre hogar, merced á la mano generosa que tan á tiempo me había facilitado aquellos recursos. Nuevos auxilios se me proporcionaron por el mismo conducto, sin que yo lograra descubrir el nombre de mi benefactor, hasta que una casualidad vino á revelármelo. Al recibir por tercera vez una

cantidad que hacía ascender mi deuda á más de quinientos pesos, observé que al asentarse la partida era con cargo á D. Fernando Calderón. El gran poeta zacatecano había sido, pues, el ángel de caridad, y yo tal vez la vida. Quise desde luego manifestarle mi profundo agradecimiento, y me dirigí á su casa.

“Cuando llegué á ella, Calderón se desayunaba. Me recibió con el afecto que mostraba siempre á sus consocios lateranenses, me invitó á que tomase alguna cosa en su compañía, y me suplicó que le manifestara cuál era el objeto de mi visita.

“Yo le hablé entonces con todo el fuego, con el entusiasmo ardiente de que es susceptible una alma agradecida: procuré mostrarle la intensidad de mi gratitud, el reconocimiento de mi corazón por los beneficios que me había hecho, y concluí rogándole me indicara de qué manera me sería posible devolverle las cantidades que por su cuenta se me habían suministrado.

“Calderón me escuchó en silencio y como preocupado.

“Cuando acabé de hablar, me miró con fijeza, hizo un ligero movimiento de hombros, y me dijo en un tono frío que me heló la sangre:

—“Y bien, señor Prieto, no puedo ne-

garlo, el dinero que usted ha recibido salió de mi bolsillo, que, por desgracia, no se halla muy abundante; y supuesto que usted quiere devolverme la cantidad que le he proporcionado, acepto la oferta, y usted me hará con el pago un verdadero servicio. Sirvase usted indicarme los términos en que podrá hacerme la devolución, y yo agregaré algunas condiciones que aseguren mi crédito.

“Estas palabras venían á destruir una de mis más bellas ilusiones: el artista, el poeta, se transformaba en el hombre de negocios, en el insensible calculista, que acaso pretendería abusar de mi difícil situación.

—“Señor D. Fernando,—le contesté con el corazón oprimido de amargura,— grande, muy grande es el servicio que usted me ha hecho, y mi gratitud será eterna. La deuda que con usted he contraído, asciende á algunos centenares de pesos, y mi sueldo, mi mezquino sueldo, no llega á veinte pesos cada mes. Ya usted ve cuán cortos son mis recursos, y el pago no podré hacerlo sino en proporción á ellos.” Separaré para usted la tercera parte, la mitad de lo que gano, y la otra mitad la consagraré á mi pobre y santa madre; pero puedo en las horas que me deje libre mi destino, servirle á usted como escribiente, ó de la manera que guste. Lo que desee-

es cubrir el crédito de usted y, á fin de lograrlo, trabajaré sin descanso, de día, de noche, á todas horas. Esto es, Sr. Calderón, lo que puedo hacer: ¿quiere usted más?

—“Todo me parece muy bien, Sr. Prieto; pero necesito algunas seguridades.

—“Y cuáles podré ofrecer en mi triste situación?”

“Calderón, sin contestarme, tomó una hoja de papel; escribió en ella algunas palabras; y entregándome lo que había escrito:

—“Vea usted, señor Prieto,—me dijo con un tono de voz que no olvidaré nunca;—vea usted si le convienen esas condiciones.

“Tomé el papel; devoré las palabras en él contenidas, y:

—“¡Hermano mio! ¡hermano mio!—exclamé desde lo más íntimo de mi corazón. —¡Hermano! ¡Hermano querido!

“Un torrente de lágrimas inundó al mismo tiempo mis mejillas. Ante mi alma reconocida, Calderón aparecía grande, sublime como mi juvenil y exaltada imaginación se lo había representado en sus delirios de poeta y de patriota. Le veía rodeado de un brillo deslumbrador, de algo que me parecía divino.

“¿Qué era, pues, lo que contenía aquella hoja de papel? Las siguientes frases,

cuyo inmenso valor sólo comprenderán los corazones generosos:

—“Si me das el dulce nombre de hermano, habrás satisfecho con usura el corto servicio que me debes. ¿Aceptarás esta condición de tu hermano Fernando?”

La relación que antecede, es el más cumplido elogio que puede hacerse del noble tar al dulce poeta zacatecano. ¡Feliz quien debe al cielo un don de tanto precio, y feliz también el que puede estimar en todo su valor un rasgo tan bello y generoso!

A fines de 1837, nuestro poeta regresaba á Zacatecas, cuyas puertas le abría la magnanimidad del señor General Tornel, Ministro entonces de Guerra y Marina. Este ilustrado protector de la juventud estudiosa, y Mecenás entusiasta de los poetas y sabios mexicanos, decía en una carta referente á Calderón: “El genio no tiene enemigos y los talentos deben respetarse por las revoluciones.” Rasgo que honra al señor Tornel, y que es uno de los mejores timbres de gloria para su nombre esclarecido.

En los años siguientes, y bajo la influencia de las doctrinas y los principios literarios de la escuela romántica, dominante entonces, el vate zacatecano dió á luz los dramas “El Torneo,” “Ana Bole-

ma" y "Hernán ó la vuelta del cruzado," que fueron acogidos con extraordinario calor y representados con aplauso en todos los teatros de la República. También escribió por el mismo tiempo la comedia "A ninguna de las tres," modelada en las del célebre poeta español D. Manuel Bretón de los Herreros, cuyas bellisimas producciones dramáticas formaban en aquella época las delicias de los mexicanos.

Tales fueron las últimas y muy notables composiciones literarias de Calderón. Su lira no volvió á sonar más, y el poeta se consagró á las ocupaciones y á los cuidados domésticos. Su dolorosa y precoz vejez se vió minada por crueles enfermedades y amargada por los reveses é infortunios de la patria.

Y no podía ser de otro modo: el patriotismo de Calderón, herido profundamente por los desastres de México en su lucha con la ambiciosa y formidable República de los Estados Unidos de América, ese patriotismo de que el poeta había dado tan relevantes pruebas, y que le había colocado entre los más distinguidos hijos del Anáhuac; ese patriotismo sólo comparable con el de un héroe romano en los mejores tiempos del pueblo-rey, y que era para Calderón la llama vital que conservaba su quebrantada existencia; ese patriotismo se sintió humillado con nuestras derrotas, y

se extinguió al fin con el último suspiro del bardo. El autor de "El soldado de la libertad" no podía sobrevivir á nuestra vergüenza, sellada por la mano del vencedor en los tratados de paz de Guadalupe Hidalgo.

¡Gloria al patriota! ¡Renombre inmortal al poeta!

Ligero es el examen que nos proponemos hacer de las poesías líricas y dramáticas del poeta zacatecano. Y preciso es que así sea, ya se atiende al poco espacio de que disponemos en este libro para llevar á cabo nuestro trabajo, y ya principalmente porque ni nuestros conocimientos ni nuestra capacidad nos dan derecho para escribir un verdadero juicio crítico de las obras de Calderón.

Hecha esta advertencia, comencemos desde luego.

En toda composición literaria debemos atender á la esencia, ó sea el pensamiento, y á la forma, ó sea la manera con que se expresa aquello que se piensa, se quiere ó se siente.

Si aplicamos esta doctrina á las poesías de Calderón, preciso nos será confesar que, en su esencia, los pensamientos raras veces se levantan sobre la esfera de lo ordinario ó común; algunos otros son falsos, y pocos, muy pocos nuevos y brillantes. La forma, aunque fácil, armoniosa y abundan-

te, con frecuencia es incorrecta, particularmente en la parte prosódica; defecto en que por desgracia han incurrido muchos de nuestros más esclarecidos poetas. Y, sin embargo de todo, las composiciones del vate zacatecano tienen tanto sentimiento, hay en ellas tal ternura, llevan consigo un "no sé qué" de divino, que no pueden menos de arrebatarnos, seducirnos y cautivar-nos.

Por eso no nos fijamos en los defectos, por eso despreciamos los lunares, por eso nos sentimos embelesados con la lectura de estas poesías: ellas son el eco de un sentimiento, la expresión de una alma con la que gozamos ó sufrimos, con la que desfallecemos ó nos levantamos en alas de la esperanza que nos hace distinguir horizontes más bellos, días más tranquilos y felices; ellas son, en resumen, el himno, la suplica ó el gemido de un corazón que simpatiza con el nuestro, y al que acompañamos con ternura en la transfiguración brillante de su Tabor, en la crucifixión dolorosa de su Calvario.

Si la poesía no es más que "la representación sensible del bello ideal por medio de la palabra," preciso es aplicar á Calderón el epíteto de poeta, y de notable y sentido poeta, no bostante sus faltas é incorrecciones, así en la esencia como en la forma.

Y, en verdad, ¿quién no se entusiasma con la lectura de la siguiente estrofa?:

Vuela, vuela, corcel mío
Denodado;
No abatan tu noble brío
Enemigos escuadrones,
Que el fuego de los cañones
Siempre altivo has despreciado:
Y mil veces
Has oído
Su estallido
Aterrador,
Como un canto
De victoria,
De tu gloria
Precursor.

Entre hierros con oprobio
Goceen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

Esta sola estrofa, á falta de mejores títulos, valdría á su autor el envidiable dictado de poeta.

Fijemos ahora nuestra atención, siquiera sea por un momento, en la poesía intitulada "El sueño del tirano." ¡Qué valentía en los pensamientos! ¡Qué belleza en el colorido! ¡Cuánta verdad en la descripción!

..... Gritos horrendos
Cual espada de fuego le penetran:
Con pasos agitados,

Calderón, — C

Recorre su magnífico aposento,
Sin hallar el consuelo: en su alma impura
La amistad, el amor son nombres vanos
Que jamás comprendió....

Erizause los cabellos, se experimenta
una angustia horrible y se ve algo parecido
á las creaciones terríficas del Dante, cuando
Calderón nos dice en seguida:

Tapizado de huesos el suelo,
Va sobre ellos poniendo la planta,
Y al fijarla los huesos quebranta
Con un sordo siniestro crugir:
A su diestra y siniestra divisa
Esqueletos sin fin hacinados,
Y los cráneos del viento agitados
Le parece que escucha gemir...

En nuestro humilde juicio esta composición y la que intituló "El soldado de la libertad,"—de la que hemos citado ya una estrofa,—inmortalarán á Calderón, y le darán un lugar muy distinguido entre los mejores poetas mexicanos.

Escuchémosle ahora cuando pulsa la lira del Petrarca, y canta con ternura esa dulcísima y terrible pasión que llamamos amor.

¡Con qué sentimiento, con qué profundo sentimiento dice el enamorado vate:

Las almas que el cielo junta
¿Quién pudiera desunirlas?

No, nuestro amor será eterno.
A otra más brillante vida
Renacerán á adorarse
Tus cenizas y las mias!

Tierna también, intensamente tierna es la composición que lleva por título "¡Una memoria!" cuya lectura recomendamos á las almas sensibles.

Sería, en verdad, necesario para apreciar todas y cada una de las bellezas que encierra este volumen, trasladar aquí la mayor parte de las composiciones en él contenidas. Baste lo que dejamos copiado para que se vea que su autor fué un poeta, y un gran poeta, no obstante las faltas en que incurrió y de las que, con sentimiento, pasamos á ocuparnos.

Hemos dicho que la entonación de sus versos, raras veces se levanta sobre la esfera de lo común, y ahora nos será preciso añadir que en ocasiones se arrastra hasta tocar en lo vulgar y prosaico. Ejemplo de ello:

Amigo, dime si me ama
Aquella por quien respiro;
Si ha exhalado algún suspiro
Después que me separé.

Flojos son los primeros versos del soneto dedicado á la señorita María de los Angeles Z. y G., siendo de notar que el último pie del cuarteto.

De María de los Angeles te dieron,

no es ni puede ser nunca verso.

Cansado y prosaico nos parece, casi en su totalidad, el soneto á Hidalgo; y prosaicos y cansados los primeros versos de la composición: "Brindando á las mexicanas el 16 de septiembre de 1837."

Hemos dicho ya que las poesías de Calderón presentan incorrecciones, particularmente en su parte prosódica, y así lo comprueban multitud de versos que sería fastidioso señalar en su totalidad; pero de los que, en confirmación de nuestro aserto, nos vemos obligados á citar siquiera algunos. Tales son los siguientes:

Creen que acaba en el sepulcro,

verso de nueve sílabas en un romance octosílabo:

Te veo si estoy despierto,

verso de ocho sílabas en una composición formada de versos heptasílabos.

Serpenteando se oculta allá á lo lejos,

verso considerado como endecasílabo, cuando tiene doce sílabas:

Todavía tienen para mí las flores,

verso con los mismos defectos que el anterior.

En los romances de Calderón se encuentran con frecuencia legítimos y verdaderos consonantes donde sólo debieran hallarse voces ó palabras asonantadas, como sucede en la escena II, acto tercero de "El Torneo," en que consueñan "descolorido" y "marido;" en la escena VI del mismo acto y drama, donde hallamos "serena" y "enajena;" mientras que en otro lugar supone Calderón que son consonantes "ello" y "plebeyo" (Ana Bolena, escena III, acto tercero).

Un poeta notabilísimo, cuyos juicios y amistad tenemos en mucho (1), nos ha dicho alguna vez que, en su concepto, una facilidad extraordinaria para versificar, perjudica y daña por lo común al que la tiene, pues ella es con frecuencia causa de incorrecciones y defectos, en que no incurren los que de tal facilidad carecen. Acaso no sea esto del todo exacto; pero en lo que sí no cabe duda, es en que la mayor parte de las faltas cometidas por el vate zacatecano se debieron á esa facilidad para versificar, que fué en Calderón verdaderamente prodigiosa.

A ella y al fastidio que le causaba corregir sus composiciones hay que atribuir

(1) El Sr. D. Manuel M. Flores.

esos lunares de sus obras, principalmente en las dramáticas.

Hijas exclusivamente del descuido son las siguientes incorrecciones:

Vosotros retiraos....
Que tendrá cuando menos....
No tal, amigo mio....
¡Ah! sois vos, Kinston!...

que encontrará el lector en las poesías dramáticas, donde por descuido y sólo por descuido del poeta, aparecen como versos octosílabos.

Tampoco son versos de ocho sílabas, como lo debieran ser, los que á continuación copiamos:

D. Carlos.—
"Bouquet."

D. Tim.— Bu... ¿qué?

D. Carlos.— —Ramillete. Viejo, etc.

Incorrecciones son estas últimas, así como las que antes hemos mencionado, que pudieron fácilmente desaparecer, diciendo v. g.:

Crean que acaba en la tumba
Contigo estoy despierto,
Serpeando se oculta allá á lo lejos:

Aun tienen para mí las lindas flores

Vosotros, pues, retiraos.

Que tendrá cuando muy menos

¡Ah! ¡Kinston! Kinston ¿sois vos?

D. Tim.—

Bu... ¿qué? No lo entiendo.

D. Carlos.—

Quiero decir ramillete.

(¿Qué impertinente es el viejo!)

"Andiamo, andiamo."

Cort. tercero.—

(Sea entre nosotros dicho.)

Pero si con facilidad pueden desaparecer estas incorrecciones de forma, no sucede lo mismo con algunos defectos esenciales, que se notan, por desgracia, en las obras de Calderón, especialmente en las dramáticas.

La acción, por lo regular, camina en ellas con lentitud; las escenas no son siempre motivadas; los monólogos ó soliloquios se repiten con frecuencia, son largos y se hacen, por lo mismo, inverosímiles y fatigosos para el actor y para el público; el estilo, por último, carece de sobriedad en el ornato, siendo propio del género lírico por los arranques, las digresiones y las galas que lo distinguen y de que Calderón no pudo ó no quiso prescindir en sus composiciones dramáticas.

Sentimos en el alma que la imparcial-

dad de la crítica nos haya obligado a mencionar no sólo las muchas bellezas, sino también las imperfecciones ó los defectos que, por desgracia, aparecen en las poesías del gran vate zacatecano. Al obrar así, hemos cumplido con el deber que pesaba sobre nuestros débiles hombros, desde el momento en que aceptamos el desempeño de una obra erizada de inconvenientes y dificultades.

Queda, pues, terminada nuestra tarea, y sólo nos resta solicitar para ella la indulgencia de los lectores, y colocar sobre la frente del poeta una corona de inmarcesible laurel. ¡Gloria á Calderón, que tanto nombre y lustre dió á la República, y eterna fama á su proclamo ingenio, cuyas obras inmortales serán siempre motivo de justo y levantado orgullo para la patria!

Puebla, Febrero de 1881.

RAFAEL B. DE LA COLINA.



DATOS BIOGRAFICOS.

D. Fernando Calderón, hijo de la ciudad de Guadalajara, nació el 20 de julio de 1809, de una distinguida familia zacatecana, la cual se esmeró en darle una buena educación, pues felizmente abundaba en los necesarios recursos para hacerlo. Desde muy niño tuvo afición decidida á la lectura, y fué estudioso y aplicado á grado tal, que á los quince años hacía ya muy buenos versos y se distinguía por su saber entre sus compañeros; siendo digno de notar que debido á esa misma aplicación alcanzó á recibirse de abogado el año de 1829, es decir, cuando sólo contaba veinte de edad. Escribió un ensayo dramático con el título de "Reinaldo y Elina," bastante bueno para su corta

Calderón.—D

dad de la crítica nos haya obligado a mencionar no sólo las muchas bellezas, sino también las imperfecciones ó los defectos que, por desgracia, aparecen en las poesías del gran vate zacatecano. Al obrar así, hemos cumplido con el deber que pesaba sobre nuestros débiles hombros, desde el momento en que aceptamos el desempeño de una obra erizada de inconvenientes y dificultades.

Queda, pues, terminada nuestra tarea, y sólo nos resta solicitar para ella la indulgencia de los lectores, y colocar sobre la frente del poeta una corona de inmarcesible laurel. ¡Gloria á Calderón, que tanto nombre y lustre dió á la República, y eterna fama á su proclamo ingenio, cuyas obras inmortales serán siempre motivo de justo y levantado orgullo para la patria!

Puebla, Febrero de 1881.

RAFAEL B. DE LA COLINA.



DATOS BIOGRAFICOS.

D. Fernando Calderón, hijo de la ciudad de Guadalajara, nació el 20 de julio de 1809, de una distinguida familia zacatecana, la cual se esmeró en darle una buena educación, pues felizmente abundaba en los necesarios recursos para hacerlo. Desde muy niño tuvo afición decidida á la lectura, y fué estudioso y aplicado á grado tal, que á los quince años hacía ya muy buenos versos y se distinguía por su saber entre sus compañeros; siendo digno de notar que debido á esa misma aplicación alcanzó á recibirse de abogado el año de 1829, es decir, cuando sólo contaba veinte de edad. Escribió un ensayo dramático con el título de "Reinaldo y Elina," bastante bueno para su corta

Calderón.—D

edad, que fué representado con regular éxito en el teatro de Guadalajara; y otros no menos felices.

Concluidos sus estudios, pasó á Zacatecas, en donde comenzó á ejercer su honrosa profesión, sin abandonar por eso el cultivo de la poesía; pues al contrario, dió á la escena en el teatro de esa ciudad nuevas piezas dramáticas que hicieron su nombre popular y apreciable. Contribuyendo, acaso principalmente, este triunfo á despertar en él deseos de figurar en otra esfera, pronto se mezcló en la política del Estado, llegando su entusiasmo por ella hasta obligarlo á tomar las armas en 1835 para defender y proteger las tendencias de su partido; en ese mismo año quedó herido gravemente en un combate. A poco fué desterrado del Estado por el gobierno del mismo; y con tal motivo vino á refugiarse á México abandonando así el manejo y administración de sus intereses. En esta ciudad, debido sin duda á sus pocas relaciones, sufrió al principio algunas escaseces; pero pronto su fama literaria le proporcionó la amistad de algunas personas ilustradas é influyentes, quienes se apresuraron á presentarlo á la Academia de Letrán, fundada hacia poco, la cual lo recibió gustosa en su seno.

Allí, en medio de las luminosas discusiones de D. Joaquín Pesado, de Lacunza

y otros literatos inolvidables, se despertaron en nuestro Calderón nuevas y brillantes facultades; se afinó su gusto literario, estudió los buenos modelos, y se aprovechó, finalmente, de la experiencia, saber y erudición de sus nuevos amigos: las composiciones de entonces revelan estudios y detenimiento, tienen un lenguaje más cuidado y la locución es más clara y natural.

Calderón, en las consultas que hacía á aquellos distinguidos maestros, se mostraba siempre dócil y atento á sus indicaciones, aceptaba sus correcciones y seguía el camino que ellos le marcaban; en una palabra, su residencia en México le fué sumamente útil y provechosa. Por aquel tiempo corrigió y dió á la escena algunas de las obras que ya tenía escritas y otras que nuevamente compuso, como "A ninguna de las tres," "El Torneo," "Ana Bolena" y "Hermán ó la Vuelta del Cruzado." Los triunfos que Calderón obtuvo con la representación de estas composiciones, influyeron seguitamente en que D. José María Tornel, Ministro de la Guerra, y en todo tiempo amigo y protector de los amantes de las letras, se empeñase con el Gobierno de Zacatecas para que levantara á autor tan distinguido el destierro que pesaba sobre él, pues que "el genio" decía—"no tiene enemigos, y los talentos

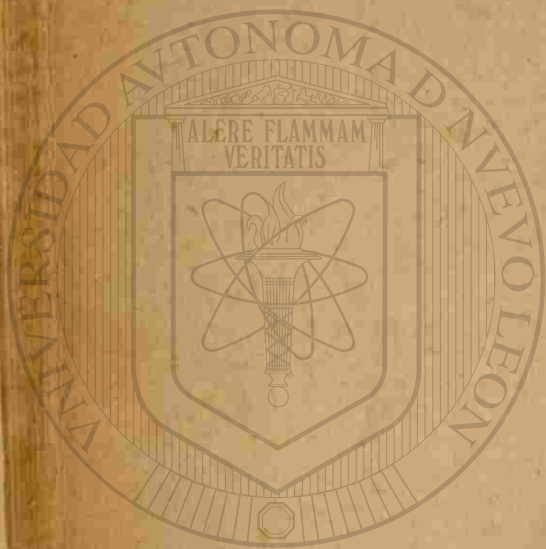
deben respetarse por las revoluciones." Oída y atendida como lo merecía esta petición, Calderón pudo ya volver á Zacatecas, en donde algún tiempo después de su llegada fué nombrado secretario del Tribunal de Justicia; en seguida electo diputado, y por último, llamado á desempeñar la Secretaría de Gobierno. Retirado á la vida privada, en donde no escasearon para él los cuidados de familia ni las tribulaciones de ingratitudes y olvido, una terrible enfermedad, que durante un año lo tuvo postrado en el lecho del dolor, lo llevó al sepulcro el 18 de enero de 1845, en la villa de Ojocaliente, lugar de su residencia, á la temprana edad de 36 años. Dejó sin concluir un drama con el título de "El Caballero Negro," y un poema con el de "La Creación." Sus obras dramáticas se publicaron dos veces: una edición apareció con prólogo de D. José Joaquín Pesado, y otra con uno de D. Manuel Payno. "Se notará en las obras de Calderón—dice el primero—algunos defectos, algunos descuidos, algunas incorrecciones, pero en cambio ¡cuánta poesía, cuánta dulzura, y á veces cuánto fuego! Su locución es clara, sus pensamientos exactos, sus pasiones nobles, y siempre caballescicos sus sentimientos. En ellos, como que se pinta ó revela el alma del autor; así es que al pasar la vista por sus pági-

nas se sienten movidos los afectos y arrebatado el corazón. Sus mismos descuidos son hijos de su facilidad, defecto común en los ingenios dotados de aquella rica prenda.

"El lector perdona los ligeros defectos que hay en la obra, en cambio del raudal de armonía que lo suspende."

Calderón es más notable y digno de admiración como poeta lírico que como dramático. Sus obras para el teatro, calificadas por el señor Couto de "ensayos felices," adolecen, por lo general, de los defectos que el romanticismo produjo en nuestra literatura: el lenguaje, si bien es fácil y animado, tiene á veces cierta profusión de adornos que le quitan la naturalidad; la acción camina en medio de muchas circunstancias, que, además de dividir la atención, deja adivinar pronto el desenlace. Por lo demás, los versos son muy bellos, armoniosos y fluidos.

Calderón, pues, merece justamente ser contado entre nuestros mejores poetas, y la popularidad de que gozan algunos de sus dramas, acredita su mérito: conviene también no olvidar que él y Rodríguez Galván dieron eficaz impulso á nuestro teatro, en una época en que todos se dedicaban á la poesía puramente lírica.



POESIAS LIRICAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL PORVENIR

Tú me amas, y yo te adoro;
Pero ha de llegar el día
En que tú ó yo para siempre
Debemos dejar la vida:
Los espíritus cobardes,
Las almas bajas y tibias,
Desechan esta memoria,
Y al pensarlo se horrorizan:
Creen que acaba en el sepulcro
El amor y sus delicias
¡Insensatos! ¡no conocen
Su esencia pura y divina!
El alma jamás perece,
Pues del cuerpo desprendida
Pasa á una región suprema
De venturas y de dichas:
Y este dulce sentimiento

Del amor, esta semilla
 Que en nuestras almas sembrara
 Del Gran Ser la mano misma,
 La debe seguir, no hay duda:
 El alma en amor respira,
 Es su esencia, es su alimento,
 Y sin él no existiría.

No temas, Amira hermosa,
 De horrible muerte las iras;
 Las almas que el cielo junta
 ¿Quién pudiera desunirlas?
 No, nuestro amor será eterno:
 A otra más brillante vida,
 Renacerán á adorarse
 Tus cenizas y las mías.

1,825.

A AMIRA

Eres, Amira bella,
 Más pura que las flores:
 Tus risas son amores,
 Y amor es tu mirar:
 ¡Feliz cuando á tu lado
 Suspiro, y tú suspiras!
 ¡Oh Amira celestial!

Quando tu mano hermosa
 Toca la ardiente mía.....
 ¡Cómo, cómo podría
 Pintar mi sensación!
 Hierve mi sangre toda
 Con un ardor divino;
 No cambio mi destino
 Por cuanto alumbra el sol!

En todas partes miro
 Tu imagen adorada:
 Do quiera retratada
 Te encuentra mi pasión:
 Me sigues á las cortes
 Y al árido desierto:
 Te veo si estoy despierto,
 Si sueño es con tu amor.

En la floresta hermosa

Y en la tranquila fuente;
 En la aurora luciente,
 Allí estás siempre tú;
 Y si en la quieta noche
 Contemplo las estrellas,
 Miro en sus luces bellas
 De tus ojos la luz.

Imagen seductora
 Del cielo soberano,
 ¿Podrá ningún humano
 Tus gracias merecer?
 ¡Oh! deja el mundo, Amira,
 Y elevando tu vuelo
 Sube al sereno cielo,
 Que tu morada es;

Mas Dios te manda al Mundo
 Como genio divino,
 Que vienes el destino
 Del hombre á consolar.
 Tus ojos ¿cuál encanto
 Tienen, oh dulce Amira!
 Que el que una vez te mira
 No sabe más que amar.

1,828.

A UNA ROSA MARCHITA.

¿Eres tú, triste rosa,
 La que aver difundia
 Balsámica ambrosia,
 Y tu altiva cabeza levantando.
 Eras la reina de la selva umbria?
 ¿Por qué tan pronto, dime,
 Hoy triste y desolada
 Te encuentras de tus galas despojada?

Ayer viento suave
 Te halagó cariñoso,
 Ayer alegre el ave
 Su cántico armonioso
 Ejercitaba, sobre tí posando;
 Tú, rosa, le inspirabas,
 Y á cantar sus amores le excitabas.

Tal vez el fatigado peregrino
 Al pasar junto á tí quiso cortarte:
 Tal vez quiso llevarte
 Algún amante á su ardoroso seno;
 Pero al ver tu hermosura,
 La compasión sintieron,
 Y su atrevida mano detuvieron.

Hoy nadie te respeta;
 El furioso aquilón te ha deshojado;

Ya nada te ha quedado,
¡O reina de las flores!
De tu pasado brillo y tus colores.

La fiel imagen eres
De mi triste fortuna:
¡Ay! todos mis placeres,
Todas mis esperanzas, una á una
Arrancándome ha ido
Un destino funesto, cual tus hojas
Arrancó el huracán enbravecido!

¿Y qué, ya triste y sola
No habrá quien te dirija una mirada?
¿Estarás condenada
A eterna soledad y amargo lloro?
No; que existe un mortal sobre la tierra,
Un joven infeliz, desesperado,
A quien horrible suerte ha condenado
A perpetuo gemir: ven, pues, ¡oh rosa!
Ven á mi amante seno, en él reposa,
Y ojalá de mis besos la pureza
Resucitar pudiera tu belleza.

Ven, ven ¡oh triste rosa!
Si es mi suerte á la tuya semejante,
Y tu última fragancia será mía.
Burlemos su porfía;
Ven, todas mis caricias serán tuyas.

1,828.

LA FELICIDAD.

¿En dónde está la verdadera calma,
Decídmelo, amigos, que jamás la vi?
Tras ella corre sin cesar el alma,
Y ella ¡oh dolor! huyendo va de mí.

Busco en vano en los salones
Del alcázar poderoso
El dulcísimo reposo
Que llaman felicidad;
Una ilusión agradable
A mis ojos se presenta,
Quiero abrazarla, se ahuyenta,
Y aparece la verdad.

Oigo las alabanzas que al guerrero
Prodiga aduladora poesía:
"Al fin, exclamo, un corazón de acero
A la felicidad será mi guía."

Ya escucho el marcial estruendo;
Dejo la lira sonora,
Y la espada brilladora
Quiero valiente empuñar:
Ya soy feliz; mas ¡oh cielos,
Qué reflexión tan terrible!
¿Puede un corazón sensible,
Ser feliz viendo llorar?

Calderón.-2

¿Cómo podéis en medio de la guerra
Tranquilos respirar? ¡oh cielo santo!
¿Puede agradaos devastar la tierra,
Y esparcir por do quiera luto y llanto?

En torno de vuestro carro
Sólo se escuchan gemidos
De infelices sumergidos
En dolorosa orfandad.

Yo no miro en ese cuadro
Sino un placer horroroso:
No el dulcísimo reposo
Que llaman felicidad.

No hay dicha, en fin, exclaman triste-
(amente,
El sabio, el rey, el hábil cortesano;
¡Necios! venid, y la veréis patente
Sobre la alegre faz del aldeano;

Vuestros deslumbrados ojos
Buscan poder y riqueza,
Y en medio de la grandeza
Queréis la dicha encontrar.

Dejad vuestro error funesto:
Bajad á ese valle umbroso;
Veréis un hombre dichoso
Junto del humilde hogar.

De su amada familia acariciado
Pasa él allí su vida deliciosa;
Su placer es amar y ser amado,
Su riqueza, sus hijos y su esposa.

En su habitación sencilla
No brilla el mármol ni el oro;
Mas ¿qué importa? otro tesoro
Tiene allí su corazón.

El cariño de su esposa,
De sus hijos la terneza:
He aquí toda su riqueza,
He aquí toda su ambición.

No eres un nombre vano, una quimera;
Te hallaré al fin, felicidad amada:
La mano de una tierna compañera
Me ofrecerá tu copa embalsamada.

¡Felicidad, felicidad querida,
Te encuentra al fin mi corazón ardiente!
¡Ven y consuela mi alma adolorida!
¡Ven, y refresca mi abrasada frente!

LA VUELTA DEL DESTERRADO.

Triste, afligido, lloroso,
Volvió á su patria un anciano,

A quien el odio tirano
De sus hogares lanzó:

Párase: tiende la vista
Sobre su paterno suelo,
Alza los ojos al cielo,
Y así el misero exclamó:

"Al fin, ¡oh patria querida!

Al fin mi cansada planta
Vuelve á pisar tu recinto
Después de tantas desgracias:

Políticas disensiones,
Persecuciones tiranas,

El furor de los partidos

De tu seno me arrancaran:

Yo me acuerdo, sí, me acuerdo,

¡No puede olvidarlo el alma!

De aquel tristísimo día

En que salí de tus playas:

Yo pisé el bajel funesto

Que de tí me separaba,

Como pisa un triste reo

De su cadalso las gradas:

Yo he vagado cuatro lustros

Por las regiones extrañas,

Sin apoyo, sin asilo,

Sin consuelo ni esperanza:

El miserable alimento

Con mis lágrimas regaba,

Sin tener un solo amigo

Que mis penas consolara;

Mis hijos, mis tiernos hijos,

Mi esposa desconsolada,

Mis amigos, todos, todos,

Se presentaban á mi alma:

Eterno Dios ¡cuántas veces

Te dirigí mis plegarias

Pidiéndote que la muerte

Mis desgracias terminara!

Vuelvo, en fin; pero ¡qué miro!

Ni aun existe mi cabaña,

Su lugar quedó desierto

Por el furor de las armas.

¡Hijos... esposa... no existen!

Nadie escucha mis plegarias:

¡Han muerto, descansan todos

En su tumba solitaria!

¡Hijos... esposa... no existen!

Ni padre, ni esposo... nada,

Nada soy sino un mendigo

Un extranjero en mi patria.

Sólo queda en este sitio

El árbol que con sus ramás

Cubrió á mi cara familia,

Que á su sombra reposaba:

¡Infeliz! ¡cuántos recuerdos!

Mi esposa allí se sentaba,

Aquí mis pequeños hijos

En mis rodillas jugaban,
Y ahora... ¡ahora nada tengo
Sino lágrimas amargas!

Arbol, tú sólo me quedas;
Mas ni á ti se respetaron,
Pues en tu tronco estoy viendo
Las señales de las lanzas.
¿Y esta mancha? ¡Dios piadoso!
¿Será tal vez esta mancha
Sangre de mis tristes hijos?
¿Su sangre aquí derramada?
¡Oh Dios! esta sangre pura
Sobre las cabezas caiga
De los viles ambiciosos
Que despedazan mi patria."
No pudo más el anciano,
Abrazó el árbol querido,
Lanzó un lúgubre gemido,
Y junto al tronco expiró...
Después, algún aldeano
Le dió humilde sepultura,
Y dos leños en figura
De cruz, allí colocó.

1,836.

LA RISA DE LA BELDAD.

Bella es la flor que en las auras
Con blando vaivén se mece:
Bello el iris que aparece
Después de la tempestad:
Bella en noche borrascosa
Una solitaria estrella;
Pero más que todo es bella
"La risa de la beldad."

Despreciando los peligros
El entusiasta guerrero,
Trueca por el duro acero
La dulce tranquilidad:
¿Quién su corazón enciende
Cuando á la lucha se lanza?
¿Quién anima su esperanza?...
"La risa de la beldad."

El conquistador altivo
Precedido de la guerra,
Cubre de sangre la tierra,
De miseria y orfandad:
¿Y quién el curso detiene
De su cólera siniestra?
¿Y quién desarma la diestra?
"La risa de la beldad."

¿Quién del prisionero triste
Endulza el feroz tormento?
¿Por quién olvida un momento
Su perdida libertad?
¿Y quién, en fin, del poeta
Hace resonar la lira?
¿Quién sus acentos inspira?
"La risa de la beldad."

Una suerte inexorable,
Llena de luto mi vida,
Y mi alma gime oprimida
Por la dura adversidad.
Pero yo olvidado estas horas
De tanta amargura llenas,
Cuando suaviza mis penas
"La risa de la beldad."

1837.

A MI AMADA LLORANDO.

No llores, amada mía,
Que con tu llanto de fuego
Arrebatas el sosiego
De mi amante corazón;
No naciste para el llanto,
Que el placer es tu destino:
Sobre tu rostro divino
No reine, hermosa, el dolor.

Llore el triste que te adora,
Y que en su dolor no alcanza
Ni consuelo ni esperanza,
A su ardiente y fino amor.
Llore el misero que lucha
Con una pasión insana;
Llore al que esperanza vana
Engañó su corazón.

Pero tú, mujer divina,
No naciste para el duelo;
Pertenece toda al cielo,
Y en el cielo no hay dolor.
En tu boca purpurina
Tenga la risa su asiento:
En tus ojos el contento:
La paz en tu corazón.

No: el llanto, no, de tus ojos
 Eclipse la luz fulgente;
 Levanta al cielo tu frente,
 Angel de dicha y amor,
 Y pasa alegre tu vida
 Circundada de ventura,
 En tanto que de amargura
 El cáliz apuro yo.

1,840.



LA DESPEDIDA.

Llegó el fatal instante,
 Amira jdo. atrada:
 Tu imagen retratada
 Irá en mi corazón:
 Ella será el recuerdo
 De mi pasada gloria:
 Amira, esta memoria
 Que calme mi dolor

Cuando el doliente llanto
 Publique mi desvelo,
 Ella será el consuelo
 De mi amargo penar:
 ¡Oh, cuántas veces, cuántas,
 Engañaré la ausencia!
 Creeré de tu presencia
 El gozo disfrutar.

¡Mentidas ilusiones!
 De magia lisonjera,
 ¿Por qué de esta manera
 Me hacéis soñar placer?
 ¡Oh! si acaso durara
 Este engañoso fuego...
 Pero huye, y queda luego
 Tan sólo el padecer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Veránme á mi en tu ausencia
En lágrimas desecho,
Y en tanto de tu pecho
Otro el amor tendrá...

Mas ¿yo creerte inconstante?
Perdona, Amira hermosa;
Puro como la rosa
Tu corazón será.

Pero llegó el momento,
Se acerca la partida...
¡Adiós, mi bien, mi vida!
¡Mi adoración, adiós!
No temas que te olvide,
Jamás, Amira amada;
Tu imagen retratada
"Irá en mi corazón."

1,826.

LOS RECUERDOS
A UN AMIGO EN MI AUSENCIA.

Amigo, dime si me ama
Aquella por quien respiró;
Si ha exhalado algún suspiro
Después que me separé:
Dime si acaso inhumana
De mí se olvida engañosa;
Dime si la ves llorosa,
O si ha burlado mi fe.

Dimelo; la incertidumbre
Es más triste que el mal mismo:
Saca á mi alma de este abismo
En que sumergida está:
Pero... si fuere inconstante...
Nada digas en mi daño;
Más vale creer el engaño,
Que el desengaño llorar.

1,826.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOS RECUERDOS.

Estos... ¡fatal memoria!
 Estos los sitios son donde algún día
 De placeres purísimos colmada,
 Gozó felicidad el alma mía.
 Aquí está todavía
 La señal de la huella idolatrada
 De mi bien más querido....
 ¡Triste recuerdo del placer perdido!

Sitios que en otro tiempo
 Mirásteis mi ventura,
 Ved ahora mi amargura,
 Mi bárbaro dolor.
 ¿En dónde está mi amada,
 Dime, bosque sagrado,
 Acaso se ha ausentado,
 Acaso me olvidó?

Si, me olvidó la ingrata,
 Me olvidó la perjura;
 Yo la juzgué.... ¡locura!
 Yo la juzgaba fiel;
 ¡Ay! ¿quién pensar pudiera
 Que aquel ángel mentía?
 "Yo te amo, me decía,
 Jamás te olvidaré."

¡Qué pronto, ¡desdichado!
 Faltó á su juramento!
 Tan pronto como el viento

Sus palabras llevó;
 ¿Y qué me queda, ¡cielos!
 En este bosque ahora?
 Recuerdo que devora
 Mi mustio corazón.

Arbol, en otro tiempo
 Bajo tu fresca sombra me sentaba
 En el calor del día,
 Y amorosas canciones entonaba,
 Que inspirarme solía
 ¡A que un amor eterno me juraba:
 ¿En dónde está este amor? huyó ligero,
 ¡Huyó, tú existes, y á tu sombra muero!

Arbol, si por acaso
 Volviese mi adorada,
 De mi rival burlada,
 Para llorar su error,
 Dile que aun en mi muerte,
 Su nombre he repetido;
 ¡Ay! dile que el olvido
 Jamás de mí triunfó.

Arbol, tú puedes verla;
 Pero yo, desdichado,
 Bajo al sepulcro helado
 En mi florida edad;
 Y ni el triste consuelo
 Le queda al alma mía,
 De que á mi tumba fría
 Venga nadie á llorar!!!

LA SOLEDAD

Traducción de la Meditación 1ª de M. Lamartine.

¡Oh cuántas veces sobre la montaña,
Bajo la vieja encina yo me siento;
Cuando se pone el sol, mi vista errante
Por la inmensa llanura dirigiendo,

Cuyo variado y esplendente cuadro,
Desenvolverse ante mis plantas veo.
Ruge aquí el río en espumosas ondas,
Serpenteando se oculta allá á lo lejos:

Más allá se descubre el lago inmóvil,
Sus dormitantes aguas extendiendo,
Donde se alza la estrella vespertina,
Sobre el azul hermoso de los cielos.

En la cima elevada de los montes,
Coronados de bosques verdinegros,
El incierto crepúsculo su rayo
Postrero arroja, en tanto que en silencio

De la callada reina de las sombras,
El carro vaporoso va subiendo,
Del horizonte al borde blanqueando
Con el pálido albor de sus reflejos.

De la gótica torre se alza entonces
Sonido religioso, y el viajero

Se detiene: de rústica campana
Se oye sonar el compasado acento.

Que á los rumores últimos del día,
Se une formando místicos conciertos.
Pero, ¡ay de mí! que á tan hermosos ena-
Es mi alma indiferente; al recorrerlos

No experimento encantos ni transportes:
Y como una alma errante me contemplo
En esta tierra: el sol ¡ay! de los vivos,
No puede, no, recalentar los muertos!

De colina en colina: de la aurora
Hasta do el sol oculta sus reflejos:
Del Sud al Aquilón: por todas partes,
Del espacio los puntos recorriendo,

Llevo en vano mi vista, y triste exclamo
¡No hay dicha para mí en el universo!
¡Qué me importan las chozas, los palacios,
Estos valles, en fin? ¡vanos objetos!

Su encanto para mí se ha disipado:
¡Oh bosques, rocas, ríos turbulentos,
Soledades queridas, un ser sólo
Os falta, y todo para mí está yermo!

Que comience ó que acabe el sol su
Con ojo indiferente lo contemplo:

Que las nubes ofusquen su faz pura,
O brille de zafir en claro cielo;

¡Oh! ¿qué me importa el sol? ¿Alguna
(cosa

Ya de los días por acaso espero?
Si en su vuelo pudiera yo seguirle,
Vacío nada más, tristes desiertos

Vieran mis ojos ¡ay! en todas partes.
¡De cuanto alumbra el sol nada deseo;
Nada le pido al mundo ni á los hombres;
Nada le pido, nada, al universo!

Del mundo más allá, donde fulgura
El verdadero Sol, en otros cielos,
A la tierra dejando mis despojos,
El objeto encontrara de mis sueños.

Yo me embriagara allí en la fuente pura
A que aspiro, encontrando al mismo tiem-
(po

La esperanza, el amor, aquel bien dulce,
Aquel bien ideal, que es siempre objeto

Del ardiente deseo de las almas,
Y que no tiene nombre en este suelo.
¡Que no pueda, llevado sobre el carro
De la aurora, lanzarme en un momento

Hasta tí, vago objeto de mis votos!
Sobre este triste mundo de destierro,

¿Por qué vivo yo aún? entre él, sin duda,
Y entre mí, nada de común encuentro.

Cuando la hoja de los bosques cae
Por la pradera, se levanta el viento
De la noche arrancándola á los valles:
Y yo, ¡triste de mí! yo me contemplo
Semejante á esta hoja ya marchita:
Arrástrame también, aquilón fiero!

1,840.

INVOCACION.

(Traducción del Sr. Alfonso Lamartine.)

Tú que te me apareciste
 De ese valle en el desierto,
 Pasajera en estos sitios,
 Habitante de los cielos:
 O tú, que brillar hiciste,
 De obscura noche en el seno,
 Ante mis ojos un rayo
 De un amor puro y sereno:
 Dignate á mi humana vista
 Mostrarte por fin sin velo.
 Dime tu nombre, tu patria,
 Tu destino: di ¿si es cierto
 Que fué la tierra tu cuna,
 O eres soplo del Eterno?
 ¿Volverás á ser mañana
 El fulgor puro del cielo;
 O en este lugar de luto,
 De miseria y de destierro,
 Debes seguir todavía
 Tu fatigoso sendero?
 Cualquiera que sea tu nombre,
 Tu patria y destino, ¡oh genio
 De las mansiones divinas!
 ¡Oh hija de la tierra! al menos,
 Déjame toda mi vida

Ofrecerte amor é incienso.
 Si tú debes, cual nosotros,
 Acabar tu curso presto,
 Sé mi apoyo, sé mi guía;
 Permite que en todos tiempos,
 En todas partes, el polvo
 Do tus pies estén impresos,
 Bese ardiente el labio mío;
 Pero si elevas tu vuelo,
 Sé lejos de nuestros ojos,
 Dentro de muy poco tiempo,
 De los ángeles hermana,
 Volver debes á su seno,
 ¡Ay, después de haberte ama lo
 Algúnos días al menos
 En este mundo, de mí
 Acuérdate allá en el cielo!

EL VETERANO.

Cubierto de mil heridas
 Un valiente veterano,
 Vuelve de la guerra ufano
 Con los brazos de su amor:
 Con el polvo de las lides,
 ¡Qué hermoso está su semblante!
 En su frente radiante
 ¡Cuán brilla bélico ardor!

A la puerta de su choza
 Sale á encontrarlo su amada,
 Ruborosa, alborozada,
 Paupando de placer;
 Y él estrechando en sus brazos
 A su adorada María,
 Siente en manto de alegría
 Sus ojos humedecer.

Ven, le dice, ven, hermosa,
 Toca mi frente ardorosa,
 ¡Oh mi amor!
 Mirala, está escrita en ella
 Una página muy bella
 De sufrimiento y valor.

En la tremenda batalla,
 El primero á la muralla

Yo subí,
 Y esta mano que te estrecha,
 Supo abrir horrible brecha,
 Pensando, mi bien, en ti.

Cuando á la lid me arrojaba,
 ¡Oh, con qué fuerza tronaba
 El cañón!
 Mas mi patria y mi querida,
 En la lucha enardecida
 Llenaban mi corazón.

Y á cada tiro escuchaba
 Una voz que me gritaba,
 "Vida mía:
 Corre, y con ánimo fuerte
 Lucha con la horrenda muerte
 Por merecer á María."

Y lleno de ardor sagrado,
 A las filas denodado
 Me arrojé;
 Mi pecho hirió hierro insano;
 Pero el pabellón hispano
 Sirvió de alfombra á mi pie.

Ese estandarte orgulloso
 Alzá en el "Pántuco" undoso
 Muestra sea
 De nuestro valor, en tanto
 Que nuestro estandarte santo
 Sobre sus restos ondea.

Yo era pobre; no tenía
Que ofrecerte ¡oh mi María!
Por tu amor;
Ya soy rico; en sangre tinta
Lleva mi pecho un cinta,
Premio de noble valor.

Y con ella engalanado,
Puedo marchar á tu lado,
Y decir:
"Es ya mía esta belleza.
Porque expuse mi cabeza
Por merecerla ó morir."

Esta cinta es ¡un tesoro,
Que en más que la plata y oro
Precio yo:
Y mi noble descendencia
Dirá: ¡Ved la rica herencia
Que mi padre nos dejó!

Así el noble veterano
Lleno de gloria decía,
Y orgullosa su María
Gozaba el triunfo con él;
Y ni por el regio trono,
Ni la púrpura brillante,
Aquel venturoso instante,
Trocará su pecho fiel.

1840.

BRINDANDO A LAS MEXICANAS
EL 16 DE SEPTIEMBRE
DE 1837.

¿Con que también en vuestro cuello
(móso

Cargaba el yugo de opresión impia,
Hermosas mexicanas? ¿Con que pudo
El tirano cubrir de negro velo
Esas frentes divinas
En que se mira retratado el cielo?

Tal era vuestra suerte:
La rodilla doblar ante el tirano,
Que incensaros cual diosas debería,
Y con el labio en que el amor reía,
Besar humildes la sangrienta mano,
Siglos de execración; siglos de oprobio
Que pasaron por fin; ya más sereno
Brilla la libertad el claro día;
Tornóse el lloro en cantos de alegría,
Y late el corazón de gloria lleno.

BRINDANDO A LA JUVENTUD ZACATECANA

EN EL DIA DE LA APERTURA DEL SALON MANDADO
CONSTRUIR POR EL GOBIERNO DE ZACATECAS PARA
ESCUELA NORMAL DE PRIMERAS LETRAS.

En medio de las horridas borrascas
Con que la nave del Estado lucha,
¿Quién lo creyera! hoy vemos levantarse
Como una tabla de esperanza y vida,
Este edificio augusto: así el Eterno
En medio de abrasados arenales,
Hace que nazca cristalina fuente:

¿Y qué, México, digno de este nombre,
Ardiendo llanto sin cesar no vierte
A ver la patria desolada y triste
De odios civiles y discordias campo?
¿Y qué patriota no dirige al cielo
Votos fervientes porque torne un día
La era de paz, de gloria y de ventura,
Que esperar debe el pueblo mexicano?

¡Ah! sí, yo siento inspiración sagrada,
Sublime inspiración que por mi boca
Hoy te revela, juventud querida,
El futuro destino que te aguarda.
Vendrá un día, vendrá, yo lo preveo,

En que el poder terrible de las armas
Arrollado será por el torrente
De frustración! y la pequeña chispa
Que hoy describen apenas nuestros ojos,
Será una antorcha inextinguible y pura,
A cuya luz caminarán los pueblos.
¡Ay! nosotros tal vez no alcanzaremos
Este mágico cuadro; mas vosotros,
Niños felices, lo veréis sin duda.
¡Oh, quién pudiera descender ahora
Al seno obscuro de la tumba helada,
Y renacer después á edad tan bella!

Quando del Septentrion los fuertes hijos
De Libertad el grito levantaron,
Una parte del gótico edificio
Cayó al esfuerzo de su noble espada;
Pero quedan vestigios todavía:
A vosotros no más reserva el cielo
La gloria de arrasarlo ¡oh tiernos niños!
Y levantar el sacrosanto templo
De augusta libertad: alzad ufanos
Con esperanza tal la noble frente;
Válor, ¡oh juventud zacatecana!
Seguid la senda que á la gloria guía;
De vuestros padres realizad el sueño,
Y grande, hermoso, plácido y risueño,
Haced que luzca el bienhadado día.

Y de noble ambición animados
De la ciencia buscad el tesoro

Más brillante, más puro que el oro.
 Ya os sonríe la fama inmortal.
 En vuestra alma inocente grabado
 Tened siempre tan plácido día:
 Al fin grande serás, patria mía,
 Grande al fin para siempre serás!



EL SOLDADO DE LA LIBERTAD

Sobre un caballo brioso
 Camina un joven guerrero
 Cubierto de duro acero,
 Lleno de bélico ardor:
 Lleva la espada en el cinto,
 Lleva en la cuja la lanza,
 Brilla en su faz la esperanza,
 En sus ojos el valor.

De su diestra el guante quita,
 Y el robusto cuello halaga,
 Y la crin, que al viento vaga,
 De su compañero fiel.
 Al sentirse acariciado
 Por la mano del valiente,
 Ufano alzando la frente
 Relincha el noble corcel.

Su negro pecho y sus brazos
 De blanca espuma se llenan:
 Sus herraduras resuenan
 Sobre el duro pedernal;
 Y al compás de sus pisadas,
 Y al ronco son del acero,
 Alza la voz el guerrero
 Con un acento inmortal:

"Vuela, vuela, corcel mío
Denodado;
No abatan tu noble brio
Enemigos escuadrones,
Que el fuego de los cañones
Siempre altivo has despreciado:
Y mil veces

Has oído
Su estallido,
Aterrador,
Como un canto
De victoria,
De tu gloria,
Precursor.

"Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad."

Yo dejé el paterno asilo
Deñcioso;
Dejé mi existir tranquilo
Para ceñirme la espada,
Y del seno de mi amada
Supe arrancarme animoso:

Vi al dejarla
Su tormento,
¡Qué momento
De dolor!
Vi su llanto,
Y pena impia,
Fué á la mia
Superior.

"Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad."

El artero cortesano,
La grandeza,
Busque adulando al tirano,
Y doblando la rodilla;
Mi trotón y humilde silla
No daré por su riqueza:

Y bien pueden
Sus salones
Con canciones
Resonar;
Corcel mío,
Yo prefiero
Tu altanero
Relinchar.

"Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad."

Vuela, bruto generoso,
Que ha llegado
El momento venturoso
De mostrar tu noble brio,
Y hollar del tirano impio
El pendón abominado;
En su alcázar
Relumbrante

Arrogante
Pisarás,
Y en su pecho
Con bravura
Tu heradura
Estamparás.

"Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad."

Así el guerrero cantaba,
Cuando resuena en su oído
Un lejano sordo ruido,
Como de guerra el fragor:
"A la lid," el fuerte grita,
En los estribos se afianza,
Y empuña la dura lanza,
Lleno de insólito ardor:

En sus ojos, en su frente,
La luz brilla de la gloria,
Un presagio de victoria,
Un rayo de libertad:

Del monte en las quiebras hondas
Resuena su voz terrible,
Como el huracán horrible
Que anuncia la tempestad.

Rápido vuela el caballo,
Ya del combate impaciente,
Mucho más que el rayo ardiente
Es su carrera veloz:

Entre una nube de polvo
Desaparece el guerrero
Se ve aún brillar su acero,
Se oye á lo lejos su voz:
"¡Gloria, gloria! ¡Yo no quiero
Una vergonzosa paz;
Busco en medio de la guerra
La muerte ó la libertad!"

EL SUEÑO DEL TIRANO

De firmar proscriciones
 Y decretar suplicios, el tirano
 Cansado se retira,
 Y en espléndido lecho hallar pretende
 El reposo y la paz ¡desventurado!
 El sueño, el blando sueño,
 Le niega su balsámica dulzura:
 Tenaz remordimiento y amargura
 Sin cesar le rodean:
 En todas partes estampada mira
 De sus atroces crímenes la historia:
 Su implacable memoria
 Piel en atormentarle, le recuerda
 Las esposas, los hijos inocentes
 Que por su saña abandonados gimen
 En viudez y orfandad: gritos horrendos
 Cual espada de fuego le penetran:
 Con pasos agitados
 Recorre su magnífico aposento,
 Sin hallar el consuelo: en su alma impura
 La amistad, el amor, son nombres vane
 Que jamás comprendió: los ojos torna;
 Su cetro infausto y su corona mira;
 Un grito lanza de mortal congoja:
 Con trabajo respira,
 Y á su lecho frenético se arroja.

Ya por fin, un sopor espantoso,
 Sus sentidos embarga un momento;
 Pero el sueño, redobla el tormento
 Con visiones de sangre y horror:
 A un desierto se mira llevado
 Donde el rayo del sol nunca brilla;
 Una luz sepulcral, amarilla,
 Allí esparce su triste fulgor.
 Tapizado de huesos el suelo,
 Va sobre ellos poniendo la planta,
 Y al fijarla los huesos quebranta,
 Con un sordo siniestro crujir:
 A su diestra y siniestra divisa,
 Esqueletos sin fin hacinados,
 Y los cráneos, del viento agitados,
 Le parece que escucha gemir.
 Lago inmenso de sangre descubre
 A sus plantas furioso bramando,
 Y cabezas hirsutas nadando,
 Que se asoman y vuelven á hundir:
 Y se avanzan, se juntan, se apiñan,
 Y sus cóncavos ojos abriendo,
 Brilla en ellos relámpago horrendo,
 De infernal espantoso lucir.
 Del tirano en el rostro se fijan
 Sus atroces funestas miradas,
 En sus frentes de sangre bañadas,
 Del infierno refleja el horror:
 Y sus dientes rechinan entonces

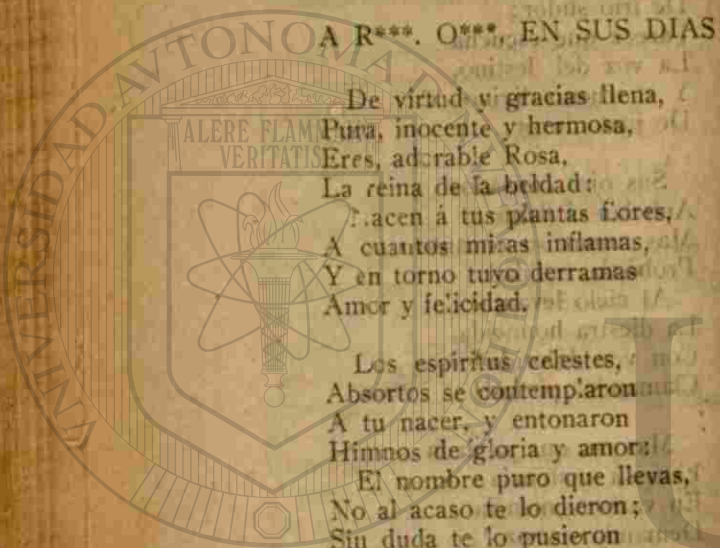
Y sus cárdenos labios abriendo,
 Este grito lanzaron tremendo:
 "¡Maldición! ¡maldición! ¡maldición!"

Las cavernas de un monte vecino,
 El acento fatal secundaron:
 Largo tiempo los ecos sonaron
 Repitiendo la horripilante voz;
 Y el crujir de las olas y el viento,
 Y el estruendo del rayo espantoso,
 Parecía al tirano medroso
 Que clamaban también; ¡Maldición!
 Cambia luego la escena: entre tinieblas
 De fuego circundado,
 Gigantesco fantasma se presenta:
 Con dedo descarnado
 Muestra al tirano una espantosa sima:
 En su profundo seno
 Reventar oye retumbando el trueno,
 Y mira un fuego hervir como la boca
 De encendido volcán, y por las llamas
 Los demonios sacando la cabeza,
 Prorumpen en horrendas carcajadas,
 Y al réprobo saludan.
 Tiemblan sus miembros: horridas serpien-
 tes
 Ciñen su corazón, y ni un suspiro
 Puede exhalar, ni respirar siquiera....
 ¡Sacude el pecho: vagarosos ojos
 En torno suyo pavoroso gira,
 Y sangre, sangre, donde quiera mira!

Del lecho se lanza
 Con grito doliente:
 Se inunda su frente
 De frío sudor:
 Parece que escucha
 La voz del destino,
 Y el trueno divino
 De justo furor:

Sus ojos cansados
 Anhelan el llanto;
 Mas nunca su encanto
 Probó la maldad:
 Al cielo levanta
 La diestra homicida,
 Con voz dolorida
 Clamando ¡piedad!

Mas no, que ya dada
 Está su sentencia;
 En vano élémencia
 Demanda su voz;
 ¡Ya tiene con fuego
 Marcada la frente
 Del vil delincuente
 La mano de Dios!



EN SUS DIAS

De virtud y gracias llena,
Pura, inocente y hermosa,
Eres, adorable Rosa,
La reina de la beldad:
Hacen á tus plantas Lores,
A cuantos miras inflamas,
Y en torno tuyo derramas
Amor y felicidad.

Los espíritus celestes,
Absortos se contemplaron
A tu nacer, y entonaron
Himnos de gloria y amor:
El nombre puro que llevas,
No al acaso te lo dieron;
Sin duda te lo pusieron
Por celeste inspiración.

Como en árido desierto,
Flor balsámica se mece,
Y al triste viajero ofrece
Un placer en su beldad:
Así á tí, Rosa querida,
Para ser te formó el cielo,
De tus padres el consuelo
En la triste adversidad.

¿Qué es contigo comparado
El falso brillo del oro?
¿Puede haber mayor tesoro
Que tu risa celestial?

De tus días los autores
Cifran en tí sus delicias,
Son su existir tus caricias,
Tu amor su felicidad.

Vive, vive muchos años!
Vive feliz é inocente,
Nunca se cubra tu frente
Con el velo del dolor:

Vive, y endulza á tus padres
El cáliz de la amargura,
Objeto de su ternura,
Sus delicias y su amor.

He aquí los votos que al cielo
Por tí, ¡oh Rosa! he dirigido:
Sin duda los habrá oído,
Y venturosa serás.

Pues el Eterno sonríe
Con celeste complacencia,
Si ruegan por la inocencia
Las voces de la amistad.

A LA SRITA. Da. M. DE LAS A. Z. Y G

Parece que tus padres presintieron
Que serías de gracias un tesoro,
Y el nombre hermoso, mágico y sonoro
De Maria de los Angeles te dieron:

Si, los ángeles mismos sonrieron
A tu nacer, y en el celeste coro,
Al son divino de sus arpas de oro
Tu dulcísimo nombre repitieron:

Hoy resuena de nuevo al sacro acento
Como un himno solemne de victoria:
Yo arrebatado de inspiración me siento,

De tus gracias se llena mi memoria,
Y al grito alegre del común contento,
Uno mi voz para cantar tu gloria.

A LA SRITA. MARIETTA ALBINI

En la ejecución de la ópera LA NORMA.

¡Cielos! ¿no es ilusión? ¿es ese el bosque
Sagrado de Irminsul? Si, ved á "Norma,"
Vedla de magestad y fuego llena,
Sobre la piedra druidica elevada:
Brilla en su mano la hoz resplandeciente;
Sublime inspiración baña su frente,
¡Es un rayo del cielo su mirada!
Escuchemos su voz... ¡divino acento!
¡Una débil mortal no puede tanto;
Es del querub el armonioso acento;
Yo arrebatado en éxtasis me siento!

¿Mas qué gemido triste
En tu labio ha sonado, "Norma" bella
¡Ay! el amor tu corazón inflama,
Amor que un tiempo tu ventura hacia;
Pero ya de "Poñon" el alma fria,
No corresponde á tu sagrada llama.
¿El padre de tus hijos inocentes
Te pudo así olvidar? ¡Con qué dulzura,
Con qué magia divina
Expresas, bella Norma, tu ternura!

¡Ay! vuelve, vuelve, ingrato,
A aquel tu amor primero,

Que un universo entero,
Tu Norma en ti cifró."
¡Oh, mujer adorable!
¿Quién puede oír tu canto
Quién presenciar tu llanto
Sin sentir tu dolor?

Mas un destino bárbaro te aguarda;
El inocente labio de "Adalgisa,"

Viene á romper tu corazón amante;
La terrible verdad al fin escuchas,
No eres amada ya; ¡no eres amada!
De dolor y de furia combatida,
¡Con cuantos sentimientos, triste luchas!
¡Qué mirada severa
Diriges al infiel! ¡Quién tu semblante,
Quien retratar tu agitación pudiera!

Trémula luego, en tu fatal delirio,
Sobre tus hijos el puñal levantas,
Mas la naturaleza te detiene:
Tu brazo tiembla al contemplar su encanto,
Sueltas el hierro, y abundoso llanto
A mitigar tus aficciones viene

En medio de tus males,
Compadecido el cielo,
Quiere darte el consuelo
De la santa amistad:

Tu rival generosa
Tu atroz tormento calma;
Su labio vierte en tu alma
Dulce serenidad.

La esperanza renace
En tu afligido seno,
Y de esperanzas lleno,
Late tu corazón:

En tu apacible labio
Vuelve á morar la risa,
Y estrechas á "Adalgisa,"
Llena de ardiente amor.

Mas en vano la virgen generosa
Quiere volverte la pasada dicha;
El ingrato "Polión" ya no te escucha:
El nombre de firmeza
Le da á su ingratitud el inhumano:
¡Que tu justo furor al fin estalle!
¡Caiga, caiga el impío
Que así tu noble pecho despedaza!
Ya su destino pende
De tu labio no más: ya te adelantas,
El bronce sacro hieres, y de muerte
La voz resuena: ya llegó la hora
De la venganza, y el perjuro amante
Cree que tu labio nombrará á "Adalgisa:"
¡Ah, no conoce tu alma generosa!
Grande, sublime, de nobleza llena,
Tú sola te delatas,
Y "Polión," aunque tarde, reconoce
El inmenso tesoro que ha perdido.

¡Qué corazón, le dices,
Qué corazón vendiste!
¡Qué corazón perdiste,

Oh, Romano cruel!
 "¡Tarde, "Polión" responde,
 Tarde te he conocido!
 ¡Qué tesoro he perdido,
 Oh, celestial mujer!"

La sentencia está dada, triste Norma,
 Muerte fatal te espera:
 El momento terrible ha ya llegado
 A lo menos el pecho de tu amado,
 Vuélvete á estrecharte en medio de la ho-
 (guerra.

Mas ¡ay, cuánta amargura
 Llena tu corazón en este instante!
 Qué será de tus hijos inocentes?
 "¡Soy madre!" dices á su padre triste,
 Y ya á sus pies su compasión imploras:
 ¡Con qué elocuencia tu afligido labio,
 "¡Son tu sangre!" repite adolorido!
 ¡Qué sublime gemido
 Lanza tu pecho de tormentos lleno!
 ¿Cómo pudiera resistir un padre?
 ¡Ah! no; ya te promete
 Que de tus hijos cuidará piadoso,
 Y ya al pisar la losa del sepulcro,
 Una dulce sonrisa
 Vaga en tu labio maternal: ¡el cielo
 Recibió esta sonrisa moribunda!
 Ya, ya por fin te cubre el negro velo...
 ¡Adiós, adiós, oh "Norma" idolatrada!
 ¡Mi alma por el dolor despedazada,
 No puede ya sufrir!... ¡Morir me siento
 Y á tu dolor excede mi tormento!...

¿Y todo fué ilusión? ¿Y puede el arte
 ¿A tal punto llegar? ¡Celeste Albini,
 El pueblo mexicano te tributa
 Justos aplausos, y en tu noble frente
 Cifren las artes inmortal corona:
 ¡Yo te saludo de entusiasmo lleno!
 ¿Quién al oír tu canto no palpita?
 ¡Jamás, jamás una ilusión tan grata
 Llenó mi corazón, Albini bella
 De tan dulce y feliz melancolia!
 Recibe, pues, la gratitud que siento,
 Y de mí lira en el humilde acento
 La sincera expresión del alma mía!

1,837.

A HIDALGO

En sepulcral silencio se encontraba
El pueblo mexicano sumergido:
¡Fatal silencio! sólo interrumpido
Por la dura cadena que arrastraba:

Como crimen atroz se castigaba
Del triste esclavo el mísero gemido,
O de los opresores al oído,
Cual música de triunfo resonaba.

Grita Hidalgo, por fin, con voz divina:
"¡México libre para siempre sea!"
Y al tirano español guerra fulmina:
Once años dura la mortal pelea,
El trono se desploma, y en su ruina,
De libertad el estandarte ondea!

1,837.

HIMNO PATRIOTICO

Para cantarse el 16 de Septiembre de 1,840.

Oíd sonar de los heroes las tumbas,
Y sus sombras ilustres salir,
Y mil ecos gloriosos á un tiempo
"¡Libertad!" "¡libertad!" repetir.

I

Hubo un tiempo de luto y de muerte,
En que sólo sonaba la voz
Del tirano que de oro cubierto,
Insultaba á la débil nación;
Pero se alza en Dolores un astro
Más fulgente, más bello que el sol:
¡Libertad, es tu ráfaga pura!
¡Libertad, es tu inmenso fulgor!

II

Y de un héroe al ejemplo, mil héroes
Alzan fuertes el noble pendón,
En que brilla con fuego, grabada
"Libertad," por la mano de Dios.
El tirano al mirar esta enseña,
Sobre el trono, cobarde tembló,
Y aunque opone sus últimas fuerzas,
Triunfa al fin del patriota el valor.

III

¡Salve, ó genio, que el árbol plantaste
 Que regado con sangre creció!
 ¡Salve, Hidalgo, glorioso caudillo!
 ¡Salve, ó día de gloria y honor!
 Y á Morelos, Alende y Aldama,
 Y á mil bravos que llenos de ardor,
 Con su muerte su gloria sellaron,
 ¡Salve! canta del pueblo la voz.

POESIAS

Escritas en los aniversarios de la muerte del
 SR. D. FRANCISCO GARCIA.

I

De patriotismo y de virtud modelo,
 Fuiste siempre magnánimo Garcia,
 Fuiste de Zacatecas el consuelo;
 Pero marcó el Señor tu último día,
 Y al cielo alza-te tu brillante vuelo.

II

Miró á su patria el inclito Garcia,
 Miróla en sangre y lágrimas bañada,
 Presa inocente de facción impía,
 Y su alma del dolor despedazada,
 Te dejó para siempre ¡oh patria mía!

III

A su padre, á su jefe más querido,
 Hoy Zacatecas llora desolada:
 ¡Con él sus esperanzas ha perdido!
 El pueblo en torno de su tumba helada
 Lanza su triste, lúgubre gemido.

¡Oh, Zacatecas! cúbrete de duelo,
Murió tu padre ya, ¡murió García!
A otro mundo mejor alzó su vuelo,
¡Un héroe falta de la patria mía!
¡Un astro más fulgura ya en el cielo!

De llanto y de dolor en este día,
Con lúgubre clamor el bronce suena,
¿Por qué así te entristeces, patria mía?
La patria con su faz de llanto llena,
Calla y muestra la tumba de García.

Genio que alzaste tu brillante vuelo
A otra región de luz y bienandanza;
¿Por qué dejaste nuestro patrio suelo?
De su dicha perdiste la esperanza,
Y fuiste á ser su intercesor al cielo.

Ved á la libertad: negro es su manto,
Es triste su mirar, y hondo su duelo:
Al que sostuvo su estandarte santo
No halla en la tierra, y búscalo en el cielo
Sus ojos llenos de salobre llanto.
Si te quitó el destino, patria mía,
Tu fortuna, tu gloria, tu grandeza;
Si eres juguete de la suerte impía,
A lo menos te quedan por riqueza
La tumba y los recuerdos de García.

¡UNA MEMORIA!

Sali apenas de la infancia,
Sencillo, puro, inocente,
Con el candor en la frente,
La paz en el corazón:
Cuando te ví, Amira hermosa,
Y en apasionado acento
Me atreví á mandar al viento
Mi primer canto de amor.

De amor puro, eterno, ardiente;
De aquel amor que derrama
En el corazón su llama,
Cual volcán abrasador:
Este amor era el delirio
Que mi existencia llenaba,
Este el númer que inspiraba
Mi primer canto de amor.

Para mí la vida entonces
¡Cuánta dulzura tenía!
¡Cuán grata me parecía
De la tierra la mansión!
¡Miraban todo mis ojos
Con tan bellos coloridos!
Todo, todo á mis sentidos
Estaba diciendo amor.

Cuando tras el cortinaje
Magnífico de oro y grana,
En la cándida mañana
Brillaba el fúlgido sol,
Yo alegre lo saludaba,
Que á alumbrar tu faz venía,
Y á ti, Amira, dirigía
Mi primer canto de amor.

¿No te acuerdas cuántas veces
De las aves el arrullo,
Del arroyuelo el murmullo
Escuchábamos los dos?
El aura blanda mecia
Tu cabellera rizada,
Aquella aura embalsamada
Por tus palabras de amor.

¡Cada gota de rocío,
Cada flor y cada fuente,
Hablaban cuán dulcemente,
A mi tierno corazón!
¡Amor las aves cantaban,
Amor las fuentes decían,
Y los ecos repetían
Por todas partes, amor!

¡Prisma brillante, pronto te rompiste,
¡Ilusiones de amor, habéis pasado,
Y al pobre corazón sólo ha quedado
Una memoria dolorosa y triste!

¡Todavía tienen para mí las flores,
Y del bosque el magnífico ramaje,
Las aves y las fuentes, un lenguaje,
Lenguaje de recuerdos y dolores!

Saludo todavía al sol brillante
Cuando aparece en el rosado oriente;
Mas le saludo con la voz doliente,
Y en lágrimas bañado mi semblante.

¿Qué fué tu amor? . . . ¡un sueño fugitivo!
¡Tus sollozos, tus lágrimas mentira!
Y yo te amaba, y . . . ¿lo creerás, Amira?
Falsa, aún te amo, y de recuerdos vivo!

Y aspiro algunas veces á la gloria,
Porque aunque á ver no vuelva tu sem-
blante,
Digas mi nombre y mandes á tu amante
¡Un suspiro no más, una memoria!

BRINDIS EN UN BAILE

A un tiempo, queridos,
Las copas llenemos,
Y alegres brindemos
A amor y amistad:
Del tiempo pasemos
Buriando la saña;
De hirviendo champaña
La copa apurad.

"Y todos á un tiempo
Gritad, y á una voz:
¡Que vivan las bellas!
¡Que viva el amor!"

¿Qué importa que ahora
El sol no aparezca,
Que no nos ofrezca
Su fúlgida faz?

Oculte sus rayos;
Que brillan más que ellos
Los ojos tan bellos
De tanta beñdad.

"Y todos á un tiempo
Gritad, y á una voz:
¡Que vivan las bellas!
¡Que viva el amor!"

¡Oh, vino espumoso
Tú el símbolo eres
De nuestros placeres,
De nuestra ilusión.

Gozosos, amigos,
Las copas vaciemos,
Y alegres brindemos
Al gozo, al amor;

"Y todos á un tiempo
Gritad, y á una voz:
¡Que vivan las bellas!
¡Que viva el amor!"

Mirad de estas niñas
Las cándidas frentes,
Sus bocas rientes
De hermoso carmin:
¿Quién puede, decidme,
Mirarlas sereno,
Sin que arda su seno
En fuego sin fin?

Beñamos, brindemos,
Diciendo á una voz:
¡Que vivan las bellas!
¡Que viva el amor!"

BRINDANDO A UNAS SENORITAS

EN EL ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA.

¡A quién no animan vuestros bellos ojos!
 ¡Quién no palpita al ver vuestra hermo-
 (sura)

Esa sonrisa pura
 Que vaga en vuestro labio purpurino,
 Y el noble pecho del patriota inflama,
 Es del valiente, premio venturoso.
 ¡Cómo refleja en vuestro rostro hermoso
 De independencia la sagrada llama!
 ¡Maldicid al cobarde
 Que para conservar vuestra pureza
 Y vuestra libertad, la lid rehusa!
 ¡Llor eterno al valiente mexicano,
 Que ardiendo en llama sacrosanta y pura
 La vida exhala al pie de la hermosura,
 Teñido con la sangre de un tirano!

No temáis, mexicanas, que abata
 La opresión vuestras candidas frentes,
 Antes, antes, de sangre torrentes
 En Anáhuac correr se verán.

Compatriotas, brindad á la gloria,
 De las bellas en este gran día,
 E inundados en pura alegría,
 En su loor vuestra voz levantad.

ADELA.

A mi hermano Guillermo Prieto.

ROMANCE PRIMERO.

El que quiera ver la pompa,
 La brillantez y riqueza
 Con que en México se viste
 La graciosa primavera,
 Vaya al pasco de la Viga
 En una tarde serena.
 La multitud de canoas
 Que cubren el ancha acequia,
 Que van, vienen, se reúnen,
 Se separan y atraviesan:
 Las graciosas mexicanas,
 Que colocadas en ellas
 Y coronadas de flores,
 Vistosos trajes ostentan
 Los acentos melodiosos
 Del arpa ó de la vihuela,
 Que acompañan las canciones
 Que sus amores expresan:
 Aquellos dichos agudos
 Y oportunas ocurrencias,
 Aquel desorden gracioso,
 Aquella brisa ligera
 Que apenas las aguas riza

Calderón.—3

BRINDANDO A UNAS SENORITAS

EN EL ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA.

¡A quién no animan vuestros bellos ojos!
 ¡Quién no palpita al ver vuestra hermo-
 (sura!

Esa sonrisa pura
 Que vaga en vuestro labio purpurino,
 Y el noble pecho del patriota inflama,
 Es del valiente, premio venturoso.
 ¡Cómo refleja en vuestro rostro hermoso
 De independencia la sagrada llama!
 ¡Maldicid al cobarde
 Que para conservar vuestra pureza
 Y vuestra libertad, la lid rehusa!
 ¡Llor eterno al valiente mexicano,
 Que ardiendo en llama sacrosanta y pura
 La vida exhala al pie de la hermosura,
 Teñido con la sangre de un tirano!

No temáis, mexicanas, que abata
 La opresión vuestras candidas frentes,
 Antes, antes, de sangre torrentes
 En Anáhuac correr se verán.

Compatriotas, brindad á la gloria,
 De las bellas en este gran día,
 E inundados en pura alegría,
 En su loor vuestra voz levantad.

ADELA.

A mi hermano Guillermo Prieto.

ROMANCE PRIMERO.

El que quiera ver la pompa,
 La brillantez y riqueza
 Con que en México se viste
 La graciosa primavera,
 Vaya al pasco de la Viga
 En una tarde serena.
 La multitud de canoas
 Que cubren el ancha acequia,
 Que van, vienen, se reúnen,
 Se separan y atraviesan:
 Las graciosas mexicanas,
 Que colocadas en ellas
 Y coronadas de flores,
 Vistosos trajes ostentan
 Los acentos melodiosos
 Del arpa ó de la vihuela,
 Que acompañan las canciones
 Que sus amores expresan:
 Aquellos dichos agudos
 Y oportunas ocurrencias,
 Aquel desorden gracioso,
 Aquella brisa ligera
 Que apenas las aguas riza

Calderón.—3

Y luego en los flores juega:
 La vista de hermosas quintas
 Y de risueñas aldeas,
 Donde de sabroso pulque
 Apuran jicaras llenas:
 Aquel contraste gracioso
 Que forma la faz severa
 De venerables ancianos
 Que meditan ó hostezan,
 Con el semblante festivo
 De las jóvenes traviesas,
 Que á sus amantes envían
 Miradas de fuego llenas:
 Aquellas sagradas aguas,
 Que los trabajos recuerdan
 (A pesar de tantos años)
 De los ilustres aztecas:
 El idioma mexicano
 Que aquellos Indios conservan,
 Y en que los remeros hablan,
 Y la romántica mezcla
 De las memorias antiguas
 Con las costumbres modernas
 Forman un todo gracioso,
 Que nunca á borrarse llega
 Del alma que ha contemplado
 Estas mágicas escenas.
 En una de las canoas
 Iba una tarde de aquellas
 Un joven, tres señoritas,
 Y una anciana gorda y fresca,
 Aunque bien se conocía

Que rayaba en los sesenta:
 Esta ostentaba un vestido
 De una antigua y rica tela,
 Que conservaba, decía,
 Con la mayor reverencia,
 Porque lo había estrenado
 En las memorables fiestas
 Del advenimiento al trono
 De Carlos IV: tal prenda
 Le servía como un libro
 De memoria: su cabeza
 Entre blanca y negra, estaba
 De una gran falla cubierta,
 Y por fin, todo su traje
 Era una confusa mezcla
 De las usanzas antiguas
 Con adiciones modernas:
 Contraste raro formaba
 Con sus hijas, que pudieran
 Ser modelo de las Gracias;
 Mas la respetable vieja
 Era de bello carácter,
 Habladora sempiterna,
 Buena madre de familia,
 Muy amante de las fiestas,
 Regocijos y convites,
 A donde iba, decía ella,
 Tan sólo porque sus hijas
 De gusto no carecieran:
 Lo cierto era que entretanto
 Que las amables doncellas
 En el canto ó en el baile

Ostentaban su destreza,
Ella entre muelles cojines,
Junto á alguna compañera
De su tiempo, al grande flujo
De su charlar daba suelta.

Iba, pues, nuestra matrona
En la canoa; junto á ella
Iba un joven pensativo,
Dando en su semblante muestras
De algún proyecto grandioso
O alguna aflicción secreta.
Veinticinco años tendría
Cuando más, aunque las penas
La meditación continua,
O literarias tareas,
Parecer mayor le hacían;
Pero en su frente serena,
En su mirar entusiasta
Aunque dulce, en sus maneras
Todas, y en todo su porte,
Se leía la franqueza.

La anciana le amaba mucho,
Sabía la correspondencia
Que con Adela tenía,
De sus hijas la más bella;
Y esperaba que muy pronto
De Himeleo la cadena
Sus vínculos estrechara;
Alfonso (pues éste era
El nombre de nuestro joven)
Oía las historietas

De la anciana, que tenían
Más de veinte años de fecha,
Con la ligera sonrisa,
Que la distracción expresa:
Algunas veces fijaba
Sus miradas en Adela,
Ella bajaba los ojos
Con sencillez y modestia,
Y su pecho palpitante,
Y sus mejillas cubiertas
De amable rubor, la hacían
Más interesante y bella.

Las tres hermanas reían,
Cantaban canciones nuevas,
O de aromáticas rosas
Coronaban sus cabezas;
Ya jugaban con el agua,
Y al inclinarse hacia ella,
Se desprendían las flores
De su hermosa cabellera:
Ya al remero dirigían
En la mexicana lengua
Algunas leves preguntas,
Repitiendo su respuesta.

Poco á poco fué dejando
A sus hermanas Adela,
Porque notó que en su amante
Aumentaba la tristeza,
Y fué á colocarse al cabo
Junto á la madre, que, tierna,

Al melancólico Alfonso
 Hablaba de esta manera:
 "¿Qué tiene usted, hijo mío?
 "¿Qué tiene usted? ¿En qué piensa?
 "Usted está distraído,
 "No me responde siquiera:
 "Sabe usted cuánto lo estimo,
 "No me oculte usted sus penas.
 "Estos jóvenes de ahora,
 "Con tantas cosas que piensan,
 "Se vuelven viejos muy pronto;
 "Mi marido (que Dios tenga
 "En su gloria) no pensaba
 "Sino en cuidar de su hacienda;
 "Pero no lo vi ocuparse
 "En escribir tantas resmas
 "De papel, y no es decir
 "Que tuviese mala letra;
 "No, señor, de Palomares
 "Escribía: las esquelas
 "Verá usted que me mandaba
 "Cuando hice viaje á la Puebla.
 "¡Qué limpias! no hay un borrón
 "Desde la cruz á la fecha;
 "Pero no hacia discursos,
 "Ni versos, ni cosas de esas
 "Que se hacen hoy. Vamos, vamos.
 "Levante usted la cabeza.
 "Cante usted alguna cosa,
 "Acompañado de Adela,
 "O solo, como usted guste.

"¡Ah! ¿Tal vez usted se encuentra
 "Enfermo?"—La buena anciana
 Calló en fin: en tanto inquieta
 Adela, los ojos fijos
 En Alfonso, medio abierta
 La rosada boca, el pecho
 Palpitando con violencia,
 Esperaba de su amado
 Sin respirar, la respuesta.
 "No, señora, dijo el joven,
 "No estoy malo, la vihuela
 "Deme usted, Adela hermosa,
 "Y cantaré lo que pueda."

El crepúsculo acababa
 En este instante: desiertas
 Estaban ya las canoas;
 En vez del ruido y la gresca
 Que se observaba poco antes,
 Ora silencio se observa:
 El hombre así de la vida
 Por la corriente atraviesa,
 Primero alegre, agitada,
 Después tranquila y serena,
 Cuando la vejez helada
 Ya sus pasiones modera.

Trémula sobre las aguas
 Brillaba la luna llena,
 Que ya á salir comenzaba
 Tras la torre de una aldea:

En ella fija los ojos
 Alfonso, luego los lleva
 A las remotas montañas
 Que en el horizonte observa:
 Altísimas esperanzas
 Su alma generosa llenan,
 De Adela estrecha la mano,
 Y en voz dulce y halagüeña,
 Pero sonora y sublime,
 (Que por escucharla dejan
 Sus juegos las dos hermanas,
 Y el remero su tarea)
 Estos versos canta Alfonso,
 Que su sentimiento expresan:

¡Gloria! ¡gloria! ¡Palabra sonora
 Que repiten la tierra y el cielo;
 Del suirido soldado consuelo,
 De los héroes brillante deidad!
 Yo también por tu nombre suspiro;
 Que tus alas me cubran espero,
 Y en mi mano tal vez el acero
 Con celeste fulgor brillará.

Tal vez pronto el infame coloso
 Que hoy oprime con mano inclemente,
 En vil polvo sumida la frente,
 El escarnio del pueblo será:
 Yo también á los libres unido
 Vibraré denodado la espada,
 Y mi frente será coronada
 De laurel y de palma inmortal.

Mas si acaso en la lucha perezco,
 Bella joven, mitad de mi vida,
 De tí sola y mi patria querida
 Mi suspiro postrero será.
 Ve á la tumba que guarde mis restos,
 Y sobre ellos derrama tu llanto;
 Mi aflicción y mi acerbo quebranto:
 Con tu sombra tal vez calmará.

Calló Alfonso; sus mejillas
 Ardientes lágrimas riegan,
 Que cayendo sobre el rostro
 De la delicada Adela,
 Y juntándose á las suyas,
 A la helada mano ruedan
 De la anciana, que al instante
 Pregunta con voz inquieta:
 “¿Por qué lloráis, hijos míos?
 “¡Oh! las canciones modernas
 “Son muy tristes; las antiguas
 “Las seguidillas aquellas
 “Eran mejores; más todo,
 “Todo acaba! Vamos ¡ea!
 “Muchachas, vamos á casa,
 “Y acabóse la tristeza.”

Dejaron, pues la canoa,
 Toman el coche, y se internan
 De México en la ciudad
 Por las calles opulentas.

ROMANCE SEGUNDO.

LA PRISION.

Jamás se pasaba un día
Sin que en las alas llevado
Del amor, no fuese Alfonso
A ver á su bien más caro;
Sin embargo, en el siguiente
Al paseo de que hablamos,
Son ya las doce. . . . la una,
Pero Alfonso no ha llegado.
Cuenta Adela los momentos,
Le parece que oye pasos,
La respiración suspende,
Vuelve la cabeza. . . . en vano,
No es él: se apura, se aflige,
Mil pensamientos amargos
Se suceden en su mente.
Tal vez se encuentra postrado
Por la enfermedad. . . Tal vez
Ha detenido sus pasos
Un asunto de interés. . . .
Pero no; nunca su amado
Ha preferido otros bienes
A su amor: acaso, acaso
Una mujer más dichosa. . . .
¡Qué delirio! ¡Ni pensarlo!
Adela tan baja idea
Desecha con desagrado:

Pero Alfonso no parece,
El sol va ya declinando. . . .
¡O buen Dios! ¿le habrá perdido?
Sale al balcón, á lo largo
Tiende la vista, cada uno
De aquellos que van pasando
Le parece que es Alfonso:
Su corazón agitado
Casi no cabe en su pecho:
La llama su madre en vano;
"Ya voy," dice, y permanece
Por todas partes mirando:
Descubre, en fin, á un amigo
De su amante. ¿Algún recado
Le traerá tal vez? No hay duda,
Entra en su casa: de un salto
La sala y el corredor
Pasa Adela, y preguntando
Está al amigo de Alfonso.
¡Infelice! de los labios
De aquel oye la noticia
De que está preso su amado:
Pierde su faz los colores,
Tiende los hermosos brazos,
Y faltándole las fuerzas,
Como herida por un rayo,
Cayó: la madre al momento,
Y las hermanas volando
Llegan, la encuentran tendida
En el suelo, y al instante
Mensajero, cual si fuese

Hecho de insensible mármol,
 El les repite de nuevo
 Que su amigo desgraciado
 Está en la "cárcel de corte,"
 Por el gravísimo cargo
 De ser "insurgente" ¡Cielos!
 La anciana exclamó llorando,
 "¿Insurgente?"—Si, señora,
 Dijo el amigo, y acaso
 Yo me horrorizo al pensarlo!
 Ya se le sigue un proceso
 Su funesto resultado
 "No más, dijo la señora,
 "¿Me está usted despedazando!
 "Vaya usted, vaya al momento,
 "Dé usted, por Dios, cuantos pasos
 "Pueda en favor de su amigo,
 "De ese amigo desgraciado,
 "¿Necesita usted dinero?
 "Yo lo dare: ¿es necesario
 "Ver al virrey, á los jueces?
 Pues en el instante, vamos,
 "¡Oh, santo Dios! hijas mías,
 "Llevemos luego á su cuarto,
 "A esta infeliz, ¡Oh, que tiempos!
 "Todo, todo se ha cambiado.

Largo espacio permanece
 Adela en aquel letargo;
 Pero, por fin, poco á poco
 Va volviendo: abre sus labios,

Y con voz trémula y débil,
 De Alfonso el nombre adorado
 Repite; los ojos gira
 En derredor de su cuarto:
 No está pálido su rostro,
 Antes un vivo encarnado
 Hermosea sus mejillas:
 Bate su pulso agitado
 Por la fiebre más ardiente:
 Discursos mal concertados,
 Palabras vagas, locuras,
 Indican el alto grado
 De la enfermedad: la ciencia,
 Los desvelos, los cuidados,
 Todo se ensaya sin fruto:
 El cerebro trastornado
 De Adela, ve sólo sombras;
 Y la infelice, mezclando
 Las más contrarias ideas,
 En tropel desordenado
 Habla de flores y muertes,
 De amores y de cada'sos.

Por mil ochocientos trece
 Es la época de que hablamos,
 Epoca horrible, sangrienta,
 Para el triste mexicano:
 Cuando el nombre de Venegas,
 Repetido con espanto,
 Helaba los corazones:
 Cuando algunos esforzados,
 Arrostrando los peligros,

"Independencia" gritaron,
Mas no era llegado el día
Por el Eterno marcado,
Para sacudir el yugo
Del Español sanguinario,

Venegas sotocar quiso
Aquel incendio sagrado,
Vertiendo sangre a torrentes,
Suplicios multiplicando.
No eran necesarias pruebas
Para mirarse arrastrado
A la prisión más estrecha
El misero ciudadano;
Bastaban sólo sospechas:
Así piensan los tiranos
Afirmar su inicuo trono,
Sin advertir que la mano
Que los golpes multiplica,
Suele fatigarse al cabo,
Y su flaqueza se aumenta
A proporción del estrago.

En la gran cárcel de corte
Se encuentran un joven cargado
De fortísimas cadenas,
Y de grillos muy pesados;
Pero en su faz no demuestra
Abatimiento ni espanto:
Es cierto que algunas veces
Por su semblante esforzado
Pasa una ligera sombra

De tristeza, y en sus labios,
De Adela el nombre querido,
Con un suspiro mezclado
Se oye sonar; mas de nuevo,
La serenidad cobrando,
De inmortalidad y gloria
Brilla en sus ojos un rayo.
Así al claro sol oculta
Algún ligero nublado,
Pero pasa, y reaparece
Con más pureza brillando:
Así el árbol por el viento
Un instante doblegado,
Vuelve á levantarse airoso,
El huracán despreciando.

Seis días hace que Alfonso
Sufre su destino amargo,
Sin saber cuál es la suerte
De los objetos amados
De su corazón. Se acerca
Al fortísimo enrejado
De una ventanilla estrecha,
Y sus ojos levantando
Fija en el zafir del cielo,
Cuando el mortal rodeado
Está de gozo y ventura;
Cuando ardoroso su labio,
Entre ilusiones mecido,
Del placer apura el vaso,
Le basta sólo la tierra:
Mas cuando la helada mano

Del dolor su pecho rompe,
 Cuando la ilusión pasando
 Aparecen los tormentos,
 Cuando no encuentran descanso
 En el mundo, ansioso busca
 Otra región, otro estado,
 Y sus ojos en el cielo
 Fija inundados en llanto.

Era el momento solemne
 En que el sol ha terminado
 Su carrera: la hora misma
 En que Alfonso, acompañado
 De Adela, hace siete días,
 En la "Viga" iba soñando
 En felicidad, en gloria,
 Que en prisiones se han tornado.
 Así el viajero divisa
 Altas torres y palacios,
 En el lejano horizonte,
 Que le prometan descanso,
 Y en mirarlos divertido,
 No ve la sima en que incauto
 Se precipita, y perece;
 Así ligero surcando
 El pajarillo los vientos,
 Tocar la copa de un árbol
 Cree ya, cuando aguda flecha
 Le derriba traspasado.
 En el azul de los cielos,
 Más que las otras brillando,
 Estaba una estrella hermosa:

Alfonso con entusiasmo
 Fija sus ojos en ella,
 Como en el luciente faro
 El navegante infelice,
 Que está con la mar luchando:
 Astro puro, ¿eres acaso
 Tú la funeraria antorcha
 Que alumbra mi fin cercano?
 ¡Pronto tal vez, en mi tumba
 Tu blanda luz derramando,
 Indicarás á mi Adela
 El lugar de mi descanso!
 Tal vez la noche siguiente,
 Brillarán tus tristes rayos
 Sobre su pálido rostro,
 Y en las gotas de su llanto.
 Cambia de pronto de ideas:
 De su patria el nombre caro
 Viene á su memoria: el fuego
 De libertad, que abrasando
 Está siempre su alma noble,
 Aquel fuego sacrosanto,
 Que al amor cedió un momento,
 Vuelve á brillar, y doblando
 Su entusiasmo, "sí; repite,
 Alcete pronto el cadalso,
 Verga la muerte gloriosa
 Que me prepara el tirano."

Así lucha el triste preso,
 Entre sentimientos varios,
 Hasta que un ligero sueño

Extiende sobre él su manto.
 Mas ¡ay! pronto lo despierta
 Un acento destemplado,
 Que le intima la sentencia
 De muerte... Con firme paso
 Marcha á la obscura capilla,
 Donde un venerable anciano,
 Un religioso, lo espera,
 En caridad rebosando,
 Para hacer con sus acentos
 El trance menos amargo.

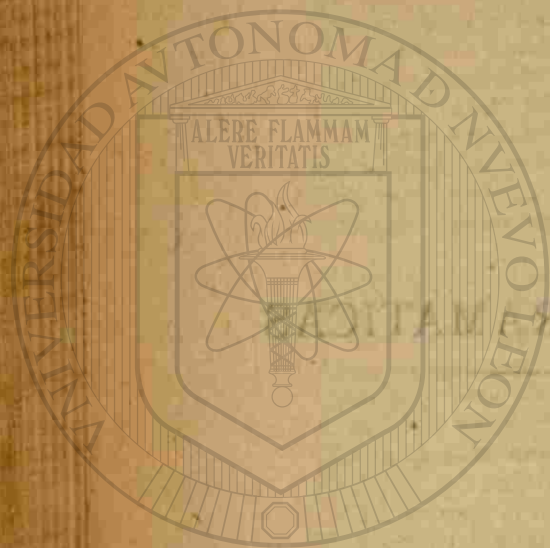
Tres días después... unos tiros
 En la plaza de Mixcalco,
 Y unas campanadas suenan...
 A esa misma hora, de blanco
 Vestida, y llena de flores,
 A su lecho funerario
 Llevan una hermosa joven.
 Es Adela, y á su lado,
 De su amante, el noble Alfonso,
 El sepulcro colocaron.

Enero de 1,838.

OBRAS DRAMATICAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



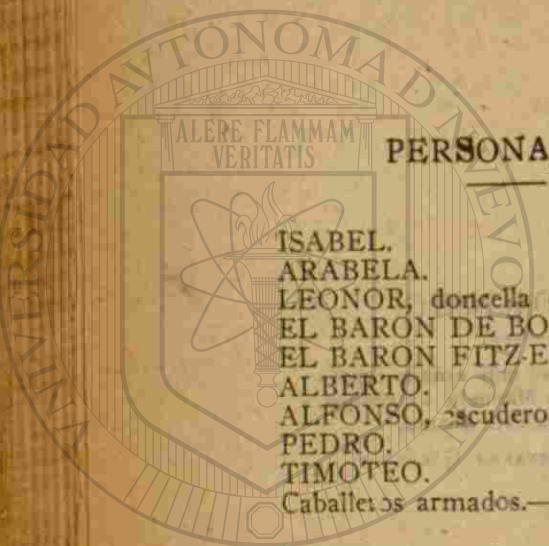
EL TORNEO.

A su muy amada esposa
Doña Manuela Letechipia,
dedica este drama,

FERNANDO CALDERON.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PERSONAJES.

ISABEL.
ARABELA.
LEONOR, doncella de Isabel.
EL BARON DE BOHUN.
EL BARON FITZ-EUSTAQUIO.
ALBERTO.
ALFONSO, escudero.
PEDRO.
TIMOTEO.
Caballeros armados.—Criados.

La escena es en el castillo del barón Fitz-
Eustaquio. Inglaterra.—Siglo XI.



ACTO PRIMERO

LA DESPEDIDA.

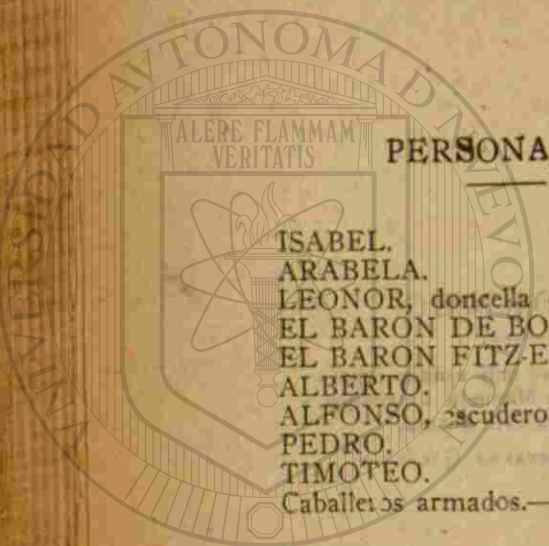
Salón gótico ricamente amueblado con
adornos de trofeos militares en las pare-
des.

ESCENA I.

TIMOTEO, PEDRO.

(Aparecen limpiando los muebles.)

Ped.—Grande función se prepara;
Pero ¿sabes lo que pienso?
Que á pesar de este aparato
Y preparativos regios,
Creo que tiene la tal boda
Más bien traza de un entierro
Tim.—¿Un entierro? ¡mentecato!



PERSONAJES.

ISABEL.
ARABELA.
LEONOR, doncella de Isabel.
EL BARON DE BOHUN.
EL BARON FITZ-EUSTAQUIO.
ALBERTO.
ALFONSO, escudero.
PEDRO.
TIMOTEO.
Caballeros armados.—Criados.

La escena es en el castillo del barón Fitz-
Eustaquio. Inglaterra.—Siglo XI.



ACTO PRIMERO

LA DESPEDIDA.

Salón gótico ricamente amueblado con
adornos de trofeos militares en las pare-
des.

ESCENA I.

TIMOTEO, PEDRO.

(Aparecen limpiando los muebles.)

Ped.—Grande función se prepara;
Pero ¿sabes lo que pienso?
Que á pesar de este aparato
Y preparativos regios,
Creo que tiene la tal boda
Más bien traza de un entierro
Tim.—¿Un entierro? ¡mentecato!

¿Un entierro? ¡mentecato!
 Con un baile, y un torneo,
 Y un festin, y tantos nobles
 Y valientes caballeros,
 Que vienen de treinta millas
 A la redonda, cubiertos
 De brillantes armaduras.
 Plumas y galas, y... Pedro,
 Tú no sabes lo que dices.

Ped.—Lo que digo, Timoteo,
 Es, que todas esas galas,
 Y esas músicas que el viento
 Atruenan por todas partes,
 Y el convite, y el torneo,
 Todo esto de nada sirve
 Si la novia...

Tim.— Vaya, necio,
 ¿Y qué tienes que decir
 De Lady Isabel?

Ped.— ¿Qué tengo
 Que decir? que es una joven
 Angelical, un portento
 De virtud y de hermosura;
 Pero que, según entiendo,
 Ella tiene tantas ganas
 De casarse, como tengo
 Yo de morirme.

Tim.— Repito
 Que eres un tontazo, Pedro
 ¡Vaya! ¿pues es nada el novio!
 El más rico caballero
 De Inglaterra, y el más noble

Y valiente; nada menos
 Que el barón de Bohún; digo,
 Él que no hace mucho tiempo
 Salvó la vida al monarca,
 Cuando lo iba un sarraceno
 Allá en Ascalón, un día,
 A rajar de medio á medio:
 Y por lo mismo Ricardo
 Le ha concedido por premio,
 Que ponga en su escudo de armas,
 Aumentando sus trofeos,
 Una cabeza de moro
 Con sus bigotazos negros,
 Que da gusto.

Ped.— Yo me río:
 ¿Puedes pensar, majadero,
 Que los bigotes del moro,
 Por muy grandes y muy negros
 Que sean, hayan podido
 Mover á la novia? Creo
 Que ni cabezas de moro,
 Ni moros de cuerpo entero,
 Harán que la señorita
 Quiera al tal Barón.

Tim.— Silencio:
 Eso es otra cosa: mira,
 Hace poquísimo tiempo
 Que sirves en el castillo:
 Tú no sabes los secretos
 De la familia, y yo sí;
 Mas no saldrá de mi pecho,
 Ni siquiera una palabra

En asuntos de tal peso:
Eso no; soy reservado
Como un poste.

Ped.— Bueno, bueno;

Yo no digo lo contrario;
Pero si eres tan discreto
Y tan honrado, debías,
Por caridad á lo menos,
Ponerme un poco al corriente
De estas cosas: por supuesto
Que no es por curiosidad;
No tengo yo tal defecto:
Pero al fin soy de la casa.

Tim.— Pues sírvate de gobierno.
Que el barón de Bohún, el novio,
Tiene un endiablado genio.
Es valiente, cierto, y rico,
Y de títulos lleno:
Pero muy vano y altivo,
Regañón... pero no puedo
Decirte más.

Ped.— Lo que has dicho
Sirve para que de nuevo
Afirmo yo que la boda
No tendrá buen paradero:
Como nuestra señorita,
Joven, bella, cuyo genio
Es la bondad misma, puede
Querer á un maldito viejo
Regañón, altivo?... ¡vaya!
Quemara yo, Timoteo,
Mis papeles, si á esta hora

No palpa ya su pecho
Por algún joven hermoso
Más digno de ella.

Tim.— ¡Silencio!
Silencio, lengua maldita,
¿Qué te importa nada de eso?
Aquí se mira y se calla.

Ped.— Bien está; pero no puedo
Dejar de compadecerme
De la señorita; cierto
Que será muy desgraciada
Con el tal barón, pudiendo
Ser tan feliz con.....

Tim.— Pero hombre,
Es imposible; si Alberto
No es más que un pobre muchacho,
Un expósito; si al menos
Tuviera algún titulillo;
Pero nada; no sabemos
Quiénes han sido sus padres.
En una ocasión, volviendo
De la caza nuestro amo,
Encontró en el duro suelo
Al pobre niño; su llanto
Le enterneció, y al momento
Le trajeron al castillo,
Le dieron por nombre Alebrto,
Y está aquí, como quien dice,
Por caridad: si un asiento
En su mesa le da el amo,
Es porque él es un portento
De valor, y porque supo

Ganar con su propio acero
De Caballero la Orden,
Que si no, ya estaba fresco;
Si él estuviera atenido
A los pergaminos viejos
De nobleza, te aseguro
Que fuera hoy tan caballero
Como yo.

Ped.— Pues la verdad
¿Quieres que te diga? aprecio
Mucho más á los que ganan
Por sí mismo sus empleos,
Que no á esos almirarados
Orgullosos, que no han hecho
Cosa alguna de importancia,
Y sólo son caballeros
Y se llaman hombres grandes:
Porque sus padres lo fueron.
Yo no sé cómo es posible
Que prefieran á ese viejo
Barón, sólo porque es noble.

Tim.— Y muy rico.

Ped.— ¿Y qué sabemos
De dónde le habrán venido
Sus riquezas? Yo me acuerdo
Que, hace poco el tal Barón
Era un segundón hambriento:
Que de repente su hermano
Se encontró en un bosque, muerto
Sin saber cómo; su viuda
También murió á poco tiempo,
Y entró en posesión de todo
Ese Walter: no, yo pienso.....

Tim.— Pedro, Pedro, en los palacios
Se ha de hablar con mucho tiento:
Tú eres novicio, y no sabes
Estas cosas.

Ped.— Pues....

Tim.— Silencio,
Que alguno viene. ¿No escuchas
Ruido de pasos?

Ped.— El miedo
Que te zumba en los oídos.

Tim.— No, no; viene alguno.

Ped.— Es cierto.

Tim.— ¿Si te habrán oído?

Ped.— Mira:

Es el señorito Alberto.
¡Pobrecillo! ¡Cuán mudado;
Cuán pálido y macilento
Está su rostro! ¡qué triste!
Me da lástima: ¡es tan bueno,
Tan afable! no, si acaso
Me hallara yo en su pellejo,
Te aseguro que hoy hacía
Una locura....

Tim.— Silencio,
Que ya llega.

ESCENA II.

Dichos, ALBERTO.

Alb.— Amigos míos,
(Con un aire muy abatido.)
¿Qué hacéis aquí?

Ped.— Sacudiendo
Este salón, porque dicen
Que dentro de poco tiempo
Estará aquí el novio.

Alb.— ¡El novio!

Tim.— Y los otros caballeros,
Que han de asistir á la boda.

Alb.— ¡A la boda!

Tim.— Y al torneo:

Ya está todo prevenido
En el gran patio: tendremos
Música, baile.... quién sabe
Cuántas cosas.

Alb.— ¡Yo fallezco!

(Se deja caer en una silla)

Tim.— Ya tiene la señorita
Muy adornado su asiento:
Ya la tienda de campaña
Del señor Barón.....

Ped.— ¡Qué necio

(Bajo á Timoteo.)

Eres! ¿no ves lo que sufres?
¿No te acuerdas del proverbio:
En la casa del ahorcado
No mentar la sogá?

Tim.— Cierto:

Tienes razón.

Ped.— Pues al punto

Vámonos por allá dentro:

Dejemos al señorito

Tim.— Oye: en tiempos de festejo,

Nuestro viejo mayordomo

Suele alvidar un momento

De la bodega la liave
Y el que es vivo....

Ped.— Ya te entiendo:

Un trago por la mañana
Nunca daña.

Tim.— Pues al hecho:

Vamos.

Ped.— Vamos. ¡Pobrecillo!
(mirando á Alberto.)

Ves qué triste está?

Tim.— ¡Camueso!

¿Pues qué perder una novia

Es friolera?

Ped.— Por supuesto.

(Se van.)

ESCENA III.

Alb.— ¡Músicas, baile, alegría!

¡En todas partes contento!

¡Todos bien, y el tormento

Despedaza el alma mía!

¡Aciago, funesto día!

¿Qué me resta? ¡desdichado!

La muerte! desesperado,

Mi existencia maldiciendo,

Iré á buscarla, muriendo

De todos abandonado!

¡La muerte, sí, sí, la muerte!

¡Huérfano infeliz, proscrito!

En tí amar es un delito;

¿Habrá más horrible suerte?
 Isabel, voy á perderte,
 Hoy voy á perderte, sí,
 Sólo porque no nací,
 Conde, duque, ni barón;
 Porque horrible maldición
 Pesa siempre sobre mí!

¿A quién he debido el ser?
 Por el delito engendrado
 Fui tal vez, y abandonado
 A llorar, á padecer:
 Tal vez la triste mujer
 A quien la vida debí,
 Quiso arrojarme de sí
 Como objeto vergonzoso,
 Y entregarme al que piadoso
 Se condoliera de mí.

¿Y qué, puede sin temblar,
 Sin fallecer de dolor,
 Al objeto de su amor
 Una madre abandonar?
 ¿Tu pecho despedazar
 No sentiste, madre mía,
 Cuando en orfanda implora
 Me dejaste? ¡Desdichado!
 ¿Tal vez murió, y me ha llamado
 En su fatal agonía!

¡Ay, acaso al darme el ser
 Perdió la infeliz la vida,
 O de miseria oprimida,

Está pronta á fallecer.
 ¡Oh, si pudiera romper
 Este velo misterioso!
 ¡Permiteme, Dios piadoso,
 Que la vea un sólo instante,
 Aunque de su seno amante
 Pase al sepulcro espantoso!

Pero si no habita ya
 Este valle de dolor;
 Si en otro mundo mejor,
 De Dios ante el trono está;
 Por su hijo rogará,
 Porque se cambie mi suerte,
 Porque antes, antes de verte,
 Isabel, en otros brazos,
 De mi existencia los lazos
 Rompa piadosa la muerte!

Amada Isabel, en ti
 Mi única dicha encontré;
 Mis pesares olvidé
 Desde el punto en que te vi;
 Pero ya, ¡triste de mí!
 Ya no es mía tu beldad;
 La mano de la verdad
 De la ilusión rompe el velo,
 Vuelve á condenarme el cielo
 A miseria y orfandad.

(Yéndose.)

¡Es ya forzoso partir:
 Adiós, castillo dichoso,

Donde un tiempo venturoso
Pensaba siempre vivir!
¡Oh, si á sus ojos morir
A lo menos yo lograra!
Si á sus plantas expirara,
Feliz al morir sería,
Y la humilde tumba mía
Ella con llanto regara!

Pero no; ni este favor
Quiere concederme el cielo;
Morir debo en otro suelo
Consumido de dolor;
El objeto de mi amor
No me verá moribundo;
En abandono profundo,
Moriré sin un testigo;
No un pariente, ni un amigo
Dejaré al salir del mundo!

¡Adiós, objeto adorado,
Que amé, que amo todavía,
Que siempre en el alma mía
Está con fuego grabado!
¡Adiós, dueño idolatrado!
¡Adiós! mas... ¿no es ella? sí,
Es Isabel: ya está aquí;
Huyamos, ¡ay! es forzoso...
No puedo! ¡el cielo piadoso
Tenga compasión de mí!
(Se deja caer en una silla en el mayor abatimiento.)

ESCENA IV.

ISABEL, ALBERTO.

Isab.— ¡Alberto!

Alb.— ¡Isabel!

Isab.— ¡Yo muero!

Alb.— Con que es cierto, en fin, que vos
Hoy mismo....

Isab.— ¡Calla, por Dios!

¿También tú el feroz acero,
Que mis entrañas devora,
Quieres empujar, cruel?Alb.— ¡Ay, también mi pecho él
Está rompiendo, señora!

Isab.— ¡Señora! ¿esto más?

Alb.— He aquí.
El nombre que os debo dar.Isab.— ¿Con que es fuerza renunciar
Aun á la esperanza?Alb.— Sí:
Ya no miro en vos aquella
Que mis delicias hacía;
Hoy es el último día
Que veré esa frente bella:Hoy mismo Isabel será
A las aras conducida,
Y hoy mismo mi despedida
Este asilo escuchará.
No verán mis ojos, no,
De mi rival el contento,

Ni escucharé el juramento
Que la violencia dictó.

Furioso, desesperado,
Sin asilo, sin consuelo,
Vagaré en extraño suelo,
De mis penas agobiado:

Sobre mi caballo fiel,
Compañero de mi gloria,
Llena siempre mi memoria
Con la imagen de Isabel,
La muerte voy á buscar.

Isab.— Y yo aquí la encontraré!

Alb.— Tu nombre repetiré
Al momento de expirar.

¡Oh mi bien el más querido!
¡Mi delicia, mi tesoro!
La fuerza con que te adoro
Nunca cual hoy he sentido!

¡Tú ves el constante ardor
Que devora el alma mía;
Mas no sabes todavía
El exceso de mi amor!

Isab.— ¡Alberto!

Alb.— Llega, Isabel,
Llega esa mano adorada
Al pecho en que estás grabada
Por un eterno cincel:
¿No sientes este latir,
Este furioso volcán?

¡Ay, de aquí te arrancarán
Cuando deje de existir!

Ese orgulloso Barón
Obtendrá tu helada mano;
Pero nunca el inhumano
Poseerá tu corazón;

Ese corazón es mío,
Lo juraste ante el Eterno,
Y al mundo y al mismo infierno,
Por gozarlo desfío.

Recuerda, cara beldad,
Aquella noche preciosa,
En que tu boca de rosa
Colmó mi felicidad:

Cuando trémula, turbada,
Llena de pudor divino,
"Te amo," dijiste... ¡oh desdicha!
Infeliz!

Isab.— ¡Desventurada!

¿Y podré sobrevivir
A este momento terrible?

¡Alberto, no, no es posible
Los dos debemos morir:

Si, mi bien, la tumba mía,
Será ese lecho nupcial!

Alb.— ¡Ah! calla, Isabel, ¡qué mal
Me hace esa palabra impía!

¡Lecho nupcial! no: ¡primero
Mi cadáver han de hollar;

Venga el Barón á buscar
Tu mano con el acero:

Veamos si tan fuerte es,

Como altivo y orgulloso!
 ¡Pronto ese rival odioso!
 Quedará muerto á tus pies!
 ¡Pronto verás al traidor:
 En sangre impura bañado,
 Su pecho despedazado
 Por mi acero vengador,
 Y el sol que debe alumbrar
 Su victoria, su ventura,
 Una escena de amargura
 Vendrá sólo á presenciarse!
 ¡No brillará sobre flores
 Su rayo resplandeciente;
 Sobre sangre solamente,
 Sangre, venganza y furor!
 ¡En vez de cantos de amor,
 De muerte se oirá el gemido!
 ¡Será en luto convertido
 Ese soberbio esplendor!
 Tiemble, tiemble ese Barón!

Isab.—¿Y mi padre?

Alb.— ¡Oh Dios!

Isab.— ¡Sabrá
 Nuestro amor, y en mi caerá
 Su terrible maldición!

Alb.— ¡Ah! qué nombre has pronunciado!
 Tu padre, el hombre que un día
 Salvó la existencia mía,
 ¿Será por mí desgraciado?
 ¿Y en cambio de su bondad
 Y su paternal amor,
 Yo llenaré de dolor

Su cansada ancianidad?
 ¡No, jamás; sabré sufrir
 El sacrificio cruel:
 Yo te lo juro, Isabel,
 Sabré callar y morir!

Isab.— ¡Morir!...

Alb.—Morir: ¿presumes que pudiera
 Vivir sin tí? jamás: tú, mi esperanza,
 Tú, mi consuelo, mi ventura fuiste:
 Tú, tú sola pudiste
 Adormecerme en dulces ilusiones,
 Regar de flores el camino incierto,
 Que el destino fatal me señalaba;
 Isabel, ya conozco que soñaba;
 Y que á la realidad por fin despierto,
 Una mano de hierro me sacude,
 Y á un abismo sin término me lanza:
 Vuela desecha en humo mi esperanza;
 ¡Cómo olvidarme de mi origen pude!
 ¡Cómo pensar que un huérfano infelice,
 Sin nombre, sin riqueza,
 Su destino infeliz unir podía
 A la hija de un Barón! ¡desventurado!
 ¡Ya la suerte castiga mi osadía!
 Isab.—Alberto, cesa por piedad: ¿acaso
 Necesita blasones
 Un hombre como tú? ¿Cuál es más bello
 Que la virtud sagrada que atesoras?
 Tu generosidad, tu noble brío,
 Mi corazón sencillo arrebataron,
 Y mis labios, Alberto, te jurarano
 Unir por siempre tu destino al mío.
 Alb.— ¡Inútil juramento! ¡Tú olvidabas

Que yo era un miserable, sin fortuna,
De compasión y de miseria objeto:
Olvidaste, Isabel, en tu delirio,
Que de un noble la hija es una esclava,
Que de su mano disponer no puede,
Ni de su corazón!

Isab.— ¡Verdad terrible!
Espantosa verdad! mas al mirarte
En otra cosa, Alberto, pensaría,
Que en amarte sin fin? cuando tus sienes
La victoria en el campo coronaba,
Mios tus triunfos y tus glorias eran!
La voz de la esperanza me decía,
Que mi mano tal vez la recompensa
De tu valor y tu virtud sería:
¡Inútil esperar! sin consultarme
Mi padre fija mi infelice suerte,
¿Qué puedo hacer, si no esperar la muerte?
Mil veces he querido
Desoubrir nuestro amor ante sus plantas,
Mas me hiela el pensar que acaso airado
En tí descargue su furor terrible,
Y sin amigos, sin recurso alguno,
De la miseria víctima serías!
¡Alberto, Alberto, tempestad horrible
Sobre nosotros despiadada trueno.
Sin poderla evitar! ¡ay! ¿Qué se han hecho
Aquellos dulces, venturosos días
De nuestra infancia? ¡Oh Dios eran un
(sueño)
Que ya se disipó!

Alb.— ¡Si, sí, no hay duda
A veces se suspenden mis dolores

Con el recuerdo de tan bellos días!
¿Te acuerdas, Isabel, de aquella noche
En que brillaba espléndida la luna?
Asentados los dos en la ventana
Que da hacia el bosque, y contemplando
(mudos

Del firmamento la extensión inmensa,
Y á la naturaleza silenciosa,
Una vaga tristeza me oprimía:
Me contemplaba solo, abandonado
Desde que vine al mundo, en mis oídos
No habían sonado los sagrados nombres
De "hijo ó de hermano;" nunca mi cabeza
Reposó sobre el seno de una madre.
¡Nunca, Isabel! ¡Tan tristes pensamientos
Mi corazón marchito consumían,
La noche aquella, que olvidar no puedo,
Que no quiero olvidar, tú penetraste
Mis tormentos atroces, tú volviste
A mí tus ojos de ternura llenos,
Y una mirada, una mirada sola
Calmó la fiebre que en mi pecho ardía!
"¿Por qué lloras, Alberto, me dijiste,
No soy tu hermana yo, mi padre el tuyo?"
¡También llorabas! En aquel instante
Un Dios me pareciste, un Dios clemente,
Que á la vida de nuevo me volvía:
Mi único anhelo fué desde aquel día,
De laurel puro coronar mi frente:
Blandió mi mano la pesada lanza,
Por mi valor ansiando merecerte,
Volé á la gloria, desafié á la muerte,

Y coronó el destino mi esperanza:
 Al lado de Ricardo, en Palestina,
 Yo el primero al peligro me arrojaba,
 Y en medio de las lides me animaba
 Tu imagen pura, celestial, divina!
 ¡Oh, cuántas veces cuántas, esta mano
 Rompí los musulmanes escuadrones,
 Y sobre sus vencidos torreones
 Alcé las cruces del pendón cristiano!
 A mis hazañas, á mi fuerte acero,
 Que no brilló sin gloria vez alguna,
 Premió Ricardo, y tuve la fortuna.
 De verme al fin armado caballero.
 Rico de gloria, ardiendo en amor puro,
 Volé á tu lado, y de tu labio hermoso
 Una sonrisa todos mis afanes
 Coronó dulcemente; no enviaba
 La regia pompa y esplendor del trono;
 Tú sola fuiste de mi afán el centro:
 Adorarte, servirte, ser tu esclavo,
 Fué mi gloria, Isabel: si la tristeza
 De mi alma alguna vez se apoderaba,
 Tu mirar la tornaba en alegría:
 Tu voz en mis oídos resonaba
 Como el acento de una madre tierna,
 Cual de una hermana el cariñoso halago,
 Como el concierto melódioso y puro,
 Que ante el trono de Dios el ángel canta.
 Isabel, Isabel, ¡cuántas delicias,
 En solo un día me arrebató el cielo!
 Acérate:

(Llevándola á una ventana
 Contempla esas montañas

Que el sol apenas á dorar empieza:
 Él no se ocultará tras esas rocas
 Antes de que se cumpla tu himeneo.
 Isab.—¡Calla, calla por Dios! ¿por qué re-

(cuerdas

El momento fatal de mi suplicio?

Alb.—¡Mañana se habrá alzado una ba-

(rrera

Eterna entre los dos!

Isab.— ¡Alberto, calla!

Alb.—Mañana, errante, solitario, triste,

Sin porvenir, sin esperanza alguna,

La muerte iré á buscar; y tu entretanto

De oro y púrpura un lecho ocupar de'es!

Isab.—¿No tienes compasión de mis pe-

(sares?

¿Te complaces, cruel, en mis tormentos?

Alb.—Perdóname, Isabel: mi pecho triste

Hiel rebosando está, y el labio mío

Ultraja tu dolor. Adiós, amada;

Preciso es ya partir.

Isab.—

¿Te vas?

Alb.—

¡Es fuerza!

Isab.—¿Y á dónde?

Alb.—

No lo sé; ¡por todas partes

Irá cual sombra mi dolor conmigo!

Isab.—Detente todavía.

Alb.—

¿A qué? ¿Pretendes

Que te mire llegar hasta las aras?

¡Jamás, jamás! si respeté hasta ahora

Á mi padre adoptivo; si he ocultado

Á sus ojos mi amor, ha sido sólo

Por un esfuerzo doloroso, grande,
Que concebir no puedes; pero al verte
Tender tu mano á mi rival odioso,
Pronunciar el sagrado juramento,
¿Piensas que pueda reportar mi furia?
¿Piensas que mi puñal, mil y mil veces,
El corazón del pérfido no rompa?
Isabel, Isabel! hoy á lo menos
Sólo nosotros infelices somos;
Pero tu padre no: tal vez un día
El sabrá mi dolor, sabrá cuán caros
Pago sus beneficios:
Isab.— El se acerca:
¿Cómo ocultar mi bárbaro tormento,
Ni detener mi llanto? ¿Cuánto sufro!
¿Sostenme tú, Dios mío!

ESCENA V.

Dicho: EL BARON FITZ-EUSTAQUIO

Fitz.— Hija querida:
El momento feliz es ya llegado
De ver asegurada tu ventura:
El barón de Bohún, tu noble esposo,
Seguido de valientes caballeros,
Pronto vendrá á jurar entre tus brazos
Eterno amor: el patio del castillo
Engalanado está para el torneo;
¿Pero qué miro? ¿tu semblante hermosa
Triste y pálido está, por qué no cubren

Tu hermoso cuerpo las nupciales galas?
¿Temes este momento?
Isab.— ¡Oh, padre mío!
¿Al contemplar que voy á separarme
Para siempre de vos!...
Fitz.— Ven á mi pecho;
Ven, mi dulce consuelo, mi esperanza;
De mi vejez cansada único apoyo:
Serena tu semblante, hija querida,
Pronto serás dichosa.
Isab.— ¡Oh, padre, padre...
Fitz.— Oyó mis votos el piadoso cielo:
Reflexiona, Isabel, cuánta ventura,
Cuánto brillo derrama este himeneo,
Sobre nosotros! á los altos timbres
De tus abuelos se unirán ahora
Los de un noble Barón, de un gran gue-
(rrero
Por el mismo Ricardo distinguido,
Alberto, ¿no es verdad?
Alb.— Sí, padre amado:
Decís muy bien, señor. (Infierno, infierno,
¿Por qué no me sepultas?) Este enlace
(A Isabel)
Te llena de esplendor, hermana mía;
Ánimate, Isabel.
Fitz.— Hoy me parece
Que son mientos mi años; la ventura
Ánima el corazón de los ancianos;
Envidia tengo á tu futuro esposo;
Envidia á los valientes caballeros,
Que en el torneo lucirán ahora

Sus soberbios caballos y armaduras.
 Hubo un tiempo también en que mi brazo
 Lanzas rompió en honor de la belleza:
 Cuando tu buena madre, en dulce rudo
 Se unió á mi suerte, en ese patio mismo,
 En que hoy tu nombre sonará glorioso,
 Yo el de tu madre con valor sostuve:
 Ella mira sin duda desde el cielo
 Tu ventura, hija mia: pronto en torno
 Circulará la copa en honor tuyo
 En el festin magnífico; las bóvedas
 De este castillo, mudas tanto tiempo,
 Hoy van á resonar. . .

(Suena un clarín.)

¿Habéis oído?

Sin duda legan ya los caballeros:
 A encontrarlos volemos, hijo mio:
 Y tú, cara Isabel, ve á prepararte:
 Cubre de hermosas flores tu cabeza:
 Ostenta tu hermosura; que tu esposo
 Te encuentre digna de su ilustre mano,
 Pura y brillante. Vamos.

Alb.— Si, ya os sigo

ESCENA VI.

ALBERTO, ISABEL.

Alb.— ¡El momento tan temido
 Ha llegado ya, Isabel!
 Ya se acerca vuestro reposo.

Isab.— ¡A sus ojos moriré!

Alb.— No; seguid, seguid, señora,
 El camino que al nacer
 Os señaló la fortuna;
 Haced feliz la vejez
 De vuestro padre, del mio,
 Si, mi padre también es;
 Si no lo fuera. . . . ¡Infelice!
 ¿Qué posición tan cruel!
 Cuando el pecho se me abrasa
 ¿Debo callar? ¡Oh, deber!
 Tengo una espada y un brazo,
 Tengo de venganza sed,
 Tengo el infierno en el alma,
 ¿Y vengarme no podré?
 ¡Virtud fatal! Fíz-Eustaquio,
 Bienhechor mio, ¿por qué,
 Por qué salvaste mi vida?
 ¿Por qué al punto de nacer
 No exhalé el postrer suspiro?
 ¡Desgraciado!

isab.— Yo no sé

Lo que se pasa en mi alma:

Yo me siento fallecer:

Arde mi frente, mis ojos

Todos los objetos ven

Tintos en sangre: ¡un abismo

Alzarse miro á mis pies!

Y nadie tiende la mano

Para salvarme de él;

Tú te vas, tú me abandonas!

Alb.— ¡Infeliz, qué puedo hacer!

¿Armar mi brazo, y en sangre

Teñir el sitio que fué
De mi desgracia el asilo?
¿Hacer que caiga, Isabel,
La maldición de tu padre
Sobre ti? ¡Jamás! seré
Desgraciado, pero digno
de tu amor.

Isab.— ¡Suerte cruel!
¿Con que no queda esperanza?

Alb.— Ninguna: ¡adiós, Isabel!
Tu padre me espera.

Isab.— ¿Y nunca
Nos volveremos á ver?

Alb.— Es forzoso todavía,
Porque salir no podré
Sin ser visto; pero al punto
Que divertidos estén
En el torneo, yo parto
Y en mi ligero corcel
Me alejo desesperado
De mi vida, de mi bien.

ESCENA VII.

Dichos, TIMOTEO.

Tim.— Señor, el Barón mi amo,
En el atrio del castillo
Os espera: ya se acercan
Los caballeros.

Alb.— Amigo,
Voy al instante.

(Se va Timoteo: se oye dentro una música)

ca marcial, que indica la llegada de los
caballeros.)

Señora,

Escuchad; ese sonido
Anuncia ya la llegada
De vuestro esposo.

Isab.— ¡Dios mío!

¿Y no muero?

(Cae en el mayor abatimiento en una silla.)

Alb.— Cada acento

De esa música un cuchillo
Es que el alma me traspasa!
Tus horrores, negro abismo,
No pueden ser más atroces
Que este momento.

Isab.—(levantándose.)

¡Oh, martirio,

Peor que la muerte ¡Alberto,

Un espantoso destino
Me conducirá bien pronto
Al horrible sacrificio:

Mi boda y mis funerales

Se unirán. Adiós, amigo

De mi infancia, hermano, amante,

Único á quien he querido,

¡Adiós! no olvidés el nombre

De esta infeliz.

Alb.— ¡No, bien mío,

Ese nombre idolatrado

Será mi postrer suspiro!



ACTO SEGUNDO.

EL RETO.

La decoración del primer acto.

ESCENA I.

ISABEL, sentada tristemente con rico traje de boda y flores en la cabeza.
LEONOR, componiéndole una flor.

Leo.—Dejadme, señora mía,
Que os prenda bien esta rosa:
En verdad estáis hermosa;
Hasta la melancolía
Os sienta bien.

Isab.— ¡Ay, Leonor!
¡Si mostrara mi semblante
Lo que sufro en este instante,
Lo amargo de mi dolor!
Pero no; tú conocer

No puedes la pena mía;
Es una larga agonía
Que no es fácil comprender.
Anoche pensé morir.
Oh, qué noche! hora por hora
Conté, esperando á la aurora,
Sin descansar, sin dormir.
Oh, qué penoso es el lecho
Para el que padece tanto!
Ni llorar pude, ¡ay! el llanto
Me hubiera aliviado el pecho:
Al fin, vi llegar el día
Pero la esperanza no,
¡Huyó para siempre, huyó!
¿Y aun respiro, Leonor mía?

Leo.—Serenad vuestro semblante,
Considerad que es forzoso
Recibir á vuestro esposo,
Que no tardará un instante.
Tal vez el tiempo podrá
Aliviar vuestro dolor.

Isab.— (Con enojo)

Tú nunca amaste, Leonor;
Déjame, déjame ya.

Leo.—¿Os ofendí? sabe el cielo
Que os amo, señora mía:
Perdonadme; yo quería
Procuraros el consuelo:
De nuevo os pido perdón.

Isab.—Es verdad, no me ofendiste;
Tú penetrar no pudiste
Lo que sufre el corazón.

Uno sólo conocía
Lo más secreto de él:
¡Ay! el alma de Isabel
Sólo Alberto comprendía.
Aún está aquí: ¿no es verdad?
Que no se vaya, por Dios;
Juntos podremos los dos
Arrostrar la tempestad;
Mas, ¿qué digo? ¡desdichada!
El debe, debe huir,
Y yo mi suerte sufrir,
Y morir desesperada:
Venga, venga ese Barón
Que debe ser mi tirano,
Aquí está mi yerta mano,
Pero no mi corazón:
Yo se lo diré, sabrá
Lo que ha de esperar de mí,
Y que Alberto siempre aquí
(Señalando su corazón.)

Mientras yo viva estará.

Leo.—¿Se lo diréis?

Isab.— Sí, Leonor,

Todo lo sabrá, y después,
Morir me verá á sus pies,
Ahogada por el dolor.
Tal vez el cielo piadoso
Su corazón moverá:
Tal vez él prescindirá
De esta boda, generoso.

Leo.—Desechad esa ilusión:
Esperar, señora, es vano;

De ese hombre el pecho inhumano
No abriga la compasión.

Isab.—¿Y tan bárbaro sería,
Que mirándome bañada
En llanto, desesperada
En espantosa agonía,
Jurándole que á morir
Me conduce este himeneo,
Insistiera? No lo creo;
No puede un ser existir
Tan odioso.

Leo.— A Dios pluguiera
Que no fuera así, señora;
Pero vais á verlo ahora.

Isab.—Déjame, Leonor, siquiera
La esperanza. ¿Tú también
Te conjuras en mi daño?
Mi esperar será un engaño;
Pero este engaño es un bien.

Leo.—Es un bien que poco dura.

Isab.—Es un instante de calma,
Que hace revivir el alma,
Sumergida en la argüra:
Y... ¿quién sabe? acaso el cielo
Con un rayo me ilumina:

Tal vez la bondad divina
Se apiada ya de mi duelo:
De la horrible desventura
El último punto, acaso
Es, Leonor, el primer paso
A la paz, á la ventura.

Leo.—¿Y aunque el Barón apiadado
De vuestro llanto, señora,

Quiera desistir ahora
De ese empeño desgraciado,
Vuestro padre prescindir
Querrá también cuando ya
Todo prevenido está?

Isab.—Preciso será mentir:
Fingiré una enfermedad
Que retarde el himeneo,
Y el tiempo después....

Leo.— Yo creo
Que la triste realidad
Disipará esa ilusión:
Que prescinda de su empeño
El Barón, señora, es sueño,
Me lo dice el corazón.

Isab.—Eres, Leonor, muy cruel,
Despedazándome estás;
Si este es un sueño no más,
No me despiertes de él.

ESCENA II.

Dichos, PEDRO

Ped.— (anunciando.)
El señor Barón.

Isab.— ¡Dios mío!
Llegó, Leonor, el momento
Decisivo.

(A Pedro.)
Haced que pase. (Se va Pedro.)
Retírate tú. (A Leonor.)

Leo.— Los cielos
Os acompañen, señora,
Y ablanden el duro pecho
De ese hombre. (Se va.)

Isab.— ¡Toda mi sangre
Helada en las venas siento;
Ya las fuerzas me abandonan!
Auxíliame, Ser supremo:
Mi ruego escucha. Oigo pasos...
Es él... es él! ¡Cómo tiemblo!

ESCENA III.

ISABEL, DE BOHÚN.

(Con rico traje de guerrero.)

Bohún.— Ese criado acaba ahora
De decirme que queréis
Hablar conmigo, señora:
A este mortal que os adora,
Aquí rendido tenéis.

Isab.— Sentáos. (Se sientan)

Bohún.— Al fin os veo
A solas ¡feliz instante!
¡Apenas mi dicha creo!
Hablad, que vuestro deseo
Ley será para un amante.
En vuestra frente divina
Mirando estoy la tristeza:
Hablad, joven peregrina,

Quizá el cielo me destina
A consolar la belleza.

Tal vez informada estáis
De que soy altivo, fiero;
Tal vez de mi amor dudáis,
O al ver mi rostro pensáis
Que es mi corazón de acero.
No, Isabel; desde que ví
Vuestro rostro encantador,
Mi voluntad os rendí,
Y grabada estáis aquí

(Señalando su pecho)

Por la mano del amor.

Cierto es que nunca os hablé

De este amor, Isabel mía:

Sólo á vuestro padre fué

A quien la llama mostré,

Que el alma me consumía.

El Barón me aseguró

Que vos me amábais, señora;

Decidme si se engañó:

En vuestro labio hallé yo

Mi vida ó mi muerte ahora.

Pero antes de pronunciar

El fal'lo, bella Isabel,

Dignáos considerar

Lo que me puede costar,

Si por desgracia es cruel.

Isab.— Señor...

Bohún.— Seguid; ¡qué dulzura

T'ene, Isabel, vuestro acento!

Descubridme esa alma pura.

Isab.—Veréis en ella amargura.

Bohún.—¿Quién causa vuestro tormento?

Isab.—Mi boda.

Bohún.— ¡Cómo!

Isab.— Señor.

Miradme.

(Queriendo echarse á los pies del Barón,
que la contiene.)

Bohún.— ¿Qué vais á hacer?

Isab.— ¡Compadeceed mi dolor!

Os respeto; pero amor

Jamás os puedo tener!

Bohún.— (Con enojo)

¡Jamás! ¿Pues por qué razón

Á vuestro padre, señora,

No lo dijisteis?

Isab.— ¡Perdón!

Tened, señor, compasión

De una mujer que os implora!

Nob'le sois y caballero,

(Se arroja á sus pies)

Mi suerte está en vuestra mano,

¡No tenéis alma de acero!

Bohún.— (Levantándose)

Una explicación espero:

Hablad, no soy un tirano.

(¿Qué sospecha... si otro amor!...

No, no puede ser verdad:

Reprimiré mi furor).

Deponed todo temor. (Con dulzura)

Habladme con claridad.

Si nace vuestro desvío,

De que no me habéis tratado,

Decídmelo, el pecho mío

Conoceréis, y confío

En que de vos seré amado.

Esa palabra, "jamás,"

Es espantosa, es cruel!

Ha sido efecto quizás

De la turbación no más;

¿No es cierto, amada Isabel?

"¡Jamás!" ¡ah! por compasión

Esa expresión reformad;

No hiciera más impresión

En mi la reprobación

Que oyera en la eternidad.

Isab.—Sí, fué demasiado dura,

Lo conozco, ¡qué queréis!

El exceso de amargura...

Bohún.—Basta angélica criatura,

Basta ya; no os disculpéis.

¿Tembláis acaso de ser

Esclava en mi compañía?

¡Qué error! ¿lo podéis creer?

Vuestro amor, bella mujer,

Será mi norte, mi guía.

¡Mi esclava! no; mi señora,

Mi reina seréis; mandad,

Mandad, joven seductora:

Vuestra voz encantadora

Es la voz de una deidad.

Altivo he sido ¿por qué

Lo he de negar? hasta aquí,

Este mi carácter fué;

En adelante seré
 Lo que vos hagáis de mí.
 Mis títulos, mi grandeza,
 A vuestros pies están ya,
 Y servirá mi riqueza
 De engalanar la belleza,
 Que el orbe me envidiará.
 Mármol y oro cincelado
 Formarán vuestra mansión,
 Diamantes vuestro tocado,
 Y vuestro altar consagrado,
 Mi sumiso corazón:
 Vuestra suerte envidiarán
 Las esposas de los reyes:
 Mil esclavos temblarán
 A vuestra voz, y tendrán
 Vuestros caprichos por leyes.
 Inciensos y adoraciones
 Os rodearán noche y día:
 Pendientes mil corazones
 Estarán de las acciones
 De la hermosa reina mía:
 ¡Y yo á sus plantas postrado,
 En su mirar embebido,
 De sus glorias embriagado
 Con su ventura pagado,
 Lo demás daré al ovido!
 Un trono, un mundo valdría
 De mi existencia un instante!
 Feliz cual nadie sería,
 Y mi vida pasaría
 Como un ensueño brillante! (Pausa)

Pero ¿no me respondéis?
 ¿Nada os merece mi amor?
 ¿Ni ver mi rostro queréis?
 ¡Ah, tembláis! ¿No me daréis
 Una respuesta?

Isab.— Señor...

Bohún.—Seguid.

Isab.— El cielo es testigo
 De que agradece mi pecho
 La bondad que usáis conmigo;
 Mas....

Bohún.—Proseguid.

Isab.— Si prosigo,
 Va á estallar vuestro despecho;
 Pero debo con franqueza
 Descubriros la verdad.
 Los títulos, la riqueza,
 Esa gloria, esa grandeza,
 No harán mi felicidad.
 ¿Qué importa que mármol y oro
 Formen mi augusta mansión?
 Si allí me acompaña el lloro,
 Me falta el mayor tesoro,
 Que es la paz del corazón.

El corazón que está herido,
 Bajo de un manto real,
 O de un humilde vestido,
 Siempre estará dolorido,
 Siempre sufrirá su mal.
 ¿Qué me importa, ¡cielo santo!
 Ocupar un alto asiento,
 Si no es menor mi quebranto?

¿Qué importa verter mi llanto
Sobre rico pavimento?

De vasallos numerosos,
Decís, seré respetada:

Me obedecerán gozosos;
Ellos serán venturosos,
Pero yo desventurada:

En su corazón sencillo
Amor me alzaré un altar;
Pero ni este amor, ni el brillo,
Arrancarán el cuchillo
Con que me siento clavar.

¡Oh! nada le importa, nada,
El fausto, noble Barón,
A una triste aprisionada!
Será su prisión dorada;
Pero es siempre una prisión!

Bohún.—Mas no sabré....

Isab.— ¡Perdonad!

Tal vez os habrá ofendido
Mi mucha sinceridad;
Pero os dije la verdad,
Porque así lo habéis querido.
Ahora yo quiero alcanzar
De vos un favor.

Bohún.— ¿Cuál es?

Isab.— (De rodillas)

Que os dignéis renunciar
A este enlace, ó expirar
Me veréis á vuestros pies.

Bohún.— (La levanta)

Me es muy duro; pero alzad:

Yo quiero exigir de vos
Otra cosa.

Isab.— ¿Qué? mandad.

Bohún.—Que me digáis la verdad,
Como la diriais á Dios.

Isab.—Os lo prometo.

Bohún.— ¿Tenéis

Acaso alguna pasión?

¿Amáis á otro?... ¿enmudecéis?

Isabel, ¿no respondéis?

Isab.— ¡Ah, sí amo!

Bohún.— (¡ Maldición!

Soy infeliz: ¡ pronto en mal

Mi bien convertido ví!

¡ Oh, qué momento fatal!

(Con dulzura)

Mas decidme ¿mi rival?

Isab.—Miradle.

Bohún.— ¿Es Alberto?

Isab.— Sí.

ESCENA IV.

Dichos, ALBERTO.

(Entra y se sorprende al ver al Barón.)

Alb.—Isabel... perdonad, yo imaginaba..

Bohún.—Que estaba sola, ¿no es verdad,
(Alberto?)

No os embarace la presencia mía;

¿No sabéis que yo soy amigo vuestro?

Si, vuestro amigo, ¿lo dudáis? ahora
Hablábamos de vos: el labio bello
De vuestra hermana, vuestra "cara her-
mana,

De revelarme acaba su secreto.

Pero ¿con qué candor! ¿con qué ternura!
Una virtud tan pura, bajo el cielo
No es fácil encontrar: yo os felicito
De haber amado un corazón tan bello.

Alb.—Señora. . .

Isab.— Si, mis lágrimas amargas
Han conmovido el generoso pecho,
Del ilustre Barón: me ha prometido
Suspender por ahora este himeneo:
¿No es cierto? el corazón me lo decía:
Tan valiente y cumplido caballero,
Abrigar no pudiera una alma baja,
Indigna de su nombre.

Alb.— ¿Es éste un sueño!

Isab.— Arrójate á sus plantas, caro amigo.
Arrójate á las plantas del más bueno,
Del más digno mortal: ¡ah! que su vida
Haga larga y feliz el Ser supremo.

¿Pero estás en estatua convertido?

¿Lo dudas todavía?

Alb.— Isabel. . . temo. . .

Bohún.— ¿Qué yo no sea capaz de un sa-
(crificio

De tanta magnitud? Vano recelo:

Nada más justo, vuestra "cara hermana"
Os ama, y á mí no: ¿por qué un objeto
Sacrificar, tan cándido, tan puro?

Si vuestra "cara hermana" hubiera puesto
Su amor en un sujeto menos digno;
¿Pero en vos, joven, vos, enervo pecho
Se abriga una virtud acrisolada!
Vuestro padre adoptivo, ese buen viejo,
Que la vida os salvó, ¿de cuánto gozo
Se llenará al saber ese respeto
Que á sus canas tenéis! ¿Oh, no es posi-
(ble,

que quede oculto tan sublime esfuerzo!

¿Sacrificio inaudito, inconcebible!

Vivir al lado de ella tanto tiempo

Sin manchar su virtud! Oh! yo lo juro,

Al Barón lo diré, tendréis el premio

A que sois acreedores, hijos míos:

No lo dudéis.

Isab.— (¿Qué escucho!)

Alb.— Ya entreveo

La infernal ironía que respiran,

Orgullosos Barón, vuestros acentos.

¿Qué has hecho, desgraciada? ¿y tú pu-
(diste

Pensar jamás que su insensible pecho

Fuera capaz de rasgo tan sublime?

Isab.— ¡Infeliz!

Bohún.— Me injuriáis sin merecerlo:

Vuestra "querida hermana". . .

Alb.— ¡Basta, basta!

No más nos insultéis. Un caballero

Usa un lenguaje franco; sus acciones

Deben llevar de la nobleza el sello;

Pero vos.

Bohún.— ¿Y pensábais, bella joven,
Que el Barón de Bohún puede sereno
Un desdén escuchar, que renunciara
Con tal facilidad al bien supremo
De ser esposo vuestro? Al alma mía,
Está quemando un espantoso fuego
Que excita más y más vuestro desvío,
Que no puede apagar el mismo cielo.
¡Un rival! un rival! no lo esperaba!
¡Un huérfano, un expósito!... ya vco
Que bien cumplís vuestro deber sagrado:
Un noble anciano de ternura lleno,
Salva vuestra existencia miserable,
Cuida de vuestra infancia, os da un asiento
En su mesa, os prodiga las bondades
Que al hijo más querido un padre tierno.
Y vos, para pagar sus beneficios,
Cediendo á un loco criminal afecto,
Seducís á una hija hermosa, pura,
Que de su ancianidad era el consuelo.
Alb.— ¡Cállate, miserable! ¿y tú me acu-

(sas

De seductor? ¿lo oís? ¿y sufrir puedo
Su presencia? ¡malvado! ¿y tú, tú hablas
De virtud? ¡La virtud! no conocieron
Lo que quiere decir esta palabra
Los monstruos como tú! ¡Poder del cielo!
¡Yo seductor! ¡yo seductor! ¡Iníame!

Bohún.— Ved, Isabel hermosa, que vio-

(lento

Es vuestro "caro hermano;" una palabra
Le llena de furor.

Alb.— Te ha descubierto

Isabel un secreto, que debía
Para siempre ocultar un triste velo;
Pero lo sabes ya: sí, yo la amaba,
Yo la amo, la amaré; jamás el tiempo,
Ni el poder ni la muerte han de arrancarla
De este fiel corazón, donde con fuego
Grabada está su celestial imagen:
Desde la infancia, desde aquel momento
Que brilló la razón en nuestras almas,
Tal vez desde antes, nuestros labios tier

(nos,

Que apenas balbucian las palabras,
Pronunciaron de amor el juramento:
Nos amaremos, sí, por más que airado
Hoy el destino irresistible y fiero
Nos separe; por más que tú procures
De Isabel atajar el llanto acerbo,
Y con oro cubrir quieras el yugo,
Bajo el que siempre vivirá gimiendo;
Mas yo no la seduje, nuestras almas
Para adorarse hasta morir nacieron,
Y un torrente de amor irresistible
Nos arrastró á los dos al mismo tiempo:
Mas tú no sabes, no, cómo la amo,
¡Con qué veneración! ¡con qué respeto!
Como á una cosa pura, sacrosanta,
Como á un sagrado espíritu del cielo,
Como al ángel que manda en nuestro au-

(xilio

La bienhechora mano del Eterno.
Isab.— ¡Alberto! (Con mucha ternura)
Bohún.— ¡Qué ternura! ¡qué palabras!
¡Qué corazón tan cándido, tan bello!

Alb.—Tú comprender no puedes este idio-
(ma;

Los tiranos jamás lo comprendieron.

Bohún.—;Y valiente además! ¡cuántas
(virtudes!

Es lástima, Isabel, que el nacimiento
De ese joven no sea conocido:

Porque en verdad, amigo, no sabemos

Quién os ha dado el ser: pero á juzgarlo

Por vuestros elevados sentimientos,

Hijo seréis del mismo rey Ricardo:

¿No es verdad, Isabel?

Alb.— (Sacando la espada)

Sufrir no puedo.

Defiéndete malvado!

Isab.— (Queriendo contenerlo.)

¡Alberto!

Alb.— (A Isabel.)

Aparta.

Tus últimas palabras han abierto

Una profunda herida en mis entrañas,

Que con sangre no más curarla puedo:

Defiéndete, repito.

Isab.— ¡Alberto mio!

Recuerda dónde estás.

Alb.— (Con horrible despecho.)

¡Es cierto! ¡es cierto!

Este castillo es para mi sagrado:

(Envainando su espada)

Sagrado! ¡maldición! Vuélvete, acero,

Por la primera vez vuelve á la vaina

Sin vengar el ultraje de tu dueño.

Da gracias á este asilo: hoy era el día

En que exhalaras el postrer aliento

Al golpe de mi espada, miserable,

Si otro fuera el lugar donde tu acento

Hubiera provocado mi venganza;

Pero saldrás de aqui, y en campo abierto

Se cruzará tu acero con el mio,

Si algún resto de honor hay en tu pecho.

Adiós, Isabel mia: fué posible

Reportarme una vez; pero no puedo

Responder ya de mí. Barón altivo,

Abusa del poder, arrastra al templo

A ese ángel puro; con su amargo llanto

Ya tu condenación se está escribiendo:

Llévala ante el altar, su labio frío

Pronunciará de amarte el juramento;

Mas no su corazón, que en él mi nombre

A tu pesar ha de vivir impreso.

Adiós, Barón, mañana vuestra esposa

Viuda tal vez será: ved este acero:

El está acostumbrado á la victoria,

El te abrirá las puertas del infierno.

(Se va.)

ESCENA V.

DE BOHUN, ISABEL

Bohún.—;Pobre joven! compadezco

Su frenesi! loco está;

Pero confio que pronto

El tiempo le ha de curar.

¡Cómo ha de ser! ha perdido

Una novia, y además
Un buen dote: el infeliz
Que lo sienta es natural.
Valor, amada Isabel,
Vuestro hermoso rostro alzad;
No más llanto, ya pasó
La escena sentimental:

Miradme, yo estoy tranquilo,
Eso que debiera estar
Celoso: ¡qué desvario!
Siempre en la primera edad
Hay amoreillos, que luego
El tiempo disipará:
Nos unimos este día,
Mañana estamos en paz:
Verás, Isabel hermosa,
Qué contento...

Isab.— Por piedad,
Dejadme, ¿no os basta aún
Mi corazón traspasar,
Sino que en la misma herida,
Jugando estáis el puñal?
Tanta barbarie, señor,
¡Quién pudiera imaginar!

Bohún.— Cuando vuestro padre sepa
Esta escena!... la sabrá,
No lo dudéis.

Isab.— ¡Ah! ¡por Dios!
(¡Alberto infeliz!) tomad
Mi vida, es la sacrificio;
Pero que yo nada más
La triste víctima sea:

No queráis sacrificar
(Hincándose.)

A un infeliz; yo lo pido

A vuestras plantas.

Bohún.— Alzad;

Yo castraré. Ya veréis

Cómo al fin me habéis de amar:

Mis continuas atenciones

Con el tiempo ganarán

Ese corazón tan bello.

Isab.— ¡Ah, no lo esperéis jamás!

La víctima está dispuesta:

Pronto llegaré al altar;

Poco después á la tumba;

Esto prometo no más.

Id, señor, id, que mi padre

Tal vez os esperará.

Bohún.— Me retiraré, Isabel,

Puesto que me lo mandáis.

(¡Qué hermosa está! ¡Me aborrece!

Bien, y después me amará.)

(Se va.)

ESCENA VI.

Isab.— ¡Y esta es la vida! ¿y al mirar el
(féretro

Cobarde tiembla el mísero mortal,

Quando la tumba es el asilo único

Donde se encuentra verdadera paz?

Y de la vida ¿cuál es aquella época

Que no conoce el peso del dolor?

¡Tormento siempre, en todas partes lágrimas!
(mas!)

Tal es la suerte que al mortal tocó.

Desde la infancia hasta la edad decrepita.

El niño, el hombre y la infeliz mujer,

Corriendo van tras una sombra mágica,
Que llaman dicha, y que jamás se ve.

ALB. El triste anciano, de su edad quejándose,

De juventud quisiera disfrutar,

O'vida, imbecil, los tormentos horribidos,

En que se agita esta infeliz edad.

Es una fiebre, es una fiebre indómita,

Es un violento, un loco frenesi,

¡Ay! sus placeres pasan cual relámpago,

Dejando el llanto de su curso al fin.

Siempre deseos, esperanzas pérfidas,

Que nos halagan sin llegar jamás:

Siempre ansiedad, vacío, gozo efímero.

Que se convierte en triste realidad.

Y de la vida en el cercano término,

Del desengaño á la funesta luz,

El corto espacio de la tumba lóbrega...

Un paño negro... un misero ataúd!

Tal de la vida es el torrente rápido:

¡Ay! de la mía ya se acerca el fin;

Y yo lo espero como espera el naufragó.

La amiga playa en que será feliz.

¡Oh, llanto mío, de mis penas bálsamo,

Ni tú, ni tú me quieres consolar;

Nadie se duele de la triste víctima

Que de la vida se despide ya!

¡Alberto! ¡Alberto! De mi tumba mi-

(será

La losa, tú con llanto regarás,

Hasta que se unan nuestras almas férvidas

En las regiones de la eternidad!

(Queda sobre una silla, en el mayor abatimiento.)

ESCENA VII

ISABEL, LEONOR.

Leo.—Bien dije yo; de ese monstruo

En el pecho no hay piedad:

Tu esperanza, pobre niña,

Se ha desvanecido ya.

Señorita... no me oye:

Señorita... qué! si está

En estatua convertida.

¡Quién lo pudiera pensar!

¡Tan amable, tan hermosa!

Y pronto acaso será

Un despojo de la muerte.

¡Horrible fatalidad!

Volved en vos, señorita;

Mirad que van á llegar

Los caballeros.

Isab.— ¡Leonor!

Leo.—Vuestro vestido arreglad,

Cobrad ánimo, señora:

Vuestro padre notará

Esa turbación.

Isab.— ¡Dios mío!
 Mi padre!
 Leo.— Pronto estará
 En esta sala: venid:
 En el estado en que estáis
 No quisiera yo que os viesen;
 Retiremonos; andad,
 Que se acerean. (Está visto!
 La vida le costará.
 Hoy celebrarán su boda,
 Mañana su funeral) (Se van.)

ESCENA VIII

FIRZ EUSTAQUIO, DE BOHUN ALBERTO,
 Caballeros armados.

(Alberto, un poco apartado de los demás,
 arroja frecuentemente miradas de furor
 sobre de Bohún.)

Cab.— ¡Amor á las bellas, y gloria al va-
 (lor!

Fitz.— Resuenen, amigos, las bóvedas altas
 Del viejo castillo, que vuelve á ser hoy
 Mansión venturosa de júbilo puro,
 Morada brillante de dicha y amor:
 Ya todo está pronto: la trompa guerrera
 Va á sonar, amigos, oigamos su voz:
 Al torneo, ¡vamos! ¡honor al valiente!
 Cab.— ¡Amor á las bellas, y gloria al va-
 (lor!

Bohún.— ¿Y quién no se siente de gozo in-
 (flamado?)
 ¿Habrá, caballeros, un frío corazón,
 En que la hermosura no ejerza su imperio?
 A caballo, amigos, al campo de honor!
 La lanza sin hierro, muy bien; mas cui-
 (dado!)
 Es fuerte mi brazo, y hoy cuento, por Dios,
 Derribar á muchos; cuidado, repito.
 Cab.— ¡Amor á las bellas, y gloria al va-
 (lor!

Bohún.— Tal vez se impacienta el freno
 (tascando,

Mi noble caballo, mi fuerte trotón;
 Veréis qué gallardo; jamás en la guerra
 Perder los estribos en él se me vió.
 Coreel más hermoso, Ricardo no tiene,
 Más fuerte, más ágil, más vivo y veloz:
 No hay otro, lo juro; su choque es terrible!
 Cab.— Veremos, veremos: ¡que viva el va-
 (lor!

Fitz.— ¡Recuerdos de gloria! también hu-
 (bo un día,

Que mi fuerte brazo valiente lidió,
 Y mi vieja sangre aún hierve al oírlo.
 También yo pudiera combatir con vos;
 Pero de mi hija sostenéis el nombre:
 El cielo os ayude, valiente Barón!
 La música suena, los heraldos griten....
 Cab.— ¡Amor á las bellas, y gloria al va-
 (lor!
 Bohún.— Y luego las copas en torno vo-
 (lando,

Colmadas de ardiente, sabroso licor,
 Vacíemos, amigos, brindando contentos
 Por la compañera que el cielo me dió.
 De Isabel el nombre g'orioso resuene,
 (A Fitz)
 De rosas corone su frente el amor.
 Noble amigo, gracias por tanta ventura.
 Todos.— ¡Dicha á los esposos!
 Alb.— (Y á mi maldición!)
 (Suena un clarín).
 Fitz.— ¿Oís? han llamado: sin duda se
 (acerca
 Otro caballero.
 Bohún.— Que venga, aquí estoy:
 De Isabel me inflaman los ojos divinos:
 Yo siento en mis venas desusado ardor!
 Voy á armarme al punto: ya estoy impa-
 (ciente;
 Toda la Inglaterra puede venir hoy.
 Todos.— ¡A caballo!
 Bohún.— Vamos, que lidiar deseo,
 Hasta que en ocaso se sepulte el sol.

ESCENA IX.

Dichos, PEDRO.

Ped.—De llegar, señor, acaba
 Una señora, cubierta
 De luto, y acompañada
 De un escudero: desea
 Hab'aros.

Fitz.— ¿A solas?
 Ped.— No;
 Pretende, según se expresa,
 De su venida la causa
 Decir, ante la asamblea
 De los nobles caballeros
 Que en el castillo se encuentran,
 Pide justicia.
 Fitz.— ¿Justicia?
 De este castillo las puertas
 Al que la pide han estado
 A todas horas abiertas,
 Mucho más si es una dama
 La que obtenerla desea.
 Haced que pase.
 (Se va Pedro.)
 Sentáos: ;
 Suspende un poco es fuerza
 (Se sientan todos.)
 El torneo.
 Ped, entrando.— Entrad, señora.
 (¿Qué nos vendrá á pedir ésta?)
 Fitz, á Arabela.— Sentáos
 (A Pedro.)

Retírate tú.

Ped.—(Algo oiré desde la puerta.) (Se va.)

Todos.— Nombradle.

Arab. (Señalando á Bohún.)

Mirad ahí el reo.

Todos.— De Bohún?

Arab.— El mismo.

Fitz.— Barón, ¿será cierto?

Bohún.— Mentira! ¡impostura!

¿Quién os da derecho

De insultar mi nombre?

Barón, yo no puedo

Permitir...

Arab.— Malvado,

Cállate: este velo

Que cubre mi rostro,

Te da atrevimiento.

(Se alza el velo.)

Pues mirame ahora.

Bohún.— ¡Ocúltame, inferno!

Arab.— Conocedme todos.

Todos.— Es ella.

Fitz.— ¡Qué veo!

La viuda de Ralfo

De Bohún? ¿es sueño?

Arab.— No, no; soy la misma,

La que ese perverso

Sepultó en prisiones,

Su muerte fingiendo.

Fitz.— (A Bohún.)

Si, de vuestro hermano

Es la viuda; ¡cielos!

¡Barón, explicaos!

Decid, ¿qué misterio

Es éste? Hace años

Que vos, bien me acuerdo,

Celebrar hicisteis

Con pompa su entierro.

Bohún.— Y muere, no hay duda:

Cual vos me sorprende

De que esta señora...

Arab.— Cállate, perverso:

Señorita, oídme.

Bohún.— (Queriendo echarse sobre e'la.)

Calla, ó el aliento

Te arranco, infelice.

Fitz.— (Conteniéndole.)

No, Barón: ¿qué es esto?

Arab.— ¿Y no habrá, señores,

Algún caballero,

Que por mí se bata

Con ese soberbio?

¿Cuál de entre vosotros

Me ofrece su acero?

Un caballero.— Yo.

Otro.— Yo, yo,

Alb.— No, nadie,

Sino yo; y os ruego

Aceptéis, señora.

Me brazo.

Arab.— Lo acepto.

Alb.— (Con entusiasmo.)

¡Gracias!

Arab.— ¿Vuestro nombre?

Alb.— Alberto, señora,

Nada más; no tengo

Titulos brillantes,
 Ni ilustrés abuelos,
 Ni padres, ni nada,
 Nada; no poseo
 Más que un pecho honrado
 De entusiasmo lleno:
 Mi honor es mi padre,
 Madre... ; no la tengo!
 Mis títulos todos
 En mi espada llevo,
 En la Palestina
 Combatí cual bueno:
 Allí la fortuna
 Coronó mi esfuerzo,
 Y Ricardo mismo
 Me armó caballero. (Con orgullo.)
 Mi nombre, mi gloria,
 A nadie la debo,
 Me colmáis de gozo,
 Señora, admitiendo
 Mi brazo, ¡qué dicha!
 ¡Me concede el cielo
 Ser de sus venganzas
 Humilde instrumento?
 Lo seré; no hay duda:
 ¡Ya hierve mi pecho!
 ¡Ya siento en mi alma
 Sacrosanto fuego!
 Arab.—Barón Fitz-Eustaquio,
 Reclamo el derecho
 Que le es concedido
 A mi débil sexo:

Yo pido un combate;
 ¡Combate sangriento,
 En que la justicia
 Se muestre del cielo!
 De Dios en el juicio
 Aparezca el reo:
 Señalar os toca
 El lugar y el tiempo.
 Fitz.—A vuestra demanda
 Negarme no puedo:
 El terreno mismo,
 Que para el torneo
 Prevenido estaba,
 (A De Bohún)
 Servirá al efecto.
 Vos diréis la hora,
 Barón.
 Bohún.— ; Al momento!
 Alb.—¡Bravo! ; en el instante!
 Arab.— (Se arrodilla.)
 Oye, Sér supremo,
 De esta desgraciada
 El ferviente ruego.
 Tú que el fondo miras
 De mi triste pecho,
 Tú que la justicia,
 Conoces que tengo,
 Patente hazla al mundo,
 Lanza desde el cielo,
 Contra quien te ultraja,
 Tu rayo tremendo:
 Dale fuerza al brazo

De mi caballero:
Pronuncia tu fallo.
Señor, no lo temo,
Porque tú eres justo:

(Se levanta.)

Sumisa lo espero.
Joven, al combate
Marchad sin recelo:
En vuestras miradas
La victoria veo.

Alb.—La tendré, señora,
La tendré, lo espero.

(A Fitz-Eustaquio, doblando una rodilla.)

Padre, bendicidme.

Fitz.—Quiera el Ser supremo
Darte la victoria.

Aib.—Mía será, lo creo.

Bohún.—¿Y sabes acaso,
Incauto mancebo,

A lo que te expones
Con ese ardimiento?

A vengarte aspiras
De agravios secretos;

No un fin generoso
Dirige tus hechos.

¡Qué loca esperanza!

Tu victoria es sueño,
Que cual humo al punto

Veráslo deshecho.
De mi espada ignoras

El terrible peso,

De mi fuerte lanza

El golpe certero.

Sin duda serías

Un infante tierno,

Cuando ya mi nombre

Por el mundo entero

Volaba, sonando

De gloria cubierto:

Mil y mil heridas

Adornan mi cuerpo,

Y siempre en las lides

Triunfante me vieron:

¿Y tú, desdichado,

Que estás aprendiendo

De la guerra el arte,

Tú te jactas, necio,

De vencerme? ¡a risa

Tu loco denuedo

Me provoca!

Alb.— Basta;

Pa'abras dejemos,

Y hablen en el campo

Sólo los aceros.

Voy á armarme al punto:

Armame tú presto,

Y verás tu orgullo

En polvo-deshecho:

Riqueza, blasones,

No podrán tu pecho

Garantir, malvado,

¡Al campo sangriento!

Bohún.—A la muerte corres:

¡Ay de ti, mancebo!

¡Tiembla!

Abl.— ¡Nunca!

Bohún.— A armarnos,

Que ansioso te espero.

Alb.— ¡Isabel, venganza!

Bohún.— ¡A la lid!

Alb.— ¡Marchemos!



ACTO TERCERO.

EL JUICIO DE DIOS.

Cabinete gótico: puerta á la derecha que conduce á lo demás del castillo: puerta á la izquierda, que da al dormitorio de Isabel: ventana con vidrios de colores en el fondo, que se supone caer al patio del torneo, y cuyas hojas deben abrirse á su tiempo: sillas, etc.

ESCENA I.

LEONOR [Muy alegre.]

¡Qué cambio tan repentino!

¿Con que ya no hay boda? bueno!

Pues el chasco es muy pesado.

Para el tal Barón; ¡me alegro!

¡Ah! mi pobre señorita

Estaba casi muriendo

De pesadumbre! ¿A qué hora

¡Ay de ti, mancebo!

¡Tiembla!

Abl.— ¡Nunca!

Bohún.— A armarnos,

Que ansioso te espero.

Alb.— ¡Isabel, venganza!

Bohún.— ¡A la lid!

Alb.— ¡Marchemos!



ACTO TERCERO.

EL JUICIO DE DIOS.

Cabinete gótico: puerta á la derecha que conduce á lo demás del castillo: puerta á la izquierda, que da al dormitorio de Isabel: ventana con vidrios de colores en el fondo, que se supone caer al patio del torneo, y cuyas hojas deben abrirse á su tiempo: sillas, etc.

ESCENA I.

LEONOR [Muy alegre.]

¡Qué cambio tan repentino!

¿Con que ya no hay boda? bueno!

Pues el chasco es muy pesado.

Para el tal Barón; ¡me alegro!

¡Ah! mi pobre señorita

Estaba casi muriendo

De pesadumbre! ¿A qué hora

Será por fin ese duelo?
 De esta ventana que cae
 Para el patio del torneo,
 Vamos á ver lo que pasa
 (Abre la ventana y se asoma)
 Por allá. ¡Qué día tan bello!
 ¡Qué bonita hubiera estado
 La función! Sí, por supuesto,
 Para todos los demás;
 Pero para el pobre Alberto,
 Y mi señorita.... vamos,
 Es mucho mejor que en esto
 Haya parado. ¡Qué vista
 Tan hermosa! allá á lo lejos
 Se miran los pabellones
 De todos los caballeros:
 Aquí el dosel de mi ama
 Forrado de terciopelo:
 Las gradas en derredor
 Para que mirara el pueblo;
 Allá están ya los heraldos,
 Y aún algunos caballeros,
 Que pasean hablando:
 Tal vez estarán sintiendo
 No haberse dado porrazos
 ¡Jesús, qué pesados juegos
 Tienen los tales señores!
 ¡Oh! también está allí Pedro:
 Este, que todo lo escucha,
 Debe de saber de cierto
 La hora del combate! vamos,
 Lo llamaré. ¡Hola! ¡Pedro!
 (Llamándolo con palmadas y gritos).

Pedro!... nada; se hace sordo:
 Eh! ya me oyó: sube presto,
 Que quiero hablarte. No hay cosa
 (Vuelve á la escena).
 Que pase aquí, que al momento
 No la sepa este criado;
 Tiene el olfato de un perro
 De caza. Mi señorita
 Se ha entretenido allá dentro
 Con lady Arabela; ¡vaya!
 Pues ha venido del cielo
 La ta! Arabela. ¡Hola!
 ¿Ya te hallas aquí? ¡me alegro!

ESCENA II.

LEONOR, PEDRO.

Ped.—Señora Leonor, ¿qué cosa
 Se ofrece?

Leo.— Mi buen amigo,
 Como tú todo lo sabes...

Ped.—¿Todo lo sé? ¿quién lo ha dicho?
 Yo no sé nada, señora:
 Es verdad que, como sirvo
 En la casa y no soy tonto,
 Lo que sucede averiguo.
 Porque al fin.... ya me entendéis:
 Pero no siempre consigo
 Lo que deseo.

Leo.— Yo pienso
Que te hallas muy bien instruido
De lo que ha pasado ahora
En el gran salón

Ped.— Os digo
Que no sé nada; mi amo
Me mandó salir: no he visto

Más que entrar á esa señora,
Y después ha salido
El Barón muy enojado,
Y un poco descolorido.
Repitiendo: "¡morirá!"
"¡Morirá!" y el señorito
Alberto, por la otra puerta
Salió muy contento, y dijo
También "¡morirá!"

Leo.— ¿Y no más?
Vamos, habla.

Ped.— Que ha pedido
La señora Baronesa
Un combate á muerte, un juicio
De Dios: que el Barón mi amo
Todo se lo ha concedido,
Y en el patio del torneo
Va á suceder ahora mismo.

Leo.— Todo eso lo sé; mas quiero
Saber la hora.

Ped.— ¿Pues no digo
Que ahora mismo? ya está pronto
El gran caballo tordillo
Del señor Alberto; falta
Nada más que el señorito

Se acabe de armar. ¡Dios sabe
Quién morirá!

Leo.— Pues te digo
Que eres un tonto! El Barón
Será el que quede vencido.

Ped.— ¿Qué sabemos? tiene un puño,
Que es capaz de hacer añicos
Á una encina, y es valiente
Como un león.

Leo.— Pues yo afirmo
Que Alberto triunfa.

Ped.— ¡Dios quieto
¡Es tan bueno el pobrecito!
¡Ah! ¿no sabéis otra cosa
Que me han contado?

Leo.— ¿Qué?

Ped.— ¡Chito!
Por Dios, que nadie nos oiga.
Ese escudero que vino
Con la Baronesa...

Leo.— Vamos,
Habla pronto.

Ped.— Pues me ha dicho
Que el tal Barón es un monstruo,
Un bribón; el asesino

De su hermano, del buen Ralfo,
Que volviendo á su castillo,

Con Alfonso el escudero,

Fué por Walter sorprendido,

En un bosque, porque el monstruo

Las riquezas y los títulos

Envidiaba de su hermano,

Y también porque el inicuo

Amaba á Lady Arabela,
Y como fué su cariño
Despreciado, creció el odio
De Walter, hasta que impio
En el pecho de su hermano
Clavó bárbaro el cuchillo.

Leo.— ¡Malvado! ¿Mas por qué causa
Ha estado oculto el delito
Tanto tiempo?

Ped.— El escudero
Era el único testigo
Del crimen, y amenazado
Por Walter, y seducido
Tal vez, ha guardado siempre
El más profundo sigilo,
Sirviendo al fiero Barón;
Hasta que hoy, compadecido
De su señora, ha logrado,
En el instante propicio
De estar el Barón ausente,
Romper los pesados grillos
De Lady Arabela, y juntos
A reclamar han venido
La protección de los nobles
Caballeros que reunidos
Se hallan aquí.

Leo.— Quiera el cielo
Dar al infame el castigo
Que merece.

Ped.— Amén. Y ahora
Me voy con vuestro permiso;
Con que hasta luego.

(Se va.)

Leo.— Que Dios
Te lleve por buen camino.
La señorita se acerca,
Aún está descolorido
Su semblante; no será
Por su futuro marido.

ESCENA III.

LADY ARABELA. ISABEL. LEONOR.

Arab.— Tranquilízate, hija mía:
El éxito del combate
No es dudoso; el mismo cielo
Debe en él interesarse:
A veces el crimen triunfa,
Triunfa, sí; pero aunque tarde,
Las iras del cielo hieren
La cabeza del culpable.
¡Ay de aquél que á su grandeza
Pone cimientos de sangre!
El negro remordimiento
Le atormenta en todas partes,
Y, cual serpiente, devora
Su corazón miserable;
Una voz terrible, fuerte,
Que acallar no puede nadie,
En su alma precita suena
Con acento formidable,
Y al fin un rayo del cielo
El abismo á sus pies abre:

Ese Barón orgulloso
Toca al fin de sus maldades.

Isab.—A vuestra voz, ¡oh señora!

Siento el pecho aligerarse,
Que mi corazón oprime:
Sois una segunda madre
Para mí, y en vuestro seno
Deposito mis pesares.
La mano de Dios, señora,
Os mandó aquí como un ángel,
Que en el borde del abismo
Viene piadoso á salvarme:
Un día tal vez, una hora
De dilación, ya era tarde!
¡Ay! vuestra bondad me anima
A descubriros mis males:
Ese joven generoso,
Que en el sangriento combate
Va á exponer por vos su vida,
Ese, señora, es mi amante.

Arab.—¿Y vuestro padre sabía...

Isab.— Nada.

Arab.—¿Y ante los altares,
En presencia del Eterno,

Ibais á jurar...

Isab.— ¡Oh, madre!

Compadecedme! temía
Que mi padre descargase
Sobre Alberto sus furiosos.

¡Ay! la maldición de un padre!...

Arab.—¿Y la de Dios?... ¡Pobre niña!
¡Una vida de pesares!

¡Un infierno! ¡y tan hermosa!
¡Tan buena! Yo á libertarte
Vengo, hija mía, no temas;
Alberto saldrá triunfante
De esta lucha, y luego...

Isab.— Luego
Me limitaré á adorarle
En secreto.

Arab.— Acaso....

Isab.— ¡Oh! nunca
Reveléis, señora, á nadie
Mi amor: á vos solamente
He podido confiarle,
Porque el desgraciado busca
Quien escuche sus pesares.

• ESCENA IV.

Dichos. TIMOTEO.

Tim.—Ej Barón mi amo, señora,
Os busca; ya prevenido
Está todo.

Arab.— Voy al punto.

(Se va Timoteo.)

Isab.— Llegó el momento, Dios mío!

Arab.— Mi presencia es necesaria;
Animo, Isabel, propicio

Será el cielo: ¿venís vos?

Isab.— ¿Ir yo? ¡jamás! de este sitio
No puedo moverme!

Arab.— Entonces
 Quedáos. ¡Oh, Dios benigno,
 Haz que la justicia triunfe!
 (Se va.)
 Isab.— ¡Calma, señor, mi martirio!

ALERE FLAMMAM
 VERITATIS

ESCENA V.

LEONOR, ISABEL.

Isab.— ¡Leonor, Leonor; se acerca ya la
 (hora!

¿Concibes tú mi situación impia?
 Siento despedazarse el alma mía;
 Una ansiedad horrible me devora:
 ¡Fatal incertidumbre! ¿quién pudiera
 Adivinar el fin de ese combate!
 ¡Mi corazón con qué violencia late!
 Al pecho el alma abandonar quisiera:
 Ven á mi corazón, dulce esperanza,
 Tú sola puedes sostener mi vida;
 Tu voz consuele mi alma dolorida,
 Que al porvenir con inquietud se lanza.
 No puedo sosegar.

Leo.— Calmáos, señora,
 Dentro de una hora....

Isab.— ¡Una hora todavía!
 ¡Es un siglo, Leonor! ¡bárbaro día!

¡Ay! una eternidad será esa hora.

¿Ha sonado un clarín?

Leo.— No, nada suena;
 Todo en silencio está.

Isba.— ¡Gran Dios, qué lucha!
 ¡No puedo más! alguno viene; escucha...
 Ei es, que viene á consolar mi pena!

ESCENA VI.

Dichas, ALBERTO.

Isab.— ¡Alberto!

Alb.— ¡Amada!

Isabel bella!

Enjuga el llanto;

La faz serena;

¿No ves el gozo

Que me enagena?

¡Cuánto ha cambiado

La suerte nuestra!

Isab.— ¡Ay! que mi alma

Siempre se encuentra

Entre zozobras.

Alb.— ¡Oh! ¡nada temas!

Isab.— Ese combate....

Alb.— Mi pecho llena

De una esperanza

Tan lisonjera!

Hace muy poco

Que la tristeza

Me devoraba,

¿Quién lo creyera!

Un sólo instante,

Mi suerte adversa
 Cambia: ¡Dios mío!
 Mi alma se anega
 En gozo puro:
 Ya por mis venas
 La sangre corre
 Con mayor fuerza.
 Isabel mía,
 ¿Con qué mi diestra
 Puede de un monstruo
 Purgar la tierra?
 ¡Gloria, ventura!
 ¡Dicha suprema!
 Rival odioso,
 De tu sentencia
 Sonó la hora,
 Tu fin se acerca!
 Ven, que tu sangre
 Calme la hoguera
 Que arde en mi alma
 Con llama eterna.
 Y tú, querida
 Beldad excelsa,
 Bálsamo dulce
 De mi existencia!
 No temas; alza
 Tu frente bella.
 ¿Y era posible
 Que tú sufrieras,
 Tú que has nacido
 Para ser reina
 De los mortales,

Tú que debieras
 Ceñir tu frente
 De una diadema?
 Isab.—¡Alberto mío!
 Tu voz me llena
 De una esperanza,
 Tal vez incierta,
 Si por desgracia...
 ¡Qué horrible idea!
 En el combate
 Tú periecieras,
 ¿Qué fuera entonces
 De mí en la tierra?
 Alb.—No, no, bien mío;
 Por Dios desecha
 Esos temores,
 Que te atormentan:
 El cielo mismo,
 La Providencia,
 Tu amor, tus ojos,
 Me darán fuerza:
 Cesen tus lágrimas,
 Que está muy cerca
 De tu ventura
 La hora suprema.
 Toca, ¿no sientes
 (Llevando la mano de Isabel á su corazón)
 Con qué violencia,
 El pecho late
 Donde tú imperas?
 ¿Piensas que acaso
 De temor sea?

No, no, querida;
 Es de impaciencia,
 Es que la gloria
 Todo lo llena.
 ¿No ves mis ojos
 Cuál centellean?
 ¿No sientes, dime,
 La voz secreta
 De la esperanza?
 ¿Ya no te acuerdas
 De qué á esta espada
 Debí en la guerra
 Le mil victorias
 La recompensa?

(Saca la espada.)

Mírala, hermosa,
 ¿No ves en ella
 Feliz presagio,
 Victoria cierta?
 Esta es la misma
 Que me enseñaras
 Cuando animoso
 Marché á la guerra
 De Palestina,
 ¿No lo recuerdas?
 Tócala, hermosa:
 Tu mano bella
 Le comunique
 Celeste influencia.
 Isab.—Sí, sí, no hay duda:
 Sólo con verla,
 A la esperanza

Mi alma se entrega:
 Siento aliviarse
 Todas mis penas.
 ¿Y tu armadura,
 Dime, es aquella
 Que antes llevabas?
 Déjame verla.
 (Examinando su armadura)
 Sí, sí, la misma.
 ¿Oh! quién pudiera
 Ser el escudo
 De tu defensa!
 Alberto mío,
 Acaso es esta
 De nuestra vida
 La hora postrera;
 Pues bien, amigo,
 Quiero que sepas
 De mi amor puro
 Toda la fuerza.

(Con mucho fuego.)

¿Sabes que te amo;
 Pero mi lengua
 Nunca ha podido
 Darte una idea
 Del fuego activo
 Que aquí me quema.
 Hay sensaciones
 Que no se expresan,
 Que el alma toda
 Nos basta apenas
 Para sentir las

Sin comprenderlas!
Nunca los hombres
Tienen idea
De lo que sienten
Las almas nuestras:
En las mujeres
Amor impera,

Cual rey despótico:
Nuestra existencia
Toda él ocupa,
El sólo llena.
Esta mañana....
¡Bondad inmensa
De Dios, perdona
Mi culpa horrenda!
Vértigo insano
De mi cabeza
Se apoderaba:
Mi propia diestra
A dar fin iba
De mi existencia:
Ya de un veneno....

Alb.—¡Isabel, cesa!

Cesa! tus voces
De horror me llenan!
¿Con que tú misma...?
¿Y quién pudiera
Calmar entonces
Mi furia horrenda?
De sangre ríos
Correr hiciera,
Y ya cansada

De herir mi diestra,
Contra mí mismo

La dirigiera:
¡Oh! no lo dudes,
Amiga bella,
Tu propia tumba
Mi tumba fuera!

¡Ah! por fortuna,
Ya más risueña,
De la esperanza
La luz destella:
Verás muy pronto
Cuál tus cadenas
Caen á mi furia,
Rotas, deshechas.

¡Oh, cuánto tarda
De la pelea
La hora!

Leo.—(Desde la ventana en donde ha estado desde el principio de la escena.)

A la plaza

El Barón llega.

Alb.—¿Llega? ¡qué dicha!

Isab.— (Sentándose).

¡Gran Dios! las fuerzas
Me faltan...

Alb.— Calma,

Calma tu pena:

Voy á vengarte,

¡Adiós! no temas,

Leonor querida.

Cuida tú de ella.

¡Adiós!

Isab.— Escucha

Por vez primera,
Quiero pedirte....

Alb.—¿Qué? dilo, ordena:

Yo soy tu esclavo,
Di qué desees.

Isab.— (Con ternura, levantándose)

Dame un abrazo.

Alb.— (Abrazándola.)

¡Ah! dicha excelsa!

¡En este instante

Morir debiera!

¡Reyes del mundo,

Vuestra diadema

Por este abrazo

Trocar quisierais!

¡Soy invencible!

¡Tirano, tiembla!

Adiós, bien mío.

Adiós! me espera

Allí la gloria,

Voy á obtenerla!

(Se va precipitado)

ESCENA VII.

ISABEL, LEONOR.

(En toda esta escena hará Leonor grandes pausas, como lo indican los puntos en el diálogo.)

Isab.—¡Alberto! ya partió, y acaso nunca
Le volverán á ver los ojos míos:

Estos ojos de lágrimas cubiertos

En vano en esa puerta estarán fijos!

Acaso pronto, revolcado en sangre,

Aquí conducirán su cuerpo frío...

¡Ah! sobre su cadáver adorado,

Exhalaré mis últimos suspiros!

Leo.—¿Por qué pensar de un modo tan
(funesto?)

El triunfará, señora; y yo confío

En su justicia.

(Ruido de voces en el patio del torneo,
que se oyen como de lejos.)

Isab.— ¿Escuchas esas voces?

La lucha va á empezar, ¡atroz martirio!

Ponte en esa ventana; yo no puedo,

¡Yo no tengo valor!

Leo.— (Colocándose en la ventana)

Desde este sitio

Se ve perfectamente lo que pasa:

Yo os lo referiré.

Isab.— ; Poder divino!

Dale valor á mi angustiado pecho!

Leo.—Lady Arabela ocupa el lugar mismo
Que para vos estaba destinado.

Y vuestro padre la acompaña... el circo
Mandan los jueces despejar ahora...

Ahora lo reconocen... ya reunidos

A la señora Baronesa se hallan

Los demás caballeros... ahora altivo

Sobre un caballo, como su alma, negro,

Entra el Barón... da vuelta al campo...

En su sitio está ya como una torre. (fijó)

Isab.— (Con inquietud.)

¿Y Alberto?

Leo.— No le veo; no ha venido...

Ya, ya llega... ya salta la estacada:

(Aplausos dentro.)

Oíd esos aplausos que su brío

(Aplaudiendo)

Arranca del concurso. ¡bravo! ¡bravo!

¡Qué hermoso está!

Isab.— (Se arrodilla.)

¡Gran Dios! oye propicio

De esta infeliz el fervoroso ruego.

Tú, á cuyo acento tiembla conmovido

El universo, tú, cuya mirada

El corazón penetra de tus hijos,

Truena, Señor, contra el malvado, truena!

Un rayo lanza contra el nombre impio,

Que ultrajó la virtud; anima el brazo

Del joven caballero que ha emprendido

De la justicia la defensa. ¡Oh, padre!

¡Oh padre justo, omnipotente y pío!

Mírame aquí de lágrimas bañada,

Pronta á desfallecer, ¡ah! sin tu auxilio

No podré resistir á tantas penas:

Escucha de esta misera el gemido:

Hasta tu trono refulgente suba

De mi dolor el penetrante grito.

Leo.—Ya el señorito Alberto da la vuelta:

¡Con qué destreza rige á su tordillo,

Cuya rizada erin al viento ondea!

¡Oh, qué hermoso caballo!... todos fijos

Tienen en él los ojos... ya se para:

Para acá está mirando el señorito:

Sin duda os busca, vedle un solo instante,

Tal vez el alma os manda en un suspiro.

Asomaos.

Isab.— ; No puedo!

Leo.— Un sólo instante,

(Se asoma Isabel.)

Esto lo animará. Ya, ya os ha visto.

Isab.—¿Será la última vez? ¡Muerdo al pen-

(sarlo!

Leo.—Ya las lanzas enristran ¡oh, Dios

(mío!

Van á dar la señal ¡por Dios, señora,

Por Dios, no la escuchéis.

(Queriendo taponarle los oídos. Suena un

clarín.)

Isab.— ¡Ah!

Leo.— (Vuelve á la ventana)

¡Ya han partido!

Rayos parecen: ya se encuentran... ¡cie-
(los!

Las dos lanzas han dado á un tiempo mis-
(mo

En sus fuertes escudos, y en pedazos
Han saltado las dos.

Isab.— (Con la mayor ansiedad)

¡Oh, qué suplicio!

Leo.— Vuelven atrás, y nuevas lanzas to-
(man...

(Ruido dentro)

Ya vuelven á partir: ¿habéis oído

El ruido de su choque formidable?

¡Qué furia, eterno Dios!... ¡Qué es lo
(que miro!

¡Santos del cielo!

Isab.— ¿Qué?

Leo.— El señor Alberto...

Isab.— ¿Qué?

Leo.— ¡Le falta el caballo; ya ha caído!

Isab.— ¡Ah! (Cae desmayada)

Leo.— (Sin verla.)

Pero no temáis, ya se levanta....

Veo que la espada saca enfurecido....

El Barón también deja su caballo....

Ya combaten á pie... ¡Oh, Dios benigno!

Protégelo, protege su inocencia!

(Ruido de espadas.)

¡Qué golpes! ¿No escucháis, señora, el

(ruido

De sus espadas?

Viéndola.)

¡Ay! la desdichada!

Al peso cedió ya de su martirio:

Señorita... está helada, es un cadáver.

Isab.— ¡Leonor!...

Leo.— Ya vuelve; ¡pero qué extravío
Noto en sus ojos!

Isab.— (Levantándose)

¡El ha muerto! ¡ha muerto!...

¿El no existe, Leonor, y yo respiro?... .

¡Aun falta sangre que verter; mi sangre!

¡Ven, odioso Barón, el pecho mío

¡Rompe, rompe este seno que le adora!

(Con fuerza)

¡Yo te aborezco, mónstruo, te maldigo!

Vamos, Leonor, corramos á encontrarlo:

Que su feroz acero, ya teñido

En la sangre de Alberto, en mí se ceba!

¡Acaben con mi muerte mis martirios!

(Con gran ternura.)

¡Alberto era mi dios! ¡lo idolatraba!

¡Vivir no quiero, si con él no vivo!

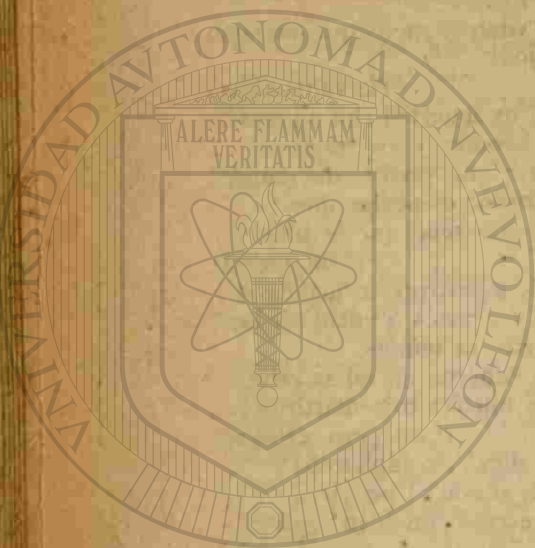
¡Alberto! ¡mi querer! ¡mi bien! ¡mi g'lo-

(ria!

¡Espérame un momento; ya te sigo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ACTO CUARTO.

EL HIJO Y LA MADRE

La decoración del primer acto.

ESCENA I.

PEDRO TIMOEO Y CRIADOS.

(Conducen desmayado y cubierto de sangre al Barón de Bohún y le colocan sobre las sillas.)

Ped.—¡Cómo pesaba el difunto!

Tim.—Cómo pesa todo muerto.

Vosotros retiraos.

(Se van los demás criados)

Ped.—¿No lo dije, Timoteo,

Que la boda parecía

Más bien que boda un entierro;

Mira si soy algún tonto.

Tim.—¡Yo estoy como loco, Pedro!

A veces en sólo un día

Pasan acontecimientos,
Que en un año no han pasado.
Ped.—Pero viste qué denuedo
De los guerreros, ¡caramba!
Yo estaba helado.

Tim.— ¡Qué recio
Se daban, hombre! te digo
Que no he tenido más miedo
En mi vida; ni aun de niño,
Cuando me contaban cuentos
De hechiceras y gigantes.

Ped.—Alguno llega: silencio.

ESCENA II.

Díehos, ISABEL, LEONOR.

Leo.—Deteneos.

Isab.— ¿Dónde está?

¿Dónde está el fiero Barón?

Que rompa mi corazón;

Yo no quiero vivir ya:

¡Destino fatal, impío!

¿Dónde se halla mi adorado?

Quiero morir a su lado,

Sobre su cadáver frío.

(Señalando el cadáver del Barón.)

Allí está... mi bien...

Ped.— (Conteniéndola.)

Señora,

¿Qué hacéis?

Isab.— Dejarme llegar:
Quiere con él espirar
Ésta mujer que le adora.

Tim.— (Sorprendido.)
¿Que le adora!

Isab.— Si, sayones,
Esa vida era la mía:

¿Y quién dividir podría

Jamás nuestros corazones?

¡Dejadme llegar, por Dios!

Juntos debimos vivir,

Pues ahora juntos morir

Debemos también los dos.

¡Ah! si la piedad ois,

Soltadme.

Ped.— ¿Pero qué hacéis?

Ese cadáver que veis

Es del Barón.

Isab.— (Sorprendida)

¿Qué decís?

¿Pues Alberto?

Ped.— Se halla ahora

Recibiendo el parabién

De su triunfo.

Isab.— (Admirada.)

He oído bien?

Tim.— Sí; no lo dudéis, señora:

En el patio del torneo

Le proclaman vencedor.

Isab.— ¡Este es un sueño, Leonor!

Leo.— Sí, también soñar yo creo.

Isab.— Si es engaño, salir de él

Un punto será, y morir,
¡Cielos! ¿mi Alberto vivir?

Ped.—Vive, señora.

Alb.— (Dentro.)

¡Isabel!

Isab.— (Con transporte.)

El es: ¡oh, supremo Sér!

El es: ¡sostenme, Leonor!

Antes me ahogaba el dolor;

Ahora me agobia el placer!

(Queda desvanecida en los brazos de Leonor.)

ESCENA III.

Dichos, ALBERTO.

Alb.— ¡Isabel! ¡Isabel!... ¿Pero qué veo?

Leonor, ¿qué es esto?

Leo.— El gozo la ha postrado.

Alb.— Oye mi voz, ¡oh, dueño idolatrado!

¡Los ojos abre, en que mi dicha leo!

¡Isabel! ¡ah! ya vuelve, ¡cuán hermosa!

Ya palpita su seno blandamente:

Una sonrisa vaga dulcemente

En sus labios purísimos de rosa.

Alza esa frente cándida y divina,

Ya eres libre, Isabel.

Isab.— ¿Y es cierto?

Alb.— ¡Es cierto!

Mírame.

Isab.— Deja que te toque, Alberto,
¿Tanta ventura el cielo me destina?

No, no es una ilusión: tu ardiente mano

Torna á estrechar la moribunda mía:

¡En el sepulcro, Alberto, te creía!

¡Oh placer grande, inmenso, sobrehumano!

Pero dime, por Dios, ¿no estás herido?

¡Ah! si vieras, mi bien, cuánto he llorado!

¡Si supieras qué instantes he pasado!

¡No sé cómo sufrirlos he podido!

¡El cielo sólo, la bondad del cielo,

Sostenerme ha radido en este día!

Pero ya vuelvo á verte, ¡qué alegría!

¡Trocé Dios en placer mi amargo duelo!

Gracias, gracias, Señor; ¡ah! la ventura

Perturba mi razón, Alberto mío:

A hablarme vuelves; dudo, desconfío:

Tanta dicha, ilusión se me figura.

Alb.— No, Isabel; es verdad.

Isab.— Mas tú caíste

Del caballo: Leonor vió tu caída,

Y al saberla pensé perder la vida;

Dime, dime por fin, cómo venciste.

Alb.— Menos fuerte mi caballo

Que el del furioso Barón,

En la segunda carrera

Por desgracia me faltó,

Y caímos; pero al punto,

Levantándome veloz,

Saco mi acero, este acero

Que jamás me abandonó:

A mi contrario me lanzo,
 Que sin prever mi intención,
 De su triunfo sonreía,
 Lleno de orgullo feroz:
 Su caballo desjarreto
 En el instante; el Barón
 Echa pie á tierra, y la espada
 Saca ciego de furor:
 Él era, Isabel, más fuerte,
 No más ligero que yo;
 Y sus golpes evitando
 Con destreza, la ocasión
 Hallé al fin, que deseaba:
 De cubrirse no cuidó
 Por herirme, y al instante
 Le traspasé el corazón.
 No pudo más, y en el circo
 Casi sin vida cayó.
 General ablauso entonces
 Sonar oigo en derredor:
 "¡Victoria, honor al valiente"
 Todo el concurso gritó,
 Y los heraldos y jueces
 Me proclaman vencedor:
 Pero en medio de esos gritos
 Yo no escuchaba tu voz,
 Tu voz para mí más grata
 Que la de la gloria.

Isab.— Yo,
 Entre tanto combatida
 De la inquietud más atroz,
 Desde mi estancia escuchando

El espantoso rumor
 Del combate: á cada instante
 Sintiendo en mi corazón
 Mil muertes... ¡qué no he pasado!
 Los dos, Alberto, los dos
 Los golpes hemos sentido,
 (Señalándose el corazón.)

Tú en el escudo, aquí yo.
 Cierto es que tú no escuchabas
 Entre las otras mi voz,
 Y sin embargo, sonaba
 Con más fuerza y más ardor
 Que todas; porque la mía
 Por tí se elevaba á Dios.

Alb.—Si, mi bien, y el Ser supremo
 Tu ruego grato escuchó,
 Porque como tú, fué puro,
 Ardiente como tu amor!

Isab.—Si, como mi amor, Alberto;
 ¡Oh! nunca de mi pasión
 He conocido la fuerza,
 Hasta el instante de horror,
 En que muerto te he creído.

Alb.—¿Quién más dichoso que yo?
 Aunque jamás nos unamos,
 Esa sublime expresión
 De tu ternura, es mi dicha:
 Te lo juro por mi honor:
 Por el imperio del mundo
 No cambio mi suerte, no!
 Pero ya tu padre llega
 Con los demás.

Isab.— ¿Tanto amor
 No pagaré con mi mano
 Alguna vez? ¡santo Dios!!
 ¡No hay felicidad cumplida!
 Alb.— ¡Tal es nuestra condición!

ALERE FLAMMAM
 VERITATIS ESCENA IV.

Dichos, ARABELA, FITZ-EUSTAQUIO,
 PEDRO, TIMOTEO, CABALLEROS.

Arab.— Caballeros, ya habéis visto
 De mi causa la justicia:
 Del éxito del combate
 Ninguna duda tenía:
 De ese perverso en el cielo
 La sentencia estaba escrita;
 Llegó por fin, y ha pagado
 Los crímenes de su vida.

(A Alberto)

Recibe, valiente joven,
 La gratitud que me anima:
 Tú fuiste el digno instrumento
 De la justicia divina:
 Tú rompiste mis cadenas:
 Por tí cobro en este día
 Mis títulos usurpados,
 Y mi libertad perdida.

Alb.— Basta, señora, no que hice
 El deber me lo imponía:
 Como honrado caballero,

A la virtud oprimida
 Mi espada ofrecí: del cielo
 Es la victoria, no mía:
 ¡Dichoso yo que instrumento
 Fui de las celestes iras!

Arab.— Mas no quedará sin premio,
 Joven, tu noble osadía:
 Por mi heredero te nombro;
 Si, yo no tengo familia:
 ¡Ay! me arrebató el tirano
 El solo hijo que tenía!
 Tú lo serás desde ahora,
 Tú formarás la delicia
 De mi vejez.

Alb.— ¡Ah! señora,
 Tanta bondad!

Fitz.— Merecida
 La tienes: como valiente
 Te has portado en este día:
 Bien, hijo mío, también yo
 Te debo mucho; esa víctima
 A la desgracia arrancaste,
 También te debe mi hija
 Su libertad. ¡Ah! cuál fuera
 Tu suerte, Isabel querida,
 Enlazada para siempre
 A ese monstruo de perfidia!
 ¡Tiemblo al pensarlo! Un modelo
 De honradez yo lo creía:
 Baronesa, aquí os condujo
 La Providencia divina,
 Para arrancar al infame

El velo que lo cubría.
 Arab.—Sus crímenes espantosos
 Sabéis ya: su mano inicua
 Fué la que del digno Ralfo
 Cortó la apreciable vida.
 Ese escudero que traje
 Conmigo, y que en otros días
 Fué cómplice involuntario
 De Walter, la historia impía
 Me ha referido.

Ped.— Señora,
 Vuestro escudero suplica
 Que ante esta ilustre asamblea
 Hablaros se le permita.

Fitz.— (A Pedro.)
 Haced que pase al instante. (Se va)
 Ven á mi pecho, hija mía,
 Démosle gracias al cielo.
 Del precipicio en la orilla
 Te ha salvado: sus bondades
 Hacia mí, son infinitas.

ESCENA ULTIMA

Dichos. ALFONSO, PEDRO.

Ped.—Entrad.

Arab.— Entrad; el noble Fitz-Eustaquio
 De hablar en su presencia os da permiso.
 Decid lo que queréis.

Alf.— Noble señora,

Y vosotros también, ¡oh esclarecidos
 Caballeros! oid. Ya las maldades
 De Walter conocéis, del que yo he sido
 Cómplice involuntario, y vos, señora,
 Perdonáis generosa mi extravío.
 Pero hay otro secreto, un gran secreto,
 Que esperaba, señora, descubrirlo
 Después de ese combate, cuando el cielo
 Castigara de Walter los delitos.

Arab.—Habla, Alfonso, declara cuanto se-
 (pas.

Alf.—El cielo que me escucha es buen tes-
 tigo

Del gozo que me anima, y que en mi abo-
 (no

Está escrita en el libro del destino
 Una acción buena: sí, señora, Walter,
 De su ambición frenética impelido,
 A toda costa quiso de su hermano
 Las riquezas poseer, y grandes títulos.
 Vuestro hijo era el legítimo heredero;
 Deshacerse intentó del tierno niño,
 Y á mi me encomendó su asesinato,
 Porque ya entonces me juzgó el inicuo
 Incapaz de faltarle: de este modo
 Logré tener en mi poder al hijo
 De mi buen amo, y engañando al mons-
 (truo,

Que su muerte creyó, del tierno niño
 Salve los días.

Arab.— ¡Cómo! qué he escuchado!
 ¿Y vive?

Alf.— Vive.
 Arab.— Es cierto? Dios benigno!
 Cuánta ventura!... ven, que yo te abrace.
 Alfonso: ven... Mas dime, dime el sitio
 Donde se encuentra: dimelo.

Alf.— Escuchadme.
 Al infante tomé, cuyos gemidos
 El corazón más duro conmovieran,
 Y conociendo el corazón benigno
 Del noble Fitz-Eustaquio, en el instante
 Me dirigí en silencio á este castillo:

(A Fitz-Eustaquio.)
 No estábais vos en él; pero en la senda
 Que á él conduce, el depósito querido
 Deje, esperando inquieto el resultado,
 Observándolo todo sin ser visto,
 Pues la maleza me ocultaba: entonces
 Os vi llegar, señor, vi que movido
 De ternura hacia el niño desgraciado,
 Al pecho lo estrechábais compasivo,
 Y aquí le condujisteis.

Alf.— ¡Qué oigo, cie'os!
 Fitz.— ¡Qué dices? conque Alberto...

Alf.— Si, ese mismo,
 Ese valiente, generoso joven
 Que os ha vengado...

Arab.— ¿Es él?...

Alf.— Es vuestro hijo.

Arab.— (Estrechando á Alberto.)

¡Hijo!...

Alf.— (Echándose en sus brazos.)

¡Madre!...

Fitz.— ¡Qué dicha!

Isab.— (Con gozo.)

¿No es un sueño?

¿Es noble? ¡qué ventura! ¡será mío!

(Por un gran rato queda Alberto abrazado
 á Lady Arabela, llorando de ternura y
 de júbilo; separa un poco su rostro, la
 contempla con una mirada ávida y llena
 de amor. Lo que sigue lo dice con mu-
 chísimo fuego, y ternura.)

Alb.— ¡Madre!... ¡madre! repetir

Dejadme ese nombre amado,

Y en vuestro pecho abrasado

Vuestro corazón sentir.

Si, yo lo siento latir

Contra el mio... ¡qué p'acer

¡Dicha inmensa! ¡Eterno Sér,

Ya puedes tomar mi vida!

¡Oh, madre, madre querida!

Al fin te consigo ver.

¡Cuánto, cuánto padecí

Por no conoceros ¡Dios!

Y vos entre tanto, vos,

¡Llorando también por mí!

Ah! ya me tenéis aquí:

Apenas mi dicha creo!

¡Oh madre! os escucho, os veo,

¡En vuestros brazos estoy!

Ya soy feliz, ¡ya lo soy!

¡Cumplió el cielo mi deseo!

¡Madre! á la naturaleza,
A mi pecho, al mismo Dios,
Yo preguntaba por vos,
Devorado de tristeza:
¡Ay! en este instante empieza
Mi existencia, mi alegría...

Arab.— (Con transporte vivísimo)

¡Hijo!....
¡Madre!... hermoso día!

Mil veces "hijo" llamadme!

Venid, todos, abrazadme:

Padre.... Isabel... Madre mía!

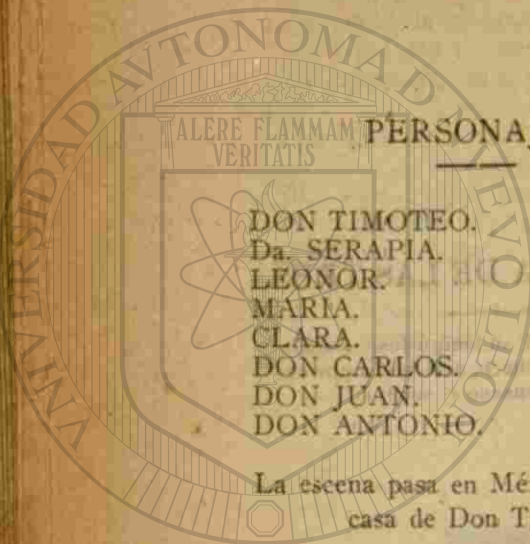
(Arabela, Fitz-Eustaquio é Isabel lo rodean abrazándolo, y cae el telón.)

A NINGUNA DE LAS TRES.

A su amigo José Ramón
Pacheco, dedica el autor este
ensayo cómico.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PERSONAJES

DON TIMOTEO.
Da. SERAPIA.
LEONOR.
MARIA.
CLARA.
DON CARLOS.
DON JUAN.
DON ANTONIO.

La escena pasa en México, 18... en la
casa de Don Timoteo.



ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada.

ESCENA I.

D. TIMOTEO, Da. SERAPIA (de gala.)

D. Tim.—Vaya, Serapia, estás hoy
Muy elegante; ¡qué bello!
¡Qué rico vestido! ¡diablo!
Si no fuera por tu pelo
Un poco blanco, y las rugas
De tus mejillas, apuesto
Que ninguno te daría
Más de treinta y cinco.

Da. Ser.—¿Cierto?

¿Con qué no parezco mal?

D. Tim.—¿Cómo mal? si poco menos
Estás hoy como aquel día
Que nos casamos: me acuerdo
Como si fuera hoy.

Da. Ser.— Con todo,
Trenta y dos años y medio
Hace que pasó.

D. Tim.— Es verdad,
¡Que pronto se pasa el tiempo!

Da. Ser.— ¡Y qué tiempos!

D. Tim.— Muy felices;

No se parecen á éstos:

¡Ay! hija, por más que digan

Los pisaverdes modernos,

Aquello era mucho, ¡mucho!

¡Te acuerdas con qué salero

Bailabas una "gavota?"

Da. Ser.— Y tú también, picaruelo,

Aquel "minuet de la corte."

D. Tim.— Y el "calafat."

Da. Ser.— Y el bolero.

D. Tim.— No; pero nada, Serapia,

Como el "campestre;" me acuerdo

Que estaba yo como tonto,

Mirando tus movimientos:

Desde la primera parte,

Sentí dentro de mi pecho

Cierta inquietud... cierta cosa...

Lo que llaman los modernos

Simpatía; pero ¡vaya!

Cuando hizo tu pie derecho

Aquel molinete, entonces

Se me trastornó el cerebro.

¡Ay! ¡y qué noche me diste!

En toda ella estuve viendo

Tus pies en mi fantasía;

Y era tan grande el empeño

De recordarlos, que dije

Al punto á mi cocinero,

Que me guisara á otro día

Unas patitas de puerco.

Da. Ser.— ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

D. Tim.— Te ries,

Y con razón, lo confieso,

Si digo que estaba loco,

Loco de remate, y luego

Con tus desdenes malditos

Me hacías rabiar.

Da. Ser.— Lo creo,

Me amabas mucho, me amabas

Como se amaba en mi tiempo:

Y yo también te quería;

¡Pero, cómo luego luego

Lo había de confesar?

No, señor.

D. Tim.— ¡Oh! no, primero

Era preciso pasar

Unas noches al sereno,

¡No es verdad?

Da. Ser.— ¡Cabal! Ahora

Todo es más pronto.

D. Tim.— Se han hecho

Muchos progresos en todo;

Llega un jovencillo lleno

De perfumes; media hora

De charla, suspiros tiernos,

Semblante triste; en la tarde

Una vuelta en el paseo

Junto al coche de la niña:
 En la noche algún encuentro
 En las "cadenas" ó el teatro:
 Si un cómico dice un verso
 Que hable de amor, al instante
 El rendido caballero
 Dirige ardiente la vista
 Al palco, como diciendo:
 "Esa Julieta, eres tú,
 Y yo soy ese Romeo."
 Con esto queda concluido
 El asunto, y de concierto
 Los amantes. A otro día
 Lleva el joven algún verso
 A la novia: poco importa
 El que sea suyo ó ageno:
 Cambia el nombre si es preciso.
 En vez de "Silvia," poniendo
 Anastasia, porque al cabo,
 Dos sílabas más ó menos
 Poco importan; la substancia
 Es lo esencial.

Da. Ser.— ¡Por supuesto!

D. Tim.—Por fortuna en estos días
 Hace todo el mundo versos.

Da. Ser.—Pero no en latín.

D. Tim.—¿Latín?
 ¡Pues estás fresca! yo apuesto
 Que no saben declinar
 "A Musa Musae."

Da. Ser.—Ya; pero...

D. Tim.—Pero saben italiano,
 Francés, inglés.

Da. Ser.— Mas no griego
 Como en mis días.

D. Tim.— Serapia,
 Para mí es un mundo nuevo
 En el que vivimos hoy;
 Ya ves, hasta el coliseo
 Ha cambiado: ya no agradan
 Las comedias de aquel tiempo:
 Juana la Rabicortona,
 El Mágico de Salerno,
 La Fuente de la Judía,
 El Principe Jardinero
 Estos eran comediones
 Divertidos.

Da. Ser.— Y muy buenos,
 Y muy morales.

D. Tim.— ¡Caramba
 Si eran morales! me acuerdo
 Que una vez salí llorando
 Como chico de colegio,
 De ver á San Agustín
 Quedar convertido.

Da. Ser.— En ciervo...

D. Tim.—Qué ciervo, ni qué...

Da. Ser.— Es verdad,
 Tienes razón, ya me acuerdo.
 Es en santa Genoveva
 Lo del venado. Ya eso
 Acabó, y las tonadillas
 Que llamaban "intermedios"
 Hoy está en boga un tal Fugo.

D. Tim.—Hugo dirás.

Da. Ser.— ¿Yo qué entiendo
De esos nombres que no están
En el calendario nuestro?
Hasta en eso entró la moda:
A nadie le ponen Diego,
Ni Jacinto, ni Macario,
Ni Roque, ni Timoteo;
Sino Arepo, Arturo, Adolfo;
En fin, santos extranjeros
Que ni estarán bautizados.
En todo caso me atengo
A los nuestros, que por fin
Son ya conocidos viejos,
Y el refrán dice: "Más vale
Malo conocido, que bueno
Por conocer."

D. Tim.— Calla, calla,
Serapia, ¿qué estás diciendo?
¿Qué disparates ensartas?

Da. Ser.— (Aflojándose el vestido)
¿Pues qué, digo mal? El cielo
Sabe mi intención. ¡Dios mío!
¡Y qué traje tan molesto
Es el vestido de gala!
Sólo por ser, Timoteo,
Día de tu santo, pude
Apretarme tanto.

D. Tim.— Cierto;
¿Y piensas tú, mona mía,
Que yo no te lo agradezco?
Mucho, mucho; siempre has sido
Un acabado modelo

De esposas: tengo tal gusto,
Que no me cabe en el pecho.
Sí, Serapia, hoy es el día
En que se van mis deseos
A colmar, con la elección
Que haga Juanito. Yo creo
Que la gusta más Leonor,
Que las otras dos.

Da. Ser.— Yo pienso
Lo mismo; no, y la muchacha
Lo merece.

D. Tim.— Por supuesto.
Pobrecilla!

Da. Ser.— ¿Y Don Antonio
Vendrá a comer hoy?

D. Tim.— Lo espero.

Da. Ser.— Aquí viene ya.

ESCENA II.

Díches: DON ANTONIO.

D. Ant.— ¡Oh! vecina,
¿Pues qué tenemos de bueno
Que está usted tan adornada?

Da. Ser.— Que diga á usted Timoteo
El motivo; yo me voy
A mirar por allá dentro
Lo que ocurre; ya usted sabe
Que para esto del aseo
De la casa y la cocina,
Yo lo hago todo; no quiero

Que se molesten mis hijas,
A quienes ha dado el cielo
Inclinaciones más altas.

D. Ant.— (Con ironía.)

Es verdad.

Da. Ser.— Pues hasta luego.
(Se va haciéndole una gran cortesía á Don Antonio.)

ESCEÑA III.

DON TIMOTEO, DON ANTONIO.

Tim.— ¡Pobre Serapia! está loca
Con las muchachas, y cierto
Tiene razón: cada una
Es en verdad un portento.
Maniquita toca, canta,
Baila; en fin, es un modelo
De perfección: ágil, viva,
Siempre de broma y riendo.
Clara, por distinto estilo, . . .
¡Ah! Don Antonio, el talento
De mi Clara es mucha cosa:
Ya ve usted, siempre leyendo
Periódicos literarios
Y políticos: apuesto
Que sabe más ella sola,
Que tres ministros.

D. Ant.— (Riendo.)

En eso
No hay mucha ponderación.

Amigo Don Timoteo.

Adelante.

D. Tim.— ¿Pues Leonor?

¡Oh! Leonor es mucho cuento:
¡Qué corazón tan sensible,
Tan encendido, tan tierno!
¡De cualquiera cosa llora!
Antes de ayer, por ejemplo,
Estaba triste, bajando
Los ojos cada momento:
Otras veces los alzaba
Fijándolos en el cielo;
Y por fin, la pobrecilla
Se puso á llorar: yo lleno
De inquietud. . . .

D. Ant.— (Con ironía.)

Ya, como padre!

D. Tim.— Yo le pregunté el objeto

De sus penas, y me dijo:

“¡Oh padre mio, yo muero

“De dolor! la pobre Clara. . .

—¡Qué! le dije muy inquieto,

¿Le ha sucedido á tu hermana

Alguna cosa? Volemos

A verla, “No, padre mio,

“Me respondió, nada de eso,

“No hablo de Clara mi hermana,

“Clara de Alva. . . ¡Qué tormento

“Pasó la infeliz! ¡Qué lucha

“Sostuvo entre sus afectos

“Y su deber!”

D. Ant.— ¿Con que todo

Su dolor y desconsuelo

Era por haber leído
Una novela? ¡muy bueno!
¿Y sabe usted por ventura
A qué se reduce el cuento
De ese libro?

D. Tim.— No, señor;
Pero dicen que es muy bueno.

D. Ant.— ¡Oh, sí muy bueno! Se trata
De una joven, que algún tiempo
Resistir supo a un amante;
Pero como el bribonzuelo
Era tenaz, ella en uno
De aquellos fuertes momentos
De ternura, faltó al cabo
Al marido.

D. Tim.— ¡Diablo!

D. Ant.— Pero
Eso sí, no faltó en nada
A la virtud.

D. Tim.— No lo entiendo:
Sin faltar a la virtud
Hacer á un hombre... ¡San Diego
Nos preserve!

D. Ant.— Pero, amigo,
Si fué tan sólo un momento
De extravío.

D. Tim.— Con mil diablos,
¿Pues qué no basta con eso?

D. Ant.— No, señor, porque fué todo
Sin mala intención.

D. Tim.— Reniego
De su intención.

D. Ant.— Pues, amigo,
Todo esto ni más ni menos
Dice la tal novelita.
Sabe usted, Don Timoteo,
La franqueza con que siempre
He hablado á usted: yo no apruebo
Ese modo con que educa
A sus hijas.

D. Tim.— Bueno, bueno;
Siempre está usted con lo mismo.

D. Ant.— Sí, señor, siempre: el afecto
Que profeso á usted me hace
Hablarle así.

D. Tim.— Según eso,
¿Usted quiere que sofoque
De mis hijas los talentos?
¿Que laven, cosan ó planchen,
Estén siempre en el brasero,
Disponiendo la comida,
Y, en fin, que tengan empleo
De criadas?

D. Ant.— No, señor;
Pero que sepan al menos
Aquellas obligaciones

Que son propias de su sexo.

La música, la pintura,

El baile, todo es muy bueno,

Y sirve á una señorita

De atractivo y de recreo:

Pero, amigo, todo es malo

Cuando se lleva al exceso.

D. Tim.— Muy bien: agradezco mucho

Tan saludables consejos;
Mas yo tengo mis razones:
Conque así, no disputemos:
Supongo que esto no turba
Nuestra amistad.

D. Ant.— Nada de eso:
Mi cariño es siempre el mismo:
Yo digo á usted lo que pienso;
Pero sólo á usted le toca
Hacer lo que quiera en esto.

D. Tim.— Bien está: pues á otra cosa:
¿Usted, según lo que veo,
No sabe por qué motivo
Estamos hoy preñiando
Una fiesta?

D. Ant.— No, en verdad.

D. Tim.— Pues, Don Antonio, yo debo
Quejarme de usted.

D. Ant.— ¿Por qué?

D. Tim.— ¿Cómo por qué? usted ha puesto
En olvido que hoy es día
De mi santo.

D. Ant.— Lo confieso:
No me acordaba.

D. Tim.— Pues bien,
Ya lo sabe usted, y cuento
Que nos acompañara
Á comer hoy.

D. Ant.— Lo agradezco.

D. Tim.— Bueno; pues no esto sólo:
Tome usted ahora un asiento,
Y oiga el principal motivo

De mi gozo. En otro tiempo,
(Se sientan)

Cerca de seis meses antes
De casarme, me vi lleno
De miseria, joven, libre,
Sin algún conocimiento
Del mundo, sin un amigo
Que me mostrara el sendero
De la dicha, y entregado
A juveniles excesos,
Agoté cuantos recursos
Me habían dejado, muriendo,
Mis padres; contraje deudas,
Y, por fin, llegué al extremo
De no tener un asilo,
Ni aun el preciso sustento.
Los amigos, que algún día
Eran siempre compañeros
De mis vicios y locuras,
Que mientras tuve dinero
Sócitos me seguían,
Mis errores aplaudiendo,
Viéndome pobre, abatido,
Y sin recursos, se fueron
Retirando, y quedé solo,
De rabia y vergüenza lleno.
En medio de mi desgracia,
Me quiso mandar el cielo
Un hombre, ó más bien un ángel,
Porque tal era Don Pedro
De Miranda, rico, noble,
Con un corazón dispuesto

A hacer bien á todo el mundo:
 Este amigo de colegio,
 Que mil y mil ocasiones
 Me reprendió mis excesos,
 Viéndome luego abatido,
 Me auxilió, me dió los medios
 Para salir del apuro;
 Y no tan sólo le debo
 La riqueza que hoy disfruto,
 Sino la vida... no puedo
 Recordar sus beneficios
 Sin llorar.

D. Ant.— Bueno ¡muy bueno!
 Esas lágrimas, que pocos
 Derraman, Don Timoteo,
 Honran á usted. En verdad,
 (Aparte.)

Es lástima que los cielos
 Como le han dado virtudes
 No le den entendimiento.

D. Tim.— En aquellos mismos días,
 Tuve una fiebre, y Don Pedro,
 Siempre al lado de mi cama,
 Siempre de ternura lleno,
 Me sacó, como quien dice,
 Del sepulcro.

D. Ant.— Bien, ¿y luego?

D. Tim.— Tuvo que marchar á Europa
 Por asuntos de comercio.
 Nos despedimos llorando,
 Mas no pasaba un correo
 Sin recibir carta suya

Y escribirle yo. Don Pedro
 Era viudo y tenía un hijo
 Que llevó á Europa. A su seno
 Llamó, en fin, Dios á mi amigo,
 Y durante mucho tiempo
 No supe del hijo suyo
 La suerte: hará mes y medio
 Que él mismo vino á mi casa
 A visitarme, diciendo
 Que al morir su anciano padre,
 Le encargó que en el momento
 Que pusiera el pie en su patria
 Viniera á verme: no tengo
 Que decir á usted el gozo
 Que tuve al punto de verlo,
 Y lo he alojado en mi casa:
 Juanito, á quien tanto aprecio
 Tiene usted, ese es el hijo
 De mi amigo.

D. Ant.— Y un modelo
 De honradez: no se parece
 A su tonto compañero,
 Al Don Carlitos. ¡Caramba!
 Jamás he visto un muñeco
 Más fastidioso!

D. Tim.— Yo al punto
 Concebí el mejor proyecto
 Que me ha ocurrido en mi vida,
 Para pagar lo que debo
 Al padre de Juan, y dije
 A nuestro joven: yo tengo
 Tres hijas, elige una

Para esposa, y heredero
De una parte de mis bienes
Serás.

D. Ant.— Muy buen pensamiento;
Y él ¿qué respondió?

D. Tim.— Me dijo
Que era preciso primero
Conocer bien á mis hijas;
Mas no me bastó con eso,
Y señalamos un plazo
Para que eligiera.

D. Ant.— Bueno:
¿Y cuándo se cumple?

D. Tim.— Hoy mismo,
Que es mi santo.

D. Ant.— Pues veremos
Lo que resulta.

D. Tim.— (Levantándose.)
Ya tarda

En llegar.

D. Ant.— ¿Y el embustero
De Don Carlitos vendrá
Con Don Juan?

D. Tim.— Así lo creo.

D. Ant.— Pues no cuente usted conmigo

Para comer hoy; no puedo
Sufrir á ese charlatán.

Sin cesar está mintiendo:

A título de que ha visto

A Paris, todo lo nuestro

Le disgusta, todo es malo

Para él, si no es extranjero.

Criticar siempre de todo
En su país, es un efecto
De una educación muy baja:
Si no encuentra nada bueno

En su patria, debería
Por gratitud, por afecto,
Callarse, disimular,

Y compadecerla: cierto
Que tenemos cosas malas,
A mi pesar lo confieso:

Pero ¿qué nación, amigo,
Hay que no tenga defectos?
No; yo soy muy mexicano.

D. Tim.— Pero, D. Antonio, al menos

Haga usted el sacrificio
Siquiera por hoy: sí, cuento
Con usted; por un amigo
Se pasa un mal rato.

D. Ant.— Cedo

Por usted; pero repito
Que soy muy duro de genio;
Y aunque quiera reprimirme,
No sé si podré.

(Ruido de coche.)

D. Car.— (Dentro.)

Cocheros

Más bontos que los de aquí

No se encuentran.

D. Ant.— Ya tenemos

Al charlatán en campaña:

Yo me voy por allá dentro

Al corredor, y me iría,

Por no verlo, al mismo infierno.
Llevaré a'gún diario.

D. Tim.— Ya!

Como usted guste.

D. Ant.— Hasta luego.

(Vase, tomando de sobre la mesa un papel)

ESCENA IV.

DON TIMOTEO, DON JUAN, DON CARLOS.

D. Juan.— (A D. Timoteo.)

Muy buenos días, amigo.

D. Carlos.— (Al mismo, apretándole la mano).

Adiós, caro, ¿cómo va?

Ya nos tiene usted acá.

D. Tim.— Me alegro mucho.

D. Carlos.— Testigo

Voy a ser de la ventura

De mi Juan, ¡dulce amistad!

(A. Don Juan).

Pero vamos, la verdad,

¿Quién ha de ser la futura?

¡Vive Dios, que Leonorcilla

Es la que más te ha petado!

Oh! ¿te pones colorado?

Pues la cosa es muy sencilla.

Si; me gusta la elección.

Parece una Parisiense.

No es menester que lo piense.

Tengo gran penetración:

Es ella ¿es verdad? es ella;

Si lo dije el primer día:

Aquella melancolía,

Aquel aire ¿cómo es bella!

En fin, es una mujer

"Comme il faut;" tan sólo en Francia

Tendrá igual: ¡oh! no es jactancia:

Sé lo bueno conocer:

Sólo en la fisonomía

Adivino si una hermosa

Es afable ó desdeñosa,

Si es un ángel ó una harpia.

Miren ustedes: yo vi

Allá en la plaza de Greve,

Una hermosura, y muy breve

Su carácter descubrí:

Bajo un hermoso semblante

Ocultaba un corazón

"Tres méchant," era un dragón.

D. Tim.— No pase usted adelante,

Sin que se sirva decirme

Qué es eso de "tres méchant."

D. Carlos.— Vaya, si lo he dicho, Juan,

Yo no puedo discurrir

Por un momento siquiera

Sin hablar francés ¡qué diablo!

Es tan bello! yo lo hablo

Sin advertir, con cualquiera.

El idioma castellano

Es tan helado, tan frio:

(A D. Juan.)

Diera un brazo, amigo mío,

Por ser francés ó britano.

D. Tim.—Pero el "tres mechant," por fin,
¿Qué significa?

D. Carlos.— Un "fripon."

D. Tim.—Menos lo entiendo.

D. Carlos.— Un bribón,
Un hombre bajo y ruin.

D. Tim.—Lo voy comprendiendo ya.

D. Carlos.—Mas ¿dónde están las hermo-
(sas?)

¿En su "toilette?"

D. Tim.— En sus cosas

Que tienen ellas allá.

D. Carlos.—¡Sus cosas! Don Timoteo,

Ese es lenguaje muy lano.

D. Tim.—Hablo mal el castellano,

Pero se entiende.

D. Carlos.— Lo creo.

(A Don Juan, que se ha sentado hace al-
gún rato á leer los impresos.)

¿Y cuál es ese papel?

D. Juan.—Es el Diario de gobierno.

D. Carlos.—¡Vaya el tal Diario al infierno!
Si fuera el "Universal."

(A D. Timoteo.)

Ese es bueno: ya se ve.

¿Y me quiere usted decir

Quién lo da? Voy á escribir

Un poco de "variétés."

D. Tim.—¿Quién lo da? el repartidor:

Y no lo da, que le vende.

D. Carlos.—Amigo, usted no me entiende:

Que ¿quién es el redactor?

D. Tim.—¡Ah! no lo sé.

D. Carlos.— (Hojeando los papales.)

¿Y está aquí?

D. Tim.—¿Para qué pagar su abono

Si no lo entiendo?

D. Carlos.— Por tono.

¿Va usted á la ópera?

D. Tim.— Si.

D. Carlos.—Entonces hace usted mal,

Si el italiano no entiende.

D. Tim.—Fácilmente se comprende.

D. Carlos.—Bravo! y que es un' versal!

De la música el idioma:

¡Cuánto me agrada Rossini!

Pero es más tierno Bellini,

Más "tocante:" yo ví en Roma.

No, no en Roma, fué en Milán.

Ví "Pirata," ví "Extranjera:"

¡Oh, qué hermosas! Creo que era

Por la fiesta de San Juan.

¡Cabalmente! Pero nada

Como "Norma" ¡qué belleza!

Habla allí naturaleza.

D. Juan.— (Aparte.)

¡El tal Carlos ya me enfada!

¡Qué loco tan hablador!

D. Tim.— (Aparte.)

¡Qué joven tan estupendo!

¡Según lo poco que entiendo,

Es alhaja de valor!

Si pudiera colocar

A Mariquita con él. ...

D. Carlos.— (A L. Juan.)

Hombre, deja tu papel,
Y acércate á conversar.
Me maravillo que en día
Para tí de tal contento
Estés ahí macilento,
Lleno de melancolía:

¡Vamos, hombre, ven aquí.
¿Qué paciencia! ¿Qué cachaza!

D. Juan.— Si no dejas meter baza.

D. Carlos.— Pues no hagas caso de mí.

Yo soy completo francés,
Alegre, vivo, ligero:

¡Vaya! Si no hablo, me muero.

D. Juan.— Habla cuanto quieras, pues.

D. Carlos.— ¿Y esta noche qué comedia

En el teatro darán?

¡A que nos encajarán

Una clásica tragedia!

¡Vaya! no se puede estar

En el teatro, ¡qué feo!

No parece coliseo,

Sino viejo palomar.

No se encuentra una nación

Más que México atracada:

Da vergüenza: aquí no hay nada:

Ni gusto, ni ilustración,

Ni ornato, ni policía,

Ni finura, ni alegría,

Ni hermosura, ni elegancia;

Repito que sólo en Francia

Se vive con alegría.

En las "soirées" ¡qué finura!

¡Qué dulce afabilidad!

¡Cuánta sensibilidad!

¡Cuánta graciosa locura!

El amable aturdimiento,

El entusiasmo, el bullicio,

Vaya! si yo pierdo el juicio

(Mirando adentro.)

Al verme aquí ¡qué tormento!

¿Mas no es aquella Leonor?

No hay duda que es ella, sí;

Juanito, ya viene allí

El objeto de tu amor.

¿No sientes un dulce afán?

¡Qué elegante! ¡Qué bonita!

¿Tu corazón no palpita?

Eres un clásico, Juan.

Eres hijo del país,

No, no lo puedes negar.

D. Juan.— (Parándose.)

Ni tampoco remediar.

D. Carlos.— Para amar sólo en París;

Allí si se estudia el modo

Hasta de poner el pie,

Los ojos, la boca, ¡qué!

Por principios se hace todo.

Ven, y mirala, entregada

Toda entera á la lectura:

¡Cuánto es bella una hermosura

Distraída, abandonada!

D. Tim.— Siempre usted la verá así,

No conoce otro placer.

D. Carlos.— Divina, "charmante" mujer.

¡Qué lástima que esté aquí!

ESCENA V.

Dichos, LEONOR.

(Sale leyendo sin ver á nadie, y se sienta en un sofá; después de una ligera pausa deja el libro y representa.)

Leo.— ¡Ha muerto, ha muerto el misero
Joven desventurado,
Modelo acrisolado
De ternura y amor!
¡Ay! ese pecho candido
Despojo de la muerte,
Mereció mejor suerte,
¡Oh, vida de dolor!
¡Quién no derrama lágrimas
Al leer tu triste historia?
Y ¿quién á tal memoria
No se siente morir?
Recibe, triste víctima,
Recibe el llanto mio:
Yo tu destino impio
Siempre sabré seguir.

(Deja el libro: queda como meditabunda en el sofá.)

D. Carlos.— ¡Qué pecho tan simpático.

D. Tim.— Sí, es muy sensible, mucho.
Hija....

Leo.— ¡Qué voz escucho!

¡Oh padre! ¿Dónde estoy?

Mirad... Su rostro pálido:

Oid... ese sonido...

¡Ha muerto! ¡Está perdido!

D. Tim.— Escúchame: yo soy:
Vuelve en tu acuerdo ¡misera!
Su corazón palpita.
¡Paloma!

D. Carlos.— ¡Señorita!

D. Tim.— (A D. Juan.)

Háblale tú.

D. Juan.— ¡Leonor!

D. Carlos.— ¡Leonor! ¡Qué hombre tan
(frío!)

¡Qué pecho tan helado!

Dile á sus pies postrado:

(Postrándose delante de Leonor y tomándole una mano.)

“¡Mi bien! ¡Mi dulce amor!”

Leo.— Levantándose y empujando á Don Carlos.)

Dejadme, dejadme,

¿Y es ésta la vida,

Tormentos, horrores,

Continuo penar?

¿Y el hombre se afana

Por ella? ¡Insensato!

Más vale á la tumba

Mil veces bajar.

D. Tim.— Escucha, hija mía.

(Siguiendo á Leonor, que se pasea agitada por el teatro.)

La voz de tu padre.

Leo.— (Sosegándose.)

¡Oh, padre! ¿Y es cierto?

¿Fué todo ilusión?

D. Carlos.— Ya vuelve en su acuerdo:

¡Miradla qué hermosa!

(A D. Juan.)

Acérete, calma

Su fiel corazón.

¿No sientes tu pecho

Saltar de ternura?

D. Juan.— No.

D. Carlos.— ¿No? Eres un mármol,

Palabra de honor.

Leo.— Oh, padre! perdona:

La historia de Werter

Mi pecho ha llenado

De horrible dolor,

¡Tan joven! ¡tan tierno!

¡Tan bello! ¡tan fino!

¡Qué suerte tan fiera!

D. Tim.— Olvida eso ya.

D. Carlos.— Amable belleza,

Aquí está Juanito;

Míradle qué triste,

Qué pálido está!

Leo.— (Tendiéndole la mano.)

Amigo.

D. Juan.— ¿Ha pasado

El rato funesto?

Leo.— Oh! sí, ya ha pasado.

D. Tim.— Ya vuelve á reír.

D. Juan.— ¿Y por qué leer libros

Que dan á usted pena?

Leo.— Amigo, sin ellos

No puedo vivir.

El siglo en que estamos

Carece de encantos:

Pasiones comunes

Miramos no más:

¡Mil veces felices

Los seres dichosos,

Que vieron el mundo

Mil años atrás!

Entonces, entonces

Un buen caballero,

Diraba su dicha

Tan sólo en amar:

La voz de una amada

Mandaba en su vida,

Sabiendo por ella

La muerte arrostrar.

Diez años ó veinte

Pasaban sin verse,

Y no se entibiaba

Por eso su amor.

D. Carlos.— ¡Terrible constancia!

Leo.— ¡No se halla en el día!

D. Carlos.— ¿Dos meses? que pase...

Leo.— ¿Dos meses? ¡qué horror!

No, yo no quiero

La vida presente;

¡Helada existencia!

¡Funesto vivir!

Yo encuentro en mis libros

Un mundo más bello.

¡Oh, Werter! yo debo
Contigo morir!

D. Tim.—¿Morir? ¡San Francisco!

¡Qué dices, muchacha!
¿Y a un padre que te ama
Quisieras dejar?

Leo.—¡Oh, padre! bajemos
Los dos a la tumba!

D. Carlos.—¡Bien dicho!

D. Tim.— ¡Mal dicho!

No quiero bajar.
Es cierto que a veces
Amarga la vida;
Mas siempre la muerte,
Es mucho peor.

Leo.—¡Ah! no, no, la tumba,
La tumba es el puerto,
El puerto seguro
Do acaba el dolor.

D. Tim.—¡Muy bien! será puerto,
Será lo que quieras;
Mas yo estoy contento
Del mundo en la mar.

D. Carlos.—Amigo, en Europa
No se anda con esas;
Allí cuando alguno
Se quiere matar,
Toma un "pistolet."
Lo carga, y al punto
Del pícaro mundo
Se va "sans facon."
¡Oh! no hay como Francia,

Se vive contento,
Contento se muere!

Leo.—¡Dichosa nación!

D. Tim.—Muy buena es la moda;
Yo tengo mal gusto:
¿Y usted, Don Carlitos?

D. Carlos.—¡Oh! yo por mi fe,
Os juro que sólo
En ésta no he entrado.

D. Juan.—¿De veras? (Riendo).

D. Carlos.— Te digo

Que no me maté.
No hablemos más de esto;
De amores, de gozo,
En día tan bello
Debemos hablar.

Maria.— (Dentro.)

Muchacha, mis flores.

D. Carlos.— (Cantando.)

"Cual voce io sento
De goia é di espeme
Mio sen palpar."

D. Tim.— (Aplaudiendo)

Muy bien, Don Carlitos.

D. Juan.—De risa me muero.

Leo.—Dichosos ustedes
Que pueden reir.

D. Tim.— (A Leonor) ®

Aléntate, vamos.

Leo.—No puedo, no puedo:

Mis nervios padecen,
Me siento morir.

D. Tim.—Pues ve con Juanito:

El aire del campo
Te hará bien: Juanito,
Llévala al jardín.

D. Juan.—(Presentando el brazo á Leonor)
¡Iremos.

D. Tim.—Despacio.

D. Juan.—(Aparte).

¡El cielo me ampare!

Leo.—Adiós, padre amado.

D. Tim.—Adiós, serafín.

Leo.—Adiós, Don Carlitos.

D. Carlos.—(A D. Juan á tiempo de ir an-
dando: aparte.)

Adiós, cara. Aprieta,

Al uso de Francia,

Con mucho calor.

D. Juan.—(Aparte á Carlos.)

Si llora por Werter.

D. Carlos.—Si Werter ha muerto.

Aprieta, te digo.

D. Tim.—¡Qué amable candor!

ESCENA VI.

DON TIMOTEO, DON CARLOS.

D. Tim.—¿Ha visto usted en su vida,
Una joven más sensible?
Vaya, vaya, no es posible;
Es muy tierna mi Leonor.

D. Carlos.—¿Es verdad, á fe de Carlos!

Es la más tierna belleza:

¡No respira, qué pureza!

¡No son sus ojos, qué amor!

¿Usted no ha estado en París?

D. Tim.—No, señor.

D. Carlos.—Mucho lo siento

Allí sí que es un portentoso...

¡Oh, la preciosa ciudad!

Allí no hay una mujer

Que sea helada ni egoísta;

Hasta una triste modista

Tiene sensibilidad.

¡Todo es amor en París!

¡Cómo se infalma el desseo!

Hasta usted, Don Timoteo,

Fuera víctima de amor.

D. Tim.—Vaya, vaya, yo me río,

¿Amores yo, y á mi edad?

D. Carlos.—Pues es la pura verdad.

D. Tim.—¿Cierto?

D. Carlos.—Palabra de honor.

D. Tim.—Pero ya ve usted mis canas...

D. Carlos.—¡Bueno! valiente friolera!

Esas las quita cualquiera...

Aun aquí que es buen decir.

D. Tim.—¿Y mis arrugas?

D. Carlos.—También.

Las quitan allí al momento.

D. Tim.—Será por encantamiento.

D. Carlos.—No, señor.

D. Tim.—Quiero reír...

D. Tim.—Pues ve con Juanito:

El aire del campo
Te hará bien: Juanito,
Llévala al jardín.

D. Juan.—(Presentando el brazo á Leonor)
¡Iremos.

D. Tim.—Despacio.

D. Juan.—(Aparte).

¡El cielo me ampare!

Leo.—Adiós, padre amado.

D. Tim.—Adiós, serafín.

Leo.—Adiós, Don Carlitos.

D. Carlos.—(A D. Juan á tiempo de ir an-
dando: aparte.)

Adiós, cara. Aprieta,

Al uso de Francia,

Con mucho calor.

D. Juan.—(Aparte á Carlos.)

Si llora por Werter.

D. Carlos.—Si Werter ha muerto.

Aprieta, te digo.

D. Tim.—¡Qué amable candor!

ESCENA VI.

DON TIMOTEO, DON CARLOS.

D. Tim.—¿Ha visto usted en su vida,
Una joven más sensible?
Vaya, vaya, no es posible;
Es muy tierna mi Leonor.

D. Carlos.—¿Es verdad, á fe de Carlos!

Es la más tierna belleza:

¡No respira, qué pureza!

¡No son sus ojos, qué amor!

¿Usted no ha estado en París?

D. Tim.—No, señor.

D. Carlos.—Mucho lo siento

Allí sí que es un portentoso...

¡Oh, la preciosa ciudad!

Allí no hay una mujer

Que sea helada ni egoísta;

Hasta una triste modista

Tiene sensibilidad.

¡Todo es amor en París!

¡Cómo se infalma el desseo!

Hasta usted, Don Timoteo,

Fuera víctima de amor.

D. Tim.—Vaya, vaya, yo me río,

¿Amores yo, y á mi edad?

D. Carlos.—Pues es la pura verdad.

D. Tim.—¿Cierto?

D. Carlos.—Palabra de honor.

D. Tim.—Pero ya ve usted mis canas...

D. Carlos.—¡Bueno! valiente friolera!

Esas las quita cualquiera...

Aun aquí que es buen decir.

D. Tim.—¿Y mis arrugas?

D. Carlos.—También.

Las quitan allí al momento.

D. Tim.—Será por encantamiento.

D. Carlos.—No, señor.

D. Tim.—Quiero reír...

¿ Con que es decir que en Paris
 Entra un achacoso anciano
 Y sale un mozo lozano

Lleno de gracia?

D. Carlos.— Cabal.

D. Tim.— Pues, amigo, digo á usted,
 Que ha llegado á mucho el arte.

D. Carlos.— No hay en el cuerpo una parte
 Que no suplán muy igual.

¿ Le falta á usted una pierna,
 Un brazo, un ojo, una mano?....

Pues va usted á un artesano,
 Y en un par de horas ya está.

D. Tim.— ¿ Y las rugas?

D. Carlos.— Un licor
 Hace rejuvenecer.

D. Tim.— ¡ Hay qué gozo! ¡ qué placer!
 Pues, señor, me voy allá.

D. Carlos.— ¡ Bravo! un hombre como us-
 (ted,

Que tiene tanto dinero,
 Es un tonto, un majadero,
 Si no hace un viaje.

D. Tim.— Es verdad;
 Pero á la mar tengo miedo.

D. Carlos.— ¡ Tontera! ¿ Ve usted aquí
 Cómo ando yo? pues allí
 Hay mayor seguridad.

(Aparte.)

(Ojalá caiga este tonto,
 A ver si me voy con él
 Y hago un brillante papel).

1). Tim.— Me voy animando á ir.

1). Carlos.— Bien hecho, amigo, bien he-
 (cho;

Pasará usted buena vida.

(Aparte.)

(Para que al fin se decida,
 Voy á charlar y mentir.)
 Verá usted, Don Timoteo,
 Qué calles tan espaciosas,
 Todos los pisos de losas
 De mármol.

D. Tim.— ¡ Cuánto primor!

D. Carlos.— Hay algunas que tendrán
 Cuatro leguas.

D. Tim.— ¡ Qué! ¿ las losas?

D. Carlos.— No, las calles. ¡ Y qué hermo-
 (sas!

En las casas, ¡ qué esplendor!
 Las hay de mármol, de bronce,
 De esmalte; y aun de marfil,
 Grabadas por un buril
 Que parece celestial:
 Teatros hay en que sin duda
 Podrán caber dos millones.

D. Tim.— ¡ Santo Dios! y qué pulmones
 De los cómicos!

D. Carlos.— No tal,
 Que cualquiera voz se escucha
 Por todos perfectamente.

D. Tim.— ¿ Y cómo?

D. Carlos.— Muy fácilmente,
 Por medio de un tornavoz.

D. Tim.—¿Y para ver de tan lejos
Será preciso un antejo?
D. Carlos.—No, señor, que cualquier ojo
Ve sin él.

D. Tim.— ¡Válgame Dios!
¿Y cómo?

D. Carlos.—Hay ciertos espejos...
Puestos de cierta manera.
Que... pues... así... no fuera
Fácil una explicación:
Todo es por máquina, todo.

D. Tim.—¿Qué malditos extranjeros!
Si creyera en hechiceros.
Dijera que ellos lo son.

D. Carlos.— (Aparte.)
A le mía no encontraba
Cómo salir del apuro.

(Alto.)
Amigo, yo os aseguro
Que hay muchísimo que ver:
Allí dinero es el todo;
Lleve usted el suyo allá,
Y le digo que tendrá
Una vida de placer.

D. Tim.—Mire usted, cómo Juanito
Nada de esto me contaba.

D. Carlos.— (Aparte.)
¡Cielos! ya no me acordaba:
Juan me puede desmentir!!

D. Tim.—Pues, señor, estoy resuelto.
Me voy a Francia, me voy.

D. Carlos.—Si útil de algún modo soy...

D. Tim.—Si usted también ha de ir.

D. Carlos.—Pues en mí encontrará usted
Un "cicerone."

D. Tim.— ¿Qué?

D. Carlos.— Un guía.

D. Tim.—¡Ay, qué gusto! ¡qué alegría!
Rabiando estoy por marchar.

D. Carlos.— (Aparte.)
Ya cayó en la ratonera.

D. Tim.—¡Oh! muy presto nos iremos.

D. Carlos.—¿Y cuándo?

D. Tim.— Ya, ya veremos,
Yo podré necesitar
Para arreglar mis asuntos...
¡Oh! muy poco, muy poquito...
Veinte años.

D. Carlos.— (Aparte.)
¡Viejo maldito!

¡Si los pensará vivir!

D. Tim.—Sí; para este tiempo creo
Que estaré desocupado.

D. Carlos.— (Aparte.)
Pues, señor, bien he quedado
Después de tanto mentir.

(Se oye cantar dentro a Mariquita.)

D. Tim.—Ya viene allí Mariquita:

¿Oye usted? siempre cantando,

Nunca la he visto llorando;

Tiene un bello corazón.

Dejo a usted quien le acompañe,

Yo me voy con D. Antonio.

(Se va.)

D. Carlos.—“Bien, tres bien.” ¡Anda al
(demonio!

¡Qué viejo tan socarrón!
Me divertiré un momento
Con esta preciosa loca:
Yo pensé viajar de coca,
¡Ay, qué chasco tan fatal!
¡Vaya, si tengo razón!
Nada hay en México bueno;
He aquí un viejo de oro lleno;
Pero el más grande animal.

ESCENA VII.

DON CARLOS, MARIA.

(Sale ésta cantando, sin ver á Don Carlos,
y va derecha á un tocador que habrá al
frente, á componerse el peinado.)

Maria.—Vamos, vamos, no estoy mal,
Este rizo me va bien;
¡Oh! yo tengo cierta sal....
Una cara angelical:
¿Y quién me resiste, quién?
“Si, Mariquita es muy bella.”
Dirán muchos elegantes
“Parece luciente estrella,
¡Que! si no hay otra como ella.”
Hoy tendré muchos amantes,
Hasta seis puedo ajustar,

Sin contar con los ausentes;
Es número regular:
¡Qué placer es conquistar!
¡Pobrecillos inocentes!
Veamos si puedo traer
Sus nombres á la memoria....
(Se voltea, y al ver á D. Carlos, queda co-
mo avergonzada.)

¡Ay, Dios!

D. Carlos.— ¿Y no ha de haber
Una plaza que obtener
En esa tan larga historia?

Maria.—¡Ah! ¿que estaba usted aquí?

D. Carlos.—Contemplando esa hermosura

Maria.—¿Y me ha escuchado usted?

D. Carlos.— Si,

Mas no tema usted de mí,
Encantadora criatura.

Maria.—¡Oh! yo hablaba necedades:
Cosas que en verdad no siento.

D. Carlos.—Pero hablaba usted verdades.

Maria.—No, D. Carlos, vaciedades,

De que después me arrepiento.

D. Carlos.—No, no; yo puedo jurar,

Por mi propio corazón,

Que no puedo adivinar

Cómo es posible encontrar

Tal gracia en esta nación.

Casi, casi voy amando

A este misero país:

Estoy á usted contemplando,

Y en ese rostro mirando

Un destello de Paris.

Dejadme, niña del Sena,

Contemplar tanta beldad,

Esa frente tan serena.

Que brilla cual luna llena

De apacible claridad.

"Radiante," encantadora,

De gracia y beldad modelo,

¿Quién te mira y no te adora?

¿Eres Venus, o eres Flora;

O más bien ángel del cielo?

María.—Soy sólo una mexicana.

D. Carlos.—¡Imposible! ¡No es verdad!

Eres francesa, italiana,

O siquiera de la Habana;

Pero no de esta ciudad.

María.—Pues...

D. Carlos.—No me hables castellano,

Destruyendo la ilusión;

Ese rostro soberano

No puede ser mexicano,

Lo dice mi corazón.

María.— (Enfadada.)

Buen modo de enamorar,

¡Despreciar mi patria así!

D. Carlos.— (Satisfecho.)

Dígnese usted perdonar;

¡Es tan difícil hallar

Una cosa buena aquí!

María.—Pues abierto está el camino,

¡Qué pesado y qué tenaz!

Llene usted su alto destino;

Vuelva usted por donde vino;

Déjenos usted en paz;

Si usted no está bien hallado

En el suelo en que nació,

Vaya usted al otro lado,

Que un galán almibarado,

No es mucha pérdida, no.

¿Conque quiere usted decir

Que aquí no hay una hermosura?

¿Y esto se puede sufrir?

D. Carlos.—Mas dígnese usted oír...

María.—¡Pues alabo la finura!

¿Y allá aprendió usted á ser

Tan galán? (Ríe) risa me da.

D. Carlos.— (Aparte.)

¡Oh! ¡qué maldita mujer!

Todo se ha echado á perder;

Mas todo se compondrá.

Vamos, vamos, señorita, (Alto.)

He cometido un error;

Mas una joven bonita

Perdona: sí, Mariquita,

Calme usted ese furor.

¿Con quién comprar es dado

Esa gracia, esa belleza,

Ese pie tan delicado,

Ese talle torneado,

Esa divina cabeza?

(Durante este diálogo, se va calmando Ma-

riquita hasta el grado de sonreírse, arri-

mandose al espejo.)

María.—¡Oh! pues hoy estoy muy mal,

Lo juro á fe de María.

D. Carlos.— (Animado)
Está usted.... angelical,
Adorable amiga mía.

María.— (En el espejo.)

Mas ¿no ve usted? esta flor
Está muy mal, ¡qué desgracia!

D. Carlos.— Mariquita, es un error ;

Si la prendiera el amor,
No tuviera tanta gracia.
¡Y ese rizo tan hermoso!....

María.—El rizo está pasadero....

D. Carlos.—¡Oh! muy bello, muy gracioso,
(so,

Todo, todo es delicioso.

María.—El maldito zapatero
Nunca me sabe calzar:
(Mostrando los pies.)

Aquí caben mis dos pies:
Si casi no puedo andar.
¡Oh! y usted se va á admirar:
El zapatero es francés!

D. Carlos.—¡Vaya! hermosa Mariquita,
No recuerde usted mi error,
Que el corazón me palpita;
Esa boca tan bonita
Hable sólo del amor.

María.—Pero si no soy francesa.

D. Carlos.—Pero es usted mexicana.

María.—Es decir, tonta

D. Carlos.— ¡Traviesal!

¡Si ya digo que me pesa!

Es usted muy inhumana.

María.— (Al espejo.)

¡Oh, qué traje tan mal hecho!
Me hace desairado el talle.

D. Carlos.—No tal: está muy bien hecho,
Palpitará más de un pecho
Al ver su elegancia.

María.— ¡Calle!

¿Con que más allá del mar,
Según lo que estoy oyendo,
Aprendió usted á adular?

D. Carlos.—No; pero es fuerza admirar
Prodigio tan estupendo;

¿Cree usted que es adulación?

Consulte usted á su espejo,

Verá que tengo razón:

Sólo por moderación

Otras alabanzas dejo.

Vaya, brillante hermosura,

Pues hemos hecho la paz,

Cólme usted ya mi ventura,

Oiga de esa boca pura

Un "sí."

María.— ¡Y es usted tenaz!

D. Carlos.—¿Quiere usted que no lo sea,

Cuando su rostro he mirado?

¡Ojalá fuera usted fea!

María.—¡Gracias! ¿habrá quien lo crea?

D. Carlos.—Yo estuviera sosegado,

Pero su rostro divino,

Esos ojos brilladores.

(Tomándole una mano.)

¡Ay! este cutis tan fino

Han fijado mi destino,
Y muriendo estoy de amores.
(Postrándose.)

Míreme usted á sus pies,
Alivie usted mi dolor.

Maria. (Riendo.)

¡Bravo! ¡gracioso francés!
¿A una mexicana?

D. Carlos.— Es

El idolo de mi amor;
Deme usted por Dios el "sí,"
O de pena moriré:
Míre usted, no estoy en mí,
Es fuerza morir aquí.

Maria.—Amigo... lo pensaré.

D. Carlos.—Oh, qué respuesta tan fría
Para un pecho tan ardiente!
Por Dios, amable Maria,
Vuélvame usted su alegría
A este corazón doliente.

Maria.—Pero si no puede ser,
Si está la plaza ocupada.

D. Carlos.—Un lugarcito ha de haber:
¿Me verá usted padecer
Sin piedad? joven amada,
El séptimo seré yo
De la lista solamente.

Maria.—No.

D. Carlos.— Pues el octavo.

Maria.— No.

D. Carlos.—¿Ya el número se llenó?
Pues hágame usted suplente.

Maria.— (Queriéndose levantar)
¿No me quiere usted dejar?

Clara.— (Dentro.)

Blasa.

D. Carlos.— Perdi la ocasión;

Pero mientras vuelvo á hallar,

Esta prenda he de tomar,

Que alivie mi corazón.

(Quita á Maria un anillo de brillantes
del dedo.)

ESCENA VIII

Dichos, CLARITA.

Clara.—Don Carlitos, buenos días:

¿Sabe usted algo de nuevo?

¿Qué noticias corren hoy?

¿Se ha ocupado el ministerio?

¿Esa "pauta de comisos"

Se aprobó ya?

D. Carlos.— Nunca leo

Periódicos mexicanos.

Clara.—Pues, amigo, muy mal hecho,

Que todo buen ciudadano,

Debiera casi saberlos

De memoria: ¡venturosos

Fueran entonces los pueblos!

La imprenta, la imprenta sola

Es el ancla en que tenemos

Fundadas las esperanzas

De ilustración.

D. Carlos.— Por supuesto.

Clara.— Pensaba yo redactar
Un periódico.

D. Carlos.— ¡Muy bueno!

Y el artículo de modas
Desempeñario prometo.

Clara.— ¿Qué modas, amigo mío?

Si justamente pretendo
Criticar esos si rabio

De ver nuestros diarios llenos

De vaciedades; ocupan

Una columnita, ó menos,

En el asunto importante,

Y lo demás en dicterios,

En insultos inspirables,

En avisos, y algún verso

Tan helado como inútil.

No, señor, no es ese el medio

De ilustrar á los mortales:

Si copian, copien al menos

A Juan, Jacobo, á Segur,

A Vattel, á algunos de estos

Cuyas magníficas plumas

Han escrito tanto bueno.

Esto sirviera de mucho.

O proponer al congreso

Alguna ley importante,

O hablar algo sobre fueros,

O los códigos antiguos

Arreglar, como el "Digesto."

D. Carlos.— Me indigesta esa palabra.

Clara.— Pues, amigo, muy mal hecho.

Es un cuerpo muy antiguo.

D. Carlos.— Que lo lieven al Museo.

Clara.— "Sed fugit interea, fugit"

"Irreparabile tempo."

D. Carlos.— ¡Bravo! ¡bravo! Doña Clara
(Conteniendo la risa)

¿Parla usted latin?

Clara.— Lo leo

Regularmente, y me agradan

Los clásicos. ¡Qué momentos

Paso leyendo á Virgilio,

A Cicerón, al modelo

De la elocuencia romana!

Vea usted qué trozo tan bello:

"Quosque tandem abutere,

Catilina,"....

D. Carlos.— (Aparte, riendo.)

¡Yo reviento!

Clara.— "Patientia nostra?"

D. Carlos.— (Con ironía.)

¡Qué hermoso!

Clara.— Diga usted ¿en los modernos

Habrá una cosa tan grande?...

Mas nada como aquel verso

De Ovidio: "Cum subsicit illius"....

Vaya, vaya, me enagéno.

D. Carlos.— Usted, hermosa Clarita,

Puede ocupar un asiento

En la cámara.

Clara.— Mil gracias;

Algo hiciera de provecho:

No estuviera como algunos,

No más calentando el puesto.
Yo no sé por qué injusticia
Se ha quitado á nuestro sexo
Un derecho tan sagrado
Como legislar. Yo creo
Que lo hiciéramos mejor
Que muchos hombres; y luego
No encuentro razón alguna
Para no tener empleos
En otros ramos.

D. Carlos.— ¡Bien dicho!

Clara.— Como si sólo el talento
Fuera exclusivo en el hombre.

D. Carlos.— Lo que es falso, porque vemos
En usted, que bien podía
Ocupar un ministerio.

Clara.— Yo no lo digo por mí....
Soy aficionada, cierto;
Pero nada más.

C. Carlos.— ¡Caramba!
Si estoy "enchanté!"

María.— (María, que se ha estado viendo
al espejo, entra en conversación.)

Yo pienso
En mis flores, en mis trajes,
Y estoy contenta con eso.
Yo no he de estar más bonita
Porque mande Juan ó Pedro:
Todo es lo mismo.

Clara.— ¡Lo mismo?
¡Jesús! ¡qué poco talento!
No digas eso, María;

¿Qué no sientes en tu pecho
El amor patrio? "Amor patriae"
Como dijo.... no me acuerdo
Quién lo dijo.

D. Carlos.— Pero alguno
Lo dijo.

María.— Sí, por supuesto.

ESCENA IX.

Dichos, DON TIMOTEO, DON ANTONIO.

D. Tim.— (Con un periódico en la mano.)
¡Albricias, hijas, albricias!

En esta noche tenemos
Comedia nueva.

D. Carlos.— ¿Es de Scribe?

D. Tim.— No, señor.

D. Carlos.— ¿O de Hugo?

D. Tim.— Menos.

D. Carlos.— ¿Es un Vodevil?

D. Tim.— Tampoco:

No, señor, no es nada de eso:

Es obra de un mexicano.

D. Carlos.— Puff... ¡Qué peste!

D. Ant.— (A D. Carlos.)

¿Qué tenemos,

Que hace usted tan mala cara?

D. Carlos.— ¿Por un mexicano? cierto

Que será un mamarrachón.

D. Ant.— ¿Por qué ha de ser, caballero?

¿Un mexicano no es hombre

Capaz de escribir en verso
Como cualquiera?

D. Carlos. ¡Oh! les falta
Todavía mucho tiempo
Para saber discurrir.

D. Ant.—Gracias, por el cumplimiento.
¿Y usted qué es?

D. Carlos.— ¿Yo? por desgracia
Soy mexicano, y lo siento,
Vergüenza me da decirlo,
Porque todo en este suelo
Está atrasado.

D. Ant.— Sin duda:
Y la mejor prueba de eso
Es que sufrimos, Don Carlos,
Muchos tontos, que debemos
Arrojar por los balcones.

D. Carlos.— Hay muchos.

D. Ant.— Si; por ejemplo
Usted.

D. Carlos.— ¡Cómo! poco á poco:
Explíquese usted.

D. Ant.— Pues creo
Que hablo bien claro.

D. Carlos. ¡Caramba!
¿Sabe usted que no me dejó
Insultar? Yo "cño espada
Y aliento coraje."

D. Ant.— ¡Bueno!

D. Carlos.— O el florete, ó la pistola.

D. Tim.— Vaya, señores, ¿qué es eso?
Dejen ustedes por hoy

Las cuestiones.

D. Ant.— Si no puedo
Reprimirme; no es posible.
Que hable mal un extranjero
De algún país, es muy malo,
Pero, señor, á lo menos
Si á la política falta,
No falta al deber más bello
De un hombre, que es procurar
La fama, el nombre, el concepto
De su patria: yo me voy.

D. Tim.—No, señor.

Clara.— No.

Maria.— No.

D. Tim.— Dejemos
Estas cosas, Don Antonio.

Clara.—Si, yo también se lo ruego
A usted, y después acaso
Tratarán ustedes eso
Con calma.

D. Carlos.— Si, si, con calma,
"Parole d'honneur," lo prometo.

ESCENA X.

Dichos, DON JUAN, LEONOR.

D. Juan.— (Aparte.)

¡Vaya! que por fin respiro.

D. Carlos.—Oh, Juanito, ¿aquí estás ya?
Leonorcita, ¿cómo va?

Leo.—Me siento mucho mejor.

D. Tim.—Si digo que hace bien
El aire libre.

D. Carlos.— Es verdad:
No hay como la variedad
Con un poquito de amor.
El semblante está más bello,
Más vivo, más despejado.

(A Leonor.)
D. Ant.—

¡Oh! con que usted se ha enfermado,
¿Y de qué?

Leo.— Del corazón.

Maria.—Nunca padezco ese mal:
Cuando más de la cabeza.

D. Carlos.—Es verdad: no, de tristeza
No morirá usted.

Maria.— Burlón.

D. Ant.—(A Clara que se ha ido á sentar
á leer.)

¿Y usted, qué lee, Doña Clara?

Clara.—Una sesión importante.

D. Ant.—Muy bien, muy bien: adelante,
Yo no quiero interrumpir.

(Pues todos en esta casa
Debieran ponerse en cura.

Cada uno con su locura,
Me da gana de reír.)

Leo.—(A D. Juan.)

Amigo, ¿está usted cansado?

D. Juan.—Un poquito, amiga mía.

Leo.—¿Tiene usted melancolía?

Es usted de poco hablar.

D. Juan.—Sí, Leonor, yo soy así,

Casi siempre estoy callado;

Si hablo mucho, creo que enfado.

Leo.—¡Oh! no.

D. Juan.— Más vale callar.

D. Tim.—(Aparte á Don Antonio.)

¿Y qué, no le da á usted gusto
Contemplar cuadro tan bello?

Todos están bien; en ello

Tengo gran satisfacción;

Es mi vejez venturosa:

Tres hijas, á cual más bella:

¡Si cada una es una estrella!

D. Ant.—(Con ironía.)

Tiene usted mucha razón.

D. Tim.—(A Leonor.)

¿En qué piensas, hija mía?

Leo.—(Después de un rato.)

¡Ah! ¿me hablaba usted? En nada:

Tengo la vista clavada

Sin mirar.

D. Tim.—(A Don Antonio.)

Esto ha de ser,

Según la experiencia mía,

Que los dos están celosos:

Pronto serán venturosos.

(A ellos.)

Vamos, hijos...

ESCENA XI

Dichos, Da. SERAPIA.

Da. Ser.— A comer;

Ya la sopa está en la mesa.

D. Carlos.— Pues que viva la alegría

Da. Ser.— (A D. Antonio)

Pasará usted un mal día.

D. Ant.— Pero con satisfacción.

Da. Ser.— Eso siempre! Me parece
Que estoy en mis tiempos ahora.

D. Carlos.— Viva la buena señora!

D. Tim.— Vamos, como procesión,

Usted, señor Don Antonio,

Dé á mi Clarita la mano:

(A Leonor.)

Tú á Don Juan;—si yo me afano

Por darte el mejor lugar.

Usted, señor Don Carlitos,

A mi preciosa María:

(A Doña Serapia.)

Y yo á ti, paloma mía,

Hoy te debo cortejar.

(Todos se van dando á sus compañeras el
brazo, como lo indica el diálogo.)

Da. Ser.— (A D. Timoteo.)

¿Te acuerdas de los piecitos?

D. Tim.— (Riendo.)

Bien me acuerdo: estás hermosa;

Si pareces una rosa

Da. Ser.— Y tú un lirio, picarán.

D. Carlos.— “Andiamo, andiamo.”

D. Tim.— A comer.

D. Carlos.— (Aparte al salir.)

No me gusta el Don Antonio,

Tiene cara de demonio!

Todos.— (Haciendo carabana.)

Vamos.

D. Carlos.— Vamos, “sans facon!”



ACTO SEGUNDO.

Sala como en el primer acto.

ESCENA I

DON CARLOS.

Vaya, vaya, nunca vi
Un convite más gracioso:
Cierto que ha estado chistoso:
¡Oh, qué bien me divertí!
Cada loco con su tema:
Con sus chuscadas María;
Clara, la sabiduría,
Y mi suegra con su flema.
¿Mas la heroína de amor?
¡Eso es lo mejor del cuento!
Casi de risa reviento:
—¿Toma usted de esto, Leonor?
—No, Carlitos, me hace mal.
—¿Pues de esto otro?—Nada, nada;

Está mi alma circundada
De una tristeza mortal.
Haciéndose desdenosa;
Y tal vez en la cocina
Se ha soplado una gallina.
Pero nadie más graciosa
Que la vieja. ¡Qué tontera!
¡Qué barbarie! Qué idiotismo!
Si no la oyera yo mismo,
Juro que no lo creyera.
¡Y Juanito? Hecho un patán;
Por nada pierde su calma:
¡Ay qué Juan, si tiene una alma,
Una alma, como de Juan!
En fin, he pasado un día,
Si no bello, como en Francia,
Comiendo con abundancia,
Y charlando con Maria.
Bella Mariquita, yo
Para adorarte nací;
Y me quedaré sin ti.

(Viendo el anillo.)

Mas sin la sortija, no.
¡Oh prenda del amor mio!
En prueba de mi respeto,
Guardarte bien te prometo...
Mañana en el Monte-Pío.
¡Ay! ¿Quién te resiste, quién?

ESCENA II.

DON CARLOS, DON JUAN, que ha entrado
algún tiempo antes, y ha oído los últimos versos.

- D. Juan.—Pues estará agradecida
Si te escucha, tu querida:
¡Bravo Carlitos! ¡Muy bien!
Aprecias mucho el valor
De las prendas que te dan.
- D. Carlos.—Yo sé aprovecharme, Juan,
De los dones del amor;
Y te aseguro á fe mia,
Que si así no hubiera sido,
Con tantas que he recibido,
Pareciera mercería.
- D. Juan.—¿Y no se puede saber
El objeto de tu amor?
- D. Carlos.—¿Es una perla, una flor!
¡La más hermosa mujer!
Cierto que es un poco dura,
Algo ákiva y desdenosa;
Pero, vaya, es una rosa.
La reina de la hermosura.
- D. Juan.—¿Pero es mexicana?
- D. Carlos.— Sí:
¿Pues qué pensabas que fuera?
- D. Juan.—Juzgué que alguna extranjera.
Pues nada te gusta aquí.
- D. Carlos.—Nada me gusta, es verdad,

A excepción de las hermosas,
Los diamantes y otras cosas.

D. Juan.—Tú tienes mucha bondad.
Pero el nombre de tu bella
¿Cuál es, por fin?

D. Carlos.— Mariquita:
¡Ay! mi corazón palpita
Al nombrarla.

D. Juan.— ¿Con que es ella?
Y estás muy adelantado?

D. Carlos.—No; no mucho ciertamente,
Porque apenas soy suplente,
Pues la lista se ha llenado:
Siete propietarios son.

D. Juan.—¿Y cuál será mi lugar?

D. Carlos.—No es fácil adivinar.

D. Juan.—¡Ay, qué grande corazón!

D. Carlos.—Un corazón de oficina,
Donde hay muchos pretendientes,
Y cesantes, y suplentes;
¡Vaya una cosa divina!
Pero tú, por fin, Juanito,
¿Elegirás á Leonor?

Tiene un rostro encantador:

Tiene un cuerpo muy bonito.

Vamos, dime, ¿lo, maldito,

¡No he visto hombre más taimado!

Eres, Juan, muy reservado;

Mas no lo seas conmigo,

Soy tu verdadero amigo,

Y estoy por tí interesado.

Vamos, di con claridad,

¿A cuál de las tres prefieres?

D. Juan.—A ninguna.

D. Carlos.— ¡Cómo! ¿Quieres
Ocultarme la verdad?

D. Juan.—Hablo con sinceridad.

D. Carlos.—¿De veras? pues son hermosas
Y ricas.

D. Juan.— Estas dos cosas,
Carlos, no son suficientes.

D. Carlos.—¡Qué malditos pretendientes!
¿Qué buscan en sus esposas?
Clara es buena.

D. Juan.— Tiene gracia,
Y un corazón excelente;
Pero si está eternamente
Hablando de diplomacia!

D. Carlos.—¿Con que aquesta es su des-
(gracia?)

D. Juan.—Si, Carlos, en mi opinión;

Habla de legislación,

De hacienda, de policía.

Ocuparse todo el día,

De Ovidio y de Cicerón,

Solamente por pasar

Por erudita; y en fin,

Disparates en latin

A todas horas hablar;

No se puede tolerar,

Amigo, en una mujer.

D. Carlos.—¿Con que no puede tener

Una joven instrucción?

D. Juan.—Si; pero no esa hinchazón

Que lo echa todo á perder.

D. Carlos.— ¡Muy bien! mas de Mariquita
La hermosura.

D. Juan.— Es una flor,
Que el vienteillo menor
La destruye ó la marchita;
No basta, no, ser bonita,
Ser graciosa y elegante,
Para tener un amante
Y fijar su corazón:
Es preciso discreción,
Y no ser tan inconstante.
La que sólo piensa hacer
Diariamente una conquista,
Para tener en su lista
Un nombre más que poner:
La que no sabe querer,
Y pretende ser querida,
Pronto será conocida,
Y obtendrá en lugar de amor,
Desprecio, siendo el dolor
Patrimonio de su vida;
Aunque sea tan hermosa
Como el estrellado cielo,
Un acabado modelo
De las gracias, una diosa;
Yo no quiero para esposa
Una mujer inconstante:
La que no tiene un amante,
Sino siete y un suplente,
¿Quién duda que de repente
Deje al marido cesante?
D. Carlos.— ¡Bravo! mas si no te agrada

Por su inconstancia Maria,
La dulce melancolia
De Leonor...

D. Juan.— Es demasiada:
Siempre se encuentra ocupada
En llorar.

D. Carlos.— ¡Oh! si, Leonor
Es un ente de dolor
Que se alimenta con llanto.

D. Juan.— Si no derramara tanto,
Fuera sin duda mejor.
¿De qué me sirve tener
Una tan llorona esposa,
Que no piensa en otra cosa
Que en suspirar y en leer?
No, Carlos, yo quiero ver
En mi amable compañera,
La sonrisa placentera,
La dulce sinceridad
Y una sensibilidad
Moderada y verdadera.

D. Carlos.— Dificil de contentar
Eres, Juan: ¿mas no es aquella
Leonor? sí, mira qué bella;

(Tomando su sombrero)
Solos os voy á dejar.

D. Juan.— (Deteniéndolo)
No, no; tengo que acabar
Cierto negocio, y así
Con ella te dejo aquí.

D. Carlos.— Eres, Juan, hombre muy frío.

D. Juan.— Tú eres fuego, amigo mío

Enamórala por mí.
Hasta luego. (Se va.)

ESCENA III

DON CARLOS.

¡Qué Juan! muestra una calma
Que no he visto mayor! ¿y quién pudiera
Al verlo así, pensar que de la Europa
Acaba de llegar? nada aprovecha.
A ciertas gentes el viajar: en vano
Gastan en ver el mundo sus pesetas;
Van como en un baúl, vuelven lo mismo;
Siempre lo mismo, cuando no más bestias;
Pero... llega Leonor: jamás he visto
Más florona hermosura; no, con esta
Es preciso tomar otro semblante
Que con la Mariquita: ¡vamos, ea!
Dejemos un momento la alegría;
Ya soy otro hombre: la mirada inquieta,
Semblante melancólico, lenguaje
Lleno unas veces de calor y fuerza;
Otras dulce, extraviado, misterioso;
Un romántico, en fin, á la moderna,
Un héroe de Dumas, ó Víctor Hugo,
Un Antony, un Rodolfo... mas ya llega
Póngome en actitud de quien medita.

(Se sienta pensativo en un sofá.)

ESCENA IV

DON CARLOS, LEONOR.

(Sale leyendo Leonor, y se sienta en el mismo sofá en que está Don Carlos, sin verlo. Un rato de pausa.)

D. Carlos.— ¡Pues no repara en mí! ¡cómo
(se entrega

A la ternura!! Si del mismo modo
Que se ocupa en romances y novelas,
Se ocupara en leer libros devotos,
Fuera santa Leonor, hecha y derecha!
Llamaré su atención con un suspiro.

(Suspira.)

Otro más fuerte. (Vuelve á suspirar).

Nada, ni por esas. (Alto).

¡Infelice de mí!

Leo.— (Dejando de leer.)

¡Qué voz! Carlitos,

¿Estaba usted aquí?

D. Carlos.— Sí, Leonor bella;

Pero no he visto á usted.

Leo.— Ni yo tampoco.

Ocupada en mirar las cartas tiernas

De la sensible Julia, me encontraba

Muy lejos de este sitio; con qué fuerza

Saint-Preux, expresa su pasión terrible.

¿Mas qué milagro es éste? ¿La tristeza

Añije á usted, Carlitos?

D. Carlos.— Si, señora;

Si, Leonor adorable; mi alma llena

De amargura....

Leo.— ¿Amargura? es muy extraño
En usted ese humor.

D. Carlos.— Los hombres piensan
Que otro es feliz cuando en su labio asoma
La risa: ¿cuál se engañan! si pudieran
Descubrir los horrores, los martirios,
Los atroces tormentos que se encuentran
Bajo un rostro festivo!

Leo.— ¿Desgraciado!

¿Con que padece usted?

D. Carlos.— Horribles penas,
Que procuro ocultar bajo el semblante
De la felicidad.

Leo.— ¿Podré saberlas?

D. Carlos.— No, no; jamás! conmigo á mi
(sepulcro

Bajará mi secreto: ¡allí me espera

La dulce paz, asilo silencioso!

¡Unico asilo que mi pecho anhela!

¡Cuándo por fin, bajo tu helada losa

Lograré reposar!

Leo.— ¿Tristes ideas!

Comuníqueme usted sus infortunios:

¿No ha conocido usted cuánto consuela

Confiar nuestros males á un amigo?

D. Carlos.— Mujer encantadora! el alma

(tierna

De usted va á conmoverse y.... ¿mas qué

(digo?

Me arrojará tal vez de su presencia,
Cuando el velo se rompa que me cubre,
Me odiará usted.

Leo.— ¿Por qué? aun cuando fuera
El secreto de usted un negro crimen,
No le odiaré.

D. Carlos.— Pues bien, amiga bella,
Escuche usted mi desgraciada historia;
Penetre usted los males que me cercan.

En el asilo paterno

Pasaba alegre la vida,

¡No respiraba ¡qué gozo!

No probaba ¡qué delicia!

Ilusiones pasajeras

Que duran tan pocos días.

Leo.— Es verdad, vea usted en Julia...

D. Carlos.— ¿Julia, ó "La Nueva Eloisa?"

Leo.— Si, señor; ¡la desdichada

Unicamente veía

En lo futuro placeres!

Mas prosiga usted.

D. Carlos.— ¿Amiga!

¿Por qué no serán eternos

De nuestra infancia tranquila

Los instantes? Pero viene

La juventud, Leonor mía,

Y con ella los tormentos

Del amor; á nuestra vista

Se presenta este tirano

Como un niño, cuya risa

Nos engaña fácilmente;

Pero después su perfidia

Conocemos; es ya tarde,
Nuestra calma está perdida!

Leo.—¡Perdida; si, sin remedio!

D. Carlos.—Nunca olvidaré aquel día,

En que vi por vez primera

Una hermosura divina,

Un ángel en el semblante,

Pero que ocultaba impía

Un corazón inhumano.

Fué... si, fué en las Tullerías....

Perdí mi alma al mirarla,

Y mi penetrante vista

Descubrió al fin su morada:

Me eché á sus pies, y creía

Ser ya dichoso: ¡inhumana!

Correspondió á mis caricias

Con palabras engañosas:

Si, mi Carlitos, decía,

¡Cómo no amar á un Adónis!

(Pues todas, Leonor querida,

Me llamaban así en Francia.)

¡Oh mujer, mujer inicua!

Mientras á mí me engañaba,

Supe que correspondía

A otro, y para más vergüenza,

Para mayor ignominia,

Era mi rival un viejo

Setentón, que no tenía

Esta pierna, ni este talle,

Ni este corazón, querida:

Este corazón amante

Lleno de honor: la barriga

De mi rival era inmensa,

Eran sus piernas torcidas,

Apagado el ojo izquierdo:

Nariz muy larga y raída:

Usaba siempre peluca,

Pues ni un cabello tenía.

Y lo que es más, ¡oh tormento!

¡Oh colmo de la ignominia!

Era un clásico.

Leo.— ¡Qué monstruo!

¡Un clásico!

D. Carlos.— Ardiendo en ira,

Pido una satisfacción

A mi gordo antagonista:

Salimos al campo; el viejo

Conservaba todavía,

A pesar de sus achaques,

Una fuerza desmedida:

El exceso de coraje

Me perdió al fin, y una herida

En el brazo, de la espada

Recibí.

Leo.— ¡Suerte enemiga!

D. Carlos.—Desesperado, resuelvo

Abandonar á la harpia

Que fué causa de mis males,

Y pasar siempre mi vida

Engañando á las mujeres.

Enamoré á una modista,

Luego á una vieja marquesa,

Después á una bailarina....

Leo.— ¡Qué inconstancia!

D. Carlos.— Si, Leonor,
 Imaginé que podía
 Vivir sin amar, ¡en vano!
 Que los cielos me destinan
 Otras penas; ¡ay! ¡qué poco
 Mi corazón conocía!
 Una beldad, una copia
 Del cielo... ved cuál palpita
 Mi corazón: no, no puedo
 Vivir en esta agonía;
 Yo me abraso.

Leo.— ¡Desdichado!

D. Carlos.— Pronto acabará mi vida:
 Pronto á la tumba bajando,
 Terminarán mis desdichas.

Leo.— ¿Pero quién es el objeto
 De vuestro amor? ¿Quién agita
 De ese modo vuestro pecho?
 Decídselo á vuestra amiga.

D. Carlos.— ¡Amiga, amiga! ¡oh tormen-
 (to!

¡Palabra fatal! ¡impía!
 ¿Amiga? no. Para siempre
 Adiós, Leonor! Compasiva
 Derrame usted una gota
 De llanto en mi tumba fría.

Leo.— ¿Pero no sabré?

D. Carlos.— Señora,
 Señora, no más exija
 Usted que yo le descubra
 Lo que en mi pecho se abriga.
 ¿Mi ya lánguida constancia

Por qué apurar? yo debía
 Haber huído por siempre
 De usted, fatal enemiga
 De mi reposo: este objeto
 Que idolatra el alma mía,
 Éste fuego en que me abraso,
 Esta llama que me anima,
 Es usted, sí, Leonor bella.
 Desde aquel funesto día
 En que vi esos ojos bellos,
 Esa boca purpurina,
 A que presta más encanto
 Melancólica sonrisa,
 Huyó mi razón: en vano
 Ocultarlo á usted quería;
 ¡Era imposible! al instante
 Que fijé en usted mi vista,
 Olvidé mis aventuras,
 Mi desafío, mi herida,
 La crueldad de aquella ingrata,
 La tienda de mi modista,
 Los dones de mi marquesa,
 Los pies de mi bailarina:
 Todo, todo lo he olvidado,
 Queriendo bajo la risa
 Ocultar lo que padezco;
 Pero en vano... siempre fija
 Aquí esa imagen preciosa....

Leo.— ¡Carlos!

D. Carlos.— En mi fantasía
 Está usted en todas partes;
 En las calles, en la Vega,

La Alameda, Bucareli,
En el portal; hasta en misa,
Me parece que estoy viendo
Esa mirada divina,
"Toujours! toujours!"

Leo.— Pero, Carlos...
Usted sin duda delira:

Yo pensé que usted amaba
A mi hermana.

D. Carlos.— ¿A Mariquita?

No, Leonor! es muy ligera,
Es un "papillon" Maria,
Esto es, una mariposa;
Mi corazón necesita
Sensaciones más profundas.

Leo.—Pero como usted decía
Hace poco, que dos meses
Era constancia inaudita...

D. Carlos.—Fué por sólo disimulo.

¿Dos meses? ¡ay! una vida.
Fuera, Leonor, un momento,
Para amar á usted: amiga,
Deme usted, deme su mano;
¿No siente usted cómo brinca
Este corazón?

Leo.— Es cierto.

D. Carlos.— (Arrodillándose)

Una palabra la vida
Me dará, mi bien amada:
"Ma bien-aimée, dona-mia"...
¿En qué idioma decir puedo
Lo que tus ojos me inspiran?

Serás mi Julia, mi Clara,
Mi Pamela, mi Maivina,
Mi Andrómaca, mi Zoráida,
Mi Adelaide, mi Etelvina;
Y yo seré tu Abelardo,
Tu Polión, tu Oscar, sería
Hasta trovador sin duda,
Si me amaras, ¿tanta dicha
No gozaré?

Leo.— No, no, Carlos:
Amo á Juanito.

D. Carlos.— (Levantándose despechado)
¡Ah! maldita,
Maldita mi vida sea!

Leo.—Cálmese usted.

D. Carlos.— Decidida
Está mi suerte: un momento
De valor se necesita
Nada más.... Adiós, señora,

(Yéndose)

Adiós; viva usted tranquila.

Leo.— (Deteniéndole.)

Oiga usted (se va á matar
Como Werter), de rodillas
Suplico, á usted que no atente
Contra sus preciosos días.

D. Carlos.— ¡Levántate, ángel del cielo!

¿Tú postrada, tú abatida
A mis plantas? no; tú mandas,
Haré cuanto tú me pidas;
Hasta el sacrificio inmenso
De vivir; pero á otros climas

Marcharé, Leonor, y sólo
 Por consolarme querría
 Llevar conmigo una prenda,
 "Un souvenir."

Leo.— ¡Alma fina!

¡Cuánto engaña la apariencia!
 ¡Qué mal yo le conocía!
 Sí, Carlitos, es muy justo:
 Tal vez esta despedida
 Será eterna: daré á usted
 Alguna flor, una cinta,
 Algún rizo de mi pelo.

D. Carlos.— (Quitándole un anillo.)

Es mejor esta sortija,
 Que llevándola en mi dedo
 La tendré siempre á la vista.
 Sí, Leonor, hasta la tumba
 Me acompañará. (Mirando el anillo)
 (¡Qué rica!)

Partiré, sí, estoy resuelto,
 Dentro de muy pocos días.
 (Ruido dentro.)

¿Pero qué voces? se acercan
 Los demás de la familia:
 Es fuerza tranquilizarme;
 Vuelvo pronto. Adiós, amiga.
 (No es un comercio tan malo,
 Dar suspiros por sortijas.)

ESCENA V

LEONOR

Pobre muchacho, me da
 Su tormento compasión:
 Mi sensible corazón
 Se iba conmoviendo ya;
 Pero es fuerza ser constante:
 ¿Qué se dijera de mí
 Si cambiar pudiese así
 De objetos en un instante?
 Se contenta el pobrecillo,
 Ya que no tiene mi amor,
 Con engañar su dolor,
 Llevando sólo un anillo:
 Haga el cielo venturoso
 Su corazón, entre tanto:
 Por él verteré algún llanto;
 Mas no turbe mi reposo.

ESCENA VI

LEONOR, CLARA, MARIQUITA.

Clara.—Te lo repito, María,
 También debe la mujer
 La política entender,
 Y las cuestiones del día:

¿Por qué tan sólo el varón
 A esto se ha de dedicar?
 Yo puedo muy bien entrar
 En cualquiera discusión;
 Gracias á Dios, he podido
 Los publicistas mejores
 Entender, y no hay autores
 Graves que no haya leído.
 Horacio, el gran Cicerón,
 Ovidio, Petrarca, Tasso,
 Cervantes, y Garcilaso,
 Mariana, Solís, Buffon,
 Comedias de Moratin,
 Burlamaqui, Pedralieri,
 De Pradt, Humboldt, Filangieri.
 María.—Por Dios que ya pongas fin
 A esa lista interminable:
 ¿Es preciso acaso leer
 Tantos libros, para ser
 Una joven apreciable?
 Tú con todos tus autores
 No tendrás un solo amante;
 Yo le conquisto al instante
 Con mis rizos y mis flores:
 Por las estampas no más,
 El "No me olvides" compré;
 De mirarlas me cansé;
 No le he vuelto á ver jamás.
 ¡Cantar, bailar y reir,
 Debe sólo la mujer:
 Esto se llama placer,
 Y lo demás es morir.
 Clara.—¡Qué sistema tan fatal!

Peró ha de llegar un día,
 En que conozcas, María,
 Que has hecho en esto muy mal:
 Pensarás con madurez
 En teniendo cierta edad.
 María.—Goce de mi mocedad
 Mientras llega la vejez:
 Entonces podré pensar
 En lo que tú me aconsejas,
 O como otras muchas viejas,
 Me ocuparé en murmurar.
 Pero por hoy todavía
 Sólo pienso en el paseo,
 Los bailes, el coliseo.
 Leo.—¡Cuán feliz eres, María!
 Nunca te he visto llorar,
 No conoces el dolor.
 María.—¿Por qué afligirme, Leonor?
 Leo.—¡Quién te pudiera imitar!
 Clara.—¿Y tú qué ganas con leer
 Cosas que te afligen tanto?
 Leo.—Halo en el dolor encanto,
 Hallo en el llanto placer.
 Clara.—A cual más incorregible;
 Predicar en vano fuera:
 Una en extremo ligera,
 Otra en extremo sensible.
 (Toma un libro.)
 Mi lectura seguiré:
 ¡Oh, qué tesoro es la historia!
 Leo.— (Toma un libro.)
 Julia, vuelve á mi memoria
 Calderón.—84

Maria.—(Toma un cuaderno que habrá so-
brá la mesa.)

Yo, las estampas veré
En este diario de modas:
¡Qué bonito está este traje!...
Estos adornos de encaje
Le dan mucha gracia.

ESCENA VII

Dichas, DON TIMOTEO, Da. SERAPIA,
DON ANTONIO.

(Observándolas desde la puerta.)

D. Tim.— Todas
Leen; ¡oh qué satisfacción!
Mírelas usted allí:
Vea usted el efecto aquí
De una buena educación.

Da. Ser.— ¡Qué tal, si son de importancia!
Tiene razón de decir
Carlitos, que pueden ir
Al mismo París de Francia.

D. Tim.— Muy bien, hijitas, muy bien!
Excelente ocupación!
(A Don Antonio, aparte.)

¿Qué tal?

D. Ant.— Tiene usted razón.

D. Tim.— Dios me las conserve.

Da. Ser.— ¡Amén!

D. Ant.— ¿Pero dónde está Don Juan?

D. Tim.— ¿Y Carlitos?

Da. Ser.— ¿Qué, se fueron?

Maria.— Hace poco que salieron:
Pero pronto volverán.

D. Tim.— ¡Es dichosa mi vejez!

(A D. Antonio, aparte)

¿Quiere usted ver la instrucción
De Clara? una discusión....

D. Ant.— Juguemos al ajedrez.

D. Tim.— Como usted guste.

Da. Ser.— Si, si;

Haber si sacudo el sueño
Viendo jugar.

D. Ant.— (A D. Timoteo.)

El empeño

No era malo.—Usted aquí.

(Se sientan á jugar.)

Maria.— ¡Oh, qué traje tan magnífico!

Tiene un estilo romántico;

Es precioso, elegantísimo,

¡Si tuviera yo uno igual!

Clara.— ¡A quién no le causa lástima,

Grecia, tu estado tristísimo!

¡Ya no eres hoy más que un páramo!

Maria.— ¡Jesús, qué bonito schal!

Clara.— ¿Dónde está tu furor bélico?

¿Dónde tus héroes fortísimos?

Huyeron cual humo rápido,

Al soplo del aquilón.

Maria.— Esto sí que está muy clásico;

Estos moños son feísimos.

Da. Ser.— Timoteo, ¡cómo, cándido!

Jaque al rey; come el peón.

D. Tim.—Es verdad; soy un autómeta.

Da. Ser.—Pues Don Antonio es diestrissi-

(mo.

D. Ant.—No tal.

Clara.— ¡Oh, pueblo magnánimo,

Tu grandeza acabó ya,
Tus hijos, cual siervos tímidos,
Inclinan la frente lánguida,
Bajo de un yugo despótico:
¿Y Leónidas dónde está?
En el sepulcro.

Leo.— Mis lágrimas

Corren! ¡oh joven bellísima!
Pasaron como relámpago
Los placeres de tu amor.
Contra el destino tiránico,
Lucha en vano el hombre misero,
La tumba es el puerto único
Donde se acaba el dolor;
Bajo su losa benéfica
Se goza un sueño pacífico;
La muerte es el solo bálsamo
Contra tanto padecer.

Ven, muerte, tu aspecto pálido

Llena mi pecho de júbilo:

Adiós, contentos efímeros,

Adiós, sueños de placer.

Clara.—Europa, Europa, levántate,

Socorre á Grecia, apresúrate;

En todo el mundo respétese

La libertad y la ley.

La negra sangre derrámese,

De guerra el estruendo horrisono

Se alcé, y por do quiera escúchese

El grito de...

D. Tim.— ¡Jaque al rey.

Clara.—Si, si, que resuene el cántico

De libertad.

María.— ¡Qué diabólico

Está este sombrero!

Leo.— Víctimas

Produce sólo el amor.

Eres un sueño fantástico,

Felicidad.

Clara.— ¡Trovos góticos

De Europa, tocáis al término!

María.—Este traje está mejor.

ESCENA VIII

Dichos, DON CARLOS.

D. Carlos.—Repito que no hay en México

Ilustración; son muy bárbaros;

Todo aquí es malo, malísimo.

“Epouvantable!” ¡qué horror!

María.—Carlitos...

D. Carlos.— ¡Estoy frenético!

¡Estoy rabiando de cólera!

¿Una mancha? ¡Santa Bárbara!

¡Una mancha!

Leo.— ¿En el honor?

D. Carlos.—Mejor fuera; ¡oh calles pési-

(mas!

D. Tim.—Es verdad; soy un autómeta.

Da. Ser.—Pues Don Antonio es diestrissi-

(mo.

D. Ant.—No tal.

Clara.— ¡Oh, pueblo magnánimo,

Tu grandeza acabó ya,

Tus hijos, cual siervos tímidos,

Inclinan la frente lánguida,

Bajo de un yugo despótico:

¿Y Leónidas dónde está?

En el sepulcro.

Leo.— Mis lágrimas

Corren! ¡oh joven bellísima!

Pasaron como relámpago

Los placeres de tu amor.

Contra el destino tiránico,

Lucha en vano el hombre misero,

La tumba es el puerto único

Donde se acaba el dolor;

Bajo su losa benéfica

Se goza un sueño pacífico;

La muerte es el solo bálsamo

Contra tanto padecer.

Ven, muerte, tu aspecto pálido

Llena mi pecho de júbilo:

Adiós, contentos efímeros,

Adiós, sueños de placer.

Clara.—Europa, Europa, levántate,

Socorre á Grecia, apresúrate;

En todo el mundo respétese

La libertad y la ley.

La negra sangre derrámese,

De guerra el estruendo horrisono

Se alce, y por do quiera escúchese

El grito de...

D. Tim.— ¡Jaque al rey.

Clara.—Si, si, que resuene el cántico

De libertad.

María.— ¡Qué diabólico

Está este sombrero!

Leo.— ¡Víctimas

Produce sólo el amor.

Eres un sueño fantástico,

Felicidad.

Clara.— ¡Trovos góticos

De Europa, tocáis al término!

María.—Este traje está mejor.

ESCENA VIII

Dichos, DON CARLOS.

D. Carlos.—Repito que no hay en México

Ilustración; son muy bárbaros;

Todo aquí es malo, malísimo.

“Epouvantable!” ¡qué horror!

María.—Carlitos...

D. Carlos.— ¡Estoy frenético!

¡Estoy rabiando de cólera!

¿Una mancha? ¡Santa Bárbara!

¡Una mancha!

Leo.— ¿En el honor?

D. Carlos.—Mejor fuera; ¡oh calles pési-

(mas!

En mi pantalón finísimo
Cortado en París. . . ¡Qué pérdida!
Qué pérdida, ¡santo Dios!
¡Oh, mexicanos estólidos!

María.—Pues es usted muy político:
Deje usted el tono trágico,
Y diga lo que pasó.

Carlos.—No se enfade usted, María;
Voy á contar el suceso,
Y verá usted si hay justicia
Para quejarme.

María.— Acabemos.

D. Tim.—Jaque mate, amigo mío;
He ganado á usted el juego.

D. Ant.—Es verdad.

D. Tim.— ¡Hola! Serapia,
Te has dormido al mejor tiempo.

Da. Ser.—No me duermo, si ya he visto
Que te enrocaste.

D. Tim.— ¡Muy bueno!
Pues estás adelantada.
¡Y sales ahora con esto?
Si he ganado la partida.

Da. Ser.—¡Ah! ¿la ganaste? me alegro.
¿Aquí está usted, Don Carlitos?

Dió usted la vuelta muy presto.

D. Carlos.—Sí, señora, á pesar mío.

María.—¿En qué quedamos del cuento?

D. Carlos.—No es cuento.

María.— Pues será historia.

D. Tim.—¿Historia? ¿de qué?

Da. Ser.— Mi asiento

Voy acercando; me gusta
Oír historias; me acuerdo
Que lei hace veinte años
Los "Doce Pares." ¡Qué buenos
Y qué valientes señores!
Rajaban de medio á medio
Las peñas y los gigantes,
Como pedazos de queso!
Y el bálsamo milagroso,
¿No te acuerdas, Timoteo,
Que curaba las heridas
Como rasguños?

D. Tim.— Dejemos

Que nos refiera Carlitos
Ésa historia ó ese cuento
Que le ha pasado. Clarita,
Leonor, dejen un momento
La lectura.

Leo.— Padre mío,
Tengo comprimido el pecho;
En verdad que necesito
De distracción.

Clara.— Ya no puedo
Seguir leyendo esta historia
Sin llorar: ¡miseros Griegos!

D. Tim.—¡Pues vaya! fuera los libros,
Y á Carlitos escuchemos.

D. Carlos.—Si no es cosa de importancia,
Es un acontecimiento,
Un "évènement" sencillo,
Aunque grande, si atiende los
A otra cosa.

Maria.— ¡Qué cachaza!
 Dígaño usted, y acabemos,
 Que tengo mi genio vivo.

D. Carlos.— Como yo, ni más ni menos,
 ¡Somos un "couple" dichoso!

D. Tim.— ¿Un couple?

D. Carlos.— Un par.

Maria.— Yo me quemó.

D. Carlos.— Pues, señor, sali de casa...

Maria.— Bien, eso ya lo sabemos.

D. Carlos.— Ya estoy: pero es necesario
 Un "petit" exordio.

Maria.— Bueno
 Siga usted, por Dios.

D. Carlos.— Salía
 Ocupado en pensamientos
 Muy importantes: ¿qué cosa
 Piensan que en aquel momento
 Me ocupaba?

Leo.— Algún romance.

Clara.— O la historia de los griegos.

Da. Ser.— O la de los Doce Pares.

D. Carlos.— No, señores; nada de eso:
 Pensaba en que la otra noche
 Estuve en un baile, de estos
 Que aquí llaman del gran tono,
 Pues, de gran tono... por cierto
 Que fueran en Francia nada...
 En Francia, que es un portento
 En este ramo, no hay duda,
 La Francia que es nada menos
 La nación más bailadora

Que existe en el universo;
 Pues si la Italia ha logrado
 Tener el lugar primero
 En talentos de garganta...

D. Ant.— ¡Ya escampa!

D. Carlos.— El francés ligero,
 Es en el baile un prodigio.
 ¡Qué piruetas! ¡qué meneos!
 ¡Qué elegancia en las posturas!
 ¡Qué gusto en los movimientos!

Maria.— Pero en fin, ¿en qué quedamos
 De la historia?

D. Carlos.— No me acuerdo:
 Como tengo tantas cosas
 En mi cabeza, no puedo
 Retenerlas todas: creo
 Que hablaba á ustedes del baile
 De la otra noche, ¿no es cierto?

Da. Ser.— Sí, señor.

D. Carlos.— Pues como digo,
 Ocupaba yo mi asiento
 Junto á cierta marquesita
 Que tendrá cuando menos,
 Su medio siglo.

Da. Ser.— No es mucho.

Clara.— Si tenía algún talento,
 Si alguna instrucción, ¿qué importa
 Esa edad?

D. Carlos.— Pues yo prefiero
 La juventud y las gracias:
 Perdome usted si la ofendo
 Por no ser del mismo avisó.

María.—Vaya, Carlitos, ya veo
Que en tres días no llegamos
Al desenlace.

D. Carlos.— Lleguemos.
S'il vous plaît. Como decía,
Estaba yo muy contento
Mirando á mi marquesita,
Que sus descarnados huesos
Ocultaba entre brillantes,
Cuando de repente advierto
Una agitación muy grande
Y unos gritos descompuestos
Que clamaban: La Mazurca,
La Mazurca; y en efecto,
Se bailó la tal Mazurca;
Pero qué Mazurca, ¡cielos!
¡Horrendo mazurquicidio!
Ya no pude más, y lleno
De rabia, dije: Señores,
No es el baile verdadero
De la Mazurca, el que ahora
Ejecutáis. Ya sabemos,
Me dijo un elegantillo,
Que hay diferencias; mas presto
La legítima Mazurca
Nos vendrá; pues al efecto
Un comisionado ha ido
A la Habana. ¡Bueno, bueno!
Le respondí; y al instante
Me salí de allí, riendo.
María.— Pero quiere usted decirme
Qué tiene que ver con eso
El lance de hoy?

D. Carlos.— Mariquita,
Espere usted un momento,
Que no soy "foudre."
D. Tim.— ¿Qué cosa?
D. Carlos.— Que no soy rayo.
D. Tim.— Comprendo,
Siga usted.
D. Carlos.— Cuando salía
Hoy de aquí, mi pensamiento
Estaba todo ocupado
De tan importante objeto.
Iba recordando el aire
De la música, y en esto
Sentí un empujón horrible
Por detrás: el rostro vuelvo,
Y vi á un aguador maldito,
Que me dice muy grosero:
Quítese, Don Alfenique,
No estorbe con sus meneos
El camino á los que pasan.
Entonces de rabia lleno
Quise castigarle: en vano;
Porque de cólera ciego,
No vi la losa de un caño
Que estaba floja, y cediendo
Al peso, se hundió, llenando
De lodo mi pie derecho.
Y no fué poca fortuna
El no caer; ¡contratiempo
Fatal, que así me ha privado
Del pantalón más bien hecho
Que se haya visto en Europa!

María.—¿Y éste era todo el suceso?

D. Carlos.—¿Y le parece á usted poco?

No es su valor el que siento:

Mas no sabe usted, hermosa,

Cuántos gloriosos recuerdos

Este pantalón tenía

Para mí; pues á él le debo

Muchas conquistas.

D. Ant.— No he visto

Hombre más fatuo.

D. Carlos.— ¿Y no tengo

Razones para quejarme

De este país?

Da. Ser.— Por supuesto.

D. Carlos.—No hay policía, no hay nada;

El más desdichado pueblo

De Francia es mucho mejor

Que esta ciudad: si á lo menos

Fueran las gentes tratables!

María.—Gracias por el cumplimento.

D. Carlos.—Mariquita, yo exceptuo

Esta casa, donde encuentro

Ilustración y finura,

Sensibilidad, talento;

Pero yo hablo en general:

Aquí hay en el bello sexo

Algunas caras hermosas;

Pero sin gracia. No puedo

Dejar de contar á ustedes

Un lance que ha poco tiempo

Me pasó con una joven.

Da. Ser.—¿Qué Carlitos! es un fuego,

Como tú cuando tenías

Su misma edad, Timoteo.

ESCENA IX

Dichos DON JUAN

D. Carlos.—Vamos, aquí está Juanito:

Llega "á propos:" un asiento

Toma, y escúchame atento;

Es un lance muy bonito.

D. Juan.—Siempre estás hablando.

D. Carlos.—

Sí,

No lo puedo remediar:

Vaya! siéntate á escuchar.

Leo.—Venga usted, Juanito, aquí.

D. Juan.—Mil gracias.

D. Carlos.—

Como decía:

Por la gran plaza marchaba

La otra noche, y me entregaba

A dulce melancolía;

Brillaba hermosa la luna

Como una bola "argentée."

D. Tim.—¿Qué es lo que usted dice?

(¿qué?)

No entiendo palabra alguna

De la tal lengua francesa;

¡Qué jerigonza del diablo!

D. Carlos.—Pues, amigo, yo la hablo

Con más gusto que la inglesa;

Es más "coulante," más hermosa.

D. Tim.—¿Más qué?

D. Carlos.— Más fácil, más bella;
Instruiré á usted algo de ella.

D. Tim.— Mil gracias.

Maria.— Por fin, ¿qué cosa
Nos iba usted á decir?

D. Carlos.— Es verdad, se me olvidaba;
Por la gran plaza pasaba...

Maria.— Ya eso está.

D. Carlos.— Voy á "finir:"

De Catedral la banquetta
De gente se fué llenando;
Yo, con mi lente, pasando
Una revista completa:
Todos fijaban la vista
En mi "frac" de última moda;
Vi la concurrencia toda,
"Et" hice más de una conquista:
Cuál al pasar yo, decía:
"¿Qué joven tan arrogante!"
"Es un francés elegante."
La vecina respondía:
"Mira, mira la cadena
En que lleva el lente, hermana."
Dijo otra....

Maria.— ¿De aquí á mañana
Acabará usted?

D. Carlos.— Sirena,
No se enfade usted: preciso
Es contar los pormenores;
Pues, como digo, señores...

D. Juan.— Hombre, sé por Dios, conciso,
Que ya es mucha pesadez
Ese continuo charlar.

D. Carlos.— Al punto voy á acabar.

D. Ant.— Saldrá con una sandez.

D. Carlos.— En el paseo se hallaba
Con su familia una hermosa,
Tan fresca como una rosa:
Yo enamorarla pensaba.
Estaba de gracia llena,
De blanco lino vestida,
En mecerse entretenida
Sobre una dura cadena;
Ha poco la conocía,
Y á saludarla llegué;
A su lado me fijé;
Dispuse mi batería,
Y en un discurso elegante,
Y como mi pecho ardiente,
Le hice mi pasión patente,
Declarándome su amante:
Por más de un cuarto de hora
Escucharme parecía;
Fijos sus ojos tenía
En la luna brilladora:
Yo su respuesta esperaba,
O una lágrima siquiera,
Que venturoso me hiciera,
Y rendido la miraba.
Pero su meditación
Por nada se interrumpía,
Y le dije: Amada mía,
¿Cuál es tu resolución?
¿Seré por fin venturoso?
¿Debo bendecir al hado?

¿O estaré al fin condenado
A no encontrar el reposo?
Deja de mirar la luna;
Vuelve á mi tus ojos bellos,
Que encuentre Carlos en ellos
Su placer y su fortuna;
Paga mi constante afán.
Ella entonces me miró:
¿Tres eclipses, preguntó,
Pone en este año Galván?
¡Oh, alma frígida, exclamé
Entre mi, cómo es posible!
¡Tan bella y tan insensible,
Tan tonta! yerto quedé.

D. Tim.—Le hablaría usted en francés
Y por eso no entendió.

D. Carlos.—No, Don Timoteo, no;
Le hablé en castellano.

D. Tim.— Pues!
Pero será castellano
Mezclado de esos "méchants,"
Y esos "foudres" y "coulants,"
Y siempre se quedó á mano.

D. Carlos.—No, señor, era el idioma
Que hablamos todos aquí:
Yo de pronto presumí
Que le gustaba la broma,
Ó que el romántico hablar
Al clásico prefería,
Y le dije: Amada mía,
No me es posible explicar
Este volcán, esta hoguera

Que siento en mi seno amante:
Mi corazón palpitante
Salir del pecho quisiera.
Muy temprano esta mañana
Por aliviar mi tormento,
Para mirarte un momento
Fuí al frente de tu ventana;
Mas se engañó mi deseo;
La puerta estaba cerrada,
Tú aún estabas entregada
En los brazos de Morfeo.
Poco á poco, interrumpió,
Poco á poco, caballero,
Ya usted pasa de grosero,
¿Y he de sufrir esto yo?
¿Yo dormir con Don Morfeo?
¿Yo en sus brazos entregada?
No, señor, soy muy honrada,
Y no dar motivo creo
Para que traten así
De ajar mi reputación.
No conosco al picarón
Que usted me ha mentado aquí:
Sí, señor, yo soy doncella,
Y muy bien lo saben todos,
Deje usted, pues, esos modos
De hablar. Basta, basta, bella,
Le dije, y sin esperar
Me retiré muy de prisa,
Pudiendo apenas la risa
En las calles sujetar.

Da. Ser.—¡Qué Carlitos tan gracioso!

Se conoce luego, luego,
Que ha estado en toda la Europa,
Y en París; ¿ves, Timoteo,
Lo que aprovechan los viajes,
Y no que ni hablar salimos,
Ni contar cuentos graciosos
Los criollos, que jamás vemos
El mundo? No, yo te juro
Que si me quisiera el cielo
Dar otro niño.

D. Ant.— Es difícil

Da. Ser.— Ya; pero hablo suponiendo;
Aunque mire usted: al cura
Del Sagrario ha poco tiempo,
Le oí hablar de una señora
De la Biblia, no me acuerdo
Si dijo que se llamaba
Clara, ó Lara; mas el cuento
Fué que parió uno, muy grande.

Clara.— Fué, Sara, mamá.

Da. Ser.— Yo tengo
Mala memoria, pues, ahora,
Que cuando chica, en un credo
Como quien dice, aprendía
Cualquier cosa: por ejemplo:
Nada más que en quince días
Aprendí los Mandamientos;
En dieciocho los Artículos,
Y á los dos años y medio,
Ya sabía el Catecismo
De Ripa, da todo entero.
Sin contar con que bordaba,

Cosía en blanco; un puchero
Componía, como dicen,
Que se chupaban los dedos.

D. Tim.— Y bailabas, hija mía,
El "Mambrun," que era un contento.

Da. Ser.— Y cantaba seguidillas,
Muy bonitas.

D. Tim.— Bien me acuerdo.

Da. Ser.— Cuando tú me echabas ojos,
Picarón.

D. Tim.— Si, sí, ¿qué tiempos!

Maria.— Pero, ¿mamá, ¿en qué ha quedado
Lo del niño?

Da. Ser.— Ah! sí, pues bueno:

Como decía, si acaso
Tuviera otro hijo, á un colegio
De Europa, ó si no de España,
Lo mandaba en el momento
Que estuviera manebito,
Aunque también y recelo
Por otra parte, que allá
Lo hicieran hereje.

D. Ant.— ¿Bueno!

¿Conqué todos los de Europa
Son herejes?

Da. Ser.— Yo no veo
Que oigan misa, sobre todo
Los angulos

D. Carlos.— (¿Qué talento

Tiene la buena señora!)

Clara.— Los angulos, mamá: (¿me quemo
De oír hablar á mi madre

Entre gentes, me avergüenzo
¡Válgame Dios! ¿de qué modo
Cortara yo en el momento
La conversación?) Señores,
Vamos un rato á paseo
Al jardín.

D. Carlos.— Bravo. Clarita!
Después de "la table" es bueno
Pasear.

D. Tim.— ¿Después de qué cosa?

D. Carlos.— De la mesa.

Leo.— Si, yo encuentro

La dulce melancolia
En las flores y en el viento
Embalsamado que corre
En el campo.

Maria.— Bueno, bueno;
Vamos al jardín, y sirve
De hacer un ramito nuevo
Para mi peinado.

D. Carlos.— Hermosa,
Yo soy quien me encargo de eso:
Le haré á usted el más hermoso
"Bouquet."

D. Tim.— Bu... ¿qué?

D. Carlos.— Ramillete (viejo
Más preguntón y más tonto!
Siempre me sale al encuentro.)
"Andiamo, andiamo."

D. Tim.— Si, vayan;
Yo con Juanito me quedo
A tratar de cierto asunto.

Y usted, Don Antonio, espero
Que se quede con nosotros,
Pues estimo sus consejos.

D. Ant.— Como usted guste.

D. Carlos.— Pues, vamos.

Da. Ser.— Vamos, vamos á paseo,
Que empiezo á sentir el cólico
Y el ejercicio es muy bueno.

(Vanse.)

ESCENA X

DON TIMOTEO, DON ANTONIO, DON JUAN

D. Tim.— Por fin, Juanito, ha llegado
El venturoso momento
De darte el nombre de hijo,
Que con tanto ardor deseo.
Habla sin rubor, declara
Sin disíraz tu pensamiento:
¿Cuál de mis hijas te agrada?
Dimelo, Juanito, luego.
Don Antonio es un amigo
De confianza, y los secretos
De mi casa le confío
Sin reserva alguna.

D. Juan.— ¡Cielos!
Llegó el momento temido!

D. Ant.— Sí, Don Juan, yo aprecio
A usted, y estoy pronto
A servirle, si no puedo

En cosas de más estima,
Siquiera con mis consejos,
Se halla usted, amigo mio,
En un crítico momento:
Piense usted bien lo que diga;
Piense usted que son eternos
Esos lazos; que es preciso
Hablar con franqueza.

D. Tim.— Ciertó:

Habla sin rubor, querido.
¿Cuál de mis hijas tu afecto
Ha ganado? dílo pronto:
Por el codmo á mi contento.

D. Juan.— ¡Oh padre! si acaso el nombre
De padre, dar á usted puedo,
Cuando rehusó el beneficio
Que me propone: mas debo
Ser franco, y sufrir ahora
Su cólera y menosprecio,
O resignarme á pasar
Una vida de tormentos,
O á lo menos de fastidio,
Con una esposa de un genio
Distinto del genio mio.
Perdone usted si le ofendo;
Sabe el cielo cuánto estimo
Ese cariño: cuán lleno
Mi pecho de sus bondades,
Prueba el agradecimiento.
Toda mi vida no basta
Para pagar lo que debo
Al que me ama como padre;

Pero, señor, yo no puedo
Resolverme á ser perjuro.
¿Pronunciaré el juramento
De amor eterno á una esposa,
Cuando en mi pecho no siento
Este amor? es imposible.

D. Tim.— ¡Imposible! ¿Con qué debo
Renunciar á la esperanza
Que alimentaba mi pecho?
Mas, dime ¿qué te disgusta
En mis hijas? ¿Qué defectos
Tienen que yo no he notado?
Yo las juzgaba un modelo
De perfección.

D. Ant.— Es preciso,
Amigo Don Timoteo,
Que escuche usted de mi boca
La verdad, aunque su acento
Le parezca duro; acaso
Todavía será tiempo
De corregir unos males,
Que si tomaran más cuerpo,
Incorregibles serían.
Lo he dicho á usted, y de nuevo
Lo repito. Usted adopta
Un gran error, suponiendo
En sus hijas cual virtudes,
Lo que sólo son defectos.
La falsa instrucción de Clara;
De Mariquita ese genio
Ligero que no se fija
En cosa alguna; el t r r so

De la sensibilidad
 De Leonor, Don Timoteo,
 Son faltas, y faltas graves,
 A que usted debiera cuerdo
 Haber atajado el curso;
 Un hombre de juicio recto
 Elegirá por esposa
 Una mujer que cumpliendo
 Su deber, cuide su casa;
 Que cultive su talento
 Con gusto; que si dedica
 A la lectura algún tiempo,
 No quiera pasar por sabia;
 Que no esté siempre gimiendo
 Por personajes ficticios;
 Que no ocupe su cerebro
 Solamente con las flores,
 Los bailes y el coliseo:
 Ser sin ficciones sensible;
 Ser instruida, sin empeño
 De parecer literata.
 La compostura, el aseo,
 Usar sin afectación,
 Y vivir siempre cumpliendo
 Las dulces obligaciones
 De su estado y de su sexo:
 He aquí una joven amable!
 He aquí, amigo, en mi concepto,
 Las virtudes de una esposa.
 Usted sin duda está lleno
 De bondad; su noble alma
 Merece ser el objeto

De una constante ternura;
 Pero escuche usted, le ruego
 Los consejos de un amigo;
 Corrija usted los defectos
 De sus hijas, aún es dable.
 Tienen un corazón recto,
 Y escucharán de un buen padre
 Los saludables preceptos:
 Tal vez pronto corregidas,
 Serán de todas modelo,
 Y harán a usted venturoso,
 Tanto cual merece serlo.
 Vaya, enjague usted el llanto,
 Que todo tendrá remedio:
 Cuenta usted con un amigo.

D. Juan.—Y con un hijo; yo espero
 Merecer tan dulce nombre
 Por mi cariñoso esmero;
 Joven soy; aún es posible
 Que de otro viaje volviendo
 Que voy á emprender ahora,
 Pague á usted lo que le debo,
 Halle en Leonor una esposa
 Tal como yo la deseo;
 Si acaso usted, padre mío,
 Me juzgare digno de ello.
 D. Ant.—Si, Don Juan, Leonor es joven
 De buen corazón, yo espero
 Que si nuestro buen amigo
 No desprecia mis consejos,
 Será muy pronto una esposa
 Inimitable.

D. Tim.— Comienzo
A creer que usted, Don Antonio,
Tiene razón.

D. Ant.— ¡Bueno, bueno!
Ya lo esperaba.

D. Tim.— Juanito,
A pesar del sentimiento

Que tu conducta me causa,
Tienes razón, lo confieso;
Mas mi cariño es el mismo:
Jamás olvidarme puedo
De lo que debo a tu padre:
Y todavía, lo espero,
Te daré el nombre de hijo.

D. Juan.— Sí, señor, yo lo deseo.

D. Tim.— Vengan los dos a mis brazos,
Que de esta manera quiero
Manifestar que aunque es dura
La lección, yo la agradezco.

ESCENA ULTIMA

Dichos, DON CARLOS, Da. SERAPIA,
LEONOR, MARIA, CLARA.

D. Carlos.— ¡Bravo! ¡bravo! esto va bien;
Ya tendremos desposorio;
¿Cuándo es por fin el casorio?
¿Quién es la dichosa, quien?
¿Conque habrá "danse," festin;
Vaya, qué gusto tendré,

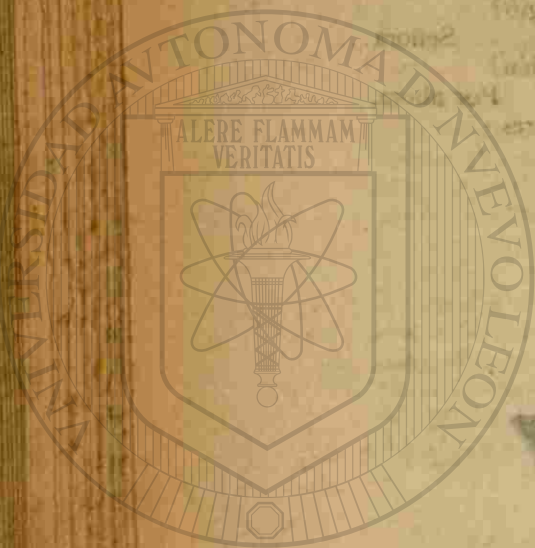
La Mazurca bailaré.
¿Cuál es la "fiancée," por fin?
Ya están danzando mis pies.

Da. Ser.— ¿A quién eligió?

D. Juan.— Señora...

Todos.— ¿A quién, a quién?

D. Ant.— Por ahora,
A ninguna de las tres.



PERSONAJES

ANA BOLENA, reina de Inglaterra.
ERIQUE VIII, rey de Inglaterra.
CROMWELL, ministro del rey.
ENRIQUE DE PERCY, duque de Northumberland.
LORD ROCHFORD, hermano de la reina.
FRANCISCO DE BARRABEN, secretario de la reina.

ANA BOLENA.

A su querida hermana
Doña Guadalupe Calderón,
dedica este drama

EL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONAJES.

ANA BOLENA, reina de Inglaterra.
ENRIQUE VIII, rey de Inglaterra.
CROMWELL, ministro del rey.
ENRIQUE DE PERCY, duque de Northumberland.
LORD ROCHFORD, hermano de la reina.
JUANA SEYMOUR, é ISABEL PRESTON, damas de la reina.
JORGE SMETON, paje de la reina.
WILLIAM KINSTON, condestable de la Torre.
DUQUE DE NORFOLK, presidente del tribunal.
DOS CORTESANOS que hablan.
EL VERDUGO.
DAMAS DE LA REINA.
CORTESANO I.
SOLDADO I.

Londres, 1.536.



ACTO PRIMERO

EL BAILE.

Gran salón en el palacio de White-Hall, iluminado perfectamente; en el fondo una gran puerta vidriera que se supone dar á otro salón también iluminado, en donde se da el baile; al través de la vidriera se ven pasar algunas veces señores y señoras: se oye á lo lejos la música. En el salón que representa el teatro, hay dos mesas redondas pequeñas, á derecha é izquierda del foro: sobre las dos hay juegos de naipes; en la una un grupo de cortesanos juega; en la otra, igualmente, otro grupo de cortesanos, entre los que se halla Jorge Sméton, juega y habla alternativamente.

ESCENA I

SMETON Y CORTESANOS.

Cort. prim.—Sméton, á vos os toca jugar; ¿pero estáis dormido?

PERSONAJES.

ANA BOLENA, reina de Inglaterra.
ENRIQUE VIII, rey de Inglaterra.
CROMWELL, ministro del rey.
ENRIQUE DE PERCY, duque de Northumberland.
LORD ROCHFORD, hermano de la reina.
JUANA SEYMOUR, é ISABEL PRESTON, damas de la reina.
JORGE SMETON, paje de la reina.
WILLIAM KINSTON, condestable de la Torre.
DUQUE DE NORFOLK, presidente del tribunal.
DOS CORTESANOS que hablan.
EL VERDUGO.
DAMAS DE LA REINA.
CORTESANO I.
SOLDADO I.

Londres, 1.536.



ACTO PRIMERO

EL BAILE.

Gran salón en el palacio de White-Hall, iluminado perfectamente; en el fondo una gran puerta vidriera que se supone dar á otro salón también iluminado, en donde se da el baile; al través de la vidriera se ven pasar algunas veces señores y señoras: se oye á lo lejos la música. En el salón que representa el teatro, hay dos mesas redondas pequeñas, á derecha é izquierda del foro: sobre las dos hay juegos de naipes; en la una un grupo de cortesanos juega; en la otra, igualmente, otro grupo de cortesanos, entre los que se halla Jorge Sméton, juega y habla alternativamente.

ESCENA I

SMETON Y CORTESANOS.

Cort. prim.—Sméton, á vos os toca jugar; ¿pero estáis dormido?

Cort. seg.—Es que se halla aquí su cuerpo
Pero su alma, ¿eh?

(Risa maliciosa de inteligencia, entre los
cortesanos que están con Sméton.)

Sméton.—(Turbado.)

Pues, amigos,

Os engañáis, nunca ha estado

Mi corazón más tranquilo:

No pienso más que en el juego.

Cort. prim.—¿Pero en cuál juego? infinitos

Hay: unos de cartas, otros

De manos, otros... querido,

Ya me entendéis; mas cuidado,

Porque hay algunos prohibidos.

Sméton.—No os entiendo.

Cort. prim.— Vaya, Sméton:

Ese semblante encendido

Os hace traición: tres veces

La partida habéis perdido,

Porque casi no miráis

Los naipes, y de continuo

Volviendo estáis la cabeza

Hacia aquella puerta; os digo

Que sois poco diestro.

Cort. seg.— Bueno;

Si á los naipes ha perdido,

Conseguirá otras ventajas;

Pues dice un proverbio antiguo,

Que es en amores dichoso

El que en el juego...

Los Cortesanos.—(Riendo.)

Bien dicho.

Sméton.—Señores, basta de burlas,

Y si queréis divertirlos

A costa mía, os prevengo

Que no podréis conseguirlo.

Con que juguemos.

Todos.— Juguemos.

(Siguen jugando.)

Cort. terc.— (En la mesa de la izquierda.)

Pues, señores, como os digo,

Pero guardad el secreto;

Mirad que corro peligro

Si no sois discretos.

Cort. cuarto.— Vamos,

Hablad sin temor, amigo,

Y contad con la reserva.

Cort. terc.—Pues escuchad. He sabido

Que nuestro buen soberano

Se va cansando un poquito

De su adorada consorte,

Y anda asestando sus tiros

A Lady Seymour. ¡Caramba!

Tiene unos ojos divinos

La tal Juana: lo gracioso

De la historia, es que el ministro,

El astuto Cromwell, tiene

Más empeño que el rey mismo.

Cort. cuarto.—La quiere hacer una reina

A su modo.

Cort. terc.— No, querido;

Quiere vengar el ultraje

Que Ana Bolena le hizo

En público una ocasión.

Cort. cuarto.—¿Cómo?
 Cort. terc.— No sé qué le dijo
 De plebeyo y despreciable;
 Y desde entonces, me han dicho
 Que ha jurado la venganza.

Cort. cuarto.—El es un zorro maldito
 Que dará al diablo lecciones.

Cort. terc.—Y como (entré nosoros sea
 (dicho)

Nuestra reina Ana Bolena
 Ha dado más de un motivo
 Para atacarla, y se habla
 De secretos favoritos,
 De Sméton, Norris y Bréreton,
 Y hasta de su hermano mismo;
 Quién sabe si al fin. . . .

Cort. cuarto.— Y luego

Debe pagar lo que hizo
 A nuestra pasada reina,
 La que gime en el retiro
 De Haptill. ¡Pobre Catarina
 De Aragón! Pero el castigo
 Caerá sobre Ana Bolena.

Cort. terc.— ¡Oh! ¡pobre Ana! ella ha te
 (nido)

Sus faltas.

Cort. cuarto.— Sí, por su causa
 Han muerto ya en un suplicio
 Tomás Morris y otros muchos.

Cort. terc.— Tal vez ella no ha tenido
 Parte en esto; sus parientes.

Cort. cuarto.— Pero ella debió impedirlo.

Sméton.—(En la otra mesa.)

Es mía la basa.

Cort. seg.—(Jugando.)

No,

Que yo tengo al rey conmigo.

Sméton.— Maldito rey! pues parece
 Que con él estoy reñido.

Cort. prim.— Con la reina. . . de los naipes;

No fuera Sméton lo mismo,

Pues de las hembras parece

Que sois muy favorecido.

Sméton.— Basta de burías. El juego

Me va causando fastidio;

(Se levantan.)

Dejémoslo.

Todos.— Sí, sí; al baile.

Cort. prim.— Mas no os enfadéis conmigo;

Ya sabéis que siempre os hablo

Como camarada antiguo

De colegio, y en verdad

Corren ciertos rumorcillos

Sobre vos y cierta dama

De un rango muy distinguido.

Sméton.— Pero quién es esa dama?

Cort. prim.— ¿Y si os enfadáis?

Sméton.— Decidlo,

Por Dios, y decidlo pronto.

Cort. prim.— ¿El nombre de ella?

Sméton.—

Repito

Que si; acabad, ó dejadme.

Cort. prim.— Bien, os lo diré al oído.

(A los cortesanos.)

No os lisonjéis, señores,
De saber lo que á mi amigo
Voy á decir: es un nombre
Muy grande para decirlo
En voz alta, ni exponerlo
A vuestros sangrientos tiros:
Adivinad si queréis,
Y en malicias divertios.

Sméton.—Acabad.

Cort. prim.— Pues bien: se llama,
Os lo dire muy bajito,
Ana, reina de Inglaterra.

Sméton.—(Furioso.)

La palabra que habéis dicho
Pide sangre, caballero.

Cort. prim.—(Riendo.)

No tal, amigo mio,
Pide amor, pide ternura,
Pide los versos divinos
De vuestro genio. Ea, vamos.
Vamos al baile, queridos.

(Se van todos los cortesanos; Sméton quiere seguirlos, y luego se contiene.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
ESCENA II

SMETON.

Espera!... ¿Qué voy á hacer?
¡Oh! maldita sea mi estrella!
Ni aun puedo morir por ella;
Callar debo y padecer.

Y es cierto que la amo, si:
Yo la idolatro, la adoro;
Su sonrisa es un tesoro,
Es el cielo para mí.

El cetro y pompa real,
¡Oh, cuánto son inferiores
De sus ojos brilladores
A la luz angelical!

Sobre su célica frente
Brilla un genio soberano:
Marcóla Dios con su mano
Para hacerla omnipotente;

Y dijo á la humanidad:
"¡Ved en el mirar divino
De esa mujer, el destino
Del justo en la eternidad!"

Y yo, misero de mí,
Que siempre estoy á su lado
Para amarla, ¡desgraciado!
Sin esperanza nací:

A ver sin cesar en ella
Un objeto sacrosanto,
Y á regar con triste llanto
De su hermoso pie la huella;

Mas su rostro encantador
Por mi mano retratado,
Siempre en mi pecho guardado,
Es mi delicia, mi amor.

(Saca un retrato que trae oculto en el pecho, y pendiente de una cadena de oro.)

Ven, ¡oh sacro talismán,
Ven y consueta mi alma,

Tu poder mágico calma
Mi desventurado afán!
Deja que el labio abrasado
De un esclavo que te adora,
En tu frente seductora...

(Desde antes de los tres últimos versos,
Cromwell se ha acercado con mucha
precaución detrás de Sméton, y ha visto
el retrato de la reina; después se retira
con cuidado y le habla á Sméton.)

ESCENA III.

SMETON, GROMWELL.

Cromwell.—Cuidado, Sméton, cuidado.

Sméton.—(Sorpresa.)

¡Cielos! el ministro...

Cromwell.— Y él...

¿Por qué os sorprendéis así?

¿Contemplábais el objeto

De vuestro amor? bien, vivid.

Y amad: tal es el empleo

De la juventud feliz.

Ese es sin duda el retrato

Del hermoso serafín

Que preside vuestra suerte:

Que le mire permitid.

Sméton.—Conde de Essex, dispensadme.

(Ocultando el retrato.)

Este es mi secreto.

Cromwell.— ¿Si?

Pues guardadlo: sois discreto.

(Es tarde, que ya lo vi).

Pero la reina os buscaba;

Parece que os quiere oír

Cantar: sabéis lo que gusta

De vuestra voz: pronto id,

Que no es justo retardarle

Este placer.

Sméton.—(Tomando su sombrero.)

Permitid...

Cromwell.—Id con Dios, hermoso joven;

Sed en amores feliz.

(Vase Sméton.)

ESCENA IV.

GROMWELL.

Mancebo incauto, ya estás

En el borde y no lo ves;

Con un sólo paso más,

Horrible abismo verás

Abierto bajo tus pies.

¿Tú amas á la reina? sí;

¿Y ella te ama? tal vez no;

No importa: un retrato vi

Que es una arma para mí

Una arma que busco yo.

Reina orgullosa, insultado

En público fui por vos,

Por mi origen ignorado;

Pues bien, quedaré vengado,

Y muy pronto ¡vive Dios
 El plebeyo se alzará.
 Este gusanillo vil,
 De una reina triunfara:
 Serpiente se tornará
 Este misero reptil.
 Enrique llega: ¡valor!
 El apasionado está
 De Lady Seymour. ¡Oh, amor!
 Tú serás mi vengador:
 Ana Bolena caerá.

ESCENA V

CROMWELL, ENRIQUE VIII.

Enr.—Cromwell, yo te buscaba: ¿has visto
 (á Juana?)
 A esa Juana Seymour, á esa hemmosura
 En cuya frente pura
 Brilla el pudor con todos sus encantos.
 Jamás, jamás tan bella,
 Conde, me pareció como este día:
 Atónita mi vista la seguía;
 No he podido apartar mis ojos de ella:
 Un impulso secreto, sobrehumano,
 Un mágico poder irresistible
 Arrastra á tu potente soberano.
 Y Enrique VIII que á la mar domina,
 A cuyo cetro el mundo viene estrecho,
 Cediendo al fuego que le abrasa el pecho,
 A una débil mujer la frente inclina.

Cromwell, ella será tu soberana.
 Cromwell.—¿Y Ana Bolena?
 Enr.— ¡Calla! ¡Ana Bolena!
 La tempestad sobre su frente truena.
 Ella es culpable, Cromwell: esa Ana
 En quien mi honor depositaba un día,
 Es infiel.
 Cromwell.— ¿Es infiel?
 Enr.— Se ha roto el velo
 Que mis ojos cubría, y aclarando
 Se van ya mis sospechas: ya la corte
 Su liviandad murmura.
 Cromwell.— ¿Y el objeto
 De su culpable amor, ¿quién es?
 Enr.— Son muchos
 Los que se nombran: Brétreton, Sméton,
 Su mismo hermano, ¡oh, conde! ¿lo creé-
 (riais?)
 Yo lo descubriré, y entonces ¡tiemble,
 Tiemble el objeto de las iras mías!
 Cromwell.— ¡Rochford, su mismo herma-
 (no!) ¿y es creíble?
 Enr.— ¿No has observado tú, no has descu-
 (bierto
 alguna cosa que aclarar consiga
 Del todo la verdad?
 Crom.— Mi soberano,
 Os debo lo que soy: el labio mío
 Nunca os hará traición. Ana Bolena.
 Yo la amo y compadezco su destino;
 Pero ahora mismo
 Enr.— Acaba pronto, y dejá

De piedad esa máscara engañosa;
Yo te conozco, Cromweell. Habla al punto,
Y háblame con franqueza.

Cromwell.— En este instante,
De la música huyendo y del bullicio,
En esta sala Sméton se encontraba
A un retrato de lágrimas cubriendo.
Era el de vuestra esposa...

Enr.— ¡Cómo!
Cromwell.— El mismo:
Pude verlo muy bien sin ser notado;
Si V. M. pretende ahora
Comprobar la verdad de mis palabras,
Haga llamar á Sméton: de su cuello
Una cadena pende de oro puro:
En su extremo hallaréis ese retrato.
Yo me indigno, señor, al acordarme;
Lo ví, y callé, que sólo á vos os toca,
Tamaño injuria castigar: llamadlo,
Llamad á ese traidor: vuestra justicia
En su cómplice y él, sin piedad caiga

Enr.—Basta, Cromwell, no pido tus conse-
(jos;

Sé lo que debo hacer.
Cromwell.— ¡Oh, cuán distinta
Es de la reina, la inocente Juana!
Sin artificio, sin doblez alguno
Su puro corazón en sus miradas
Se está feyendo.

Enr.— Si, su dulce nombre
Me hace olvidar á todo el universo.
Caiga la que mi honor ha mancillado,

Y Juana suba de Inglaterra al solio.
Escucha, conde, ya hace muchos días
Que me ocupa una idea. Enrique Percy,
El conde de Northumberland, amaba
A Ana Bolena, y pienso que contrajo
Esponsales con ella, antes que al trono
Fuese llamada: si esto fuese cierto
Mi matrimonio es nulo.

Cromwell.— Si.
Enr.— Y entonces
Puedo unirme con otra. El conde se halla
En sus estados, lejos de la corte.
Haz que le llamen, Cromwell.
Cromwell.—Voy al punto.

ESCENA VI.

Dichos, UN PAJE.

Paje.—De Northumberland el conde,
De llegar, señor, acaba,
Y hablaros desea.

Enr.— ¿El conde?
¿Qué casualidad tan rara
Le conduce en tal momento?
Que pase al punto (Vase el paje.)

¿Qué causa
Le puede traer? Ha tiempo
Que de la corte se aparta.
Cromwell.—V. M. al punto
Lo sabrá: ya se adelanta.

ESCENA VII

Dichos, ENRIQUE PERCY.

Enr.—Noble conde, llegad: ¿á qué debe

(mos)
El placer de miraros este día?

Percy.—Señor, ved la tristeza en mi semblante,

Mirad en él la tenebrosa noticia

De que soy mensajero: la princesa

Vuestra primera esposa, Catarina,

La augusta desterrada, ha muerto.

Enr.—Ha muerto!

Percy.—Terminó su carrera de
(desdichas.

Yo he presenciado su postrer instante

Y yo os traigo, señor, su despedida.

Siempre noble y magnánima, ni un punto

Desmintió su virtud: era la misma

En su lecho de muerte, que en el trono

En que Inglaterra la admiró algún día.

Enr.—Buena mujer! Por su piedad in-

(mensa)
El Eterno en su seno la reciba.

Percy.—No hay duda: ya su espíritu celeste

En las regiones de la luz habita:

Mucha fué su virtud: amargo llanto

Inundó largo tiempo su mejillas:

Privada de su rango, desterrada

Del trono augusto de que fué tan digna;

Privada, en fin, de todo lo que amaba,

Y á vivir entre angustias reducida,

Jamás su labio articuló una queja,

Y al cielo, generosa, le pedía

Que sobre su hija y sobre vos vertiese

Con franca mano inacabables dichas:

Tal vuestra esposa fué: ya al acercarse

El término temprano de su vida,

Se dignó suplicarme que viniese

Para recomendaros á su hija,

He cumplido, señor, sus voluntades:

Extended vuestra mano compasiva

A esa niña inocente, protegédla:

Recordad que sois padre de Maria.

Aquí queda mi encargo terminado:

Permitidme volver.

Enr.—Será cumplida

La voluntad de Catarina, conde;

Mas retardad aún vuestra partida.

Cuestiones de importancia quiero haceros:

Vedme en palacio el venidero día.

Percy.—Vendré á veros, señor.

Enr.—El cielo os guarde.

Percy.—El proteger se digné vuestra vida.

(Vase.)

®

ESCENA VIII

CROMWELL, ENRIQUE VIII.

Enr.—Haz, Cromwell, que cese ya
Ese baile, esos acentos:
De la pobre Catarina
La memoria respetemos.
Mañana, conde, mañana
Será un día muy funesto
Para muchos: mi justicia
Alzará un brazo de hierro;
No habrá piedad; ¡desgraciados
Los que aparecieren reos!
Cromwell.—La reina llega.
Enr.— Su vista
Me sirve ya de tormento.

ESCENA IX

Dichos, ANA BOLENA, JUANA SEYMOUR,
ISABEL, DAMAS, GORTESANOS, SMETON,

Ana.—Señor, ¿vos tan retirado?
¿Vos tan triste?
Enr.—(Con sequedad.)
Si, no tengo
Motivos para alegrarme.
¿Sabéis, señora, que ha muerto

Vuestra reina?
Ana.— ¿Quién?
Enr.— La heroica
Catarina, la que un tiempo
De Inglaterra sobre el trono
Fué de virtudes modelo.
Ana.—Si la princesa de Gales
No existe ya, sabe el cielo
Que siento su muerte.
Enr.— Si,
Sin dificultad lo creo,
¡Porque sois tan compasiva!
No hace en verdad mucho tiempo
Que aquí mismo en esta sala
He visto una prueba de ello
¿No me entendéis hoy? Mañana
Que me comprendáis espero.
Ana.—¿Mañana? señor, mañana
Está dispuesto un torneo
En Greenwich.
Enr.— ¡Cómo, señora!
¿Se ha convertido mi reino
En teatro de festines,
Músicas, bailes y juegos?
Diferidlo.
Ana.— No es posible,
Señor; todo está dispuesto.
Norris, Bréretón, mil otros
Están ya en Greenwich, y espero
Que consentiréis.
Cromwell.— (Aparte.)
¿Qué importan

Unas horas más ó menos
De Greenwich hasta la Torre
De Londres, no está muy lejos.
Enr.—Dices bien. Sea, señora,
Como vos queráis. Tendremos
Mas tiempo de hacerlo todo
Con calma. Guardaos el cielo.

(Vase.)

ESCENA X

Dichos, menos ENRIQUE VIII.

Ana.—Despedad: Cromwell, oid.

(Vanse todos, menos Cromwell.)

¿Por qué causa el rey se muestra
Tan severo? ¿lo sabéis?Cromwell.—¿Qué queréis que os diga, oh
(reina?)

¿Es tan sombrío el carácter
De Enrique VIII!... Una nueva
Pasión tal vez... ¡qué sé yo!
Recordad que Ana Bolena,
Dama era de Catarina,
Y hoy en su trono se sienta:
Vos tenéis hermosas damas;
Lady Seymour es muy bella:
No puedo explicarme más.
Entended, si sois discreta:
Guardaos Dios.

(Vase.)

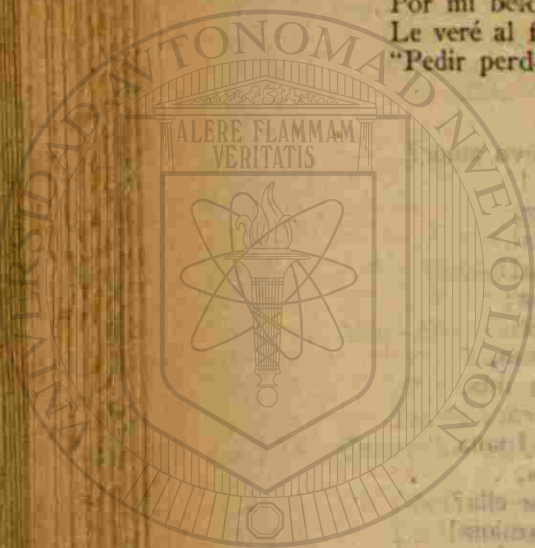
ESCENA XI

ANA BOLENA

¡Cielos! ¡qué oí!
Era cierto mi temor:
¿El rey tiene un nuevo amor?
¡Desventurada de mí!
¿O ese ministro feroz,
Ese Cromwell infernal,
Lo supone por mi mal?
Es una venganza atroz;
No puede ser, no será;
El rey me ama todavía,
Calma el temor, alma mía,
Mi hermosura triunfará.
¿Pero esa Juana, esa Juana
Es por acaso tan bella,
Que el rey me deje por ella?
Puede ser, ¡duda inhumana!
Despreció Enrique por mí
A su esposa Catarina;
Quizá el cielo me destina
Una suerte igual, ¡ay! sí.
De esta princesa la muerte
Es una lección terrible.
Fuí á su dolor insensible...
Yo tendré la misma suerte:
Ana olvidada será;
Pero no; ¡qué desvario!

Calderón—100

Levántate, orgullo mio;
 Mi hermosura triunfará:
 Y pronto al monarca inglés,
 Por mi beklad arrastrado,
 Le veré al fin humillado
 "Pedir perdón á mis piés."



ACTO SEGUNDO.

EL SUEÑO.

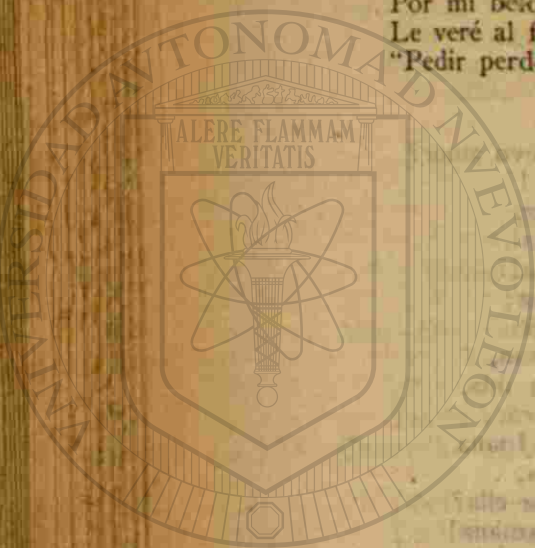
Soberbio gabinete de Ana Bolena, adornado con magnificencia: á la derecha del foro un forte-piano; á la izquierda una mesa pequeña y un sillón forrado de terciopelo; encima de la mesa estará la corona de la reina, y á los pies del sillón un gran cojin de terciopelo; en el centro del gabinete, una puerta con gran colgadura, que se supone conduce á las demás piezas de palacio. En el costado izquierdo, otra puerta también con colgadura.

ESCENA I.

ROCHFORD, ANA BOLENA.

Roch.—Horrible tempestad nos amenaza,
 Hermana mía: ese fatal ministro,
 Ese Cromwell cruel, se ha conjurado
 Contra nosotros.
 Ana.— Si, su orgullo herido
 Por mi desprecio, la venganza anhela:

Levántate, orgullo mio;
 Mi hermosura triunfará:
 Y pronto al monarca inglés,
 Por mi beklad arrastrado,
 Le veré al fin humillado
 "Pedir perdón á mis piés."



ACTO SEGUNDO.

EL SUEÑO.

Soberbio gabinete de Ana Bolena, adornado con magnificencia: á la derecha del foro un forte-piano; á la izquierda una mesa pequeña y un sillón forrado de terciopelo; encima de la mesa estará la corona de la reina, y á los pies del sillón un gran cojin de terciopelo; en el centro del gabinete, una puerta con gran colgadura, que se supone conduce á las demás piezas de palacio. En el costado izquierdo, otra puerta también con colgadura.

ESCENA I.

ROCHFORD, ANA BOLENA.

Roch.—Horrible tempestad nos amenaza,
 Hermana mía: ese fatal ministro,
 Ese Cromwell cruel, se ha conjurado
 Contra nosotros.

Ana.— Si, su orgullo herido
 Por mi desprecio, la venganza anhela:

Vil mezcla de bajeza y de perfidia
Es ese hombre feroz; nada perdona
Para perderme: el rey dócil escucha
Sus horribles consejos; ¡pero tiemblo!
Enrique me ama aún.

Roch.— ¡Oh, hermana mía!
Tal vez te engañas; esa dama tuya,
Esa Juana Seymour, dicen que á Enrique
Ha sabido agrada: Cromwell fomenta
Esta nueva pasión, y pronto acaso,
Ana, Boleno bajará del trono,
Como bajó la reina Catarina.
Se te acusa de un crimen horroroso:
¡De adúltera!

Ana.— ¡Gran Dios! Rochford, ¿quién pudo
Esa palabra pronunciar?

Roch.— Enrique,
El mismo rey se dice que te acusa.
Tus ligerezas se han interpretado
Como muestras de amor: en el torneo,
Ayer mismo en Greenwich, cuando dejaste
Tu pañuelo caer, Cromwell ha dicho
Que era señal de tu pasión á Norris.

El rey se retiró con el ministro
Lleno de indignación: yo tiemblo, Ana;
A mí mismo me acusan; ¿lo creerías?
De un criminal amor á tu persona.

Ana.— ¿Conque también de incesto se me
acusa?

Tú deliras; Rochford; el mismo infierno
No pudiera inventar tan vil calumnia.
¡Me haces temblar! ¡escucha! en esta no-

¿Será un aviso del airado cielo?
Me estremezco, Rochford: ¡visión horrible!
De mi imaginación se apoderaba!
¡Sueño espantoso que olvidar procuro,
Y no puedo olvidar! Oyelo, y tiemblo.
Yo soñaba que el trono ocupando

A mis pies la Inglaterra veía:
Todo en torno á mis ojos reía,
Todo en torno era dicha y amor:
Cetro de oro en mi mano brillaba,
La corona adornaba mi frente,
Un gran pueblo á mi voz obediente,
Escuchaba temblando mi voz.

Mi guerreros, mil héroes ilustres,
Mis caprichos humildes servían,
En mi risa su gloria veían,
Y venían mi mano á besar:
En mil partes mi nombre grabado,
Centellaba entre piedras preciosas,
Y sentí de jazmines y rosas
Dulce aroma en el viento bajar.

Mas, ¡oh, Dios! esta atmósfera pura,
De zafiro este cielo esplendente,
Roja nube cubrió de repente,
Que torrentes de sangre vertió:
Un relámpago livido alumbra
De la tierra el funesto desmayo,
Y retruena mil veces el rayo
Con horrible funesto fragor.

La diadema que adorna mi frente
En mi cráneo se ciñe, se hunde,
Y mi cetro en mi mano se funde,

Y me abrasa el ardiente metal:
Y mi manto de púrpura y oro,
Negro paño se torna de muerte:
En horrible dogal se convierte,
Dé mi cuello el soberbio collar.

Se hunde el trono con hórrido estruen-
(do,

Veo á mis pies una tumba cavada,
Y una mano asomar descarnada,
Que me muestra el sudario fatal.
¡Catarina! Era suya esta mano.
Ella, ¡oh Dios! maldiciéndome ha muerto!

En sudor inundada despierto,
Sin poder á la calma tornar.

Roch.—; Desventurada! tal vez
Se realizará este sueño:
La tempestad se aproxima,
Oigo resonar el trueno.

Tres días hace que sólo
Miro presagios funestos.
De Cromwell el regocijo,

Del rey el rostro severo,
El amor que tiene á Juana,

Todo, en fin, está diciendo
Que se aproxima la hora

De la muerte ó del destierro.

Ana.—No, tal vez, hermano mio,
No es tan grande nuestro riesgo.

¡Enrique me amaba tanto!
¿Y podrá en tan breve tiempo

Aborrecerme? ¡imposible!
No, Rochford, yo no lo creo.

Hace tres días me hablaba
Con el cariño primero:

Antes de ayer en el baile
Y en el crítico momento

De que la muerte escuchaba
De Catarina, el torneo

De ayer le anuncié; queria
Que se suspendiese, y luego

Que le rogué, á mis instancias
Condescendió; si, yo pienso

Que consevo todavía
Sobre su alma el mismo imperio.

Dicen que á Lady Seymour
Ama Enrique; no lo creo:

Es obra de Cromwell todo,
De ese odioso consejero.

Cuando el rey mire mi llanto:
Cuando con mágico acento

Le recuerde aquellos días,
Aquellos dulces momentos

De ventura, que en su alma
Tantas delicias vertieron:

Cuando me mire á sus plantas
Invocando al Sér supremo

Por testigo irrecusable
De mi conducta, y el velo

De la impostura se rompa;
Cuando mire, en fin, mi afecto

Siempre puro, inalterable,
En mis lágrimas de fuego,

¿Quién duda que entre sus brazos
Vaya á recibir el premio

De mi inocencia? ¡Oh, hermano!
Ligera soy, lo confieso:
Educada en Francia, acaso
La circunspección no tengo
De una inglesa; ¿mas qué importa?
¿Es menos puro por eso
Mi corazón? ¿Dónde, dónde
De esos delitos horrendos
Están las pruebas? ¡Malvados!
Yo con semblante sereno
Desmentiré á los infames
Ante todo el universo.

Roch.—¿Y tu inocencia qué importa,
Si ya del rey el afecto
No es el mismo?

Ana.— Hermano mio,
No conoces el imperio
Del hanto en una hermosura
Que se ha amado en otro tiempo.

Roch.—¿Sabes que á Lady Seymour
Ha llamado el rey?

Ana.— Yo creo
Que Cromwell la habrá arrastrado
Tomando cualquier pretexto:
Yo lo sabré en el instante.
Lady Seymour.

Roch.— Yo te dejo
En libertad: profundiza
Su corazón. ¡Quiera el cielo
Que sea cierta tu esperanza
Y mis temores inciertos!

(Vase.)

ESCENA II

ANA BOLENA, JUANA SEYMOUR,

(que entra al mismo tiempo que sale
Rochford. Ana se sienta en el sillón con
mucha seriedad.)

Ana.— Acercaos: no tembléis;
Respondedme con verdad.

Juana.— Siempre la sinceridad,
Señora, en mi alma veréis.

Cierto es que tiemblo al mirar
Vuestro semblante severo,
Y saber, señora, espero,
En qué os pude agraviar.
Tiemblo, si, porque tal vez
Sin saberlo os ofendi,
Sin saberlo, ¡oh reina! sí,
A Dios pongo por mi juez.

Ana.— (¿Tan joven y artificiosa
Hasta tal punto sería?

No puede ser.) Hija mía,
Tú eres buena, candorosa:
En tu noble corazón

Sólo habita la pureza:
Respondeme con franqueza,
Calma, Juana, mi aflicción.
¿El rey te ha llamado?

Juana.— Si,

Ricas joyas me ha mandado,
Y el conde de Essex....

Ana.— (¡Malvado!)

Juana.—Casi me ha arrastrado allí.

Dijo que era mi deber
Dar gracias al soberano;
Dudé yo; tomó él mi mano,
Fue preciso obedecer.

Ana.—(Infame.)

Juana.— Ya en la presencia

Del rey, tímida, turbada,
Parecía condenada
Que escuchaba su sentencia.

Yo no sé lo que senti
Cuando el monarca me habló;
Pero el conde respondió
Con mucha bondad por mí:
¡Es el conde tan afable!

Ana.—(Se levanta furiosa, y se pasea por
el gabinete).

¡Mucho, sí! ¡monstruo infernal,
Te abortó para mi mal
El averno? ¡Miserable!
¿Posible es tanta bajeza?
¡Pero al rey le pasará
Este capricho y caerá
Ante mis pies tu cabeza!
Tú volverás á la nada,
Cromwell, infame y traidor;
¡Tú temblarás al furor
De una mujer ultrajada!
¡Veré á Enrique, le veré;
Mis quejas escuchará,

Su gracia me volverá,
Y al fin vengada seré!
¡Vengarme! vengarme yo,
El tiene la culpa, él;
Me obligan á ser cruel;
¡Pero no he de serlo, no!
Venga ese ministro, sí,
Venga á implorar su perdón;
Conocerá el corazón
Que siento latir aquí.

(Se sienta)

Juana.—Tal vez sin saberlo yo,
Señora, os habré ofendido:

Si es así, perdón os pido;

Ana.—Tú no me ofendiste, no;

También tú víctima eres

Como yo, de un vil engaño:

Se conjuran en el daño

De dos miserables mujeres.

Juana, acaso no sabrás

Lo que es ese brillo falso

Del trono; de él al cadalso

Hay un paso, nada más;

Hoy te quieren elevar

Sacrificándome á mí;

¡Ay! también después á tí

Te sabrán sacrificar.

Juana.—Señora, yo al esplendor

Del trono nunca aspiré.

Ana.—Lo sé, Juana, sí, lo sé;

Abusan de tu candor;

Mas la tempestad sombría

Yo sabré al fin conjurar.

Lo espero: vuelva á reinar
 En mi pecho la alegría.
 Haz que entre mi corte aquí,
 Y de Sméton los acentos
 Disipen los sentimientos
 De tristeza que hay en mí.

(Váse Juana.)

ESCENA III

ANA BOLENA.

¡Oh, sueño, sueño cruel!
 Déjame por compasión;
 No inundes mi corazón
 Con tus recuerdos de hiel.
 Siempre en mi memoria fiel
 Está la visión fatal:
 Siento en mi cuello el dogal,
 Siento quemarse mi diestra;
 Veo la mano que me muestra
 El sudario funeral.

Pero no, no, sueño fué,
 Sueño que pasó veloz:
 Pronto este recuerdo atroz
 De mi pecho borraré;
 La calma recobraré;
 La dulce paz, el contento;
 De la poesía al acento,
 Huirá la melancolía:
 Vuelva á reinar la alegría;
 Demos las penas al viento.

ESCENA IV

ANA, ENRIQUE VIII, CROMWELL,
 Después SMETON, JUANA SEYMOUR,
 DAMAS Y CORTESANOS.

(Enrique y Cromwell aparecen en la
 puerta, á la espalda de Ana, y pasan rá-
 pidamente á ocultarse en la puerta del
 costado izquierdo.)

Crom.—Nadie nos ha visto entrar,

Entrad, señor, y veréis
 (Comprobada la verdad.)

Enr.—(Al pasar.)

¡Ana Bolena, temblad!

Crom.—Pronto la conoceréis.

Ana.—Venid, señores, hoy siento

Una tristeza mortal:

Sméton, tu dulce acento

Disipe este sentimiento

Con su influjo celestial.

Mi joven poeta, di:

¿Sabes alguna canción

Nueva?

Sméton.— Sí, señora, sí;

Una hermosa letra oí,

Que habla con el corazón:

Está llena de ternura

Es la voz de la verdad,

De una alma tímida y pura,
Que habla llena de amargura
A su adorada beldad.
Es de un pobre trovador
Lleno de melancolía,
Porque á su constante amor,
El rango harto superior
De su dama se oponía.

Ana.— ¿Ella no lo amaba?

Sméton.— No.

Ana.— ¿Sabía ella que era amada?

Sméton.— El su cólera temió;

Gimiendo siempre, calló
Su pasión desesperada.

Ana.— El se debió declarar.

Sméton.— Si era un pobre trovador,

Y ella ocupaba un lugar

Tan alto, ¿podía esperar?...

Ana.— Todo lo iguala el amor:

¿No es verdad, hermosa Juana,

Que amor no conoce ley?

Todo, su poder lo allana,

Y hasta la distancia es vana

Que hay desde el vasallo al rey.

Mas recitad la canción,

Que muy hermosa será

Si la dictó el corazón.

Sméton.— Señora, esa es mi opinión,

V. M. la oírás: (Se sienta, y recita la sí-

guiente.)

Es hermosa la diadema

Que brilla en tu frente pura:

Pero es más de tu hermosura

El bellissimo esplendor:

Yo quisiera, amada mía,

Más y más engalanarte,

Pero nada puede darte

Un humilde trovador.

Toma el arpa con que canto

Las hazañas de los reyes,

Y de amor las dulces leyes,

Y tu imperio seductor:

Yo no tengo más riqueza,

Yo no tengo plata ni oro;

He aquí el único tesoro

De un humilde trovador.

Un poder irresistible

Reina, hermosa, en tu mirada

Y en tu boca nacarada

La sonrisa del amor.

Brilla en tu cándida frente,

Del cielo puro la calma;

Tú eres la vida, tú el alma

De este humilde trovador.

Yo te amo sin esperanza,

Tú eres una gran señora,

Yo soy un triste que llora

Su desventurado amor.

Y á pesar de la distancia

A que nos puso la suerte,

Te ha de amar hasta la muerte

“Este humilde trovador.”

(Se levanta.)

Ana.— Hermosa letra, y sin duda

La habéis recitado bien.

Sméton.—Por vuestra bondad, señora.

Ana.—Algún premio merecéis;

(Le da un anillo, que él recibe de rodillas.)

Esta sortija tomad,

Sméton.

Sméton.— ¡Tanta merced!

¿Una sortija, señora,

De vuestra mano? ¡oh placer!

Enr.— (Sale y Cromwell.)

También yo quiero, buen paje,

Daros algún premio.

Todos.— ¡El rey!
(Se pone Ana en pie.)

Ana.— ¡Señor!...

Enr.— Me alegro, señora,

Que tan divertida estéis;

Mas permitidme premiar

Al paje. Conde de Essex,

Traed lo que os dije, Sméton,

(Váse Cromwell.)

Otra habilidad tenéis

De que no me habéis hablado:

Sois un buen pintor también.

¿No lo sabéis vos, señora?

Ana.—No, Enrique.

Enr.— (A Sméton.)

Dejadme ver

Ese retrato que al cuello

En la cadena tenéis.

Sméton.— (Turbado.)

Yo... señor...

Enr.—Sois muy modesto,

Dádmele: miradlo, es

(Se lo arrebató y enseña á la reina.)

El vuestro, señora.

Ana.— ¿El mío?

Enr.— (Con risa maligna.)

¿Conque vos no lo sabéis?

Ana.—(Arroja á Sméton una mirada severa y éste se echa á sus pies.)

No señor.

Sméton.— ¡Ah! perdonadme:

Vedme, reina, á vuestros pies.

Sin saberlo vos, señora,

Sin saberlo vos, osé

Retratar vuestras facciones.

(Aparece Cromwell con soldados.)

Enr.—¿Ya estás aquí, Cromwell? Bien;

Preded á la reina, á Sméton,

A todos cuantos estén

Comprendidos en la lista

Que arreglábamos ayer.

Ana.—¿Qué es esto, señor? oidme.

Enr.—La cámara oirá después

Vuestros descargos.

Ana.— (¡Gran Dios!

Aviso mi sueño fué.)

Enr.—Tú de todos me respondes,

¿Lo entiendes, conde de Essex?

Quita á Sméton ese anillo,

Toma el retrato: veréis

Si impunemente se ultraja

A Enrique VIII. Sabed

Que ha mucho tiempo examino
 Vuestra conducta, mujer.
 Norris, Bréretton, Rochford,
 Os aman, todo lo sé.
 Caerá en todos los culpables
 La cuchilla de la ley.
 A la Torre conducidlos.
 Juana hermosa, no tembléis,
 Que como la reina dice,
 "Amor no conoce ley."
 De la vasalla al monarca,
 Nada la distancia es. (Váse.)

ESCENA V.

Dichos, menos ENRIQUE.

Crom.—Reina, conmigo venid.
 Ana.—Ya se cumplieron, traidor,
 Tus esperanzas, ya trinitas,
 Plebeyo infame y feroz.
 ¡Sáciate en tu triunfo, impio!
 ¡Tú que no tienes valor
 De medir jamás la espada
 Con aquellos que ultrajó
 Tu lengua mordaz: por cierto
 Te ha llenado de esplendor
 Esta hazaña, miserable!
 Crom.—No he tenido parte yo,
 Y siento.
 Ana.— ¡Callate, infame!

Que la cólera de Dios
 Te castigue.

Crom.— ¿Vamos?

Ana.— Vamos.

Que no hay suplicio mayor
 Para mí, que tu presencia:
 Yo soy la culpable, yo,
 Que permití te elevaran
 Sobre tu vil condición.

Crom.—Gracias, señora.

Ana.— ¡Dios mío!

¡Qué sangre fría! ¡oh furor!

Tú eres el genio del mal.

Crom.—Pues así lo queréis vos,

Lo seré por complaceros.

Ana.— ¡Te burlas de mi dolor!

Crom.— (Señala á los soldados.)

Estos señores aguardan,

¿Vamos?

Ana.—(Tirándole con un guante en la
 (cara.)

¡Confúndate Dios!!!



ACTO TERCERO,

Gran salón en White-Hall, donde habita Enrique VIII; grandes muebles, y entre ellos una mesa á la derecha con la corona del monarca, y otra igual á la izquierda con recado de escribir, y un gran sillón.

ESCENA I

ENRIQUE VIII. CROMWELL.

(El primero escribiendo, y el segundo á la puerta del salón.)

Crom.—Escribe: acaso se ocupa
En teológicas cuestiones:
Es en verdad muy extraño
El carácter de este hombre;
Tal vez está refutando
Aquel inmenso librote
De los Siete Sacramentos
Que escribió él mismo; ¡oh pasiones,

Cómo jugáis con los reyes!
De católico, tornóse
En protestante: mañana,
Si lo exigen sus amores,
Defenderá el Alcorán.

Bien, así te quiere Cromwell.

Enr.—(Viéndolo.)

¡Oh, Cromwell! ¿ya estás aquí?
¿Están cumplidas mis órdenes?

Crom.—Si, señor, ya se hallan presos
Los cuatro gentiles-hombres
De la reina.

Enr.—Bien; ¿quién falta?

Crom.—Falta solamente el conde
De Rochford: no está en palacio;
Pero irá pronto á la Torre,
Porque los guardias le buscan.

Enr.—¿Qué dice el pueblo de Londres,
De la prisión de la reina?

Crom.—Todos, señor, reconocen
Vuestra justicia.

Enr.—(Mirándolo fijamente.)

¿Me adulas?

Crom.—(Bajando los ojos.)

No, señor.

Enr.—¿Cuidado, conde!
¿Y Lady Seymour, qué hace?

Crom.—Lady Seymour es tan joven,
Tan tímida, que sin duda
La habrá aterrado este golpe
De justicia. ¿Lo creeríais,
Señor? Ha llorado.

Enr.— Cromwell,

Haz que venga á mi presencia:
Preciso es que sus temores,
Con la dulzura se calmen.

Crom.—La inocente no conoce
Su bien: el trono la asusta

Enr.—Pronto probará sus goces.
Haz que citen á los pares
Que la cámara componen,
Para decidir la suerte
Hallarás en esta lista.

(Le da un papel.)

Crom.—Se hará como lo dispone
V. M. (Leyendo.) “El duque
De Norfolk preside.” Este hombre,
Aunque es tío de la reina,
Está irritado, y supone
Que el crimen es cierto. ¡Bien!
“Suffolk, Worcester, el conde
De Derby, Tomás Andley,”
Este es mi criatura, “Morley,
Chinton, Cobhan, Windsor, Sands,
Mordaut, Dacres el lord Pouiviz.”
¡Bien, muy bien! La mayoría
Es excelente. ¡Oh! ¿el nombre
De Northumberland también?
(Tanto mejor: este conde
Es amante despreciado,
Se vengará de ella.)

Enr.— Cromwell,

¿Qué te parecen los jueces?

Crom.—Pienso que todos conocen

Su deber: todos son rectos.
 Entr.—Que se circulen las ordenes
 En el instante; y no ovides
 Que vengan aquí Juana, conde. (Váse.)

ESCENA II

CROMWELL.

Vuela, navecilla mía
 Con viento en popa. ¡Qué júbilo!
 Ha llegado en fin el día
 Que tanto tiempo anheé.
 Mira ya, reina orgullosa,
 Cómo este plebeyo misero,
 Que tú hostaste desdeñosa,
 Hoy derriba tu poder.
 Bajo mi triunfante planta
 Te mirará el mundo atónito:
 Así el genio se levanta
 Ayudado del rencor.

Vamos, nueva soberana,
 Ocupad el trono espléndido;
 ¡Mas, cuidado, hermosa Juana!
 ¡Cuidado, que aquí estoy yo!
 ¡Cuánto he trabajado, cuánto!
 ¡Lady Seymour es tan tímida!
 Fué preciso al ver su llanto,
 Esforzarme á no reir.
 ¡Es tan niña todavía,
 Tan inocente, tan cándida!

Mas con la experiencia mía
 Será una gran reina, si.

ESCENA III

CROMWELL, ROCHFORD.

Roch.—A buscaros he venido
 Hasta palacio, milord.
 Crom.—También yo os busco, señor;
 Encontraros dicha ha sido,
 Y de no haberos hallado
 Ciertas gentes que mandé,
 Me admiro: acaso....

Roch.— No sé:
 Ya nos hemos encontrado;
 Mi nombre y el de mi hermana
 Habéis manchado, traidor;
 Yo soy un hombre de honor,
 Y ella vuestra soberana.
 Al rey quejarme no quiero,
 Porque caballero soy,
 Y á vengar mi nombre voy
 Sólo como caballero.
 En vuestra casa os busqué,
 De ella hace poco salí:
 Pensé que estabais aquí,
 Y por fin os encontré;
 Y supuesto que infamáis
 A quien vale más que vos,
 Pronto veremos por Dios,

Si con valor os mostráis,
 O si para vuestra mengua,
 Para vuestra confusión,
 Tenéis corto el corazón
 Y larga sólo la lengua;
 Porque un hombre para hablar
 Debe primero saber
 Si puede al fin sostener
 Lo que quiere aventurar;
 Ni vuestra clase elevada,
 Nada os podrá garantir,
 Porque también sabe herir
 En los ministros mi espada.
 Dadme una satisfacción.

Crom.—Hablarémos más despacio:
 Ved que ahora estáis en palacio,
 De aquí vais á la prisión;
 Pero si acaso, después
 Que os absuelvan, deseais...

Roch.—¡A una prisión! ¿os burláis?

Crom.—No, señor, la verdad es;
 Pero cuanó más un día
 Estaréis con vuestra hermana.

Roch.—¿Está presa también Ana?

Crom.—No hace una hora todavía:
 Viendo estoy que no sabéis
 Lo que en palacio ha pasado:
 Toda la escena ha cambiado,
 Señor conde, ya lo veis.
 Privada de libertad,
 A mi pesar, vuestra hermana,
 Y una nueva soberana,
 Según se dice...

Roch.— ¡Callad!

Crom.—Guardias.

Roch.— Sin duda el infierno,
 Hombre inicuo, te abortó,
 O á la tierra te mandó
 En su cólera el Eterno.

(Aparecen en la puerta los guardias.)

Crom.—Os perdono: con razón
 Habláis, señor conde, así.

Roch.—¡Huye, apártate de mí,
 Ministro de maldición!

Crom.—Como ministro, la ley
 Debo á mi pesar cumplir;
 Yo la quisiera eludir;

Pero así lo manda el rey.

Una ocasión vuestro labio

En público me ultrajó;

Mas no la recuerdo, no,

Yo sé olvidar un agravio.

Y que, en fin, en realidad

¿Qué venia á ser todo ello?

Nada: que yo era plebeyo.

Y bien, esa es la verdad.

Pero ved, señor, la suerte

Qué injusta fué con los dos:

Yo estoy junto al trono, y vos

Tal vez cercano á la muerte.

Pero si mi valimiento...

Roch.—¡Y lo puedo tolerar! (Quiere sa-
 car la espada: Cromwell hace una señá
 á los guardias, que lo sujetan.)

Vamos, llevadme á respirar

En un potro de tormento,
 ¡Si, del abismo el horror!
 Prefiro al verte, malvado!
 Crom.—Seréis, señor, bien tratado,
 Porque sois "hombre de honor."
 Roch.—Sólo así puedes tener
 Tanta audacia; si estuviera
 Libre yo, temblar te viera
 Como cobarde mujer.
 Haz que me maten, traidor:
 Pues si me librara un día,
 Tu sangre no bastaría
 Para saciar mi furor.
 Ni quedar impune creas,
 Aunque muera yo, malvado,
 Que el cielo por fin cansado...
 Crom.—Llevadle.
 Roch.— ¡Maldito seas! (Vase)

ESCENA IV

CROMWELL

Señor conde, este es mi día;
 Yo el vuestro sufrí con calma;
 Fortuna es tener una alma...
 Una alma... como la mía.
 Es preciso activo ser;
 Hay mil cosas que arreglar:
 Una reina que quitar,
 Otra reina que poner.

¡Pueblo, pueblo, qué lecciones!
 El rey juega con las leyes,
 Los ministros con los reyes...
 ¿Y lo sufren las naciones? (Vase.)

ESCENA V

ISABEL PRESTON Y UN PAJE

Isab.—Decid á S. M.
 Que de parte de la reina
 Vengo á verle.
 Paje.— ¿Vuestro nombre?
 Isab.—Isabel Préstón. ¡Oh! quiera,
 (Vase el paje.)

Quiera el cielo bondadoso
 Que la triste Ana Bolena
 Recobre el favor de Enrique!
 ¡Quién de tan duro se precia,
 Que al ver á esta hermosa joven
 Tan inocente y tan bella
 En aquella obscura torre,
 Llanto de piedad no vierta?
 Tal vez esta triste carta,
 Esta carta cuyas letras
 Están regadas con llanto,
 La gracia del rey le vuelva.
 Gran Dios, extiende tu mano:
 Dale á mis palabras fuerza.

ESCENA VI

EN DOCE VIII, ISABEL PRESTON.

Enr.—Lady Préston, bien venida.

Isab.—Ojalá que en hora buena
Llegase, señor.Enr.— Decid,
¿Qué os conduce á mi presencia?Isab.—Permitid que de rodillas
Os haga, señor, entrega
De esta carta.

Enr.— Levantad.

Isab.—No, gran rey: también mi lengua
Por la verdad, animada,
La verdad, no la elocuencia,
Quiere, si acaso es posible,
Dar á esa carta más fuerza.

Enr.—Levantad, os lo suplico.

Isab.—V. M. lo ordena.

Enr.—¿Qué carta es ésta?

Isab.— ¿Es posible

Que desconozcáis la letra,
La letra que en otros días
Hizo palpar con fuerza
Vuestro corazón amante?
Abrid la carta, y en ella
Veréis el idioma santo
Con que la verdad se expresa.
Es de vuestra fiel esposa,
De la triste Ana Bolena.

Enr.—¡ Fiel!

Isab.— (Hincándose.)

Si, señor, yo lo juro
Por ese Dios cuya diestra
Al calumniador castiga;
Lo juro por mi existencia,
Por cuanto hay de más sagrado
En el cielo y en la tierra.

Enr.—Levantaos.

Isab.—(Levantándose.)

Yo he vivido
Ha mucho tiempo con ella:
Sus costumbres, sus palabras,
Sus acciones más secretas
He presenciado, y repito
Que es imposible hallar pruebas
Del crimen que se le imputa:
Que la atroz maledicencia,
Y la envidia y la venganza
Por todas partes la cercan.
Y, sin embargo, á excepción
De una que otra ligereza
Excusable, que ni crimen
Ni aun falta llamarse pueda,
No hallarán en su conducta
Sino verdad y pureza.
Por desgracia en todas partes
Se alza el odio contra ella,
Porque en su nombre, señor,
Se han cometido violencias.
Cuando el huracán combate
A esta flor cándida y bella,

Que ninguna voz se alza
Para tomar su defensa;
Cuando entre prisiones gime
Sin un amigo siquiera,

¿No le tenderéis la mano?
¿En su favor no resuena
Alguna voz en el fondo,
Señor, de vuestra conciencia?

Enr.—Basta, Lady Preston, basta;
Nada ya que hacer me resta:

La cámara va á reunirse;
Ella dicte la sentencia.

Isab.—Pero, señor...

Enr.— Basta, digo,

Y á la triste Ana Bolena,
Esto mismo que os he dicho
Repetidle por respuesta.

Guárdeos Dios.

Isab.— ¡Desventurada!

Ningún recurso le resta:
Sólo Dios le hará justicia.

¡Temblad, reyes de la tierra! (Váse.)

ESCENA VII

ENRIQUE VIII.

¿Qué clase de sentimiento

Turba mi serenidad?

¿Es el amor? ¿la piedad?

¡Acaso el remordimiento!

¿Puedes juzgar con razón

Que Ana Bolena es perjura,

Enrique? ¿Quién lo asegura?

Registra tu corazón.

No; tu capricho es la ley,

Hablan sólo tus pasiones,

¡Y hay un Dios que las acciones

Juzgará por fin del rey!

Quisiera salvarte, Ana;

Pero es á mi superior

Este frenético amor...

ESCENA VIII

ENRIQUE VIII, JUANA SEYMOUR,
CROMWELL.

Crom.—Aquí está la hermosa Juana.

Enr.— Llegad, bella Juana,

Dejad el temor:

Teméis mi presencia?...

Juana.— ¡Oh! temerla, no;

Pero....

Enr.— ¿Tiemblas, Juana?

Qué amable candor;

Más hermosa eres

Que el brillante sol:

Siéntate y escucha

Tranquila mi voz.

Juana.— ¿En vuestra presencia?

Enr.— Si, lo mando yo.

Crom.—El rey os lo manda,
Y es vuestro señor.

Juana.—Obedezco.

Enr.— ¡Oh, Juana!

De mi corazón
Los ocultos senos
A mostrarte voy.

Joven, yo te amo;

Pero esta pasión

No es de afecto débil;

Centella veloz;

Es un incurable

Frenético ardor:

Te amo, como aman

Las flores al sol,

A la madre el hijo. . . .

¿Mas qué digo? No,

Para lo que siento

No hay comparación.

¡Te amo, como ama

El ángel á Dios!

¿Ves de esa corona

El regio fulgor?

¿Ves ese respeto

Que una gran nación

Me tributa? ¡Oh, Juana!

Por el esplendor

De tus ojos bellos

Los trocara yo!

Sí, por un cayado

De humilde pastor

Dejara mi cetro,

Si tu corazón

En cambio me daba

Dulcísimo amor!

Respóndeme, Juana,

Responde á mi voz.

Juana.— Señor, no merezco.

Enr.— No digas, señor,

Que tú eres mi reina,

Yo tu esclavo soy.

Ha llegado el día

Que el cielo marcó

Para que ocuparas

Un puesto mejor.

De simple vasalla.

No es tu condición:

Sube al trono augusto

Que te brindó yo.

Juana.— (Levantándose.)

¡Un trono! ¡Qué escucho!

¡Un trono! ¡Gran Dios!

Siento arder mi frente.

Jamás la ambición,

Jamás, pobre Juana,

En tu pecho entró:

Y ahora. . . de improviso. . .

Tal declaración. . .

Me parece sueño;

No sé dónde estoy.

Crom.— (A la simplecilla

Le falta valor;

Preciso es que acuda

En su auxilio yo.)

Señor, la sorpresa
Embarga su voz;
Mas tantas bondades
Pagará su amor.

Enr.— ¡Oh! mirala, Cromwell:
Con su agitación,
Sus vagas miradas,
Su hermoso color,
Parece á mis ojos
Celeste visión.

Fantástica forma
Que un mago invocó:
¡Oh, sueño brillante
De dicha y amor!

¿Juana, di, me amas?
Juana.— Pero... sí... ¡Gran Dios!
¡No sé lo que digo!

Crom.— ¿Lo escucháis, señor?
Os ama.

Enr.— Bien, basta:
En otra ocasión
Hablarán sus labios
Sin tanto rubor.

ESCENA IX

Dichos: UN PAJE.

Paje.— (Anunciando.)
El conde de Northumberland.

Enr.— Que pase. (Váse el paje.)
Y tú, joven hermosa, te retira:

Nos veremos después; pero entretanto
Recibe de mi mano esta sortija.
(Se la pone.)

Juana.— Gracias, señor.

Enr.— ¡Oh Cromwell! más que
(nunca
Siento arder en amor el alma mía.

ESCENA X

ENRIQUE VIII, ENRIQUE PERCY.

(que entra al salir Juana y Cromwell.)

Enr.— Llegad, mi querido conde:
Tengo gran placer de veros,
Sabéis que os aprecio.

Percy.— Yo
Tanta bondad agradezco;
Mas hoy, señor, á quejarme,
Y sólo á quejarme vengo.

Enr.— ¿De quién, conde?

Percy.— De vos mismo.

Enr.— ¿De mí mismo? no os entiendo.

Percy.— Bien sabéis, señor, que antes

De subir al trono excelso

Vuestra infelice consorte

(Que gime hoy en un encierro)

Fué mi esposa prometida.

Enr.— Bien lo sé, conde, y sobre esto

Quiero, como os dije ya,

Ciertas preguntas haceros.

Proseguid.

Percy.— Yo amé á esa joven:

La amé con tan grande afecto,

Que es difícil describirlo,

Más difícil comprenderlo;

Pues decir que la adoraba,

Que ella fué el primer objeto

Que encendió en el alma mía

De amor el sagrado fuego,

Que mi luz eran sus ojos,

Su sonrisa mi recreo,

Mi cielo su frente pura,

Y mi música su acento,

Son débiles expresiones

De lo que sintió mi pecho;

Que hay cosas que no se explican

En el humano dialecto.

Sólo en Ana estaba fijo

Sin cesar mi pensamiento,

Como en la estrella del Norte

Los ojos del marinero:

De día era mi esperanza,

Mi ocupación, mi embeleso,

Y de noche embellecía

Mis dulcísimos ensueños.

Enr.— ¡Mucho la amabais!

Percy.— ¡Oh! tanto,

Que no basto á encarecerlo.

Mi alma entonces se gozaba

En un porvenir risueño,

Que se disipó cual humo

Á los impulsos del viento:

Vos, señor, arrebatasteis

Todos mis goces á un tiempo;

Todo, pues, en esa joven

Se cifraba mi universo.

Se ofuscó la desdichada

Con el esplendor del cetro,

Y por ocupar el solio,

Olvidó mi amor sincero:

Este amor era tan puro,

Tan fino, tan verdadero,

Que si perderle sentía,

Me consolaba á lo menos

La idea de que era un trono

De sus virtudes el premio.

Su dicha, señor, su dicha

Era mi mayor anhelo,

Aunque yo sufriera en cambio

Una vida de tormentos.

Subió Ana Bolena al trono

Entre públicos festejos;

Yo, triste y desesperado,

Partí para mi destierro.

¿Qué me importaba la corte,

Músicas, bailes y juegos,

Si el alma del alma mía

Me arrebataron los cielos?

Así he vivido, señor,

Rogando siempre al Eterno

Que sobre Ana derramase

La dulce paz y el contento.

¿Y pensáis que el que la ha amado

¡Oh gran rey! con tal extremo,

Pueda tornarse en verdugo?

(Saca un papel.)

Al ver este nombramiento
Que de recibir acabo
Para ser juez. . . ; vive el cielo,
Señor, que toda mi sangre
Senti en mis venas ardiendo!
; Pensáis. . . ? Pero no sois vos,
Es el ministro perverso
Que ha dirigido esta trama;
El solo quien ha supuesto
Que Enrique Percy podría
Abrigar un sentimiento
Innoble, y que se prestase
A sus infames deseos.

Enr.— ; Conde!

Percy.— Si, señor; suponen
Que aquel pasado desprecio
De mi amor, á la venganza
Conduzca mi airado pecho.
Por Dios que no me conoce
Quien tal infamia ha supuesto.
Regístrense los anales
De mi familia, y en ellos
Se verán, señor, virtudes,
Heroicidad, altos hechos,
Y en muchas generaciones
No se encontrará un ejemplo
De bajeza, ni una mancha
Que empañe su brillo terso.
De Northumberland los condes,
Nobles siempre y grandes fueron;
Y yo que heredé su nombre,
También sus glorias heredo.

Aquí está, señor, mi espada
Pronta para defenderos;
Si es necesaria mi sangre,
También, señor, os la ofrezco;
Pero mostradme enemigos
Dignos de mi noble esfuerso,
Empresas grandes mandadme,
Que esta mano y este acero
Ni subscriben una infamia,
Ni hieren al indefenso.
Nombrad para juez á otro;
Pares hay en vuestro reino,
Que con pureza y justicia
Desempeñen este empleo,
Sin tener para rehusarlo
Los motivos que yo tengo.
Pero querer que el amante
Se convierta en juez severo,
Y que en su alma resuciten
Antiguos resentimientos,
Es pretender que mi nombre
Se cubra de oprobio eterno.
Dispensadme.

Enr.— Os he nombrado

Porque sois, conde, muy recto
Y el triunfo de la justicia
Es lo único que deseo.
Pero dejando esto á lado,
Decid, conde, ¿en aquel tiempo
Que amasteis á esa infelice,
Hubo acaso de por medio
Esponsales?

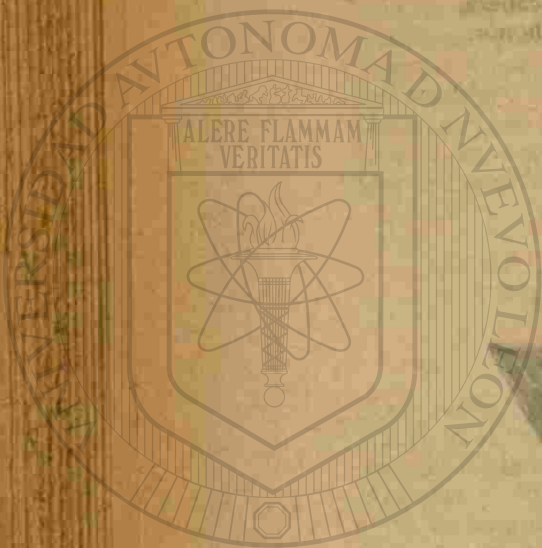
Percy. No, señor;
 Fué un solo sencillo afecto;
 Ni otro lazo nos unía,
 Que un amor puro y sincero.
 Entr. Aceptad, pues, os repito,
 Aceptad el nombramiento,
 Sed superior á las voces
 Del amor; así lo espero...
 Este es un servicio, conde,
 Que le haréis á todo el reino.
 (Váse.)

ESCENA XI

PERCY.

¡Qué calma! ¡Qué sangre fría!
 ¡Y pudo el rey un momento
 Imaginar que su intento
 Apoyase la voz mía?
 El nombramiento de juez
 Acepto, ¡oh desventurada!
 La verdad será escuchada,
 Y te salvaré tal vez.
 Si: será tu defensor
 El mismo á quien despreciaste:
 Hoy que del trono bajaste,
 Hoy te sostendrá mi amor.
 ¡Ah! si te puedo salvar,
 Si hago respetar la ley,
 Aprenda de mi ese rey

Cómo se debe portar.
 No me importa su furor;
 Adule otro con bajeza;
 Yo perderé mi cabeza,
 Pero salvaré mi honor.



ACTO CUARTO.

LA SENTENCIA.

Gran sala en la Torre, llamada "Sala del rey." En derredor una especie de estrado elevado, y circundado de una balaustrada: dentro de él asientos para los pares: en el centro, una especie de dosel con las armas de Inglaterra.

ESCENA I

GROMWELL.

Cromwell, unas horas más.
Y tu obra será completa:
Ya de los gentileshombres
Se pronunció la sentencia.
¡Muerte! ¡Gran Dios! Esta sangre

Una vez sobre mi cabeza
 Caerá! Tiemblo, á pesar mio.
 A mi pesar se apodera
 Cierta inquietud de mi alma....
 Pero no; vanas quimeras.
 La fortuna se declara
 Por mí: cada instante aumenta
 Mi valimiento en la corte.
 Pronto esa orgullosa reina,
 Aquí mismo en esta sala
 Escuchará su sentencia.
 La cámara va á reunirse;
 Esa soberana nueva
 Me deberá su fortuna:
 Cuando en el trono se vea,
 No puede olvidarse... ¡ah! si,
 Si, no será la primera
 Que los servicios pasados
 Desconozca en la opulencia.
 ¡La suerte de un favorito
 Suele ser tan pasajera!
 Volseo también gozaba
 Una privanza completa:
 También como á mi del polvo
 El rey lo elevó á otra esfera,
 Y cayó al fin. Ese Enrique
 Tan inconstante se muestra
 En mujeres y en ministros,
 Que vivir temiendo es fuerza.
 ¡Animo, Cromwell! De otros
 Te servirá la experiencia,
 Y de la fortuna instable
 Tal vez fijará la rueda.

ESCENA II.

CROMWELL, PERCY.

Percy.—Os buscaba.
 Crom.— ¿Vos, señor?
 ¿En qué puedo yo serviros?
 Percy.—Cosas tengo que deciros
 De alta importancia, milord.
 Crom.—(Tiene un aire de grandeza,
 Una superioridad.....)
 Percy.—Hablaré con claridad,
 Ya conocéis mi franqueza;
 La misma espero de vos:
 Solos estamos aquí.
 ¿Me conocéis, conde?
 Crom.— Si.
 Percy.—Nos conocemos los dos.
 Ocupáis hoy un lugar,
 Sin duda muy elevado;
 Mas no al ministro de estado,
 Sino á Cromwell quiero hablar;
 ¿A Cromwell! ya me entendéis.
 No sois un necio, milord,
 Y al través del esplendor
 Que os circunda os conocéis.
 Esa efímera grandeza
 En que os halláis, es prestada;
 Vos salisteis de la nada....
 Crom.—¡Yo!

Percy.—Perdonad mi franqueza.
 La posición en que os veis
 Acaso no es duradera,
 Y de la misma manera
 Que subisteis, bajareis;
 Porque de un rey el favor
 Es sombra que pronto huye,
 Débil flor que se destruye
 Al viento o menor.
 Hombres de antigua nobleza
 El favor han obtenido,
 Y, sin embargo, han perdido
 El favor y la cabeza.
 Así, Cromwell, no podéis
 Sobre esta verdad cegaros,
 Y otros bienes procuraros
 Para este caso debeis.
 Porque hablando con verdad,
 Esas palabras, milord,
 De patriotismo y honor,
 Nada son en realidad
 Para vos, y apreciareis
 En más un rico diamante,
 Que esa placa deslumbrante
 Que sobre el pecho teneis.

Crom.—¿Me insultáis?

Percy.—No, conde, no:
 No tenemos un testigo.
 Os hablo como un amigo;
 Ni soy indiscreto yo:
 Hablad con franqueza, pues,
 Para que nos entendamos:
 Todos, Cromwell, procurámos

Nuestro privado interés.
 En público no hablaremos
 De esta manera jamás,
 Pero es comedia no más
 Lo que ante el público hacemos.
 Grande riqueza teneis;
 Pero muy mal adquirida,
 Y en caso de una caída,
 Vuestros bienes perderéis.
 Vos debeis, Cromwell, busca:
 Para este caso un amigo.

Crom.—Sí.

Percy.—Podéis contar conmigo,

Si me quereis ayudar.
 No perdáis esta ocasión:
 Además de mi amistad,
 De mis bienes la mitad
 (Saca un papel.)
 Ved en esta donación.
 Vuestra será si quereis.

Crom.—¿Con qué condición, señor,
 Debo obtener tal favor?
 Espero que os expliqueis.

Percy.—Cromwell, tomad el partido
 De la reina.

Crom.—¿No, jamás!

Percy.—Os daré mil veces más
 De lo que os tengo ofrecido.
 Ya conocéis mi opulencia,
 Vuestra será desde hoy;
 Todos mis bienes os doy
 Si defendéis la inocencia.
 Cromwell, Cromwell, bien sabéis

Que no es Ana criminal;
Decidlo en el tribunal,
Y grande y rico seréis.
Pero decidlo; por Dios,
Salvad á esa desgraciada.

Crom.—No os puedo prometer nada,
Señor, lo siento por vos;
Y pues buscáis la franqueza,
Os descubro el alma mía:
Por perder á Ana, daría
Mis bienes y mi cabeza.

Percy.—¡Qué escucho!

Crom.— No hay esperanza,
Señor.

Percy.— Me ciega la ira:
¡Bárbaro! ¿quién os inspira
Tanto rencor?

Crom.— ¡La venganza!

Esa reina y sus parientes
Mi destrucción meditaban.
En público me ultrajaban
Con sus lenguas maldicientes:

Toda la corte reía
Al ver mi ridiculez;
Pues bien, ya legó mi vez;
Yo aprovecharé mi día.

Era una lucha, señor:
Si yo la hubiese perdido,
Tal vez no se hubiera oído
Una voz en mi favor.

Como un perro hubiera muerto,
De todos menospreciado;
Pero, señor, he triunfado,

Me aprovecharé por cierto.

Percy.—Reflexionadlo: yo espero
Que mudareis de opinión.

Crom.—No: mi eterna salvación
Porque cambie, no la quiero.

Percy.—¡Hombre bárbaro y críel,
Hombre de sangre y horror!

¡Tú provocas mi furor!

¡Guárdate, infeliz, de él!

Tu soberbia aniquilada,

Tu odioso nombre en olvido,

Y tú á polvo reducido

Quedarás si alzo mi espada.

Y pues prefieres así

Mi furor á mi amistad,

¡Tiembra! Ya la eternidad

Se está abriendo para ti.

La sangre que se derrama

Por tu culpa, se alzaré,

Y tus huesos quemará

Como abrasadora llama:

La cólera del Eterno

Caerá sobre ti, malvado,

Y allá en su seno abrasado

Te recibirá el infierno.

Crom.—No extraño vuestro furor:

Si en mi poder estuviera...

Percy.—Y no te veré siquiera,

Triste objeto de mi amor?

Crom.—(Esa rica donación,

¡Cómo dejarla escapar!)

Percy.—(Ana, por ti á suplicar

Me abato en esta ocasión.)

Cromwell, debéis dispensar
 Mi funesto frenesí,
 Tened compasión de mí,
 ¿No sabéis lo que es amar?
 Os suplico por el cielo,
 Ya que tanto os obstináis,
 Que al menos me concedáis
 Dar á esa infeliz consuelo.
 Para entrar á su prisión
 Dadme una orden, os lo pido
 Con llanto y agradecido
 Os cedo esta donación. (Se la da.)
 Tomadla: no me la c'eis,
 Cromwell, no me la volvais.
 La orden, la orden, ¿me la dais?

Crom.—No soy mármol, la obtendréis.

Percy.—¡Gracias, gracias! Ana mía,

Mía la desgracia te ha hecho:

Yo te estrecharé á este pecho,

Que tú rompiste algún día.

Yo suspiraré contigo,

Yo recibiré tu llanto,

Consolarán tu quebranto
 Las lágrimas de un amigo.

Crom.—Los pares van á llegar;
 Moderad vuestro dolor.

Percy.—Triste objeto de mi amor,

¿Y no te podré salvar?

¡Tormento, tormento atroz!

¡Mundo injusto, mundo impío!

La hora va á llegar, ¿Dios mío!

Da'e elocuencia á mi voz.

ESCENA III

Diets. EL DUQUE DE NORFOLK.

(Algunos pares que van llegando progresivamente, durante esta escena.)

Nor.—Guárdeos Dios: señor conde,

Mucho me complace en veros.

Hace tiempo que en la corte

No habitáis, Enrique.

Percy.— Es cierto.

Me disgusta tanto el mundo,

Que he preferido el destierro.

Nor.—¡Tan joven!

Percy.— Duque de Norfolk,

Desde los años primeros

De mi existencia, he probado

El cáliz del sufrimiento.

Dulcísimas ilusiones

Me halagaron en un tiempo:

Pero pasaron, pasaron

Tan rápidas como el viento.

Un destino inexorable

Vino con mano de hierro

A romper mis esperanzas,

A despertarme del sueño.

Mis ojos vieron entonces,

En su aspecto verdadero

Del mundo las ilusiones,

Y su falsedad huyendo

En mis tierras he vivido,
Donde no miro á lo menos,
La perfidia y las maldades
De que la corte es el centro.

Nor.—Joven, de vuestra familia,
Sois el único heredero:

La gloria debe animaros.

Percy.—¿La gloria, señor? ¡Es cierto!

Yo probaré que soy digno
Del nombre de mis abuelos.

El valor y la justicia

Siempre de mi casa fueron

Las principales virtudes:

Yo las tendré, lo prometo:

Animado de la gloria

Haré escuchar mis acentos

En favor del desgraciado.

Me vereis, duque, muy presto

Desafiar los furorés

De un rey irritado y ciego.

Nor.—¿Qué decis?

Percy.— Que no es culpable

Ana Bolena. Yo espero

Que vos también, señor duque,

Unireis vuestros esfuerzos

A los míos, y salvarla

Acaso conseguiremos.

Nor.—¿Salvarla, milord? ¡Salvarla!

¿Estais en vos? ¡Vive el cielo,

Que no será! Por lo mismo

Que es mi parienta, deseo

Que lave su sangre impura

La deshonra que ha cubierto

El nombre de mi familia.

Sepa, conde, el mundo entero,

Que inflexible en la justicia,

Fuí superior al afecto.

Percy.—El crimen no está probado,
Señor.

Nor.— Uno de los reos
Ha confesado.

Percy.— ¡Qué escucho!

Nor.—No lo dudeis, conde: Sméton

Lo ha dicho todo.

Percy.— ¡Imposible!

Nor.—¡Yo, señor conde, no miento!

Mi cabeza ha emblanquecido

En la virtud; más respeto

Se me debe.

Percy.— Yo no digo

Que mintais; pero sostengo

Que estais engañado, duque.

Ésa confesión de Sméton

Será del infame Cromwell

Algún artificio nuevo.

La promesa de salvarle

La vida, tal vez lo ha hecho

Decir cosas que no existen.

Nor.—Bien: ha llegado el momento

De decidirlo: ya el número

De pares está completo.

Ana Bolena bien pronto

Aparecerá: la oiremos.

Percy.—Tú que eres verdad y vida,

Salva á la virtud, Dios bueno!

Nor.—¡Hola! pónganse las guardias.

Nuestras sillas ocupemos.

Crom.—(A un par).

No olvideis, milord, lo dicho.

(A otro).

Contad con aquél empleo.

(A otro).

El rey es muy generoso.

Y está de vos muy contento.

(Ocupan todos sus asientos sobre el balaustrado; se abre la puerta grande del salón; se colocan centinelas en ella, así como en los extremos de la sala.)

Nor.—Abrase la sesión. Ilustres pares, ya el motivo sabéis que os ha reunido;

Ana Bolena, reina de Inglaterra,

Se encuentra hoy acusada del delito

Espantoso y terrible de adulterio:

El lustre del Estado, el puro brillo

De la corona, la moral sagrada,

El nombre de Inglaterra, el honor mismo

De vosotros, Millores, se interesa

En que probado el crimen, sin castigo

No quede, con escándalo del mundo.

Cada uno de vosotros habrá visto

La causa, con la calma y la prudencia

Que exige el caso: oigamos al ministro;

Después á la acusada; y vuestros votos

Recibiré por fin. Ilustres hijos

De Inglaterra! que el cielo os aconseje!

Obrad sin prevención. Hable el ministro.

Crom.—Doloroso es, Millores, en tal causa

Ser el acusador: el labio mio

No sé si articular podrá las voces

Que por orden del rey debo deciros.

Esa reina es tan bella, tan graciosa,

Tiene en torno de sí tal atractivo,

Que parece imposible que su alma

Haya sido capaz de tal delito.

Así el rey lo juzgaba: mucho tiempo

Hace que con prudencia y con sigilo

Sigue los pasos de su infiel esposa.

La noble alma de Enrique no ha querido

Obrar con ligereza; él adoraba

A esa infeliz mujer: yo era testigo

Del amor que el monarca le tenía.

Un esposo jamás hubo tan fino

Como Enrique lo fué. Pruebas muy gran-

(des,

Pruebas irrefragables del delito

Han sido necesarias á irritarlo.

Enrique, largo tiempo los oídos

Cerró á la acusación; pero en la corte

Con escándalo grande, en mil corrillos

Se murmuraba ya de su clemencia.

Indagar el origen fué preciso,

De estas hablillas, y encontró las pruebas.

En la causa, millores, habreis visto

Varias declaraciones, que contestes

Prueban los vehementísimos indicios

Del crimen de la reina, y finalmente,

Mirad este retrato y este anillo

Por el rey mismo á Sméton arrancados.

Ellos prueban, millores, el cariño

Que á su paje tenía Ana Bolena.

El mismo Sméton francamente ha dicho

Por su propia conciencia estimulado,

Que de la reina fué correspondido.

Percy.—¿Y esa declaración dónde se en-
(cuenta?

Crom.—La retractó al momento, seducido
Por agentes tal vez de Ana Bolena.
Mi narración, millores, he concluído:
Decidid este asunto: el rey espera
De vuestra rectitud un fallo digno.

Percy.—Nobles pares, oid: la verdad santa,
La verdad sola dicta mis acentos.

Ana Bolena tiene acusadores,
Pero no un defensor de sus derechos.
Examinad con rectitud la causa,
Examinadla, jueces; que ni el miedo,
Ni la lisonja vil, en vuestras almas
Influyan en tan crítico momento.

Aquel que tenga una alma tan mezquina,
Que la verdad sagrada conociendo
Tema irritar al rey, y la justicia
Tuerza tal vez por tan innoble miedo,
Deje la vestidura respetable,
Y desocupe el elevado asiento,

Que yo no temo al rey ni á sus ministros:
Sólo la infamia y la vergüenza temo.

¿Cuales las pruebas son de este delito
Que en la reina suponen? Yo no veo
Sino sospechas, y sospechas vagas,

Calumnia y nada más: he aquí el proceso.
¿Qué dicen los testigos? que la han visto

Reir con Wáston, elogiar á Sméton,
Que al caer en Greenwich el bravo Norris,

Échó sobre él la reina su pañuelo;
Que han visto algunas veces á su herma-

(no

Junto á la cabecera de su lecho.
¡Grandes pruebas, por Dios! ¿Y ese
(retrato

Que el rey halló de Sméton en el cuello,
Y esa sortija de que tanto alarde

Ha hecho el ministro, son los documentos
Que prueban el delito? ¿Desde cuándo

Es vedado á una reina dar en premio
Una sortija suya, estimulando

De algún poeta ó músico el talento?
Si esta acción un motivo menos noble

Tenido hubiese, hiciérala en secreto,
No ante toda su corte, que el delito

La soledad procura y el silencio.
¿Y ese retrato?... Fuerza es confesarlo:

El rey tiene un bajísimo concepto
De los nobles Ingleses que me escuchan,

Si alegar quiere como prueba este hecho.
Si sin su aprobación se le retrata,

O con ella también, ¿qué prueba esto?
Dése una nueva ley, y en adelante

Lleve siempre la reina con un velo
Cubiertas sus facciones. ¡Ah, millores!

¿Y estas las pruebas son? ¡viven los cie-
(los!

Que si por esta acusación se juzga
Sin agregar mejores fundamentos,


La sangre de esa víctima infelice
Caerá sobre vosotros, y el Eterno

Terrible cuenta os tomará algún día.
Jueces, temed su tribunal tremendo;

Temed el deshonor de vuestro nombre;
Temed la execración del universo.

Nor.—Que se presente al punto la acusada,
Y lo que tenga que decir oïremos
Para fallar mejor: vos entretanto
Las suertes repartid.

Percy.— ¡Piadoso cielo,
Que horrible situación! Dignate dame
Para mirarla sin morir, esfuerzo.



ESCENA IV

Dichos, ANA BOLENA.

(Que aparece seguida de sus damas, entre
las que están Lady Seymour é Isabel
Préston: Ana vestida de negro y cubier-
ta con un velo negro.)

Nor.—Llegad, señora: ya el crimen
De que os acusan sabeis.

Ana.—Sí, señor.

Nor.— Los nobles pares

Que ha comisionado el rey
Para juzgaros, os oyen:
Si defenderos quereis,
Hablad; pero hablad, señora,
Con candor y buena fe;
De este modo el soberano
Os perdonará tal vez.

Ana.—¿Perdonar? ¿De qué delito?

Si por crimen entendéis,
Milores, leves indicios
Contra el texto de la ley
Y sospechas infundadas

Que á pesar del interés
Que en perder se haya tenido
A esta infelice mujer,
Nada prueban: si es acaso
Un crimen alegre ser:

Si reir es un delito,
Si amar á su hermano lo es,
Yo soy criminal sin duda,
Y no me avergonzaré
De confesar estas faltas,
Si por faltas las teneis,

¿Pero esto prueba, milores,
Que esta desgraciada fué
Reo del crimen espantoso
De adulterio? ¡Eterno Sér!

Esta acusación horrible
Es sin duda más críel
Que el suplicio. Nobles pares,
En vuestra mano teneis
Mi suerte: como os agrade
De mi vida disponed.

Pero por el cielo os juro,
Por aquel Supremo Juez,
Ante quien todos nosotros
Debemos comparecer:

Por mi vida y por mi alma,
Os juro que no manché
Mi honor; que nunca un esposo
Tuvo una esposa más fiel.
Esta es la verdad, milores.

Nor.—¿Ese anillo conoceis?

Ana.—Era mio: la habilidad
De Sméton con él premié
Públicamente.

Nor.— Sin duda
Reconoceréis también
Ese retrato.

Ana.— Es el mío.

¿Acaso es delito ser,
Sin saberlo, retratada?
Ni aun sabiéndolo lo es.

Nor.— Sméton ha confesado
Que correspondido fué
Por vos, señora.

Ana.— Mintió,

Y se retractó después.

Norris, Bréreton y Wáston,
Han sabido sostener

La verdad, y aunque el perdón
Se les ofrece tal vez

Por premio de la calumnia,

Quiéren antes perecer

Que subscribir á la infamia.

Milores, hay otro Juez,

Que es superior á vosotros:

Si vuestro fallo cruel

Mancha mi nombre, algún día

Conmigo aparecereis

Ante su eterna justicia.

Jueces, apelo ante él:

Resentimientos injustos

Del señor conde de Essex,

Que ha jurado mi reina;

Nuevos amores del rey,

He aquí mi crimen, ¡oh paces!

Condenadme si quereis:

Me resigno, y os perdono.

Dios os juzgue.

Nor.— ¿No teneis
Más que decir?

Ana.— Si, milores,
Que también perdono al rey.

Nor.— Salid, señora.

Ana.— Gran Dios,

Que el fondo del alma ves,

Tú mi inocencia conoces;

Dignate, ¡oh Dios! sostener

A esta desdichada. ¡Oh Cromwell!

Yo te perdono también.

ESCENA V.

Dichos, menos ANA BOLENA Y SUS DAMAS

Nor.— Sentenciad, ¡oh nob'es pares!

(Toca la campanilla, y aparece un paje.)

Los votos ya recoged.

(Recoge en una urna los votos y los entrega á Norfolk)

Percy.— ¡Dios mio! ¡Qué agitación!

¡Ana, cuál será tu suerte!

Nor.— (Vaciando la urna, en que aparecen
muchas bolas negras con algunas blancas).

He aquí la sentencia.

Percy.— ¡¡ Muerte!!

(Cae en una silla.)

Nor.— Se levanta la sesión.

(Se levantan todos.)

Percy.— Saciad, bárbaros, saciad

Vuestra furia: hollad la ley,

Doblad la rodilla al rey,
Sus pasiones adulad.

Nor.—Reportaos, conde.

Percy.—

No:

Acusadme si quereis,
Mi sangre derramareis;
¡Y bien! eso quiero yo.
La grande obra terminad,
Interpretes de la ley;
Llevad mi cabeza al rey,
Con ella el favor comprad.

Nor.—Basta ya.

Crom.—

De su aflicción.

Compadeceos: venid.

Nor.—Si, vamos.

Percy.—

Cromwell, cid.

Cromwell, Cromwell, ¡¡ maldición!!



ACTO QUINTO.

LA TORRE Y EL CADALSO.

PRIMER CUADRO.

Prisión de Ana Bolena en la Torre de Londres: una mesa con un Crucifijo: algunos papeles sobre ella: puerta al fondo, que se supone la entrada exterior: puerta á la izquierda, que se supone el dormitorio de Ana Bolena.

ESCENA I.

ANA BOLENA (apoyada en la mesa.)

¡No dormir, no descansar!
¡Tener fijo el pensamiento
En este horrible momento
Que no se puede olvidar!

Calderón.—s

Doblad la rodilla al rey,
Sus pasiones adulad.

Nor.—Reportaos, conde.

Percy.—

No:

Acusadme si quereis,
Mi sangre derramareis;
¡Y bien! eso quiero yo.
La grande obra terminad,
Interpretes de la ley;
Llevad mi cabeza al rey,
Con ella el favor comprad.

Nor.—Basta ya.

Crom.—

De su aflicción.

Compadeceos: venid.

Nor.—Si, vamos.

Percy.—

Cromwell, cid.

Cromwell, Cromwell, ¡¡ maldición!!



ACTO QUINTO.

LA TORRE Y EL CADALSO.

PRIMER CUADRO.

Prisión de Ana Bolena en la Torre de Londres: una mesa con un Crucifijo: algunos papeles sobre ella: puerta al fondo, que se supone la entrada exterior: puerta á la izquierda, que se supone el dormitorio de Ana Bolena.

ESCENA I.

ANA BOLENA (apoyada en la mesa.)

¡No dormir, no descansar!
¡Tener fijo el pensamiento
En este horrible momento
Que no se puede olvidar!

Calderón.—s

Nada tengo que esperar
De este mundo, y todavía
Existe en el alma mía
La esperanza. ¡Hija del cielo!
Tú eres mi último consuelo,
Tú mi so'a compañía.
Morir, ¡morir! ¡Es tan dura
Esta palabra! ¡Dios mío!
¡Siento al pronunciarla un frío!
¡Contiene tal amargura!
¿Conque pronto esta hermosura,
A quien Londres admiraba,
Que el cetro de oro empuñaba,
Será en polvo convertida?
¿Le diré adiós á la vida
Cuando todo me halagaba?
¡Espantosa situación!
Siento mi frente abrasada,
Siento aquí una mano helada
Que me abrumba el corazón:
¡Oh jueces! por compasión
No me debeis descubrir
Mi sentencia, si á vivir
No me destina la suerte,
Que esperar la horrible muerte
Es muchas veces morir.
¡Ay! morir es descansar:
¿Por qué temer tal momento?
No sé: pero es un tormento
Si se tiene que esperar.
¿Y te atreves á quejar
De tu suerte, Ana Bolena?
Sufre tú la misma pena

Que otros por ti habrán sufrido:
Tomás Morrus, tu gemido
Hoy en mis oídos truena.
¡Piedad, piedad, Dios de amor!
Perdona á esta desgraciada:
Mírame á tus pies postrada,
Compadéce mi dolor. (Ruido dentro.)
Llega alguno: ¡qué temblor!
Acaso el verdugo. . . . si:
Aquí está mi cuello, aquí;
Mas no me hagais padecer,
Soy una débil mujer,
Tened compasión de mi.
(Se cubre el rostro con las manos, y queda
así algunos momentos.)

ESCENA II.

ANA, Sr WILLIAMS KINSTON.

Kin.— ¡Héla allí: pálida, triste,
Sin amigos, sin consuelo!
¡Cambio espantoso! Del trono
Bajar al horrible seno
De esta prisión: la infelice
No sabe del parlamento
La decisión: todavía
Acaso late su seno.
Animado de esperanza.
Yo, yo soy el mensajero
De su sentencia. ¡Dios mío!
Dame para verla esfuerzo.

Ana.— ¡Ah! ¿seis vos, Kinston?
Sobre vuestros ojos veo
Una lágrima; si acaso,
Hablad: ese aire funesto . . .
Ese silencio. ¡Dios mío!
Todo lo adivino, ¡cie!os!
¿Conque ya no hay esperanza?

Kin.— No, señora.

Ana.— ¡Oh Sér Supremo!

Sostén la flaqueza mía,
Animame: yo fallezco.

(Se sienta.)

Dadme la sentencia, Kinston,
Y de una vez apuremos
El cáliz de los dolores.
¡Muerte! ¡muerte! La merezco.
No por lo que se me imputa;
Otros crímenes horrendos
Se han cometido en mi nombre;
No los evité pudiendo
Los autoricé. Decidme,
¿Ocupabais ya el empleo

De teniente de la Torre,
Cuando aquí estuvieron presos
Rochester y Tomás Morris?

Kin.— Sí, señora. ¡Qué recuerdos!

Ana.— ¿Los visteis?

Kin.— Sí.

Ana.— ¡Desgraciados!

Kinston, ¿no es verdad que debo
Ocupar el mismo sitio
Que antes ocuparon ellos?
¡Dios es justo! Amigo mío,

¿No podré ver á lo menos
A mi hija, á mi triste padre,
A mi hermano, á estos objetos
De mi cariño? Sir Kinston,
Para mí será un consuelo
Su presencia. ¡Oh! no es posible
Deciros lo que padezco:
¿Los podré ver?

Kin.— No, señora;
El rey lo ha prohibido. Tengo
Ordenes tan terminantes,
Que nadie puede á los reos
Ver, sin firma del ministro.

Ana.— Hágase en todo, Dios bueno,
Tu voluntad, y recibe
Este sacrificio nuevo
En expiación. Sir Kinston,
Decid, ¿cuántas horas tengo
Que vivir aún?

Kin.— Señora,
Menos de doce.

Ana.— ¡Oh! qué tiempo
Tan corto! Mi buen amigo,
¿Es el verdugo muy diestro?
Yo necesito tan poco
Para morir; ved mi cuello,
Es muy fácil el cortarlo,
Con el golpe más pequeño.
¿No es verdad, Kinston?

Kin.— Por Dios,
No me habéis así, os lo ruego.
Me olvidaba de un encargo,
Señora; un servidor vuestro

Que está preso en esta Torre
Quiere hablaros un momento.
Si lo permitis, al punto
Le vereis.

Ana.— ¿Quién es?
Kin.— Sméton,

Ana.— ¿Sméton? ese cobarde,
Ese traidor, que por miedo
Del suplicio, ha calumniado
Mi nombre? No quiero verlo;
Su presencia me irritara,
Y yo, sir Kinston, deseo
En mis últimos instantes
Tener otros pensamientos.
Kin.— El mis pasos ha seguido:
¿Si vierais con cuánto empeño
Me demandaba esta gracia!
Vedle, señora, os lo ruego:
Quiere morir perdonado.
Si, llegad, llegad, Sméton.

ESCENA III.

Dichos. SMETON.

SMETON (se precipita á los pies de la
reina.)

Señora, miradme aquí,
En mis lágrimas bañado:
Quiero morir perdonado,
¿Cuánto, cuánto os ofendí!
¡Oh! perdonad mi flaqueza!

Perdonadme, reina mía,
Si manchó mi lengua impía
Vuestra celestial pureza.
Yo me arrepentí. . . .

Ana.— ¡Traidor!

Os arrepentisteis tarde:
Vos me amabais, ¡ah cobarde!
No conocéis el amor.
¿Y piensan que á mi deber
Por vos hubiera faltado?
¡Ah! si á un hombre hubiese amado,
Más hombre había de ser.
Tomad lección de firmeza
De mis otros servidores;
Ellos no serán traidores
Por libertar su cabeza.
A vos reservada estaba
Esta vergonzosa acción.
¿Y es tan débil corazón,
Quien de amarme se jactaba?
¿Cómo en mi presencia os veis
Sin espirar de rubor?
¡Hombre vil y sin honor,
Dejadme, no me insulteis!

Sméton.— Perdon, señora, por Dios,
O espiraré á vuestros pies!
Si grande mi culpa es,
Mucho más grande sois vos.

Kin.— Sí, señora, perdonad.

Ana.— Me olvidaba donde estoy,
Y que á comparecer voy
Muy pronto á la eternidad.
Yo os perdono, ¡desgraciado!

¡Cuánto mal me hicisteis vos!
Perdone mis culpas Dios,
Como yo os he perdonado.

Sméton.—¡Ah señora! ¿y es verdad

Que olvidais la falta mía?

Es hasta el último día

La misma vuestra bondad.

Ya late mi corazón

Más tranquilo; ya la muerte

No me es tan dura, y mi suerte

Sufro con resignación.

Angel puro, ¿así pagais

Tanto mal con tanto bien?

¡Oh! ¿quién os iguala, quién?

¿Y por mi culpa llorais?

¡Qué débil, que ingrato fui!

Y, sin embargo, señora,

Vuestra imagen seductora

Era todo para mí.

Un instante de temor....

¡Temor infame! Yo diera

Mil vidas si las tuviera,

Por olvidar este error.

Ana.—¡Pobre Sméton!

Sméton.— ¿Derramais

Lágrimas de compasión?

¡Oh cuánto á mi corazón,

Cuánto bien le procurais!

“¡Pobre Sméton!” ¡Qué palabra!

Repetida todavía,

Y luego la suerte impía,

El abismo á mis pies abra.

“¡Pobre Sméton!” ¡Pobre, si,

Muy pobre, muy desgraciado!

De una fiebre devorado,

Siempre gimiendo vivi.

Ana.—Basta, Sméton; olvidar

Debeis ya lo que pasó:

Ya nuestra hora sonó,

En Dios debemos pensar.

Kin.—Es tiempo ya de partir.

Sméton.—Por el cielo soberano

Dadme á besar vuestra mano.

Ana.—Adiós.

Sméton.—Ya puedo morir.

(Váse y Kinston.)

ESCENA IV.

ANA BOLENA.

Corre el tiempo presturoso,

La noche se acerca ya.

¡Qué pensamiento espantoso!

Ya tu luz ¡oh sol hermoso!

Para mí no brillará!

Si, brillará todavía,

Pero por última vez,

En la hora de la agonía,

En que vuela el alma mía

Ante su terrible Juez.

Poco tengo que vivir....

Unas horas ¡oh dolor!

¡Morir tan joven, morir!

¡Ah! yo no puedo sufrir

Esta idea de terror.
Tú sólo, Dios de piedad,
Eres la vida y la luz.
¡Ah! es tanta mi maldad,
Que ni á implorar tu bondad.
Me atrevo al pie de la cruz.

ESCENA V.

ANA, PERCY.

Percy.—Ana.

Ana.—

¿Quién es?

Percy.—

¿Desconocéis, acaso,

La voz que un tiempo os halagó el oído?

Ana.—¿Sois vos, Percy?

Percy.—

Yo soy, y que he venido

A veros, Ana, en la hora del dolor.

Ana.—¿Vos, cuyo nombre en esa lista veo,

Vos mi juez?

Percy.—¿Vuestro juez? no, vuestro amigo:

¿Ya no me conocéis? Dios es testigo

De que he sufrido tanto como vos:

Nombróme el rey porque tal vez pensaba

Que una venganza vil fuese mi guía.

Yo acepté por salvaros; la voz mía

Despreciando los riesgos esforcé.

¿Y vos pensáis que el que os amó tan fino,

El que por vos perdiera su existencia,

Pudo firmar la bárbara sentencia?

Ana, ¡qué mal, qué mal me conocéis!

Ana.—Percy, ¿es posible? Percy, á quien

(un día

Yo desprecié por la ambición cegada!
Vuestra noble conducta me anonada;
Miradme aquí cubierta de rubor;
Digna no soy de afecto tan sublime,
Abandonadme á mi espantosa suerte.
Percy.—Jamás, Ana, jamás: la misma
(muerte

Entibiar no podrá mi corazón.

Cuando sentada en el augusto trono

Te circundaba el fausto y la alegría;

Cuando en torno de ti todo reía,

Jamás con quejas tu placer turbé.

Yo triste y solo en fatigosa vida,

Horas pasé de amargo desconsuelo;

Siempre invocando en tu favor al cielo;

Llorando siempre mi perdido bien.

Hoy, que tu dicha se trocó en tormento,

Y tanto bien en hórrido quebranto;

Aquí está Enrique; enjugará tu llanto:

Tu llanto es mío, si tu dicha no.

Ana.—Yo no merezco tu piedad, Enrique!

¿Qué criminal, qué criminal he sido!

El llanto que mis ojos han vertido

No aplacará la cólera de Dios.

¡Ay! al entrar en esta horrible Torre,

Por esos calabozos he pasado

De Morris y Rochester: he temblado;

Me pareció escuchar su maldición.

Sus sombras contra mí se alzan airadas,

Y si á los pies de Dios me precipito,

Parece que oigo un espantoso grito:

"¡No hay para ti misericordia, no!!...."

Y de mis huesos se apodera un frío

Que hasta en mi corazón mi sangre hiela,
Siento mi frente arder, y todo vuela
En torno mío en vértigo fatal.
Y mil recuerdos en tropel confuso
Hierven tal vez en mi extraviada mente:
Lo pasado se mezcla á lo presente
Sin poder los objetos separar.

Miro un cadalso, un cetro, una diadema,
Y una frente con sangre á un tiempo mis-
(mo.

Un alto trono, un espantoso abismo,
Un regio manto, un mísero ataúd.
¡Ay! porque nada falte á mi desgracia,
Mi razón perderé.

Percy.— ¡Calla, infelice!
Aíza tus ojos. ¿Qué, nada te dice
Aquel Dios que por ti murió en la cruz?
Una gota de llanto es suficiente
Para borrar las culpas de la vida.
Recobra tu razón, Ana querida:
Oremos juntos: Dios te escuchará.

Ana.— ¿Recuerdas la canción que me can-
(tabas

En el país de Kent? ¡con qué ternura!
¡Yo era entonces tan cándida, tan pura!
Percy.— ¡Qué recuerdos, gran Dios!
Ana.— Aquí, aquí están,
Parece que despierto de un gran sueño,
¡Sueño brillante á un tiempo y espantoso!
Y que vuelvo á encontrar aquel reposo,
Aquella dulce paz que antes gocé.
En mi sueño también me parecía
Que era en brillantes himnos celebrada;

¿Pero qué puede compararse, ¡nada!
Con lo que tú cantabas á mis pies?
Ni el incienso que mandan á los reyes,
Con aquellos gratísimos olores
Que despedían las hermosas flores
Con que ornabas mi frente virginal.
Yo era entonces hermosa: cuando el aura
De mi semblante separaba el velo,
¿Ves, me decías, ese hermoso cielo?
No puede compararse á tu beñdad.
Percy.— ¡Infeliz! ¡A lo menos un instante
Roban á su dolor las ilusiones!
¡Joven desventurada!

Ana.— Estos salones
Son de un palacio: vámonos de aquí.
No, no; son las paredes de una Torre,
De la Torre de Londres; ¡desdichada!
Estoy á muerte, á muerte condenada,
Y mañana, ¡gran Dios! voy á morir.
Percy.— ¡Infeliz! ¡Si pudiese yo salvarla!
Al rey veré, y acaso todavía
Esa sentencia revocar podría.
Yo me siento inspirado. Le veré.)
Calma tu agitación, Ana querida,
Abre tu corazón á la esperanza,
Deposita en mi amor tu confianza,
Procuraré salvarte: veré al rey.
Ana.— Será inútil, Enrique; necesaria
A sus nuevos amores es mi muerte;
Ya resignada esperaré mi suerte:
Más tranquila estoy ya con tu perdón.
Ora por mí: por tu virtud acaso,
Y por mi llanto y largo sufrimiento,

Dios me perdonará y en el momento
 Del sacrificio me dará valor.
 ¡Cuánto agradezco tu bondad, Enrique!
 Por ti sólo tal vez seré llorada,
 Y en mi tumba de todos despreciada,
 Vendrás á orar, amigo, alguna vez.
 ¡Qué injusta fui contigo! ¡Tú me amabas!
 ¡Cómo conozco ahora tu ternura!
 Y tu alma franca, generosa, pura,
 A consolar viene hoy á esta infeliz!
 Percy.—¡Oh si mi sangre por la tuya diera!
 Ana.—No, vive, vive, pues vivir mereces,
 Y á Dios por mi dirigirás tus preces;
 Nunca se olvide tu piedad de mí.
 Nada tengo que darte: ha poco tiempo
 Que estaba de riquezas circundada:
 Hoy me hallo pobre, sola, despreciada...
 N: un anillo que darte me quedó.
 Guarda ese crucifijo en mi memoria:
 En él está la fecha en que he nacido;
 Tú grabarás aquella en que ha salido
 Esta infeliz del mundo engañador.
 Ya no veré á mi hermano, ni á mi padre,
 Ni á mi hija, ¡oh Dios! á esta hija idola-
 (trada:

Aquí á tus pies en lágrimas bañada
 Te recomiendo, Enrique, á mi Isabel.
 Percy.—¡Levántate, por Dios!
 Ana.— Amigo mío,
 Bendito seas por tu gran clemencia,
 Tú, sólo tú conoces mi inocencia,
 Libra de infamia á esta infeliz mujer.

ESCENA VI.

Dichos, KINSTON.

Kin.—Perdonad, si á pesar mío
 Vengo á deciros, señor,
 Que es hora de retiraros.

Ana.—¡Ay! ya el momento llegó
 De perder cuantos objetos
 Aliviaban mi dolor.

Percy.—No perdais la confianza;
 Todavía espero yo,
 Con el ruego (ó con el oro)
 Sacaros de esta prisión.
 Veré al rey: el cielo acaso
 Dará poder á mi voz.
 Mostraos, ¡oh reina! digna
 Del rango á que os destinó
 El Eterno: El fortifique,
 Señora, vuestro valor.

Ana.—Nada espero, nada, Percy;
 Pero en este corazón
 Grabadas vuestras bondades
 Estarán, y vuestro amor.
 Adiós, mi mejor amigo,
 Mi ángel tutelar, adiós.

Percy.—Nos veremos todavía.

Ana.—En este mundo ya no.

Percy.—Lo espero, si, nos veremos.

Ana.—En la eternidad.... ¡¡Adiós!!

SEGUNDO CUADRO.

Decoración del acto tercero.

ESCENA I.

ENRIQUE VIII, CROMWELL.

Enr.—¿Qué falta, Cromwell?

Crom.— Señor,
Vuestras órdenes siguiendo,
El conde Rochford y Norris,
Wáston, Brépton y Sméton,
Han sido decapitados
Dentro de la Torre.

Enr.— Bueno.

¿Y esa mujer?

Crom.— Ya está todo
Para el suplicio dispuesto.
Hice venir al verdugo
De Calé, que es el más diestro,
Porque la pobre señora
Tenga que padecer menos.Enr.—¡Eres muy piadoso, Cromwell!
¡Y te negarán tus émulos
Esta virtud!Crom.— Es el mundo
Siempre muy injusto.

Enr.— Cierto.

Crom.—Traigo á V. M.
Aquel otro documento
Que esperaba.

Enr.— ¿Cuál?

Crom.— El fallo

Del primado, cuyo objeto
Es anular vuestro enlace
Con Ana Bolena: vedlo;
Se funda la decisión
En que contrajo en un tiempo
Ana Bolena esponsales
Con Enrique Percy.

Enr.— Creo

Que esta decisión no agrade
Á ese bravo caballero;
Pero á mí me importa: ¡bien!
Pon allí ese documento.
¿Qué te parece del drama
Que representamos?

Crom.— Pienso

Que está cerca el desenlace.

Enr.—Debe terminarse presto.

¿No tendrá segunda parte?
¿Un ministro, no es un bello
Personaje?

Crom.— Sí, señor,

Con tal que el drama funesto
Con su muerte no termine:
Y mejor fuera por cierto
No ejecutar ya más dramas
Trágicos.

Enr.— En este has hecho

Un papel muy distinguido.

Crom.—Sin embargo, ya deseo
Que acabe.

Enr.— Cuidado, Cromwell;
No sea que en un día de estos
Haya otro drama, llamado:
"Muerte de un ministro."

Crom.— Espero
Que no lo habrá, porque nunca
Será el ministro indiscreto.

Enr.— Está bien; pero ya es tarde,
Y muchas cosas tenemos
Que hacer hoy. Haz que apresuren
Esa ejecución, y luego
Que se arregien esos trajes
De boda: que esté dispuesto
El altar para mañana,
Pues mañana mismo quiero
Unirme á Lady Seymour.
Que haya un aparato regio:
Músicas, bailes, convites,
Espectáculos y fuegos:
Que la nueva soberana
Todo lo encuentre risueño
Y hermoso cual su semblante.

Crom.— Sereis, señor, satisfecho.

Enr.— ¿Y cómo sabré aquí mismo
El instante en que haya muerto
Esa mujer? Es precisa
Una señal.

Crom.— El momento
De su muerte un cañonazo
Os lo hará saber.

Enr.— Entiendo.

Que asista Juana Seymour;
Este saludable ejemplo
Puede servirla de mucho:
Mi hijo natural deseó
Que también asista, el duque
De Richemond, porque quiero
Que se acostumbren sus ojos
Á espectáculos sangrientos.
No olvidéis la ceremonia
De mañana, conde, y luego
Que la ejecución termine;
Lávese la sangre: el suelo
Cubrid con hermosas flores;
Que ni el rastro más pequeño
Quede de lo que ha pasado.

Crom.— ¿Y dónde sepultaremos
El cadáver? ¿A la vista
Le dejaremos del pueblo
Algunos instantes?

Enr.— No;
Enterradle en el momento
De la Torre en la capilla.
Parte, Cromwell.

Crom.— Obedezco.

(¡Qué calma tiene el monarca!
¡Nunca lo ví tan contento!) (Vase.)

ESCENA II.

ENRIQUE VIII.

¡Anda, Cromwell, que tal vez
 Tu hora llegará algún día!
 ¡Y la mía! ¡cielos! ¡la mía!
 Todos tenemos un Juez.
 No importa: este pensamiento
 Es preciso desechar;
 Debemos vivir, gozar,
 Mientras llega ese momento.
 ¡Cuánto tarda el nuevo día!
 ¡Mañana! ¡oh placer! mañana
 Serás mía, hermosa Juana;
 ¡Para siempre serás mía!
 Y arrobado, embebecido,
 Contemplando tu hermosura,
 Hallaré en ti la ventura,
 Del universo en olvido.

ESCENA III.

ENRIQUE VIII, UN PAJE, después KINSTON.

Paje.—Sir Williams Kinston espera
 Para pasar, el permiso.
 Enr.—¿El teniente de la Torre?
 Haced que pase.
 (Vase el paje, y sale Kinston.)

¡Oh mi antiguo
 Y buen servidor! ¿Qué nuevas
 Os traen por estos sitios?
 ¿Venis á darme las gracias
 Tal vez, porque compasivo,
 De vuestra querida Torre
 Cinco huéspedes os quito?
 Hablad.

Kin.—Vuestra augusta esposa....

Enr.—¿Cuál de ellas? porque he tenido
 Dos, y espero que mañana
 Otra ha de ocupar el sitio.Kin.—La infeliz Ana Bolena,
 Que en este momento mismo,
 Vuestra voluntad cumpliendo,
 Camina para el suplicio,
 Me ha encargado que os trajese
 Con sus últimos suspiros
 Un triste mensaje.

Enr.—¿Cuál?

Kin.—Dejadme para decirlo,
 hacer lo que me mandó.

(Hinca una rodilla.)

Enr.—¿Qué haceis?

Kin.—La reina me ha dicho:

"De rodillas ante el rey
 Postraos, mi buen amigo,
 Y decidle que si acaso
 Alguna vez á su oído
 Fueron dulces mis palabras,
 Si un resto, no de cariño,
 Sino de piedad, conserva,
 Por acaso en favor mío,
 Por la memoria sagrada

De sus padres, le suplico
Que sobre mi hija no caigan
Sus furoras; que el delito
Que me suponen es falso;
Que yo de nuevo lo afirmo
En el instante solemne
En que á la tumba camino:
En fin, le direis que sufro
Los más horrendos martirios;
Pero que yo le perdono."

Enr.—Gracias. Levantaos, Kinston.

Kin.—No, gran rey; si de la reina
El triste encargo he cumplido,
Quiero, señor, que escuchéis
Lo que yo quiero deciros.
Esa joven desgraciada
Es inocente: yo he oído
Las palabras que pronuncia
Cuando se halla sin testigos:
He observado atentamente
Si en sus frecuentes delirios
Se le escapaba un acento
Que indicase su delito;
Pero en vano, es inocente,
¡Inocente! yo lo afirmo
Por mi honor. El sacerdote,
Gran señor, que la ha asistido,
Lo dice también. Os ruego
Que suspendais el suplicio,
No caiga luego esa sangre
Sobre vos y vuestros hijos.

Enr.—Basta, Kinston: levantaos:

(Se levanta.)

Ya ha decretado el destino
La muerte de Ana Bolena.
Cúmplase, pues.

Kin.— ¡Qué tranquilos
Mandan la muerte los reyes!
(Suena la campana, que seguirá por inter-
valos hasta el fin.)
¡Oh cielos! ese sonido
Es señal de que la reina
Marcha al cadalso. ¡Ah Dios mío!

ESCENA IV.

Dichos, ISABEL PRESTON.

Enr.—¿Quién llega?

Isab.—(Hincándose).

Vedme otra vez,

¡Oh gran rey! á vuestras plantas,

Y bien que tan poco influjo

Tengan, señor, mis palabras,

Ya resistir no he podido

El impulso que me arrastra.

¡Señor, por el alto cielo,

Por la Omnipotencia santa,

Por vuestros hijos queridos,

Trocad la sentencia infausta

De la reina: ¡es inocente!

En este instante la arrastran

Al suplicio: todo el pueblo

Llanto de piedad derrama:

Salid á verla, señor,

Salid, tal vez vuestra alma
Se conmoverá á su vista.

Oid, oid la campana

Que los corazones hiela;

Señor, corred á salvarla:

Es inocente, inocente!

Que su cabeza no caiga:

Corred, todavía es tiempo.

Enr.—(Queriéndola levantar.)

Basta, Lady Preston, basta.

Isab.—Ah! no, monarca clemente,

No dejaré vuestras plantas.

Piedad, señor, piedad piden

De Ana Botena las damas,

Y otros muchos por mi boca

Vuestra clemencia reclaman.

Kin.—Si, perdonadla, señor.

Enr.—Ya vuestro ruego me cansa

Inútilmente: es preciso

Que muera esa desdichada.

ESCENA V.

Dichos, PERCY.

Percy.—Enrique, Enrique, es tiempo to-
(davía:

Os vengo á hablar en nombre del Eterno.

Si apreciáis vuestro nombre, si los gritos

De la conciencia oís, si al Juez severo

Ante quien parecer debéis un día,

Algún temor conserva vuestro pecho,

Impedid que esa sangre se derrame,

Impedid que los siglos venideros

Maldigan vuestro nombre, y vuestros hijos

Sufran de la ignominia el duro peso.

¡Justicia! ¡oh rey! ¡justicia! Vendrá un día

En que comprar querreis á cualquier precio

Un momento de paz; ¡será ya tarde!

Un implacable, atroz remordimiento

Vuestras entrañas romperá, y en vano

Demandareis piedad al justo cielo.

La sangre de esa víctima infelice

Se alzará contra vos, y vuestros huesos

Quemará, y gemireis, y esos gemidos

Con risa horrible aplaudirá el infierno.

Enr.—¡Basta, conde, callad! Mi tolerancia

Vais apurando ya, ¡viven los cielos!

Temed mi indignación.

Percy.— Nunca he temblado:

Tiemble sólo el malvado, tiemble el reo;

Mas yo defendiendo la justicia santa,

Yo la inocencia y la virtud defendiendo.

Arrancadme la vida si así os place:

Dividid mi cabeza de mi cuerpo;

Tembalar no me vereis en el suplicio,

Mi nombre cubrireis de lauro eterno.

¡Oh Dios! ¡oh santo Dios! las horas corren!

¡Ana infeliz! ¡se acerca ya el momento!

¡Oh rey! jamás un Percy la rodilla

Ante un hombre dobló; y á tus pies puesto,

Enrique clama en lágrimas bañado,

¡Piedad! ¡piedad! concibe mi tormento.

No derrameis la sangre de una esposa.

Enr.—No era mi esposa, conde, he aquí

(el decreto)

Del primado, que anula el matrimonio,
Porque con vos contrajo en otro tiempo
Esa mujer solemnes esponsales.

Percy.—¿Qué escucho! ¡Eterno Dios!
(¿No estais contento

Con derramar su sangre, y en su hija
También os vengareis? Pero si es cierto
Ese motivo, la sentencia es nula:

¡Como sin matrimonio hay adulterio!

¡Mi esposa! si lo fuese, ¿quién osara

Arrancarla de mí? ni el poder vuestro

Paera capaz de tanto, sin que antes

Fudiera hollar mi desangrado cuerpo.

Si fuese mía, el universo abortio

Me hubiera visto trastornar un reino,

Antes que á ella en un cada'so infame,

Yo hubiera levantado mil guerreros,

Y ayudado de Dios y de mi brazo,

Hubiera penetrado á sangre y fuego

En la ciudad y en el palacio mismo,

O matando tal vez hubiera muerto.

Enr.—¡Pobre conde, ya el juicio habeis

(perdido:

De vuestro íreñesi me compadezco!

Isab.— Señor, señor, oid esa campana:

Tal vez, tal vez el último momento

Es de su vida; esos confusos gritos

Son los tristes gemidos de los buenos.

Acaso sube las horribles gradas.

¡Piedad!! (Echándose á los pies

del rey.)

Kim.— ¡¡Piedad!!...

Percy.— ¡¡Salvadla!!.....

(Se oye un cañonazo, y cae Percy sobre
una silla.)

Enr.— Ya no es tiempo.

¡No existe Ana Bolena! Juana es mía.

Isab.—¡Ah!

Percy.—¡¡Confúndate Dios en el infierno!!



HERMAN,
O LA VUELTA DEL CRUZADO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PERSONAJES.

HERMAN.
EL DUQUE.
GUSTAVO.
JORGE.

SOFIA
ANA.
IDA
UN PAJE.

GUARDIAS DEL DUQUE.

Alemania, siglo XII.



ACTO PRIMERO.

EL PEREGRINO.

Habitación gótica en el Castillo del duque: puerta á la izquierda del actor, que figura la entrada exterior: ventana con reja, á la derecha: puerta en el fondo que conduce al interior.

ESCENA I

SOFIA, ANA. (La primera, junto á la ventana; la segunda á alguna distancia de la ventana; la segunda á alguna distancia.)

Ana.—No vuelve el duque; tal vez
Distraído con la caza
Se alejó mucho: ya es tarde.
(Ruido de viento, no muy fuerte.)
Y el ruido sordo que vaga



PERSONAJES.

HERMAN.
EL DUQUE.
GUSTAVO.
JORGE.

SOFIA
ANA.
IDA
UN PAJE.

GUARDIAS DEL DUQUE.

Alemania, siglo XII.



ACTO PRIMERO.

EL PEREGRINO.

Habitación gótica en el Castillo del duque: puerta á la izquierda del actor, que figura la entrada exterior: ventana con reja, á la derecha: puerta en el fondo que conduce al interior.

ESCENA I

SOFIA, ANA. (La primera, junto á la ventana; la segunda á alguna distancia de la ventana; la segunda á alguna distancia.)

Ana.—No vuelve el duque; tal vez
Distraído con la caza
Se alejó mucho: ya es tarde.
(Ruido de viento, no muy fuerte.)
Y el ruido sordo que vaga

En el bosque, y esas nubes
Una tempestad presagian.

Sofía.—Verdad es: ¡oh cuán hermosa
Es la tempestad!

Ana.— ¡Caramba!

¡Hermosa? ¡Dios nos asista!

Cuando el viento se desata,
Y temblar parece el suelo,
Y el rayo furioso estálla,

¡Ay Dios mio! estar quisiera
De la tierra en las entrañas,
Para no escuchar los truenos.
¿Y a vos, señora, os agrada?

Sofía.—Sí, Ana, sí; cuando los vientos

Silban sobre las murallas
De este castillo, y las nubes
Rayos á la tierra lanzan,
Y oigo el trueno que retumba
En las vecinas montañas,
Me parece que ese ruido
La voz del dolor acalla,

Que en mi pecho á todas horas
Contra mi quietud se alza:

Cuando escucho esa armonía
Salvaje, pienso que me habla
Dios mismo, que me recuerda
Que El existe, y que mis ansias
Tendrán término algún día,
Ante su presencia santa.

Pero ¡ay! cuando todo en torno
En el silencio descansa,
Cuando nada á turbar viene
Mi reflexión solitaria,

Sólo á mi deber escucho,
Y mil memorias amargas,
Mil ilusiones perdidas,
De mi vida en la borrasca,
Vienen de nuevo a mi mente,
Y mi corazón desgarran:
Tú la calma sólo buscas
Porque tu pecho está en calma;
Pero á mi que tanto sufro,
A mí el silencio me mata.

Ana.— ¡Pobre señora! y con todo,
¿Quién al veros no se engaña?
Esposa de un noble duque,
De riquezas circundada;
Hermosa, joven, y llena
De virtudes y de gracias,
¿Qué más feliz ser podría?

Sofía.—Ana mía, ¿cuál te engañas!
¡Pobre niña! estás ahora
En la edad afortunada,
En que en dorados ensueños
Se mece tranquila el alma.
Yo también, como tú sueñas,
Soñé ventura, esperanzas:
También un tiempo á mis ojos
El horizonte brillaba,
Puro, esplendente y hermoso,
Sin la más ligera mancha;
Pero se alzaron un día
Las nubes de la desgracia:
De mis ensueños la flores
El huracán arrebató,
Y la realidad ¡ay triste!

Con su mano descarnada
 Me sacude, y mi destino,
 Mi horrible destino marca.
 ¿Piensas tú que de duquesa
 Esa corona envidiada,
 Estas joyas que me adornan,
 Estas esplendentes galas,
 Estos salones soberbios
 Con sus techumbres doradas,
 Y esos vasallos que humildes
 Se prosternan á mis plantas,
 Piensas tú que todo esto
 Puede hacerme afortunada,
 Cuando el alma gime opresa
 Por una pasión insana;
 Cuando una imagen querida
 Aquí se encuentra enclavada,
 Sin que el tiempo haya podido,
 Ni mis lágrimas, borrarla?
 Ana.—¿Una pasión?
 Sofía.— ¡Sola, eterna!
 ¡Una pasión cuya llama
 Era mi gozo, mi vida,
 Mi porvenir, mi esperanza!
 Por mi padre moribundo
 Yo juré sacrificarla:
 Bajó el tranquilo á la tumba,
 Y yo cumplí mi palabra
 De unirme al duque; cumplíla:
 Corrí de Dios á las aras,
 Y allí pronuncié unos votos
 Que el corazón reprochaba.
 Salí de mi estado humilde,

Dejé mi sencilla casa,
 Y allí la paz deliciosa,
 Compañera de mi infancia.
 Llena de joyas y honores
 Fuí á la corte de Alemania,
 Con la tristeza en la frente,
 Con el infierno en el alma.
 Los festines, los torneos,
 Y la música y la danza,
 No podían ni un instante
 Acallar la voz amarga
 Del atroz remordimiento.
 En todas parte hallaba
 De Hermán los airados ojos,
 Que en mis ojos se clavaban.
 De Hermán que tanto sufriendo
 En Palestina, lidiaba
 Para conquistar honores
 Que ofrecer ante mis plantas.
 Y yo del noble guerrero
 Traicionando la esperanza,
 Yo, perjura....; Dios!; Dios mío!
 ¡Esta memoria me mata!
 Ana.—¿Pobrecita! Y yo creía
 Que el amor....
 Sofía.— ¡Desventurada!
 ¡El amor, niña inocente!
 ¡No conoces cuán amarga
 Es la copa en que nos brinda
 La felicidad!; cuán cara!
 ¡Ay! una hora de dicha,
 Con mil tormentos se paga.
 Ana.—Pero ese joven, señora,

Ese guerrero que causa
Vuestros tormentos, ¿no ha vuelto
Desde entonces á su patria?

Sofía.—Nada sé, Ana querida;
Entre las paredes altas
De este lejano castillo,
¿Qué puedo saber? ¡oh! nada.
Tal vez Germán habrá vuelto
Lleno de gloria á Alemania,
Y al saber que soy de otro,
Me aborrece, y á otra ama.
Sus laureles eran míos,
Para mí los conquistaba;
Era mío su cariño,
Era mía toda su alma.
Y ahora... otra... ¿y yo respiro?
¿Y Dios un rayo no manda?
¡Celos! ¡celos! yo creía
Que ya otro afecto no entrara
En mi corazón marchito,
Que el del dolor.

Ana.— ¡Desgraciada!

Tranquilizaos: tal vez
El tiempo...

Sofía.— ¡El tiempo! ¡insensata!

Dos años hace que gimo,
Siempre esperando á mañana,
Para ver si el nuevo día
En mí el consuelo derrama:
Para ver si tantas horas
Que sobre mí, lentas pasan,
Me hacen olvidar al menos
Sus facciones, sus palabras;

Pero en vano: aquí, aquí tengo
Siempre su imagen grabada,
Y su voz en mis oídos,
Y su amor en mis entrañas

(Truenos sordos.)

¡Ay! tal vez el infelice
Murió en alguna batalla,
Y sus últimos suspiros
Dirigió á Sofía ingrata.
¡Ah! si es cierto, si ya habitas
En las regiones sagradas
De la luz, de allí dirige
A esta infeliz tus miradas:
Verás que si fui perjura,
Fui también desventurada.

(La tempestad se aumenta: truenos.)

Ana.—Señora, señora... ¡oid!

Ya la tempestad estalla;
La lluvia cae á torrentes.
¡Ay de aquel que en tal borrasca,
Solo y perdido en los bosques,
En esta noche se halla!

Sofía.—¡Ay de aquel que vaga huyendo
De los terribles fantasmas
Del remordimiento, y busca
La quietud, sin encontrarla!

Ana.—¿Qué será del duque?

Sofía.— El cielo

Con felicidad le traiga

Hec.—(Dentro).

Dad asilo al peregrino.

Sofía.—¿No escuchas esa plegaria?

Mira quién es.

Ana.— ¡Imposible!
 ¡Si la obscuridad es tanta!...
 Del relámpago á la luz.....
 Ya... ya le vi.
 Sofía.— ¿Quién es? habla.
 Ana.— Es un infeliz, vestido
 Como aquellos que legaban
 De Palestina.
 Her.—(Dentro.) Un asilo
 A la caridad cristiana
 Pide un pobre peregrino.
 Sofía.— ¡Desgraciado! Corre, Ana,
 Di que se te abran las puertas,
 Y condúcele á esta sala.
 (Vase Ana.)

ESCENA II

SOFIA.

De Palestina, ¡oh Dios! ¡cómo ese nombre
 Me hace temblar! Tal vez el peregrino
 De allá vendrá; tal vez alguna nueva
 Tendré de Hermán, que caíme mi martirio:
 ¿Qué lo calma? ¡infeliz! ¿De qué manera?
 Que viva Hermán, ó muera, lo he perdido.
 Un bien sólo me resta, que es la muerte:
 Un consuelo no más, el llanto mio.

ESCENA III

ANA, SOFIA, HERMAN,
 (Con traje de peregrino.)

Her.—Dios mande paz y salud
 Sobre la joven be'idad
 Que abriga tanta virtud,
 Y á la triste senectud
 Acoge con tal bondad.
 Sofía.—Salud y paz, buen anciano:
 Las puertas de este castillo
 El pobre no toca en vano,
 Y á falta de otra, mi mano
 Fuera á levar el rastro.
 Aquí descanso hallareis,
 Y aunque el duque no ha venido,
 Servidó en todo seréis:
 Ved si entretanto quereis
 Cambiaros ese vestido.
 Her.—Gracias, señora, he jurado
 No quitarme este sayal,
 Hasta que un voto sagrado
 Cump'la.
 Sofía.— Será respetado
 Vuestro voto como tal.
 ¿Y hacia dónde se encamina
 Vuestro paso, padre mio?
 Her.—Voy á la ciudad vecina.
 Sofía.—¿Y venis?.....
 Her.— De Palestina.

Sofia.—¡Ah!

Her.— ¿Temblais?

Sofia.— Si, tengo frío.

Her.— ¡Recuerda con amargura
Tal vez su primer amor!
¿Quién al ver á esa hermosura,
Creerla pudiera perjura?
Es el áspid en la flor.)

Sofia.— ¿Habeis sin duda lidiado
Mucho en Palestina?

Her.— Sí.
Del emperador Conrado
El estandarte sagrado
Siguiendo, señora, fui.
He visto muchas batallas,
Lidiando cual buen guerrero:
Asalté algunas murallas,
Y he pasado fuertes mallas
Con la punta de mi acero.
Mas no siempre la victoria
Coronó nuestro valor;
Cara compramos la gloria:
¡Y yo, infeliz! ¡oh memoria
Que me llena de dolor!
Un fiel amigo tenía
A quien amé como hermano;
¡Ay! su vida era la mía!
Arrebatómele un día
Hierro de enemiga mano.
Perdonad mi negro asán,
Señora, ¡le amé tan fino!
Si, sin cesar correrán
Mis lágrimas, caro Hermán,
Por tu funesto destino.

Sofia.— ¡Hermán! ¿Hermán se llamaba
Vuestro amigo?

Her.— Si, señora.

¡Oh qué valor desplegaba!
Qué mucho si lo animaba
Esperanza seductora:
Su premio debía ser
La mano de su querida;
Y nadie supo querer
Como Hermán: una mujer
Era el norte de su vida.

Sofia.— ¡(Cielos!)

Her.— De la gloria el prez,
Por ella sólo anhelaba;
Conmigo más de una vez
De sus proyectos hablaba.
¡Pobre Hermán! ¡con qué ternura,
Con qué respeto tan santo,
La prenda que su hermosura
Le dió en señal de fe pura,
Regaba con triste llanto!
Un bucle de hermoso pelo
Era esta prenda, señora,
Que él guardaba con un celo....

Sofia.— ¿(Dónde están tus rayos, cielo,
Que no me abrasan ahora?)

Her.— Bella joven, perdonad:
¡Os cansa esta narración!

Sofia.— No, no, améciano; continuad.
(Todo el cáliz apurad
Del veneno, corazón!)

Her.— ¡Pobre Hermán! caer le vi,
De Cristo soldado fiel;

Mi dicha con él perdí;
El con gloria yace allí;
Yo vivo á llorar por él.

Sofía.—Y yo, anciano; sí, los dos
Lloraremos noche y día;
Por ser vuestro amigo, vos,
Y yo porque era mi Dios,
Porque era la vida mía!

¿Tú no sabes, peregrino,
Que eres el genio del mal,
Que te arroja mi destino
De mi vida en el camino
Para clavarme un puñal?

¿Y yo vivo? ¡cielo santo!
Anciano, ¿qué narración!
Ana, no te acerques tanto,
Que te quemará este llanto
Que brota mi corazón.

Ana.—Cálmad vuestro afán, señora,
Vuestra pena moderad.

Her.—(¿Y llora la ingrata, y llora
Después que faltó traidora
A sus votos?)

Sofía.— Perdonad,
Anciano, este frenesí
De una alma desesperada.
¿Le adoraba, y le perdí!

Her.—Mas, ¿cómo, si esto es así,
Con otro estais desposada?

Sofía.—Sí, pero lo que ha pasado
No puedes tú comprender;
Con otro me he desposado....

Her.—Y vuestro amor ha volado;

Amor, en fin, de mujer.

Si Hermán hoy se levantara
De la tumba, ¿qué diría?

En vos sus ojos clavara,
Y terrible os preguntara:

“¿Dónde está tu fe, Sofía?

¿Dónde está el eterno amor

Que al partir me prometiste?

Te ha cegado el esplendor;

Tú, tú el sepulcro me abriste,

Y no el hierro matador.

¿Qué premio diste á mi anhelo!

¿Qué bien pagaste mi afán!

Mira esta prenda, este pelo.

Mírame....” (Se descubre.)

Sofía.— ¡Valedme, cielo!

¡El es, él es, es Hermán!

Her.—Hermán, Hermán que viene á re-
(clamarte)

La pura fe que le juraste un día.

¿Dónde está tu promesa? di: la hollaste.

¿En dónde está tu amor? ¡Responde, im-
(pia!

¿Tú pudiste llegar hasta las aras,

Y ante un Dios de verdad, le prometiste

A otro hombre eterna fe y amor constante?

¿A tu esposo engañaste, ó á tu amante!

Del crimen en la senda me pusiste:

Si, yo era generoso é inocente,

Tú un ángel de virtud que me guiaba;

Hoy está escrito el crimen en mi frente.

Si, si: tu misma mano aquí lo ha escrito:

Virtud un tiempo el adorarte fuera,

Y hoy el amarte ¡ingrata! es un delito.

Sofia.—; Hermán!

Her.— ¿Ya no recuerdas aquel día,
En que de amor y de esperanza llenó,
Vine á decirte "adiós," cuando en tu seno
Me estrechaste, jurándome ser mía?
"Parte, parte á la guerra, tierno amante;
Me dijiste llorando, y vuelve luego
A recibir de mi amoroso fuego
El premio digno de tu fe constante."
Y yo partí, comado de esperanza,
Y en tu amor puse la confianza mía!
¿Cómo de un ángel desconfiar podía?
¿Cómo esperar tan bárbara mudanza?
Cuando amor me juró tu boca pura,
Cuando mi mano trémula estrechabas,
Cuando copioso llanto derramabas,
¿Quién te pudiera imaginar perjura?
¿Y así se viste la mentira aleve,
Con el ropaje de verdad augusta?
¡Ah! si en aquel instante me dijera
El mundo, el mundo entero, que Sofia
Por galardón ingratitud me diera,
Al mundo le dijera que mentía;
Y lo estoy viendo ya, lo estoy mirando,
Y sueño me parece cuanto veo.

Sofia.—Hermán, Hermán, escúchame si
(siquiera.

Her.—Es ese mismo el seductor semblante
Del serafín que por mi mal adoro;
Ese su talle esbelto y elegante;
Es ese mismo su cabello de oro;
El mismo cuello de marfil, que un día
Yo enlacé tantas veces con ternura:

La mano hermosa que estrechó la mía;
La boca que me hablaba con duizura:
Toda es la misma, y sólo... ¡Desgraciado!
Su corazón infiel sólo ha cambiado!

Sofia.—Hombre cruel: escúchame á lo
(menos,
Y condena después á esta infelice:
;Oyeme por piedad!

Her.— ¡Bella duquesa,
Habitaís un magnífico castillo,
Artesones dorados, ricos muebles,
Finas alfombras, oro, pedrerías,
Timbres soberbios, armas y blasones:
;Cuanto vuestro destino se ha cambiado!
Elegisteis muy bien; sois muy prudente.
Es mejor este alcázar esplendente,
Que la pobre cabaña de un soldado.

Sofia.—; Oh cielos! ¿esto más? ¿quieres
(matarme?
¿Quieres que ahogada de dolor espire?
¿Ni mi llanto de fuego te conmueve?
¿Y ni tu compasión siquiera alcanzo?
¡Ah! por enorme que el delito sea,
Se escucha al criminal.

Her.— ¿Y qué dirías?
¿Qué puede ¡desdichada! disculparte?

Sofia.—La voluntad de un padre mori-
(bundo. ®

Ausente tú, creyó que su Sofia,
Sola y abandonada quedaría
En el mar borrascoso de este mundo:
Y agitado, frenético, llorando,
En su lecho de muerte se incorpora,

Y sus rugadas y convulsas manos
A mí tendiendo, me conjura y ruega
Que al duque Othón me uniese en el ins-
(tante;

Yo resistí, grabada aquí con fuego
De Hermán la imagen sin cesar estaba:
Yo resistí; y el cielo me es testigo
De que la muerte preferido hubiera
A ese enlace fatal.

Her.— Y bien, prosigue.
Sofía.— Pero mi padre en su postrer ins-
(tante,

Fijaba en mí sus lacrimosos ojos;
Retorcía sus manos venerables;
Se arrancaba la blanca cabellera;
Y un poderoso esfuerzo haciendo al cabo,
Salta del lecho y ante mí se postra,
Por mi madre pidiéndome cumpliése
Su postrer voluntad. ¡Cómo! ¡Quién puede
Conservar su razón en tal instante,
Y resistir tan espantosa prueba?

Aquel anciano, á quien el sér debía,
Esperando á mis pies, desesperado,
Lentos de tanto sus hundidos ojos,
¡Oh Dios! ¿qué pude hacer? tú ausente es-
(tabas

Un año hacía, sin noticia alguna
De tu destino, todo se reunía,
Todo contra mi suerte conspiraba.
Mi frente ardiendo, mi razón perdida,
Mi corazón partido en mil pedazos,
Yo á mi padre juré lo que quería,
Y en aquel punto el duque apareciendo,

Mandó mi padre que la mano mía,
De otros testigos ante la presencia,
Se uniese á la del duque, y en los labios
Del moribundo anciano, una sonrisa
Vagó un momento; levantó la mano,
Mi cabeza estrechó contra su pecho,
Y me bendijo, y espiró tranquilo.
Su alma voló de Dios á la presencia,
Y yo quedé para vivir llorando....
Her.— Y de Alemania luego allá en la
(corte,

De oro cubierta y ricas pedrerías,
Envuelta en seda y en incienso vano,
Pronto olvidaste el sacrificio horrible;
Y el dulce peso de ducal diadema
Tu frente refrescó, secó tu llanto.
Sofía.— ¡Injusto, injusto! mis mejillas
(mira:

Perdieron su color y su frescura:
Repara de mis lágrimas la huella;
De correr no han cesado un solo día.
Dejé la corte y vine á este castillo,
La paz buscando en su silencio al menos:
¡La paz, la paz! dos años han pasado
Sin que un momento disfrutarla pueda;
Tu imagen siempre viva me seguía,
Y á Dios iba á rogar que la borrara,
Y entre mí y el altar se interponía.
¡Oh! calcular no puedes mis tormentos!
Si penetrar mi corazón pudieras,
En vez de ese furor que te arrebatara,
Sólo piedad de mi dolor tuvieras!
¡Piedad, Hermán! piedad de una infelice,

Aquí á tus pies humilde te lo ruego:
Ten compasión de quien amaste tanto:
Oíga yo tu perdón, y muera luego.
Her.— ¡Levántate, Sofia!

Sofia.— Una mirada,
Una mirada de piedad te pido,
¿Y me la negaras?

Her.— ¡Ah! ¡desgraciada!
Ven á mi corazón, todo lo olvido.

Pero salgamos de aquí,
Salgamos luego, Sofia;

Tú me juraste ser mía,
Dios tu juramento oyó.

Dejemos estos salones:
Sencilla, humilde te quiero,

Como el pobre caballero
A quien le juraste amor.

Tres años en Palestina
Combati por merecerte,

Por ti desprecié la muerte,
¿Y no me querrás seguir?

¿Qué tiene que ver contigo
Esta frívola grandeza?

¿Necesita tu belleza
Del oro para lucir?

Vamos.
Sofia.— ¡Imposible!

Her.— Vamos.
Sofia.— Recuerda que estoy casada:

Yo moriré desgraciada,
Pero pura moriré.

Her.— Es verdad: tú me recuerdas
Lo que yo valgo, Sofia;

Y yo necio que creía....
¡Ilusión, todo ilusión!

¿Cómo has de cambiar tu rango,
Y tu nombre, y tu grandeza,

Por Hermán, que otra riqueza
No tiene que su valor?

Sofia.— ¡Hermán!.... (Ruido.)
Ana.— Ahí el duque viene.

Sofia.— ¡Santo Dios! ¿eres perdido!
Cúbrete.

Her.— No; ya he vivido
Bastante, y quiero morir.

Quiero, duquesa, mirar
Cara á cara á vuestro esposo;

Le veré.

Sofia.— ¡Dios poderoso!
¿Ya llega; triste de ti!

Her.— Ved que traje mi armadura.
Ana.— ¿De qué os servirá? de nada.

Her.— Tengo aquí también mi espada.
Sofia.— ¡Cúbrete, Hermán, por mi amor!

Her.— ¡Tanto me amais?
Sofia.— Te ido'atro.

Her.— ¿Me seguirás?
Sofia.— Todavía

No puedo... si... tu Sofia
Te jura volverte á ver.

Pero cúbrete, por Dios,
Hermán, después hablaremos.

Her.— En el parque nos veremos
Mañana al anocheecer.

Vuelvo á tomar mi disfraz.
Sofia.— Ana, por Dios, el secreto.

Ana.—Si, señora; yo os prometo
Que nunca saldrá de mi.

Her.—Conoceré á mi rival.

Aunque más bien prefiriera,
Por Dios, que de otra manera.

Ana.—Callad, callad: ya está aquí.

ESCENA IV.

Dichos, EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Estoy empapado, Jorge.
Qué tempestad!

Jorge.—Estupenda.

Duque.—¿Quién es este hombre, señora?

Sofía.—Un peregrino que llega
De Palestina: pasaba
Por aquí cuando más recia
La tempestad despegaba
Su furor: y yo las puertas
Del castillo mandé abrir.

Her.—¿Es la señora tan buena!

Duque.—¿Y qué cosa habeis traído
De allá? Relaciones nuevas
De batallas, y reliquias
De aque'la bendita tierra.

Her.—Sí, señor duque.

Duque.— Los niños
Y las mujeres encuentran
Gran diversión en oiros:
Contais cosas que las llenan
De admiración, y en verdad

Os sale muy bien la cuenta,

Pues así pasais la vida

Sin trabajar; os respetan,

Os hospedan, os regalan,

Y os oyen como si oyeran

Un oráculo: en verdad

Es una vida muy buena.

En fin, llegad en buen hora.

¿No habeis mandado, duquesa,

Que le den alguna cosa

A este anciano?

Her.— Yo á las puertas

Del castillo no he llamado

Para recibir afrentas,

En cambio del pan que sobra,

Señor duque, en vuestra mesa.

Jorge.—¿Así respondes al duque?

¡Insolente! todos tiemblan

Aquí de su enojo.

Duque.— Basta:

Yo le perdono.

Her.— ¡Ah! pudiera...

Mas un soldado de Cristo,

Que por su gloria pelea,

Debe reunir, señor duque,

A su valor la paciencia.

Busqué un asilo entretanto

Que pasaba la tormenta:

Ha calmado ya: las gracias

Recibid, ¡oh joven bella!

Voy á seguir mi camino,

Señor, con vuestra licencia.

Sofía.— (A Ana).

Conduce á ese peregrino.

Duque.—Id con Dios.

Her.— (Que su promesa

No ovide vuestra señora.

Arrojadme por la reja

La llave del parque.)

Ana.— Si.

(Vase, y Hermán.)

Vamos, Jorge nos observa.

Sofía.—(Ya era tiempo, que su arrojó

Temblé que le descubriera.)

Adiós, duque: Dios os guarde.

Duque.—Dormid bien, bella duquesa.

(Vase Sofía.)

ESCENA V.

EL DUQUE, JORGE.

Jorge.—¿Observasteis, señor?

Duque.—¿Qué?

Jorge.—Vuestra esposa

¿Qué abatida y qué pálida se hallaba

Cuando entramos aquí! y el peregrino...

Su ademán altanero, sus palabras...

No sé, pero se oculta algún misterio

En ese hombre, señor. Como clavaba

En vos sus ojos, que brotaban fuego.

O mis sentidos esta vez me engañan,

O he visto en la duquesa algunas señas

De inteligencia.

Duque.—¿Desdichado! ¿calia!

¿Qué osas tú sospechar?

Jorge.—Perdón os pido.

Mas recordad que la duquesa amaba
A un tal Hermán, que estaba en Palestina,
Antes que vuestra esposa se llamara.

Duque.—¿Y qué?

Jorge.—De la duquesa vi en el rostro
De un reciente dolor señales claras,
Y ví que habia en sus hermosos ojos
Una gota de llanto.

Duque.—Y bien, acaba.

Jorge.—Ese anciano tal vez alguna nueva
De su amante le trajo... ó se ocultaba
Bajo el disfraz del viejo peregrino
El mismo Hermán.

Duque.—¿Qué dices? ¿Desgraciado!

¡Jorge! ¿si fuese cierto!... No es posible.

¿Qué mortal es capaz de tanta audacia?

¿En mi propio castillo, en mi presencia!

¡Oh! ¿no es posible!

Jorge.—Parecióme que Ana

Con él hablaba al tiempo que salía.

Duque.—Pues bien: sigue al instante sus
(pisa las;

Observa si se aleja del castillo,

O en qué lugar cercano se recata:

Vuela, Jorge. ¿Si fuere...! Jorge, escucha:

Si es él... si se detiene... Observa; nada

Le digas tú... Ven luego á mi presencia.

Que tal temeridad, audacia tanta,

De que ejemplo no ha habido en mis domi-
(nios,

A mi mismo me toca castigarla.

Jorge.—Se hará como mandais.

Duque.—¿Tiembra, Sofía!

¡Tiembra si eres infiel, desventurada!



ACTO SEGUNDO.

LA ENTREVISTA.

Parque en el palacio del duque Othón: reja con puerta en el foro: á la derecha del espectador, un ángulo del castillo gótico con una escalera practicable, que da sobre el parque: árboles y arbustos á los lados: un banco de césped: la luna brilla, alumbrando la escena.

ESCENA I.

EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Jorge, ¿es cierto?

Jorge.— Sí, señor:

Yo al peregrino seguí,
Su armadura descubrí
De la luna al resplandor,
Que ya serena brillaba
Después de aquella tormenta.

Duque.—¿Me engaño, Jorge, y alienta?
 ¡Oh furor! ¿y me engañaba
 También Sofía? Por Dios,
 Que es mucho su atrevimiento.
 Pero se acerca el momento,
 Jorge, morirán los dos.
 Quien así insulta mi nombre,
 Y así mi furor desprecia,
 O tiene una alma muy necia,
 O debe de ser muy hombre,
 ¿No sabe que el duque Othón,
 Antiguo y noble guerrero,
 No trae al cinto el acero
 Para servir de irrisión?
 ¿Y aquí han de venir, aquí?
 Jorge, ¿no te has engañado?
 Jorge.—Para el parque se han citado;
 Me oculté, y todo lo oí.
 Ese guerrero es Hermán.
 Duque.—¿El amante de Sofía!
 Jorge.—¿Y robáros la quería!
 Duque.—¿Robármela? ¿morirán!
 ¿Dispusiste alguna gente
 Con armas?

Jorge.— Dispuesta se halla
 Allí, junto á la muralla,
 Y á vuestra voz obediente.
 Duque.—No escapará ese traidor;
 Pero es fuerza aprisionarle,
 Porque de un golpe matarle,
 No le basta á mi furor.
 Sufra una larga agonía,
 La horrible muerte esperando,

Y la suerte contemplando
 De su adorada Sofía.
 A mis plantas los veré,
 Temblando, descoloridos,
 Y escucharé sus gemidos,
 Y en ellos me gozaré.
 Jorge, yo siento un volcán
 Ardiendo en mi corazón.
 ¡Han manchado mi blasón!
 ¡Lo han manchado! ¡morirán!
 (Se oye abrir la puerta que está al fin de
 la escalera que baja del castillo: el du-
 que y Jorge se ocultan entre los árbo-
 les, después de sus últimos versos.)
 Jorge.—Algúnos llega, señor:
 Ocultémonos aquí.
 Duque.—¿Y ella es la primera, sí!
 Jorge.—Reprimid vuestro furor.
 Duque.—No los podremos oír.
 Jorge.—Pero los podremos ver.
 Duque.—¿Oh! ¡tiembla, infame mujer!
 ¡Tiembla, Hermán, vais á morir!
 (Se ocultan.)

ESCENA II.

SOFIA, ANA. (Baja Sofía poco á poco
 la escalera apoyada en Ana.)

Sofía.—Yo tiemblo
 Ana.—Valor, señora.
 Sofía.—¿Siente una inquietud mi alma!

Parece que de un abismo
El borde pisan mis plantas.
¿Segura estás de que el duque
Tranquilo duerme en su estancia?

Ana.—Si, señora, duerme.

Sofía.— Duerme:

Mientras que yo, desdichada,
Velo y gimo, y me consumo,
Sin poder hallar la calma!
¿Qué noche pasé, qué noche!
Mi corazón palpitaba
Con una horrible violencia:
De una fiebre devorada,
Me retorció en mi lecho,
Maldecía la hora infausta
De mi nacer, y á la muerte
Con voz convulsa llamaba:
Acusaba al cielo, al duque,
Al mundo, á mi padre.... ¡Ana,
Tú no puedes comprenderme!
¡Ay! ¡morir! morir es nada;
Pero este insomnio, esta fiebre
Que nos quema las entrañas,
Este padecer eterno
Sin alivio ni esperanza,
Es como un clavo de fuego
Que el corazón nos traspasa,
Una maldición horrible
En nuestra frente grabada.
¿Un demonio que al abismo
Lentamente nos arrastra!

Ana.—¿Quién al mirarós y oiros
No siente vuestras desgracias?
¿Y así la virtud padece?

Sofía.—¿Y cuándo la virtud halla

Su recompensa en la tierra?

¿Qué hice yo, desventurada,

Para que implacable el cielo

Me abrume así con su saña?

Yo de la virtud mi un punto

Dejé la senda sagrada;

Hoy, Ana, es la vez primera

Que mi conciencia se alarma:

Mal hice en venir aquí.

¿Mas qué medio me quedaba

Para evitar que el despecho

De Hermán lo precipitara

A perder por mí la vida,

La vida que veces tantas

Generoso y noble expuso

Por ser digno de una ingrata?

Ana.—Esto consolaros debe,

Señora: vuestras pisadas

El crimen no ha conducido;

Antes vuestra noble alma

Hace un esfuerzo inaudito,

Un sacrificio á que nada

Es comparable: decirle

Al hombre que se idolatra:

“Huye, no vuelvas á verme,

Huye, que el deber lo manda;

Déjame aquí sola y triste,

Sin consuelo ni esperanza.”

Sofía.—Si, se lo diré, y el cielo

Dará valor á mi alma:

Se lo diré, aunque el tormento

Deba matarme mañana.

Y así será, porque ahora
 Que sé que vive, que me ama,
 Que he vuelto á verle y á oírle,
 ¡Oh! yo no sé lo que pasa
 En mi corazón! Al menos
 Cuando su suerte ignoraba,
 Me consolaba la idea
 De que allá en la Tierra Santa,
 Bajo una tumba gloriosa,
 La dulce paz encontrara.
 Que no sufriera cual sufro;
 Mas ¡ay! que como fantasma,
 Amado á un tiempo y temido
 Le ví en la noche pasada
 Cubierto de honor y gloria,
 Reclamando mi constancia,
 Pidiéndome ¡ay Dios! el premio
 De sus inclitas hazañas.
 Siempre noble y generoso,
 ¿Le viste? Mi llanto, Ana,
 Calmó su enojo terrible,
 Y me perdonó mi falta.
 ¿Y hoy para siempre le pierdo?
 ¿Y vivo? ¡desventurada!

Ana.—¡Sólo Dios puede, señora,
 Consolar vuestras desgracias!

Sofia.—En medio de mis tormentos
 Entreveo una esperanza.

Ana.—¿Cuál es, señora?

Sofia.— He sufrido
 Tanto, tanto, que cercana
 Debe estar mi última hora.
 ¿Qué naturaleza basta

Para sufrir lo que sufro,
 Sin morir? Quizá mañana
 Me dará el cielo por premio
 Una tumba solitaria.
 Esta idea me reanima;
 Parece que Dios me manda
 Este rayo de consuelo.

Ana.—¡Callad por Dios! ¡qué palabras
 Tan tristes!

Sofia.— Ana, ¿te acuerdas

Cómo en la noche pasada,
 Feroz el viento rugía,
 Las negras nubes bramaban?
 Todo era espanto; y ahora
 ¡Mira qué solemne calma
 Reina en la naturaleza!
 Todo en silencio descansa.
 Por el zafir de los cielos
 Esa luna plateada
 Camina, sin que una nube
 Vele su faz: dulce el aura,
 Apenas las flores mece
 Que duermen también: las ramas
 A las aves dan asilo:

Todo en la quietud se halla;

¿Y yo entre todos los seres

Solamente destinada.

Estaré á sufrir por siempre?

¡Ah! no, ya Dios me señala

El sepulcro como un puerto

De mi vida en la borrasca.

Ana.—¡Me haceis llorar!

Sofia.— Padre mio,

He cumplido mi palabra.
Pronto me uniré contigo;
Mas qué rumor.....¡cielos!

Ana.— Nada,
Nada se mueve, señora.
No temáis.

Sofía.— Si por desgracia
El duque me sorprendiese,
¡Cuán criminal me juzgara!
Sobre la triste Sofía
Y sobre Hermán descargara
Su furor! Vuelve al castillo,
Vela por tu triste ama.
Yo entretanto aquí á los cielos
Dirigiré mis plegarias:
La oración me dará fuerza
Para sufrir mis desgracias.

Ana.— Si; nada temáis, señora:
Tened en Dios confianza,
Y en mi cuidado.

Sofía.— Ana mía,
Eres para mí una hermana.

Ana.— Me avergonzais; voy, señora.
Que la Providencia santa
Os dé valor. (Tú, Dios mío,
Su noble proyecto ampara.)

(Vase.)

ESCENA III

SOFIA. (Se arrodilla al pie de la escalera,
y levanta sus ojos y sus manos al
cielo.)

¡Virgen, madre de Dios! ¡Virgen María!
Tú que miras, Señora, mi agonía,
Mi profunda aflicción:
Escúchame piadosa desde el cielo
Y derrama una gota de consuelo
Sobre mi desgarrado corazón.
A aquel Señor que sus divinas huellas
Estampa sobre el sol y las estrellas,
Ruega, ¡oh Madre, por mí!
Por mí, que devorada de tormentos,
Débil caña, juguete de los vientos,
Siempre en el valle de la tierra fui!
Mas yo he sufrido la tormenta impía
Sin mancharme jamás; siempre mi guía
Fué ¡oh Virgen! la virtud
Ante el lecho de un padre moribundo,
Sacrifiqué los bienes de este mundo,
Y de duelo cubrí mi juventud!
En la fogosa edad de las pasiones,
Sin placer, esperanzas ni ilusiones,
Sola y triste gemí,
Cual flor en el desierto abandonada,
Cual barquilla á las olas entregada,
¡Nadie ha tenido compasión de mí!

Tú lo sabes, Señora, ¿qué no he hecho
Por borrar una imagen de mi pecho,
Y olvidar un amor?

Inútil todo por mi mal ha sido;
Tu Hijo, Madre de Dios, cerró el oído
Al profundo gemir de mi dolor!

Agobiada de bárbaros pesares
Fui a llorar hasta el pie de los altares,
Pidiendo compasión:

Y allí abrazada de la cruz, gemía,
Y allí por él lloraba el corazón!

Tú, Omnipotente Dios, que me criaste,
¿Acaso de la nada me sacaste
Para gemir así?

¿Para gozarte acaso en mis martirios?
Perdona ¡oh Dios! perdona mis delirios,
Mira mi llanto, ten piedad de mí!

Y desde tu alto trono de diamante,
Dirige una mirada un solo instante
Sobre mí, sobre Hermán:

Dale valor, y á mí la tumba fría:

Si, yo lo espero: el venidero día
Mis cenizas en paz reposarán!

(Queda algunos momentos arrodillada, cubriéndose el rostro con las manos.)

ESCENA IV

SOFIA, HERMAN, GUSTAVO.

(Aparecen á la puerta del parque, y contemplan á Sofia.)

Her.—Mira'a Gustavo, allí,
Como una visión de amor,
Como un ángel de dolor,
Orando tal vez por mí.

¿Y yo de su corazón
Pude dudar un instante!
Mira en su hermoso semblante
Retratada su aflicción.

Gus.—Llega, que es tarde: yo aquí
Los caballos cuidaré.
Prevenido esperaré.

Her.—Gracias, hermano: por mí
Tu vida expones ahora:

¿Cómo sabré agradecer.....

Gus.—Calla, Hermán; es un deber:
Llega, que viene la aurora

(Se retira.)

ESCENA V.

SOFIA, HERMAN. (Sofía, á los pasos de
Hermán se levanta, y vuelve la cabeza
a mirarle.)

Her.—Gracias, gracias, Sofía.

Sofía.— ¡Hermán!

Her.— Te miro,

Te miro al fin, hermosa,

Y mi tristeza olvido, y mis tormentos:

Todo, todo lo olvido

Cuando estoy á tu lado,

Cuando siento el aliento embalsamado

Que tú, mi bien, respiras,

Y al través de tus lágrimas me miras.

Esa inefable, angélica ternura

De tu mirar; tu palidez, tu llanto,

Tienes no sé qué encanto

Melancólico, dulce, indefinible!

Ocu'to allí, mi bien, te contemplaba,

Tu oración respetando fervorosa:

Sobre tu frente cándida y hermosa,

El rayo de la luna resbalaba.

Jugaba el aura con tus bucles de oro,

Y con tu blanco trasparente velo:

Tus ruegos elevabas hacia el cielo

Por mí, por mí, Sofía! ¡Yo te adoro!

La lágrima que tiembla en tu mejilla,

Es la gota de bálsamo que calma

La agitación frenética de mi alma.
Ven a mi corazón, toca mi frente:
¡Oh! si vieras, mi bien, cuánto he sufrido!
¡Pero te veo, y mi dolor olvido,
Y sueña dicha el corazón doliente!
Sofía.— ¡Dicha! ¡dicha! ¿qué dices, desgra-
(ciado?)

En este valle de amargura y duelo
¿Qué nos resta, infelices? ¿qué consuelo
Hallará nuestro pecho desgarrado?
Condenados los dos á eterno lloro,
No nos queda siquiera una esperanza.
¿Qué es nuestro porvenir? horribles penas,
Vivir eternamente separados,
Lejos uno del otro, condenados
A arrastrar en silencio las cadenas,
Cadenas pesadísimas que pronto
Acabarán con la existencia mía!
Her.— ¡Ah! no, jamás! unámonos, Sofía:
Yo, ser tuya juré; por ti he vivido:
Y á arrancarte de aquí sólo he venido:
Ven, abandona esta prisión dorada:
Dejemos esta atmósfera maldita
Que te sofoca, y tu be'idad marchita:
Busquemos otra pura, embalsamada,
Digna de ti, Sofía; de tu frente
Arroja esa diadema que te humilla;
La guirnalda sencilla
De violeta, y jazmín, y mirto y rosa,
Que mi amorosa mano te ceñía,
Brillaba más hermosa
Sobre tu frente cándida, Sofía!
Sofía.— ¡Ay! verdad és, Hermán; aquellas
(flores)

No quemaban mi frente cual la quema
Esa ducal diadema.
Tú no sabes, Hermán, lo que ha pasado
En este corazón! gota por gota
Ha ido cayendo en él cuanta agargura
Puede haber en la vida: ¡oh! cuántas veces,
Cuántas pensé que mi razón perdía!
Un recuerdo de fuego me quemaba,
Mi pecho con mis manos destrozaba,
Y tu nombre entre llanto repetía!
Llanto, sí, llanto; pero amargo, ardiente,
Cuya huella jamás el tiempo borra,
Que seca el corazón, ruga la frente!
¡Y tener que ocultarlo, y el contento
Aparentar, y parecer en calma
Cuando está ardiendo y desgarrada el
(a) alma
Cuando toda la vida es un tormento!
Y la frívola corte sonreía
Al verme de brillantes coronada,
Y mi suerte tal vez era envidiada,
Cuando sangrando estaba el alma mía!
Cuando mi traje recamado de oro,
Era un paño de muerte que abrumaba
Mi débil cuerpo; cuando yo regaba
El rico mármol de mi estancia, en lloro!
Y tu imagen aquí, sin que un momento
La pudiera borrar de mi memoria!
Her. —; Y yo soñando amor, buscando glo-
(ria,
Sin sospechar siquiera mi tormento,
Intrépido al peligro me arrojaba:
Un nombre ilustre conquistar quería,

Un nombre que ofrecer á mi Sofía,
Cuya celeste imagen me animaba.
¡Oh! dulces eran para mí las penas,
Y leve la armadura:
De la abrasada Siria en las arenas,
Pensando en la ventura
Que tu amor me guardaba!
Tus últimas palabras repetía;
De mi alazán el cuello acariciaba,
Y el noble bruto ufano relinchaba,
Y yo mi lanza intrépido blandía.
Aprovechando á veces una tregua,
Bajo la sombra de una hermosa palma
Pulsaba mi laúd, y en dulce trova
Mis ardientes suspiros te mandaba,
Que en el desierto inmenso se perdían,
Y mi laúd con lágrimas regaba!
Sofía. — Pero era dulce tu llorar al menos:
La gloria te seguía,
Una grata esperanza te animaba;
Pero yo triste, yo, que ni un momento
Gozaba de quietud, que á todas horas
Escuchaba una voz que me decía:
“¿En dónde está, perjura,
La eterna fe que me juraste un día?”
Y mis ensueños espantosos eran:
Ya muerto en Palestina te veía;
Ya llegar á tu patria, y despedido,
Mi nombre maldiciendo,
Del fiero duque provocar la saña;
Y tu acero cruzarse con el suyo
En lid horrenda, y salpicada en sangre,
En la sangre de Hermán y de mi esposo

Entre tumbas vagar sola en el mundo!
 ¡Oh Hermán, cuánto he sufrido!

Her.— Si, Sofia:

Pero ya más felices viviremos:
 De nuestra patria lejos estaremos
 Cuando luzca la luz del nuevo día.

Que allí mi corcel está
 Tascando el el freno impaciente:

Pronto la aurora vendrá:

Ven, su rayo lucirá

Sobre tu cándida frente.

¡Ven, mi vida, mi tesoro!

Ven, adorada belleza,

Ven, enjugaré tu lloro:

No tendrás mármoles ni oro,

Pero tendrás libertad.

Sofia.—¡Ah!

Her.— De tu esposo tirano

Burlaremos el furor:

Sobre mi trotón lozano,

Mi fuerte lanza en la mano,

Yo defenderé á mi amor.

No temas, hermosa, ven;

¿Quién puede vencerme, quién?

Nadie; la victoria es mía,

Porque defendo á Sofia,

Porque lido por mi bien!

Sofia.—¡Infeliz!

Her.— Todo mi alán

Será sólo tu ventura,

Y de mirto y de arrayán

Mis manos coronarán

Tu frente angélica y pura.

A tu canto, la armonía

Juntaré de mi laúd.

Yo seré tuyo, tú mía,

Y un ensueño de alegría

Será nuestra juventud.

¿Mas nada respondes, nada?

¿Desoyes mi ardiente ruego?

¿Vuelves de mí tu mirada,

Y siento tu mano helada

Entre mis manos de fuego?

Temes ¡ay! participar

De mi pobre humilde suerte?

Sí, yo lo debí esperar:

Tú viniste á este lugar

Para anunciarme la muerte;

Porque mandarme vivir

Sin ti, adorada Sofia,

Es condenarme á morir....

¿Lo quieres? Voy á partir....

Sofia.—(Volviendo el rostro anegado en llanto.)

¡Hermán!

Her.— ¡Lloras, vida mía!

Sofia.—¡Eres, Hermán despiadado!

Mirando estás mi dolor,

Mi rostro en llanto bañado,

¿Y dudas, desventurado,

Del exceso de mi amor?

¿Por quién he venido aquí

Los peligros arrostrando?

¿Por quién ¡ay! tanto sufrí?

Por ti, ingrato Hermán, por ti.

Que estás de mi amor dudando.

Her.— No dudo ya, no, Sofia.

Sofia.— Por ti, Hermán, despreciaría

Los peligros y la muerte;

Porque mi delicia es verte,

Tú, el alma del alma mía.

La humilde cabaña fuera

Para mi grata mansión,

Si allí seguirte pudiera,

Si allí tranquilo estuviera.

Mi llagado corazón:

Porque no puedo olvidar,

Porque te amo todavía,

Porque te amo á mi pesar,

Porque no puedo arrancar

Tu imagen del alma mía.

Her.— ¿A qué es que la escuchais,

¿En la sagrada mansión

De ventura que habitais,

Esta delicia probais

Que prueba mi corazón?

¿Encantadora mujer,

Si vieras qué hermosa estás!

Tiene tu llanto un poder

Que no puedo comprender;

Y dime, ¿me seguirás?

Sofia.— Oye, Hermán; voy á morir,

Que sin tí no podré yo

Por largo tiempo vivir;

Más no te puedo seguir.

Her.— ¿No puedes seguirme?

Sofia.— No.

Her.— ¿Quién te lo impide, Sofia?

¿Quién te lo impide?

Sofia.— El deber:

Juré.....

Her.— Juraste ser mía.

Ven.

Sofia.— ¿Y criminal sería?

¿Me quieres envilecer?

Un impuro corazón

No fuera digno de ti:

¿Hermán, Hermán, compasión!

De un padre la maldición

No caiga ¡ay Dios! sobre mí.

Hoy puedo por tí rogar

A Dios; hoy puedo mi frente

Sin crimen al cielo alzar;

Hoy puedo, en fin, espirar

Infeliz, pero inocente.

Tú en mi sepulcro vendrás

A colocar una flor,

Y mi virtud amarás,

Y enternecido dirás:

Murió digna de mi amor.

En otra mansión un día,

En otra región de luz,

Inundada de alegría,

Se unirá por fin Sofia

Al soldado de la cruz.

Her.— Es cierto, tienes razón:

No podemos ya vivir

Juntos en esta mansión

De luto y de maldición;

Pero podemos morir.

¿Morir, morir por tu amor,

Y á tu lado, vida mía!

¿Dónde habrá dicha mayor!
Hacia otro mundo mejor
Volaremos en un día.
Siéntate junto de mí:
Pronto la aurora vendrá:
Te buscarán, ¿no es así?
Y vendrá el duque, y aquí
A los dos nos matará.

Sofía.—No, no; yo tengo valor
Bastante para morir
Del fiero duque al furor;
Pero no quiero ¡oh mi amor!
Verte á mis ojos sufrir.
Huye, que ya llega el día:
Huye al instante, por Dios:
Te lo ruega tu Sofía.

Her.—¿Y á donde iré, vida mía,
Si no partimos los dos?
¿En donde vivir pudiera
Si mi universo es aquí?

Sofía.—Sigue de Dios la bandera:
Tal vez la gloria te espera.

Her.—No quiero gloria sin ti.

(Ruido de pasos dentro.)

Sofía.—¿Escuchas ese rumor?

ESCENA VI

Dichos, GUSTAVO (Precipitado.)

Gus.—Hermano, somos perdidos;
Entre esas ramas dos hombres
Se ocultan.

Her.— ¿Cómo!

Sofía.— ¡Dios mío!
Será el duque!

Her.— Nada temas
¿No estás con Hermán, conmigo?
Venga el duque, de mi espada
Probará el agudo filo;
¿Ni quién vencerme pudiera,
Si estoy, mi amada, contigo;
Si me anima de tus ojos
El fulgor puro y divino?
¡Al arma, Gustavo, al arma!

Gus.—Morir antes que rendirnos.

Her.—¿Dos no más? ¿desventurados!

Sofía.—Deja que vuelva al castillo,
Y huye tú.

Her.— ¿Huir? ¡oh! nunca.

Ven, Sofía, ven conmigo,
Que será cierta tu muerte
Si ya el tirano te ha visto;
Logremos ganar la puerta:
Sobre mi alazán querido
Te colocaré, y entonces,
Adiós, hermoso castillo,
Adiós, prisiones doradas,
Que ya hemos roto los grillos.

Sofía.—Y adiós, también, virtud santa:
¿Trás de tantos sacrificios
Te perderé? ¡No, no, nunca!
Hermán á tus pies te pido
Que te salves, y me dejes
Sufrir sola mi destino.
Huye.

Her.— Contigo.

Sofía. — No.
 Her. — Entonces
 Sálvate tú, hermano mío.
 (Arroja la espada.)
 Mira, ya no tengo espada.
 Morir aquí determino.
 Gus. — Ah! no; toma: á pesar suyo
 Sávala: toma, te digo,
 Que ya vienen; ya se acercan.
 Her. — Salvémosla, pues, amigo.
 Gus. — Dos para dos, no hay ventaja.
 Sofía. — ¡No sé dónde estoy, Dios mío!

ESCENA VII.

Dichos, EL DUQUE, JORGE [con espadas
 desnudas].

Duque. — ¡No podeis huir, malvados!
 Sofía. — El es, ¡oh Dios!
 Duque. — Foragidos,
 Que de la noche en las sombras
 Ocultais vuestros delitos:
 ¡No escapareis, no, lo juro!
 ¡Morireis entre martirios!
 ¡Y pensabais engañarme,
 Y burlar el furor mío
 Con la fuga? ¡no, cobardes!
 Her. — ¡Cobarde! ¡cobarde has dicho?
 Pronto lo veremos, duque.
 Paso.
 Duque. — ¡Eh, atrás!

Her. — Paso, os digo,
 O lo abriré con mi espada.
 A ellos, Gustavo.
 (Lidia Gustavo con Jorge, y Hermán con
 el duque.)
 Duque. — ¡Atrevido!
 Rindete.
 Jorge. — ¡Guardias!
 (Gritando.)
 Duque. — No, calla;
 Mire el soldado de Cristo
 Que el duque Othón solo basta
 A desarmarle y rendirlo.
 Sofía. — ¿Dónde estoy? ¡dejadme, bárba-
 (ros!
 Her. — No temas, estás conmigo.
 Gus. — (A Jorge que cae.)
 ¡Muere tú, muere, malvado!
 Jorge. — ¡Guardias!
 Gus. — ¡Callate, maldito,
 Si quieres que te perdone:
 Calla.
 Duque. — (Soltando la espada).
 Pese al furor mío.
 Her. — Duque, ¿quién es el cobarde?
 Ya tengo libre el camino.
 Pronto á caballo, Gustavo.
 Duque. — (Gritando.)
 ¡Guardias!
 Her. — Aún no te han oído.
 Sofía. — (Queriendo soltarse).
 ¡Hermán, por piedad!
 Her. — Marchemos:

A su pesar, del peligro
La salvo.

Duque.— ¡Oh infierno! ¡Guardias!

Hér.— Adiós, duque Othón.

(Se van por el foro derecho.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE, JORGE

(Después de un instante aparecen los guardias á la reja del parque, y se van en seguimiento de Hermán.)

Duque.— ¡Malditos!

¿Estais sordos? ¡Ah! se escapan.

(Salen los guardias)

Corred, y muertos ó vivos

Vengan aquí: pronto, pronto.

Que Hermán toma ya el estribo.

(Se van los guardias.)

¡Jorge, Jorge! Mi caballo:

¡Sigamos á los bandidos!



ACTO TERCERO.

LA REVELACION.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I.

EL DUQUE, JORGE.

Duque.— Si tardamos un instante,

Los fugitivos se escapan.

¡Vive el cielo! no creía

Que tal valor se encontrara

En ese oscuro guerrero:

¡Qué serenidad, qué audacia!

¿Y quién es el otro joven

Que al cruzado acompañaba?

Jorge.— Un hermano menor suyo,

A su pesar, del peligro
La salvo.

Duque.— ¡Oh infierno ¡Guardias!

Hér.— Adiós, duque Othón.

(Se van por el foro derecho.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE, JORGE

(Después de un instante aparecen los guardias á la reja del parque, y se van en seguimiento de Hermán.)

Duque.— ¡Malditos!

¿Estais sordos? ¡Ah! se escapan.

(Salen los guardias)

Corred, y muertos ó vivos

Vengan aquí: pronto, pronto.

Que Hermán toma ya el estribo.

(Se van los guardias.)

¡Jorge, Jorge! Mi caballo:

¡Sigamos á los bandidos!



ACTO TERCERO.

LA REVELACION.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I.

EL DUQUE, JORGE.

Duque.— Si tardamos un instante,

Los fugitivos se escapan.

¡Vive el cielo! no creía

Que tal valor se encontrara

En ese oscuro guerrero:

¡Qué serenidad, qué audacia!

¿Y quién es el otro joven

Que al cruzado acompañaba?

Jorge.— Un hermano menor suyo,

Según parece: ¡por mi alma!
Que los dos son muy valientes,
Y por poco nos despachan!

Duque. — Es fuerza hacerles justicia:

Manejan muy bien las armas;
Y burlado nos hubieran,

Si mis guardias no llegaran.

Jorge. — Y si no es por vuestra esposa,

La victoria nos costara
Mucha sangre; pero viendo

Que la duquesa se hallaba

En peligro, el mayor dijo:

“Gustavo, deja la espada:

La resistencia es inútil,

No lograremos salvarla;

Ríndamonos, quizá el duque

Escuchará mis palabras.”

Entonces llegasteis vos.

Duque. — Y me rindieron las armas:

Quizá esperan que sus ruegos

Desarmarán mi venganza;

¡Ah! si tal esperan, Jorge,

Vive el cielo que se engañan!

El duque Othón sabrá pronto

Lavar con sangre las manchas

De su honor. ¿Y qué dijera

La nobleza de Alemania

Si esta osadía insolente

Yo sin castigo dejara?

No; morirán los traidores,

Pagarán cara su audacia;

Pero antes verlos deseo

En mi presencia, á mis plantas

Arrastrarse, y confundirlos
Con mis severas miradas.
Ve pronto, Jorge, y los presos
Conduce luego á esta sala.

(Se va Jorge.)

Hola... venga aquí Sofía.

(Llamando á la puerta izquierda.)

Temblar la veré á mis plantas.

ESCENA II.

EL DUQUE

¿Y es esta la mujer? vaso precioso
De vil ponzoña, de amargura lleno:
Risa sus labios, falsedad su seno,
De bien y mal conjunto misterioso.
¡Oh! quién pensar pudiera que Sofía,
Con aquel aire tan ingenuo y puro,
Así ocultase un corazón perjuro,
Que virtud y modestia así mentía!
¡Maldito el hombre que su honor entrega
A una débil mujer! ¡Oh! sí, maldito!
Un baldón en la frente lleva escrito,
Y la hora al fin del desengaño llega.
Y yo la amaba, ¡pérfida! la amaba,
Y en su amor puse la confianza mía.
¡Ah! me faltó la infiel! ¡tiembla, Sofía!
¡Muera la esposa que mi honor manchaba!

ESCENA III

EL DUQUE, SOFIA.

Sofía.—¿Que me queréis. ¿Llegó ya
De mi suplicio el momento?
Libradme de mi tormento,
La victima pronta está.

Duque.—Infiel esposa, ¿tu frente
No se cubre de rubor?

Sofía.—Nunca se cubre, señor,
De rubor el inocente.

Duque.—¡Inocente! ¿tú, Sofía,
Cuando os encuentro á los dos
En una cita? Por Dios,
Tal audacia no creía!

¡Inocente, y de otro dueño
En los brazos te entregabas
Cuando á tu esposo juzgabas
Hundido en profundo sueño!

¡Cuándo con Hermán veías
De mí necia estupidez!

¡Cuándo mi nombre tal vez,
Y tu suerte maldecías!

¿Y por qué? ¿qué te hice yo
Para aborrecerme así?

Riqueza y nombre te di,
¿Ya lo has olvidado?

Sofía.— (Con firmeza)

No.

Duque.—¿Recuerdas que en orfandad
Hubieras siempre gemido;
Que sin mi hubieras vivido
En profunda obscuridad;
Que yo me compadecí
De aquel tu penar doliente,
Y lleno de amor, tu frente
Con mi diadema ceñí?
¿Y cuál es el galardón
Que tú me has dado, Sofía?
Una mancha en la honra mía,
Sobre mi timbre un borrón!
¡Ah! si no la gratitud,
Falsa y traidora mujer,
Te debieran contener
El deber y la virtud;
Mas todo lo has olvidado;
Cubres de oprobio tu nombre,
¿Por qué? por seguir á un hombre,
A un vil y obscuro soldado.

Sofía.—Basta, duque, basta ya,
Que no alcanza el sufrimiento;
Dadme la muerte al momento,
Dios después nos juzgará;
Pero repito, señor,
Que no he sido delincuente,
Y que puedo alzar mi frente
Sin cubrirme de rubor.

Fuí á una cita; ¿pero vos
No sabéis á lo que fui?
A decir á Hermán: De aquí
Huye: para siempre adiós!

Duque.—¿Cuánto heroísmo!

Sofía. — Bien sé
Que crédito no me dais:
De mi virtud os burlais.

Duque. — (Con ironía.)

¿Burlarme de ella? ¿por qué?

Digo que estoy convencido
De vuestra lealtad, señora,
Y lo vais á ver ahora:

Injusto con vos he sido;
Mas un momento de error,
¿Quién no lo tiene, Sofía?

Ya vereis en este día
Cómo pago tanto amor:
Porque no es posible ya
Dudar de que me amais, no;
¿Quién más dichoso que yo!
Tu esposo te pagará
Ese cariño.

Sofía. — Señor,
Basta; dejad la ironía:
Sé cuál es la suerte mía;
La sufriré con valor.
¿Creeis que temerá morir
Quien ha llamado á la muerte
Tres años, porque su suerte
Era llorar y sufrir?
Sí, duque, la vida mía
Era un eterno tormento,
Y anhelaba este momento
Como el fin de mi agonía.
Y puesto que cerca estoy
De tocar la eternidad,
Oye, duque, la verdad,
Oye, á decírtela voy.

En dichosa quietud, en dulce calma,
Bajo del techo paternal vivía:
Un dulce porvenir me sonreía,
Un porvenir de dichas y de amor.
Ese guerrero que lamais obscuro,
Y hoy tenéis en prisiones alherrojado,
Era un mancebo noble y esforzado,
Ido'o de mi ardiente corazón.
Le amé, señor, le amé desde la infancia,
Fué de mi juventud el dulce ensueño,
Y juré hacerle de mi mano dueño,
Como era dueño de mi pura fe.
Mas para ser más digno de mi afecto,
Fué á Palestina en busca de la gloria,
En su pecho llevando y su memoria,
La imagen ¡ay! de su adorado bien.
Vos entretanto por desgracia mía
Me mirasteis; ¡momento malhadado!
Y de pasión fatal arrebatado,
A mi padre dijisteis vuestro amor.
Y el pobre anciano, próximo á la tumba,
Y temiendo que Hermán no volvería,
Vuestro amor escuchó con alegría:
¡Ay! tu cariño ¡oh padre! te cegó.
Mil veces me propuso vuestro enlace,
Y mil veces le dijo el labio mío
Que no era dueña yo de mi albedrío;
Que era mi corazón sólo de Hermán.
Él insistió, yo resistí, y un día.....
¿Os acordais? su vida se apagaba,
Y ante mis pies, llorando se arrastraba....
Y.... yo juré cumplir su voluntad.
Sí, lo juré; mas desde aquel instante
No supe más de mí; yo fui arrastrada

Y ante mis pies, llorando se arrastraba...
Sin saber lo que el labio pronunció.
Duque.— ¡Oh! ¿no lo recordais, noble se-
(ñora?)

Jurasteis ante Dips ser sólo mía,
Sofía.— A la luz de una fúnebre bujía,
Que alumbraba una estancia de dolor.
Si lo recuerdo como ensueño horrible;
Recuerdo que mi frente toqué luego,
Y una diadema me encontré de fuego
Que me quemaba la convulsa sien.
Y comprendí lo que jurado había,
Y blasfemé, ¡perdóname, Dios Santo!
Y fui al altar y le regué con llanto,
Y á vivir infeliz me resigné!
¡Ah! vos visteis mis lágrimas amargas,
Y me cubristeis de diamantes y oro:
"Al fin, dijisteis, calmará su lloro
El título pomposo que le doy."
Te engañastes ¡oh duque! tus riquezas,
Las riquezas de un rey, ¿qué fueran?
(¡nada!

Para el alma que está despedazada,
Por el recuerdo de un perdido amor.
Un corazón mis joyas ocultaban
Por horribles tormentos carcomido:
Mi habitación magnífica, ¿qué ha sido?
Una prisión; mi lecho, un ataúd.
Y sin embargo ¡oh duque! yo lo juro,
Sofocar este amor he procurado;
¡Oh! no lo conseguí; mas no he faltado
Por un instante solo á la virtud.
Duque.— ¡Calla, calla, mujer; ¿ya no re-
(cuerdas

Que yo estaba allí oculto, y te veía?
Que el cruzado tus manos oprimía.
Que en tu semblante el júbilo brilló?
¡Oh! yo sé bien que las mujeres usan
De mágicas palabras que adormecen:
Que inocentes y puras aparecen,
Cuando el crimen está en su corazón.
Mas no me engañarás, no; de tu amante
Verás rodar primero la cabeza:
Tú morirás después.

Sofía.— Y con firmeza
Arrostrar esa muerte me verás:
Porque soy inocente: porque sólo
En otra vida mi esperanza fundo:
Porque un mar de dolor es este mundo,
Y mi puerto hallaré en la eternidad.
Pero si alguna vez te fuí querida,
Escucha ¡oh duque! mi postrer acento,
Mi último ruego: evítame el tormento
De ver morir al infeliz Hermán:
Concédeme, señor, que yo primero
Baje á la tumba, y en aquel instante
Yo rogaré por ti, y en mi semblante
El perdón de tu crimen mirarás.

Duque.— ¡Perdón! ¡perdón! señora, os
(agradezco
Tanta bondad; mas no la necesito:
Vereis morir á Hermán, os lo repito,
Y en vuestro acerbo tanto gozaré:
¡Tú no sabes, mujer, lo que sufría
Cuando en el parque oculto os contempla-
(ba!
Mi corazón la fiebre devoraba
Cuando las muestras de tu amor miré.

Sofía.— Señor, señor, ¿mi muerte no es
(bastante

A saciar vuestra furia?

Duque.— No, señora.

Sofía.— A vuestros pies una mujer que
(llora,

¿No hallará ni este rasgo de piedad?

Duque.....

Duque.— Dejadme; vuestro ruego
(irrita

Más y más mi furor; el ruego es vano:

No hay piedad para ti.

Sofía.— Pues bien, tirano,

Sacia, sacia tu bárbara crueldad.

Duque.— ¡Oh! ya llega tu amante con su
(hermano,

¿No palpita tu seno de ternura?

Sofía.— ¿Tienes, destino atroz, más amar-
(gura

Que verter en mi pobre corazón?

No puedo más; las fuerzas me abandonan:

Hasta las fuentes de mi amargo llanto

Agotadas están. ¡Dios justo y santo!

¿No escucharás el grito del dolor?

ESCENA IV.

Dichos, HERMAN, GUSTAVO (con cadenas.)
JORGE, GUARDIAS

Her.— Aquí está ¡santo Dios! vuelvo á
(mirarla!

Duque.— Llegad, noble y valiente caba-
(llero:

Digno soldado de la cruz, miradla:

He aquí de vuestro amor el dulce objeto.

Venid, venid, para enjugar el llanto

De este ángel de bondad.... pero, ¿qué es
(esto?

¿Tan frío ahora y tan ardiente antes!.....

¿Se ha apagado tan pronto el dulce fuego

De aquel amor ardiente, inextinguible?...

¿Bajais los ojos y temblais, mancebo?....

¿Un valiente guerrero así se abate?

¿No teneis que decir?

Her.— Que te desprecio.

Duque.— ¿Y nada más?

Her.— Que te desprecio, duque:

Que tu ironía y tu ademán soberbio,

Con el que está cargado de prisiones,

Es muy digno de ti. Buen caballero,

Es más diestra tu lengua que tu mano:

Manda, tirano, manda que estos hierros

Me quiten un instante; al campo vamos;

Sólos allí los dos, y cuerpo á cuerpo

Calderón.—39

Nos batiremos, y verás entonces
 Quién tiembla de los dos: ¿así tan presto
 Has olvidado, duque, que mi mano
 De la tuya saltar hizo el acero?

Te perdoné la vida, miserable:
 Eres cobarde, duque, y te desprecio.
 Duque.—A una casualidad debiste el

(triunfo,

A una casualidad, ¡viven los cielos!
 Si fueras tú mi igual, si fueras noble,
 Yo lidiara contigo en campo abierto,
 Y allí la fuerza vieras de mi brazo,
 Y el filo allí probaras de mi acero;
 Pero el que entró de noche en mi castillo,
 Su edad, su nombre y condición fingiendo:
 El que intenta robarme así la esposa,
 De la profunda noche en el silencio,
 Debe morir en un cadalso infame,
 No cual mueren los nobles caballeros:
 Si, morirás, y morirá contigo,
 De tu pasión el criminal objeto.

Her.—;Criminal! ;criminal! ;oh! no la ul-

(trajes,

Duque; tu esposa un ángel es del cielo,
 Es la misma virtud: en este instante
 Solemne para mí, por el Eterno,
 Juro que es inocente, si, lo juro:
 De mi vida en el último momento
 Lo tornaré á jurar: salva su vida,
 Sálvala, duque, sólo yo soy reo:
 Yo, sí, que á arrebatártela venía,
 Porque desde la infancia un juramento
 Nuestras almas ligó: lazo sagrado,
 Que tus riquezas, tu poder inmenso,

Un "sí" arrancando en medio de un delirio,
 Nada bastó á romperle, porque el cielo
 Grabó el amor en nuestras tiernas almas,
 Con caracteres de imborrable fuego.
 Duque.—;Oh! yo lo borraré! la losa fría
 De tu sepulcro apagará ese incendio;
 Y lo que no ha podido la distancia,
 Ni el deber, ni el transcurso de los tiempos,
 La muerte alcanzará.

Her.— No, de la tumba
 A la región celeste volaremos,
 Y allí de Dios en la presencia augusta,
 De aquel Dios que en nuestra alma está

(leyendo,

De aquel Dios, ante el cual el oro es polvo,
 Y la grandeza de los hombres viento,
 Premio dulce hallará nuestro martirio,
 Y allí por siempre á unitos volveremos.
 Y tú, Sofía, pura como el ángel
 Que gira en torno al trono del Eterno,
 Alza tu frente cándida y sublime;
 No temas el morir.

Sofía.— ;Ah! no lo temo:
 La muerte es mi consuelo, mi esperanza:
 Si, morir juntos, mi único deseo;
 Pero verte sufrir ;oh! no es posible,
 Hernán; no tengo para tanto, esfuerzo.
 ;Duque! ;Señor! que caiga á un tiempo
 (mismo

La cuchilla fatal en nuestros cuellos.
 Duque.— No te lo dije ya? soy inflexible.
 Jorge, vuelve á llevar los prisioneros:
 Que arreglen los negocios de su alma:

Un cuarto de hora sólo les concedo:
Cuando suenen las once en el castillo,
Cumpla el verdugo su deber.

Jorge.— Entiendo.
(Sofía corre hacia Hermán: Jorge y los guardias se lo impiden.)

Her.— Adiós, Sofía.

Sofía.— ¡Hermán! á mi llevadme,
Arrastradme con él!

Her.— ¡Pesados hiceros!
¡Ah! si mis brazos estuviesen libres!

Duque.— Separadlos.

Her.— Confúndante los cielos!
Vamos, Gustavo.

Gus.— ¡Oh madre mía!
¿Quién te consolará?)

Jorge.— Vamos.

Her.— Marchemos.

(Se van).

ESCENA V.

EL DUQUE, SOFÍA.

(Se pasea muy agitada: luego se encara al duque, con la sonrisa de la desesperación.)

Sofía.— ¿Estás contento ya?

Duque.— (Con calma.)

Lo estaré pronto.

Sofía.— Yo también lo estaré, porque los
(cielos)

Harán que alguna fibra se me rompa

Del corazón en su latir violento:
Si, pronto moriré; pero tú, duque,
De tu riqueza y tu esplendor en medio,
¿Gozarás de quietud? no; nuestra sombra
Te seguirá, y en torno de tu lecho
Nuestros espectros clamarán: "¡Vengan-
(za!"
Y al fin nos vengará el remordimiento.

ESCENA VI.

Dichos, UN PAJE.

Paje.— Señor: á vuestro castillo,
Una miserable anciana
De llegar acaba ahora,
Y pide que á vuestras plantas
Arrojarse le permitan.

Duque.— En una ocasión muy mala
Pide audiencia: despedidla;
Vuelva otro día, mañana,
Hoy á nadie escuchar quiero.

Paje.— Es urgente y de importancia
Lo que tiene que deciros,
Según se expresa.

Duque.— Por mi alma
Que es muy necia esa mujer.
Haced que pase á esta sala.

(Se va el paje.)

Oigámosla brevemente.

Paje.— Entrad ya, señora.

Ida.— Gracias.

ESCENA VII.

SOFIA, EL DUQUE, IDA,

Ida. — Permitid que de rodillas....

Duque. — Levantad, buena mujer.

¿En qué os puedo complacer?

Ida. — Pronto lo sabreis, señor.

Duque. — Sentaos.

Ida. — Así lo haré,

Porque estoy muy fatigada:

Es muy larga la jornada

Que he tenido que hacer hoy.

Duque. — Sed breve, mujer, que tengo

Poco tiempo de escucharos.

Ida. — Procuraré no cansaros:

Ya empiezo mi narración.

A algunas millas de aquí,

Hacé tiempo que existía

Una joven, que vivía

En su tranquila mansión.

Sus padres eran honrados,

Pero pobres; su ventura

Se cifraba en la hermosura

De la hija de su amor.

¡Pobre niña! la inocencia

Sobre su frente brillaba,

Y la risa se ostentaba

En su labio encantador.

Era hermosa como el cielo,

Y como el cielo era pura;

Mas ¡ay! por su desventura

Un señor noble la vió.

La vió, y en su seno ardiente

Latió el corazón malvado,

De un amor desenfrenado,

Y haría suya juró.

Y con la risa en los labios,

Un amor puro mintiendo,

Poco á poco seduciendo

Fué su noble corazón.

Duque. — ¡Pobre niña!

Ida. — ¿No es verdad

Que fué un infame aquel hombre

Que fingió su estado y nombre

Para cubrir su intención?

Y é. la la pobre, inocente,

Alma de cándido niño,

Aquel mentido cariño

Sedujo su corazón.

Timida, sin experiencia,

Sin mundo....; desventurada!

Fué por el noble burlada.

Duque. — (Con agitación.)

¡Dios mío!

Ida. — ¡Horrib'e traición!

No es esto todo; el malvado,

Ya que consiguió su intento,

Huyó, dejando el tormento

En el pecho que rompió:

Huyó, y dejó á la infelice

Con su vergüenza y su luto,

Y en su triste vientre el fruto

De aquel desdichado amor.

(Observándolo.)

¿Temblais, señor?

Duque.— (Con interés.)

Proseguid.

Ida.— La joven desventurada

Echó al mundo una mirada,

Y vió vergüenza y dolor:

En lo pasado, recuerdos

De virtud y de ventura;

En lo presente, amargura;

En el porvenir... ¡oh Dios!

¿Concebís, señor, la suerte

De esta infelice? gemía,

Y su nacer maldecía,

Y del cielo blasfemó.

Una noche... ¡noche horrible!

Las estrellas no brillaban,

Los huracanes bramaban,

Todo era espanto y horror!

La joven en su vergüenza,

Loca, ciega, delirando,

Huyó, su casa dejando,

La casa donde nació;

Donde sus padres ancianos

Con su cariño vivían,

Y otro hijo ¡ay Dios! no tenían

Que aliviase su dolor!

Donde dormían tranquilos

Junto á su hija descansando,

Tal vez con ella soñando,

Y ella... ¡miserable, huyó!

Y al despertar los ancianos

A la infeliz llamarían;

¡Miseros! no encontrarían

Sino el lecho que dejó.

El lecho humilde en que un día

Tranquilo sueño gozaba,

Cuando su alma pura estaba,

Sin crimen su corazón.

¿Llorais?

Duque.— (Con mucha turbación.)

Seguid, buena anciana,

Seguid esa triste historia.

(Es un sueño... ¡oh! ¡qué memoria!...

Seguid, anciana, por Dios.

Ida.— La pobre joven en tanto,

Sin recursos, sin abrigo,

Ni un hermano, ni un amigo

En quien hallar compasión:

Sus cabellos en desorden

Errando á merced del viento,

Con el rostro macilento,

Devorado el corazón.

Lejos de su patrio suelo,

De puerta en puerta buscaba

Un pobre pan, que regaba

Con lágrimas de dolor.

En tanto el tiempo pasaba,

Y llegó por fin el día

En que dar á luz debía

La causa de su rubor.

En una triste cabaña,

Sin más testigo que el cielo,

Llorando, en el frío suelo

Un triste niño nació.

Y el angelito de hambre

Junto á la madre gemía.....

¡Ay! la madre no tenía

Leche que darle.....

Duque.— ¡Qué horror!

Ida.— Y sangre en vez de alimento
Mamaba el niño.

(Se levanta el duque muy agitado: luego se vuelve á sentar.)

Duque.— ¡Dios mío!

Ida.— Hasta que en el suelo frío
La triste madre cayó!

Duque.— Esa historia es espantosa,
Anciana.

Ida.— Si, y verdadera.

Duque.— Prosegui... ¿de qué manera?...
Decid lo que sucedió.

Ida.— Un hombre, ó más bien, un ángel.

Por allí entonces pasaba:

Oyó al niño que lloraba,

Y en la triste choza entró.

Este hombre, este hombre benéfico

Miró á la madre espirante,

Y al tierno misero infante,

Y todo lo comprendió.

Este hombre de bondad lleno,

Volvió á la vida la madre,

Y al niño sirvió de padre,

Y con la joven se unió.

Dios bendijo las virtudes

Del amable y buen esposo,

Y otro hijo el cielo piadoso

Benigno le concedió.

Pero Dios escrito había

En el libro del destino,

Que la esposa en su camino

Hallara siempre dolor.

Y un funesto, horrible día,

La muerte con mano helada,

A la esposa desdichada

Su bienhechor le robó.

Duque.— ¡Infeliz! ¿sabeis el nombre

Que aquella mujer tenía?

Decídmelo.

Ida.— Todavía

No acabo mi narración.

Esta mujer, esta madre,

Halló en sus hijos consuelo,

¡Ángeles puros del cielo,

Dignos de suerte mejor!

Pero hay seres infelices

Nacidos para el quebranto,

Amasados con el llanto,

Marcados con el dolor.

Esta madre desgraciada,

En lo último de su vida

Recibió una nueva herida,

Herida la más atroz.

Aquel noble, aquel malvado

Que la arrastró hacia un abismo,

El mismo, señor, el mismo,

Sus hijos le arrebató:

Sus hijos, que eran su escudo.

¡Sus hijos! ¡miserable anciana!

Ya no los tendrá mañana;

Todo para ella acabó.

Mañana en misero lecho

Morirá desesperada,

Sin tener la desgraciada
A quien decirle un adiós.

(Echándose á sus pies.)

A vuestras plantas la pido,
Contra el malvado que ha sido
Causa de tanto dolor.

Duque.—Levántate y dime el nombre
De esa mujer, por tu vida.

Ida.— (Con firmeza.)

Su nombre, señor, es..... ¡Ida!

Duque.—¡Ida! ¿y dónde está?

Ida.— Yo soy.

Duque.—¡Cielos!

Ida.— Comocéis la víctima;

Mas no me habeis preguntado

Yo vengo á pedir justicia;

Por el nombre del malvado:

Se llamaba... el duque Othón.

Duque.—¡Calla, calla! ven aquí,

Déjame ver tu semblante.

Sofía.—¡Gran Dios!

Ida.— Yo fui vuestra amante:

¿Me reconocéis, señor?

Difícil es en mi rostro

Que reconozcais á Ida,

Ya rugada, envejecida

Por el tiempo y el dolor.

Pero soy la misma.

Duque.— Si.

Y aquel niño ¡oh Dios! será...

Ida.—¿Vuestro hijo?

Duque.— Sí, ¿dónde está?

Ida.—En una obscura prisión.

¡Oh fatalidad horrible!

Su mismo padre inhumano
Descarga la cruda mano
Sobre su hijo.

Sofía.— Eterno Dios!

Duque.—(Gritando con la mayor ansie-
siedad.)

¡Jorge! ¡Jorge! ¡padre inicuo!

¡Jorge! ¡Jorge! ¡horrible día!

¿Será tiempo todavía?.....

¡Jorge!

Jorge.— (Saliendo.)

Mandadme, señor.

Duque.—Vuela, suspéndase al punto
El suplicio.

(Se va Jorge.)

Ida.— ¿Qué he escuchado?

¡Conque á muerte condenado!....

Duque.—¡A muerte, á muerte! ¡qué horror!

Pero es tiempo todavía.

No ha sonado la campana.

(Suena un reloj lejano, las once.)

Todos.—¡Ah!

Ida.— (Caé desmayada.)

¡Gran Dios!.....

(Después de un rato.)

Misera anciana,

Todo para mí acabó.

(Gran pausa.)

Duque.—¡Silencio! silencio! ¡oid!

¡Ah! si á tiempo habrá llegado

Jorge!... ¡callad!... se ha salvado.

Miradle.

(Se oyen pasos á lo lejos, que se van
acercando.)

Ida.— (Cayendo de rodillas.)
Gracias, señor.

ESCENA VIII.

Dichos, HERMAN, GUSTAVO, JORGE,
GUARDIAS.

Her.— (Corriendo á sus brazos.)

¡Ah! ¿vos aquí, madre mía?

Gus.— ¡Madre, madre!

Ida.— ¡Hijos! ¡Dios bueno!

¡Ah! los estrecho en mi seno,

Y lo duro todavía!

¡Ingratos! ¡dejarne así

En abandono profundo!

Dejarne sola en el mundo

Sin tener piedad de mí!

Her.— (Al duque.)

¡Perdón, madre! Y tú, tirano,

¿Por qué suspender ordenas

El suplicio?

Duque.— (Con calma.)

Esas cadenas

A él quitadle, y á su hermano.

(Le quitan las cadenas.)

Her.— ¡Qué escucho! ¿es un sueño? ¡Ma-
dre!

¿A vos os debo el vivir?

¡Ah! no; dejadme morir....

(Al duque.)

Bárbaro.....

Ida.— ¡Calla! ¡es tu padre!

(Pausa.)

Her.— (Con sorpresa.)

¡Mi padre!

Duque.— Tu padre,.... si...

¿Lo dudas?

Her.— ¡Mi padre!.... ¿vos?

Ida.— Si, Hermán, tu padre.

Her.— ¡Gran Dios!

¿Queréis burlaros de mí?

¿Mi padre?... ¿Es cierto, Sofía?

Sofía.— Si, Hermán: él tu padre es.

Ida.— ¡Hijo, arrojate á sus pies.

Her.— ¡Perdón!.... (¿Sueñas, alma mía?)

(A los pies del duque.)

¡Perdón!....

Duque.— (Levantándole á sus brazos.)

Hermán, ven aquí:

Hijo, ya estás perdonado.

¡Ah! yo también te he ultrajado,

¿Me perdonarás tú á mí?

Her.— ¿Y lo dudais? ¡oh! mi frente

Está sin juicio.... abrasada!

¡Oh Sofía desgraciada!

¡Oh padre! ha sido inocente

Vuestra esposa; padre mío,

No es ha faltado, lo juro

Por mi madre; es ángel puro.

Duque.— Dios te bendiga, hijo mío.

Her.— ¡Oh madre! ¿soñando estoy?

¿Qué desdichada es mi suerte!

¡Y mi amor! ¡mi amor! la muerte!

¡La muerte! ¡á buscarla voy!

¡Oh madre! ¡oh Gustavo! adiós!

¡Adiós, padre! ¡adiós, Sofía!
 Olvidad la pasión mía,
 Y sed venturosa vos.

¡Oh! yo no debo vivir!
 Vuelvo á la Tierra sagrada,
 Y allí una tumba ignorada
 Hallaré donde dormir.

Duque é Ida. — ¡Hijo!

Gus. Sofía. — ¡Hermán!

Her. — A ti confío

Nuestra triste madre, hermano:
 (De rodillas.)

Dadme á besar vuestra mano.

Ida. — ¿Te vas, te vas, hijo mío?

Gus. — ¿Te vas?

Her. — Para siempre, sí:

Adiós, padre.... Hermán.... Madre.
 (Hermán va abrazando á todos cuando los
 nombra; va á abrazar á Sofía.... se detie-
 ne y dice los últimos versos).

¡Ah!.... tu amor para mi padre,
 Y un suspiro para mí!

FIN

DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE.

Biografía del autor..... Págs.
V

POESIAS LIRICAS.

El porvenir.....	3
A Amira.....	5
A una rosa marchita.....	7
La felicidad.....	9
La vuelta del desterrado.....	12
La risa de la beldad.....	15
A mi amada llorando.....	17
La despedida.....	19
A un amigo en mi ausencia.....	21
Los recuerdos.....	22
La soledad (Traducción de La- martine).....	24
Invocación (Idem).....	28
El veterano.....	30
Brindando á las Mexicanas el 16 de Septiembre de 1837.....	33
A la juventud zacatecana.....	34

¡Adiós, padre! ¡adiós, Sofía!
 Olvidad la pasión mía,
 Y sed venturosa vos.

¡Oh! yo no debo vivir!
 Vuelvo á la Tierra sagrada,
 Y allí una tumba ignorada
 Hallaré donde dormir.

Duque é Ida. — ¡Hijo!

Gus. Sofía. — ¡Hermán!

Her. — A ti confío

Nuestra triste madre, hermano:
 (De rodillas.)

Dadme á besar vuestra mano.

Ida. — ¿Te vas, te vas, hijo mío?

Gus. — ¿Te vas?

Her. — Para siempre, sí:

Adiós, padre.... Hermán.... Madre.
 (Hermán va abrazando á todos cuando los
 nombra; va á abrazar á Sofía.... se detie-
 ne y dice los últimos versos).

¡Ah!.... tu amor para mi padre,
 Y un suspiro para mí!

FIN

DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE.

Biografía del autor..... Págs.
V

POESIAS LIRICAS.

El porvenir.....	3
A Amira.....	5
A una rosa marchita.....	7
La felicidad.....	9
La vuelta del desterrado.....	12
La risa de la beldad.....	15
A mi amada llorando.....	17
La despedida.....	19
A un amigo en mi ausencia.....	21
Los recuerdos.....	22
La soledad (Traducción de La- martine).....	24
Invocación (Idem).....	28
El veterano.....	30
Brindando á las Mexicanas el 16 de Septiembre de 1837.....	33
A la juventud zacatecana.....	34

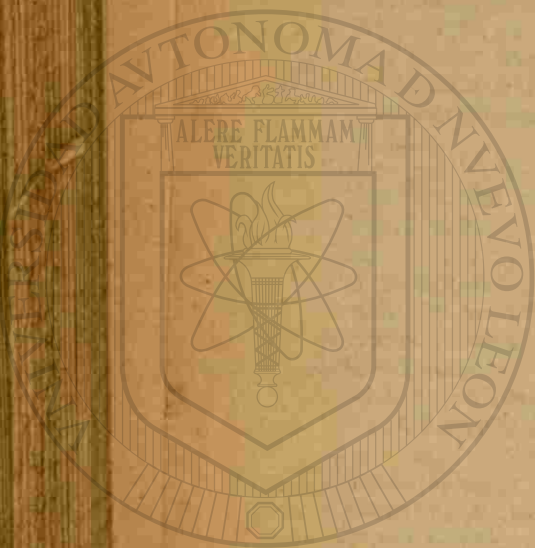
	Págs.
El soldado de la libertad.....	37
El sueño del tirano.....	42
A R*** O*** en sus días.....	46
A la señorita Doña María de los A. Z. G.....	48
A la señora Marieta Albini.....	49
A Hidalgo.....	54
Himno patriótico.....	55
Poesías escritas en los aniversa- rios del Sr. D. Francisco Gar- cia.....	57
Una memoria.....	59
Brindis en un baile.....	62
Brindando á unas señoritas.....	64
Adela (Romance).....	65

OBRAS DRAMATICAS.

El torneo (drama en cuatro actos). ..	84
A ninguna de las tres (comedia en dos actos).....	189
Ana Bolena (drama en cinco ac- tos).....	293
Herman ó la vuelta del cruzado (drama en tres actos).....	405

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE BIB

BIBLIOTECA PARA LAS FAMILIAS.

Está ya terminado, y de venta, el primer tomo de esta BIBLIOTECA. Se intitula: *Leyendas de la Santísima Virgen*. Seguirán: *Vidas de Madres de Santos, Eugenia de Guérin, Diario de una joven, etc.*

ALBUM DE LA CORONACIÓN
DE LA SANTÍSIMA VIRGEN DE GUADALUPE.
Primera y segunda parte.

DOS TOMOS FOLIO, PROFUSAMENTE ILUSTRADOS.

Todo católico amante de Nuestra Señora de Guadalupe, debe tener este libro y conservarlo como una prueba de su amor y devoción á la Excelsa Patrona de los mexicanos y como un recuerdo de las fiestas de su Coronación.

En la 1ª parte está la Historia de la Aparición y del culto de Nuestra Señora en su advocación de Guadalupe, la historia detallada de su Colegiata, hasta las últimas obras ejecutadas, con mil noticias curiosas é interesantes.

La 2ª parte contiene la crónica extensa, detallada y documentada de las fiestas de la Coronación de la Santísima Virgen, con la serie de los sermones predicados en el mes de Octubre de 1895.

Los dos tomos están impresos con todo lujo y contienen más de 300 ilustraciones. Entre ellas FIGURA LA DEL MOMENTO PRECISO DE LA CORONACIÓN

De venta en la Administración y Librería de EL TIEMPO, Cerca de Santo Domingo núm. 4, y en las demás Librerías de la Capital.

En los Estados, en las casas de los Agentes y corresponsales de EL TIEMPO.

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS.

De esta BIBLIOTECA sale un tomo el día 1.^o de cada mes. En ella se publican las obras de nuestros más distinguidos autores [Historiadores poetas, novelistas, críticos dramaturgos, etc.]

TOMOS PUBLICADOS:

- Obras de GARCÍA ICAZBALCETA.—Tomos I y II, Opúsculos varios.—III y IV Biografías.—V Biografía de D. Fr. Juan de Zumátraga.—VI, VII y VIII Opúsculos varios.—IX Biografías.—X Opúsculos varios.
- Obras de PÉREZ CONTRERAS.—Tomos I y II. Teatro.
- Obras de VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR.—Tomo I. Estudios Históricos.
- Obras literarias de O. VICTORIANO AGÜEROS.—Tomo I. Artículos sueltos.
- Obras de ROSA BÁRCENA.—Tomo I. CUENTOS.
- Obras de D. JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS.—Tomo I.—*La Parcela*, novela inédita.—Tomo II. *Novelas Cortas*.
- Obras de COURT.—Tomo I. Opúsculos varios.
- Obras de D. J. FERN^o RAMÍREZ.—Tomo I. Opúsculos históricos.—Tomo II. *Adiciones a la Biblioteca de Beristáin* (inéditas).—Tomo III. *Adiciones a la Biblioteca de Beristáin* (conclusiones) y Opúsculos históricos.
- Obras literarias de D. JOSÉ DE JESÚS CERVAS.—Tomo I. Discursos religiosos.
- Obras de D. IGACIO MARQUEL ALTAMIRANO.—Tomo I. Poesías y Opúsculos literarios.
- Obras de D. MANUEL E. DE GOROSTIZA.—Teatro completo.—Tres tomos.
- Obras de D. LUCAS ALAMÁN.—Tomos I, II y III.—Disertaciones sobre la Historia de México.
- Obras literarias de D. JOAQUÍN BARANDA.—Un tomo.
- Obras de D. RAFAEL ARGEL DE LA PEÑA.—Tomo I.
- Obras literarias del Sr. LIC. D. SILVESTRE MORENO.
- NOVELAS CORTAS de Autores Mexicanos del primer tercio del Siglo XIX [Rodríguez Galván, Pesado, Pacheco, Navarro, etc.] Tomo I.
- Obras del Lic. D. PRIMO FELICIANO VELÁZQUEZ.—*Opúsculos Históricos*.
- Obras de D. LUCAS ALAMÁN.—Tomo IV.—Apendices a las Disertaciones sobre la Historia de México.
- Obras de D. MANUEL PAYNO. Tomo 1.^o. *Novelas cortas*.
- Novelas Cortas de Autores Mexicanos. Tomo 2.^o.
- Obras de D. JOSÉ M.^o ROS BÁRCENA.—Tomos 1.^o y 2.^o.
- Recuerdos de la Invasión Norte-americana, 1846-1848.

EN PUNTA

- Obras de D. Rafael Delgado, Tomo 1.^o. Cuentos.
- Obras de D. Manuel Payno.—Tomo 2.^o

PRECIO DE CADA TOMO:

\$1.50 en toda la República y \$2 en el extranjero

Todos los tomos serán enteramente iguales al presente. De venta en la Administración y Librería de EL TIEMPO. Cerca de Santo Domingo número 4, y en las demás librerías de la capital.—En los Estados, en las casas de los Agentes y Corresponsales de EL TIEMPO.

